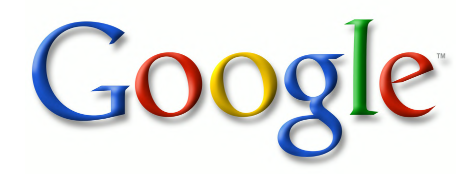





Ombú

CALL NO.

G
420
C6718
LAC
v.2

TO BIND PREP.

DATE 8/31/73

NEW BINDING [✓]
REBINDING [ ]
REGULAR [✓]
RUSH [ ]
LACED-ON [ ]
BUCKRAM [✓]
SPECIAL PAM. [ ]

AUTHOR AND TITLE

Cook, James, 1728-1779.
Ralación de su primer viaje alrededor del mundo durante los años 1768, 1769, 1770 y 1771.

CATALOGUER sp
RETURN BOOK TO lac

CARE IN TRIM: FOLD. MATTER [ ]
STUB FOR: T.-P. AND I. [ ]
LACKING NOS. [ ]
SPECIAL BOOKPLATE [x]

Lucuix

CATALOGUE DEPT. BINDING INST.


VIAJES CLASICOS
COOK (J.)
RELACIÓN DE SU PRIMER VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO
TOMO II

VIAJES CLASICOS

EDITADOS Y ANOTADOS
BAJO LA DIRECCIÓN DE

J. DANTÍN CERECEDA

SE HAN PUBLICADO:

1 y 2.—SPEKE (J. H.): *Diario del descubrimiento de las fuentes del Nilo.* Con grabados y un mapa. Tomos I y II.

3 y 4.—BOUGAINVILLE (L. A. DE): *Viaje alrededor del mundo.* Con grabados y mapas. Tomos I y II.

5 y 6.—BERNIER (F.): *Viaje al Gran Mogol Indostán y Cachemira.* Con grabados y un mapa. Tomos I y II.

7.—LA CONDAMINE (C. DE): *Viaje a la América meridional.* Con una lámina y un mapa. Un volumen.

8.—MATTHEWS (J.): *Viaje a Sierra Leona, en la costa de Africa.* Con un mapa. Un tomo.

9 y 10.—DARWIN (C.): *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo.* Dos tomos, con grabados y mapas.

11, 12 y 13.—COOK (J.): *Relación de su primer viaje alrededor del mundo.* Tres tomos, con grabados, láminas y mapas.

14, 15 y 16.—COOK (J.): *Viaje hacia el Polo Sur y alrededor del mundo.* Tres tomos, con grabados, láminas y mapas.

17.—NÚÑEZ CABEZA DE VACA (ALVAR): *Naufragios y Comentarios de...* Un volumen.

18.—FERNÁNDEZ DE NAVARRETE (M.): *Viajes de Cristóbal Colón.* Un volumen, con un mapa del derrotero de los cuatro viajes del inmortal navegante.

19 y 20.—HERNÁN CORTÉS: *Cartas de relación de la conquista de Méjico.* Dos tomos, con grabados.

21 y 22.—LÓPEZ DE GÓMARA: *Historia general de las Indias.* Dos tomos.

23.—PIGAFETTA: *Primer viaje en torno del Globo.* Un tomo.

EN PRENSA:

ROSS (JOHN): *Narración de un segundo viaje en busca del paso del Noroeste.* Dos tomos.

RELACIÓN DE UN VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

TOMO II

LOS GRANDES VIAJES CLASICOS

VOLUMENES PUBLICADOS POR «CALPE»

Gráficas Reunidas, S. A. — Madrid.

JAMES COOK
COMANDANTE DEL «ENDEAVOUR»

RELACIÓN DE SU PRIMER VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

DURANTE LOS AÑOS 1768, 1769, 1770 Y 1771

TRADUCIDO DEL INGLÉS

POR

M. ORTEGA Y GASSET

TOMO II

Con dos láminas.



MADRID
CALPE

Papel fabricado expresamente por La Papelera Española.

ÍNDICES

A) De los libros y capítulos.

LIBRO SEGUNDO

Páginas.

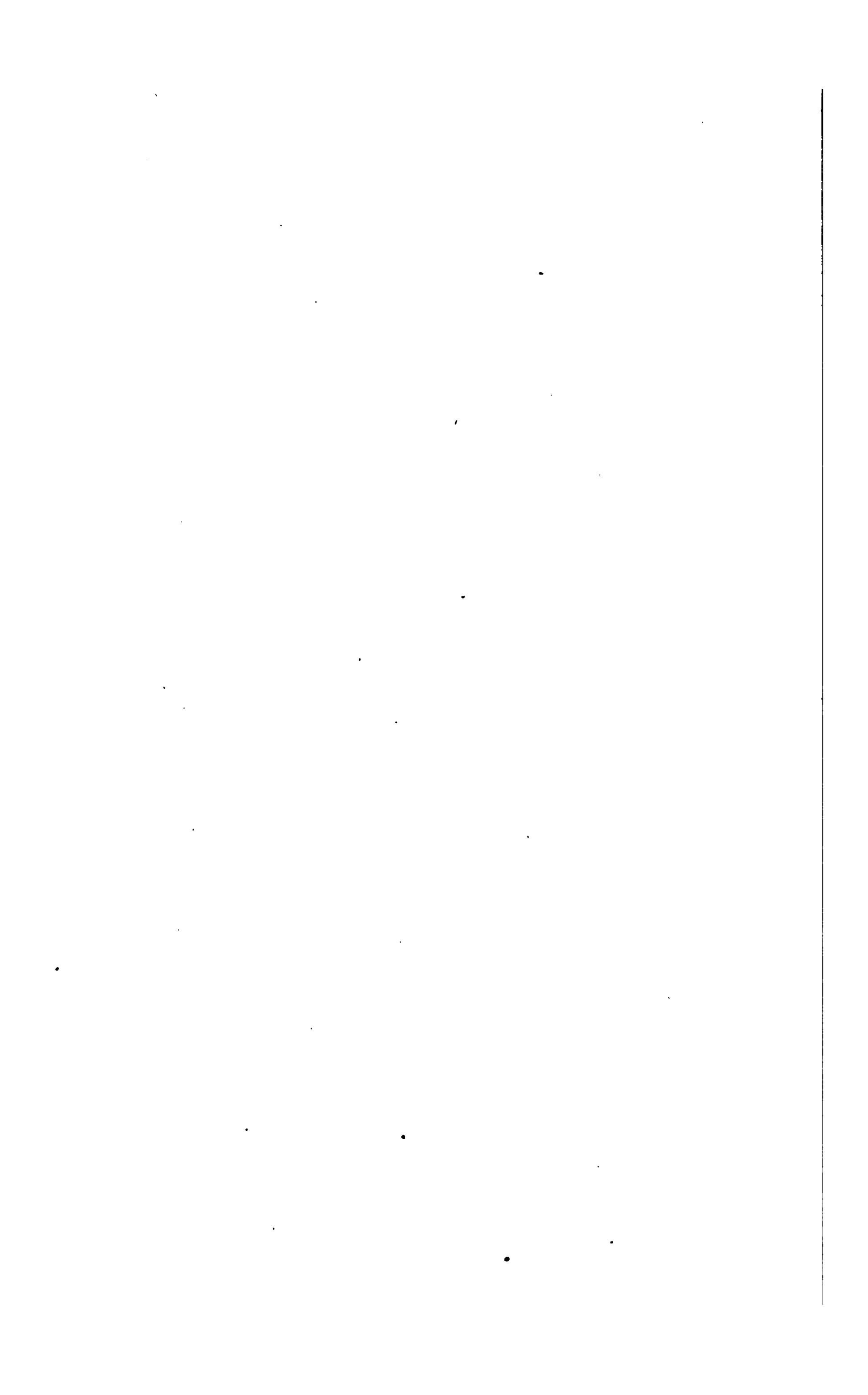
LIBRO TERCERO

B) De las láminas.

JAMES COOK

RELACIÓN DE SU PRIMER VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

LIBRO SEGUNDO



CAPÍTULO PRIMERO

Travesía de Oteroah a Nueva Zelandia. — Incidentes ocurridos al desembarcar y durante la permanencia del barco en la Bahía de la Pobreza.

Agosto de 1769. — *Martes 15.* — *Viernes 25.*

Zarpamos de Oteroah el 15 de agosto, y el viernes 25 celebramos el aniversario de nuestra salida de Inglaterra sacando un queso de Cheshire de una alacena en que había estado guardado como un tesoro para esta ocasión, y destapamos un tonel de cerveza, que resultó muy buena y perfectamente conservada. El día 29 uno de los marineros se embriagó de tal manera, que murió a la mañana siguiente; sospechamos al principio que hubiera cometido alguna sustracción ilícita de licor; pero supimos luego que el segundo contramaestre, que era su jefe inmediato, le había obsequiado con parte de una botella de ron.

Miércoles 30.

El 30 vimos un cometa; a la una de la madrugada levantábase un poco sobre el horizonte por la parte de Oriente; a las cuatro y media pasó por el meridiano y su cola subtendía un ángulo de 42°. Nuestra latitud era de 38° 20' S.; nuestra longitud, por la corredera, de 147° 6' O., y la declinación de la aguja, por el acimut, 7° 9' E. Entre los que vieron el cometa figuró Tupia, que empezó a gritar diciendo que tan pronto como fuera visto por los de Bolabola matarían a los de Ulietea, los cuales huirían precipitadamente a las montañas.

Septiembre. — *Viernes 1.*

El 1 de septiembre, hallándonos en la latitud de 40° 22' S. y en la longitud de 174° 29' O., sin divisar señales de tierra, con dura marejada del O. y fuertes vendavales, viré en redondo y volví hacia el N., recelando que pudieran sufrir nuestras velas y jarcias hasta el punto de dificultar la continuación del viaje.

Sábado 2. — Domingo 3.

Como al día siguiente soplaran fuertes ramalazos del O., atravesé el navío, poniendo la proa al N.; pero habiendo amainado el viento en la mañana del 3, soltamos el rizo de la mayor, izamos los juanetes y viré hacia el O.

Martes 19. — Domingo 24.

Continuamos nuestra ruta hasta el 19, alcanzando la latitud de 29°, con una longitud de 159° 29' y observando una declinación de 8° 32' E. El día 24, en la latitud de 33° 18' y en la longitud de 162° 51', vimos un pequeño trozo de algas y un pedazo de madera cubierto de mariscos; la declinación fué entonces de 10° 48' E.

Miércoles 27. — Jueves 28. — Viernes 29. — **Octubre.** — *Sábado 1.*

El 27, en la latitud de 28° 29' y en la longitud de 169° 5', vimos una foca dormida sobre el agua y varios hierbajos de algas. Al otro día vimos más algas, y el 29 un ave que presumimos fuera de tierra; parecíase algo a la agachadiza, pero tenía el pico corto. El 1 de octubre vimos innumerables pájaros y otra foca dormida en el agua. Es creencia general la de que las focas nunca salen de las zonas sondeables ni se alejan de tierra, pero las que encontramos en estos mares desmienten esta opinión. Las algas, sin embargo, parecen indicar que la tierra no se halla muy distante.

Lunes 2. — Martes 3. — Miércoles 4.

Al día siguiente, que fué de calma, echamos el bote al agua para comprobar si había corriente, pero no advertimos ninguna. Nuestra latitud era de 37° 10' y la longitud, de 172° 54' O. El día 3, hallándonos en la latitud de 36° 56' y en la longitud de 173° 27', vimos más algas y otro madero cubierto de mariscos. Al día siguiente vimos otras dos focas y un pájaro de color castaño del tamaño de un cuervo y con algunas plumas blancas debajo de las alas. Nos dijo Mr. Gore que se ven muchos pájaros de esta especie en las inmediaciones de las islas de Falkland, y nuestra gente los designó con el nombre de gallinas de Puerto Egmont (1).

Jueves 5.

El 5 nos pareció que el agua cambiaba de color; pero echamos el plomo y no dimos fondo con ciento ochenta brazas. En la tarde de este mismo día la declinación fué de 12° 50' E., y luego de avanzar diez leguas aumentó a 14° 2'.

Viernes 6.

Al día siguiente, viernes 6 de octubre, divisamos tierra al NO. desde el mayor, y hacia ella enfilamos inmediatamente; por la tarde se distinguía ya desde cubierta, y parecía muy extensa. La declinación observada aquel día por acimut y amplitud fué de 15° 4' y medio E. Por observaciones del Sol y de la Luna, la longitud del barco resultó ser de 180° 55' O., y tomando la media entre ésta y otras que se calcularon después se apreció un error en la longitud desde la salida de Taiti de 3° 16' de sentido O. con relación a los datos

(1) Es la especie *Megalestris antarctica*, hallada en las regiones subecuatoriales. *(Nota de la edición española.)*

de la corredera. A media noche nos atravesamos y sondeé; pero no hallamos fondo con ciento setenta brazas de cable.

Sábado 7. — Domingo 8.

El 7 tuvimos calma y nos acercamos a tierra poco a poco; cuando saltó la brisa por la tarde aun estábamos a siete u ocho leguas. Nos parecía más dilatada a medida que la veíamos más distintamente, y distinguimos cuatro o cinco cadenas de montañas escalonadas, a cuyo fondo se alzaba una gran cordillera que nos pareció de enorme elevación. Esta tierra fué motivo de empeñadas conversaciones; mas la opinión general fué la de que habíamos encontrado la *Terra australis incognita*. A eso de las cinco vimos abrirse ante nosotros una bahía que parecía internarse mucho en la tierra; ceñimos el viento y navegamos hacia ella; también vimos elevarse humaredas en distintos puntos de la costa. Al cerrar la noche, sin embargo, nos pusimos a la capa hasta romper el día, en cuyo momento nos hallábamos a sotavento de la bahía, con viento del N.; entonces pudimos observar que los montes estaban cubiertos de bosque y que algunos árboles de los valles eran muy corpulentos. A mediodía tratamos de entrar ciñendo la punta suroeste; pero no pudiendo doblarla, viramos de bordo y nos alejamos de ella. En aquel momento vimos varias canoas en medio de la bahía, que al poco tiempo se fueron a la costa, sin darse cuenta al parecer de la presencia del barco; vimos también varias casas que nos parecieron pequeñas, pero bien construídas, y junto a una de ellas se reunieron muchos indios, sentándose en la playa, que nos parecieron los mismos que viéramos en las canoas. Sobre una reducida península situada hacia la punta nordeste divisamos perfectamente una alta y regular empalizada, que cercaba a la cúspide de un cerro; también esto fué motivo de discusión, pues creían unos era un parque de

ciervos y otros un aprisco para vacas y ovejas. (1) A las cuatro de la tarde fondeamos en la parte noroeste de la bahía, frente a la desembocadura de un pequeño río, en diez brazas, con buen fondo arenoso y a media legua de la costa. Las márgenes de la bahía eran blancos acantilados de gran altura; la parte media, una tierra baja, tras de la cual se levantaban paralelas series de colinas, apoyadas unas en otras y dominadas todas por la cadena de montañas, que parecía avanzar tierra adentro.

Por la tarde fuí a tierra acompañado de Mr. Banks y el Dr. Solander, a más de un grupo de hombres, distribuyéndonos entre la pinaza y la yola. Desembarcamos frente al barco, en la margen oriental del río, que tenía por este sitio cuarenta yardas de anchura; mas divisando algunos indios en la ribera occidental y deseando hablar con ellos, en vista de que el río no era vadeable, mandé atracar la yola para que nos llevara un poco al interior y dejé la pinaza en la desembocadura. Cuando nos acercamos al sitio en que estaban reunidos los naturales, todos echaron a correr; desembarcamos, sin embargo, y dejando la yola al cuidado de cuatro grumetes, nos encaminamos hacia unas chozas que había a trescientas yardas del agua. En cuanto nos alejamos un poco del bote, cuatro hombres armados con largas lanzas salieron a escape de los bosques y corrieron con intención de atacar al bote; y habríanle seguramente arrebatado si los de la pinaza no los hubieran descubierto y llamado a los grumetes, mandándoles huír aguas abajo; obedecieron al instante los grumetes; mas como fueran perseguidos de cerca por los indios, el contramaestre de la pinaza, que tenía el mando de los botes, disparó un mosquete al aire; en esto se detuvieron y miraron en derredor; pero a los pocos minutos

(1) Era un *hippah*, especie de fortaleza maorí. *(Nota de la edición española.)*

reanudaron la persecución, blandiendo sus lanzas en actitud amenazadora; el contramaestre disparó entonces un segundo mosquete al aire, pero no hicieron caso ninguno, y uno de ellos, levantando su lanza, hizo intento de atacar al bote, en vista de lo cual se hizo otro disparo de mosquete, que le dejó muerto. Cuando cayó, los otros tres quedáronse suspensos unos minutos, como petrificados por el asombro; no bien se recobraron empezaron a marchar en sentido contrario, arrastrando el cadáver, que pronto hubieron de abandonar para que no los embarazase en su fuga. Al oír el primer disparo de mosquete, todos nosotros, que íbamos andando algo distanciados unos de otros, nos reunimos y volvimos hacia el bote lo más de prisa posible; al cruzar el río vimos al indio muerto tendido en el suelo. Le reconocimos, y comprobamos que tenía atravesado el corazón; era un hombre de estatura mediana y de tez castaña, pero no muy obscura. Uno de los lados de su rostro estaba tatuado en líneas espirales formando una figura muy regular; hallábase cubierto con un fino paño de manufactura completamente nueva para nosotros, que estaba atado de la manera que se representa en los dibujos de la relación del viaje de Abel Tasman, hecha por Valentyn, volumen III, parte segunda, página 50; sus cabellos estaban recogidos en un moño sobre la coronilla, pero no tenía plumas en ellos. Regresamos inmediatamente al barco, desde donde pudimos oír cómo charlaban los indios en tono muy elevado, probablemente acerca de lo que había ocurrido y de lo que deberían hacer.

Lunes 9.

Por la mañana vimos a varios indios en el mismo sitio en que estuvieran la noche precedente, y algunos dirigíanse a buen andar hacia el lugar en que habíamos desembarcado. Casi todos iban sin armas, con excepción de tres o cuatro, que llevaban largas picas. Como

yo deseaba establecer una comunicación con ellos, ordené que fueran tripulados tres botes con marineros y soldados y nos dirigimos a tierra, acompañados de Mr. Banks, el Dr. Solander, Tupia y algunos más. Un grupo de indios, que se compondría de cincuenta, parecía esperar nuestro desembarco en la otra margen del río, lo que juzgué un signo de temor; poco después se sentaron en el suelo. Míster Banks, el Dr. Solander, Tupia y yo desembarcamos del pequeño bote y nos dirigimos hacia ellos; pero no habíamos avanzado muchos pasos cuando todos se levantaron y sacaron picas largas y unas pequeñas armas de talco verde admirablemente pulimentadas, como de un pie de largas y de un grueso tal que podrían pesar cuatro o cinco libras. Tupia les habló en el lenguaje de Taiti; pero ellos sólo respondieron blandiendo sus armas y haciéndonos signos de que nos marcháramos. Disparóse entonces un mosquete, procurando que la descarga no les tocara, y la bala cayó en el agua, pues aun estaba el río entre nosotros. Al ver el efecto abandonaron sus amenazas; pero nosotros consideramos prudente retirarnos hasta que desembarcaran los soldados. Pronto se hizo esto, y empezaron a marchar, llevando delante una bandera, hacia un pequeño banco situado a unas cincuenta yardas del borde del agua. Detuviéronse allí formados y yo avancé de nuevo con Mr. Banks, el Dr. Solander, Tupia, Mr. Green y Mr. Monkhouse. Otra vez se dirigió a ellos Tupia, y observamos con gran complacencia que le entendían perfectamente, pues él y los naturales hablaban dialectos del mismo lenguaje (1). Díjoles Tupia que necesitábamos provisiones y agua y que les daríamos en cambio hierro, cuyas propiedades hubo de ex-

(1) Como pertenecientes los maoríes a la raza polinesia. Véase el relato del segundo viaje de Cook, *Viaje hacia el Polo Sur y alrededor del mundo*, en la colección de *Viajes clásicos* editada por Calpe. *(Nota de la edición española.)*

plicarles lo mejor que pudo. Mostráronse dispuestos a comerciar y manifestaron el deseo de que fuéramos hacia ellos con tal objeto; consentimos en esto con tal de que ellos abandonaran sus armas; pero de esto no hubo manera de convencerlos. Durante esta conversación Tupia nos advirtió que permaneciéramos en guardia porque no eran amigos nuestros; entonces los instamos para que vinieran hacia nosotros, y al fin uno de ellos se desnudó y se echó a nadar sin armas. Pronto le siguieron otros dos, y no tardaron en agregársele los demás, hasta formar un número de veinte o treinta; pero estos últimos vinieron con sus armas. Les regalamos objetos de hierro y cuentas; mas parecían dar poco valor a todas estas cosas, y al hierro menos que a nada, pues carecían de toda noción acerca de su uso. Como consecuencia de esto sólo obtuvimos en cambio algunas plumas; expresaron deseos de cambiar sus armas por las nuestras, y al negarnos a ello trataron de arrebatárnoslas de las manos. Tan pronto como se acercaron a nosotros Tupia repitió su declaración de que no eran amigos y nos advirtió de nuevo que nos mantuviéramos en guardia. Su intento de arrebatarnos las armas no tuvo éxito, y les dimos a entender por medio de Tupia que nos veríamos obligados a matarlos si nos hacían otra violencia. A los pocos minutos, como se le ocurriese a Mr. Green volverse de espaldas, uno de ellos le arrebató el cuchillo y, retrocediendo unos pasos, empezó a agitarlo sobre su cabeza con aire de triunfo; entonces empezaron los demás a mostrarse extremadamente insolentes y vimos venir a otros varios de la opuesta margen del río. Todo esto hacía necesario emplear la represión, y Mr. Banks disparó hacia el que había tomado el cuchillo, con carga de perdigones, a unas quince yardas de distancia; al recibir el tiro cesó de gritar; pero en vez de devolver el cuchillo continuó agitándolo sobre su cabeza, al mismo tiempo que se retiraba a mayor distancia. Al ver esto Mr. Monk-

house, le hizo un disparo de bala, que le abatió instantáneamente. Entonces el grueso de los indios, que a la primera descarga se había retirado a una roca situada en medio del río, empezaron a volver; dos hombres que se hallaban al lado del que había caído se acercaron al cuerpo, y uno le cogió el arma de talco verde y el otro trató de apoderarse del cuchillo, lo que Mr. Monkhouse tuvo tiempo de impedir. Como todos los que se habían retirado a la roca avanzaban hacia nosotros, disparamos tres nuestras armas, cargadas con perdigones, con lo cual se volvieron a tierra, y advertimos al verlos llegar que había dos o tres heridos. Internáronse poco a poco en el país y nosotros volvimos a embarcar en nuestros botes.

Oomo teníamos la desdichada experiencia de que nada podíamos hacer con aquella gente, y observando que el agua del río era salada, empezamos a recorrer la bahía con los botes en busca de agua dulce y con el propósito de sorprender a algunos de los naturales, si era posible, y llevarlos a bordo, donde por medio del buen trato y de regalos pudiéramos obtener su amistad y establecer por este procedimiento una amistosa relación con los demás.

Con gran contrariedad observé que no había sitio bueno en que desembarcar, pues no cesaba de batir la costa un oleaje peligroso. Pero vi venir del mar dos canoas, una a la vela y la otra a remo. Presumí que se ofrecía una oportunidad favorable para apoderarme de algunos sin hacerles daño, ya que los de la canoa debían ser pescadores sin armas y que yo disponía de tres botes llenos de hombres. Dispuse los botes de modo que les interceptaran su camino hacia la costa; pero la gente de la canoa que iba a remo nos vió tan pronto que, dirigiéndose hacia la tierra más cercana remando con todas sus energías, lograron escapar de nosotros; la otra piragua siguió navegando hasta situarse en medio de nosotros, sin distinguir quiénes eramos; pero en

el momento de descubrirnos arriaron la vela y se aplicaron a los remos con tanto afán, que dejaron atrás al bote. Como se hallaban al alcance de la voz, les dijo Tupia que se acercaran a nosotros y les prometió de nuestra parte que no recibirían daño alguno; prefirieron, sin embargo, confiar más en sus remos que en nuestras promesas, y prosiguieron su fuga con todas sus energías. Entonces ordené que se hiciera un disparo al aire, juzgando que sería el mejor medio para realizar mi propósito, pues sospechaba que al oírlo habrían de rendirse o de saltar al agua. En cuanto se hizo la descarga cesaron de bogar, y todos ellos, que eran siete, empezaron a desnudarse, según supusimos para arrojarse por la borda; pero no fué esto lo que ocurrió. Formaron inmediatamente la resolución de no huír y de luchar, y cuando el bote se aproximó a ellos comenzaron a atacar con los remos, con piedras y con otras armas ofensivas tan vigorosamente, que nos vimos obligados a disparar sobre ellos en defensa propia; cuatro cayeron, desgraciadamente, y los otro tres, que eran muchachos, el mayor de unos diez y nueve años y de once el menor, saltaron al agua al momento; el mayor empezó a nadar con gran vigor y resistió las tentativas que hicieron los nuestros para recogerle en el bote, empleando todas sus fuerzas; pero fué al fin dominado, y a los otros dos se los capturó con menos dificultad. Ya me doy cuenta de que los sentimientos de humanidad habrán de impulsar a todos los lectores a censurarme por haber disparado sobre esta gente infeliz, y es imposible que en estado de calma merezca tal acto mi aprobación. No merecían la muerte, en verdad, por desconfiar de nuestras promesas ni por resistirse a entrar en nuestro bote, aunque no recelaran peligro alguno; pero la naturaleza de mi servicio exigía que obtuviera yo un conocimiento de su país que no hubiera podido adquirir de otra manera que procurando introducirme en forma hostil o ganándome la confianza y

buena voluntad de la gente. Había ensayado ya, sin resultado, el efecto de los regalos, y se me imponía, para evitar posteriores hostilidades, la necesidad de apoderarme de alguno de ellos, ya que era el único método que tenía para convencerlos de que no tratábamos de hacerles daño y de que nos hallábamos en disposición de agradarlos y favorecerlos. Mis intenciones no eran, por tanto, criminales, y aunque en definitiva pudiera haber sido nuestra la victoria sin sacrificar ninguna vida, cosa que no tenía razones para presumir, hay que tener en cuenta que en tales situaciones, cuando se ha dado la voz de ¡fuego!, no hay hombre que pueda reprimirse ni a quien le sea posible medir previamente los efectos.

Tan pronto como los pobres hombres a quienes habíamos sacado del agua estuvieron en el bote se arrojaron al suelo, esperando que de un momento a otro les diéramos muerte. Apresurámonos a convencerlos por todos los medios de lo contrario; les proveímos de ropa y les ofrecimos todos los testimonios de amistad que pudieran desvanecer sus temores y excitar su buena voluntad. Para aquellos que conocen bien la naturaleza humana no ha de ser extraño que la alegría de aquellos jóvenes salvajes al ver alejarse el temor de la muerte y advertir el trato afable que les dedicaban los mismos de quienes suponían que habían de ser sus verdugos sobrepujara al dolor ocasionado por la pérdida de sus amigos y se manifestara poderosamente en sus rostros y en su conducta. Antes de llegar al barco, despejados ya por completo todos sus recelos, parecieron no sólo acomodarse a su situación, sino extremadamente contentos, y cuando al llegar a bordo se les ofreció pan, lo devoraron. Respondieron a muchas preguntas y formularon ellos varias, denotando placer y curiosidad, y cuando llegó la hora de nuestra comida mostráronse deseosos de gustar todo lo que veían; parecían preferir el cerdo salado a los otros manjares que

había sobre la mesa. Hicieron otra comida al atardecer, manifestando gran voracidad, comiendo una gran cantidad de pan y bebiendo un cuarto de pinta de agua. Les preparamos camas en los almacenes y se fueron a dormir completamente satisfechos. Pero habiendo remitido en el curso de la noche su excitación mental, que hubo de ceder el paso a la reflexión, comenzaron a dar frecuentes suspiros. Tupia, que permanecía vigilante, se levantó para reanimarlos, y a fuerza de reflexiones consoladoras, no sólo los tranquilizó, sino que les hizo concebir alegría; tanto se animaron, que empezaron a cantar una canción en la que se advertía un gusto que hubo de sorprendernos: el tono era solemne y suave, como el de nuestros salmos, y contenía melodiosas modulaciones. Sus rostros eran inteligentes y expresivos, y el mediano, que parecía tener quince años, mostraba un aire de franqueza y una desenvoltura notables. Nos enteramos de que los dos mayores eran hermanos y de que sus nombres eran Taahourange y Koikerange; el nombre del menor era Maragovete. Al dirigirnos al barco después de tomar en el bote a estos muchachos recogimos un trozo de piedra pómez que flotaba sobre el agua: signo cierto de haber o de haber habido un volcán en aquellas cercanías.

Martes 10.

A la mañana siguiente todos parecieron contentos e hicieron una copiosa comida; los vestimos después y los adornamos con brazaletes, collares y zarcillos, según su propia usanza, y echando al agua el bote se les dijo que íbamos a ponerlos en tierra; esto les produjo un transporte de alegría; pero al advertir que nos dirigíamos al sitio de nuestro primer desembarco, cerca del río, demudáronse sus semblantes y nos suplicaron con gran afán que no los lleváramos a dicho punto, porque dijeron que se hallaba habitado por sus enemigos, los cuales habrían de matarlos y de comérselos.

Esto me produjo gran contrariedad, porque esperaba que la relación que hicieran los muchachos y su aspecto de alegría y tranquilidad habría de procurarnos una favorable acogida. Había yo mandado ya un oficial a tierra con soldados y unos cuantos hombres para cortar leña y había determinado desembarcar cerca de aquel lugar, proponiéndome, sin embargo, no abandonar a los muchachos si al llegar a tierra se resistían a dejarnos; pero pensaba enviarlos en un bote por la tarde a la parte de la bahía que ellos señalaban y en la que decían que estaba su casa. Fueron conmigo míster Banks, el Dr. Solander y Tupia, y al desembarcar con los muchachos y cruzar el río parecieron al principio desear quedarse con nosotros; pero al cabo cambiaron de idea, y, aunque no sin cierta vacilación y luego de derramar algunas lágrimas, se despidieron de nosotros; cuando se hubieron alejado nos dirigimos hacia una laguna con objeto de tirar a los patos, que había en gran cantidad, y cuatro soldados nos defendían marchando paralelamente a nosotros por un ribazo que dominaba el terreno. Cuando ya habíamos avanzado cosa de una milla nos llamaron los soldados y nos dijeron que un fuerte grupo de indios se hallaba a la vista y avanzaba rápidamente. Al enterarnos de esto nos agrupamos y decidimos regresar a los botes lo más pronto posible. Apenas habíamos empezado a poner por obra esta decisión salieron de repente de la maleza los tres muchachos indios, que habían estado escondidos, y de nuevo nos pidieron protección. Los acogimos otra vez y, dirigiéndonos a la playa, como lugar más despejado, continuamos a buen paso hacia los botes. Los indios se hallaban divididos en dos grupos; los que componían uno de ellos corrieron por el ribazo por que acababan de pasar los soldados y los otros rodearon la laguna para que no pudiéramos verlos; al percatarse de que nos habíamos reunido moderaron su paso, pero aun nos siguieron; esta lentitud con que

continuaron andando fué una suerte tanto para ellos como para nosotros, porque cuando llegamos a la orilla del río, donde esperábamos hallar los botes que debían conducirnos a los bosques, nos encontramos con que estaba la pinaza a más de una milla del sitio en que la habíamos dejado, por haber sido enviada a recoger un pájaro que había matado el oficial, por lo cual tuvo que hacer la yola tres viajes para incorporarnos al resto de la partida. No bien nos hubimos congregado en la otra margen del río bajaron los indios, no en grupo, como esperábamos, sino de tres en tres, todos armados, y en poco tiempo llegaron a juntarse unos doscientos. Como desconfiábamos de hacer entonces las paces con ellos, viendo que no servía para mantenerlos a distancia el miedo a nuestras pistolas y que el barco estaba demasiado lejos para poder cañonear aquel lugar, decidimos volver a embarcarnos, por temor a que nuestra permanencia nos deparase alguna otra contienda y se sacrificasen más vidas de indios. Avanzamos, pues, hacia la pinaza, que ya regresaba, cuando uno de los muchachos empezó a gritar diciendo que su tío se hallaba entre los que habían bajado hacia nosotros, y nos suplicó que nos detuviéramos para hablar con ellos. Accedimos a esto, e inmediatamente comenzaron a comunicarse con Tupia, y durante la conferencia los muchachos levantaban sus manos mostrando todas las cosas que se les habían dado, como pruebas de nuestra amistad y largueza; pero ni los muchachos querían acercarse a los otros ni los otros a los muchachos. El cuerpo del hombre que había sido muerto el día antes aun yacía sobre la playa; al verle los muchachos, acercáronse a él y le cubrieron con algunas de las prendas que les habíamos dado. Poco después un hombre solo, desarmado, que resultó ser el tío de Maragovete, el menor de los chicos, se echó a nado hacia nosotros, trayendo en su mano una rama verde, que supusimos que, así como ocurría en Taiti, fuera un emblema de

paz. Tomamos la rama de manos de Tupia, que la había recogido, e hicimos al indio muchos regalos; invitámosle también a venir al navío, pero él rehusó; dejámosle en vista de esto, creyendo que su sobrino y los otros dos jóvenes querían quedarse con él; pero, con gran extrañeza nuestra, prefirieron venir con nosotros. Cuando nos retiramos se distanció un poco el indio y cogió otra rama verde, con la cual se aproximó al cadáver que cubriera el muchacho con parte de sus vestiduras, y haciendo un círculo en torno del cuerpo, con muchas ceremonias, arrojó la rama sobre él. Hecho esto se incorporó a sus compañeros, que se habían sentado sobre la arena para observar la marcha de su negociación. Rodeáronle inmediatamente después y permanecieron juntos más de una hora, sin parecer parar su atención en nosotros. Como sentíamos más curiosidad que ellos, los observamos desde el barco con nuestros anteojos; los vimos cruzar el río en una especie de almadía y advertimos que cuatro de ellos se llevaban el cadáver que el muchacho cubriera y sobre el cual había ejecutado su tío la ceremonia de la rama, transportándolo sobre un féretro; al otro cadáver se le dejó donde había quedado desde el principio.

Después de comer dijimos a Tupia que preguntara a los muchachos si tendrían ahora algún inconveniente en ir a tierra, y al sitio en que había quedado su tío, pues habiéndose llevado el cadáver consideramos que se había hecho una ratificación de paz; dijeron hallarse dispuestos, y botada que fué la lancha, se metieron en ella con gran presteza. Cuando el bote, en el que había yo mandado a dos suboficiales, llegó a tierra desembarcaron de muy buen grado; pero al alejarse la embarcación echaron a correr hacia las rocas y, zambulléndose en el agua, nuevamente pidieron que se los condujera a bordo; mas como los del bote tenían órdenes expresas de dejarlos, no pudieron complacerlos. Entretanto no dejamos de observar lo que ocurría en

la orilla, y vigilando constantemente con nuestros anteojos vimos a un hombre cruzar el río en otra balsa y transportarlos a un lugar en que se habían reunido cuarenta o cincuenta indios, que se arremolinaron en torno de ellos, permaneciendo de esta manera hasta que anocheció. Al mirar otra vez y verlos ponerse en movimiento distinguimos a nuestros tres prisioneros, que, separándose de los demás, bajaron a la orilla, y luego de agitar sus manos por tres veces con dirección al barco se volvieron tranquilamente para reunirse con sus compañeros, encaminándose luego todos pacíficamente hacia la parte que los chicos nos habían señalado como su residencia. Teníamos, pues, razones para creer que no se les había hecho ningún daño; tanto más, cuanto que advertimos que conservaban las ropas que les habíamos dado.

Después de obscurecer oímos altas voces al extremo de la bahía, como de costumbre; pero nunca pudimos saber el significado de aquellas manifestaciones.

CAPÍTULO II

Descripción de la Bahía de la Pobreza y aspecto de la comarca adyacente.—Recorrido desde la bahía al Cabo de Turnagain (vuelve otra vez) y vuelta a Tolaga.—Descripción de la gente y del país y relación de los incidentes que ocurrieron en aquella parte de la costa.

Miércoles 11.

A las seis de la mañana siguiente levamos anclas y salimos de este lugar inhospitalario y desdichado, al que dimos el nombre de Bahía Pobreza y al que llaman los naturales Taoneroa, o playa larga, ya que en ella no habíamos podido proporcionarnos un solo artículo de los que necesitábamos, como no fuera un poco de madera. Hállase en la latitud de 38° 42' S. y en la longitud de 181° 36' O.; afecta la forma de una herradura y se reconoce por una isla situada al pie de su punta norte; las dos puntas que forman la boca son altas, con abruptos acantilados blancos, y distan legua y media o dos leguas una de otra, y al NE. E. y SO. O. La profundidad del agua en la bahía es de cinco a doce brazas, con fondo arenoso y buen anclaje; mas por su situación se halla abierta a todos los vientos del cuadrante SE. Los botes pueden salir y entrar en el río con cualquier marea en buen tiempo; pero como hay una barra en la entrada, ninguna embarcación puede salir ni entrar cuando hay mar gruesa. El mejor sitio para intentar la maniobra es la parte nordeste, siendo la única practicable cuando no se puede hacer por nin-

guna otra parte. La costa de la bahía, conforme se avanza un poco hacia el interior, es una playa baja, tras de la cual, a poca distancia, se ofrece un paisaje bellamente accidentado de montes y valles cubiertos de bosque y tapizados de verdura. El país aparece bastante habitado, especialmente por los valles que vierten a la bahía, en los cuales parajes vimos levantarse todos los días nubes de humo en una gran distancia, hasta perderse la vista en una lejanía montañosa de estupenda altura.

La punta suroeste de la bahía recibió el nombre de Cabeza del Joven Nick, por haber sido Nicolás Young el grumete que vió primero la tierra; al mediodía nos hallábamos al NO. O., a tres o cuatro leguas de la punta, y estábamos entonces a unas tres millas de la costa. La tierra se extendía de NE. N. al S., y yo propuse seguir costeando hacia el S. hasta alcanzar la latitud de 40° ó 41°, con idea de volver hacia el N. si no encontrábamos nada que nos indujese a proseguir el primer rumbo.

Por la tarde tuvimos calma, y al darse cuenta de ello la gente de tierra salieron varias canoas, que se acercaron hasta un cuarto de milla del barco; pero no pudimos persuadirlos de que se aproximaran más, aunque Tupia ejercitó todo el poder de sus pulmones y toda su elocuencia en aquella ocasión, gritando y prometiéndoles que no se les haría daño. Entonces vimos venir otra canoa de Bahía Pobreza, con sólo cuatro tripulantes, uno de los cuales nos era conocido desde nuestra primera entrevista sobre la roca. Esta canoa, sin detenerse ni parar la menor atención en las otras, llegó en seguida hasta el barco, y con poco trabajo de persuasión logramos que los indios subieran a bordo. Pronto siguieron su ejemplo los de las otras canoas, y se reunieron en torno nuestro siete canoas con unos cincuenta hombres. A todos les hicimos regalos con mano pródiga; mas a pesar de nuestra largueza mostraron tanto afán por disfrutar de las cosas que teníamos, que

todo cuanto ellos poseían, hasta las ropas con que se cubrían y los remos, se empeñaban en que lo tomáramos en cambio. Entre todos no traían más que dos armas, que eran los instrumentos de talco verde, cuya forma recordaba la de una raqueta acabada en punta, y que tenían mango corto y bordes afilados; llamábanlos ellos *patu-patu*, y parecían ser muy a propósito para la lucha cuerpo a cuerpo, pues bastaban para hendir de un solo golpe el cráneo más duro.

Cuando la gente se hubo recobrado de la primera impresión de temor, que, no obstante su resolución de subir a bordo, habíalos tenido ostensiblemente confusos, les preguntamos por nuestros pobres muchachos. El hombre que primero había venido a bordo nos contestó que estaban en su casa sanos y salvos, y añadió que él se había aventurado a llegar al barco por lo que ellos le habían contado, la amabilidad con que los habíamos tratado y las maravillas que contenía el barco.

Mientras permanecieron en el barco no cesaron de demostrarnos amistad, y nos invitaron muy cordialmente a volver a la antigua bahía o a una pequeña ensenada que nos señalaron, y que estaba más cerca; mas preferí continuar mis descubrimientos a volver hacia atrás, por abrigar la seguridad de encontrar un puerto mejor que todos los que había visto hasta entonces.

Una hora antes de ponerse el Sol partieron las canoas con los pocos remos que se habían reservado, que apenas eran suficientes para llevarlos a tierra; mas no sabemos por qué medios quedáronse tres indios rezagados; tan pronto como los descubrimos avisamos a los otros, pero ninguno quiso volver para embarcarlos. Esto nos sorprendió grandemente; pero aun nos extrañó más observar que los indios que habían quedado abandonados no parecían sentir inquietud alguna por su situación; antes al contrario, nos obsequiaron con danzas y canciones, comieron y se fueron tranquilamente a la cama.

Miércoles 11. —Jueves 12.

Poco después de obscurecer saltó una ligera brisa y gobernamos a lo largo de la costa a buena marcha hasta media noche, hora en que nos pusimos a la capa, sobreviniendo la calma poco después. Hallábamonos entonces a varias leguas del lugar en que nos dejaron las canoas, y cuando al romper el día advirtieron esto los indios, llenáronse de consternación y de terror, y deploraron su situación en altas lamentaciones, con lágrimas y gestos de desesperación. Logró apaciguarlos Tupia con gran dificultad, y volviendo a saltar la brisa hacia las siete de la mañana continuamos bordeando la costa con rumbo SO. Afortunadamente para nuestros pobres indios, vinieron hacia nosotros entonces dos canoas; detuviéronse, sin embargo, a cierta distancia, y parecieron resistirse a acercarse más. Sintiéronse nuestros indios grandemente agitados por esta incertidumbre, y suplicaron a sus compañeros con voces y gestos, y poseídos de la mayor impaciencia, que se aproximaran al barco. Tupia nos tradujo lo que dijeron, y nos sorprendió extraordinariamente saber que, entre otros argumentos, aseguraban a los de las canoas que nosotros no nos comíamos a los hombres. Entonces empezamos a creer seriamente que entre estas gentes prevalecía esta horrible costumbre, pues lo que nos habían dicho los muchachos habíamoslo considerado como expresión hiperbólica de su espanto. Al cabo se aventuró una de las canoas a llegar hasta el barco, y subió a bordo un viejo que por el lujo de su ropa, así como por la superioridad de su armamento, que era un *patu-patu* de hueso de ballena, según nos dijo, parecía ser un jefe. Permaneció a bordo poco tiempo, y cuando se marchó llevó consigo a nuestros huéspedes, con gran satisfacción tanto suya como nuestra.

Al hacernos a la vela nos hallábamos frente a una punta, desde la cual extendíase la tierra en dirección

SS. O., y a la que por su figura dimos el nombre de Cabo de la Mesa. Esta punta está a siete leguas y al sur de Bahía Pobreza, en la latitud de 39° 7' S. y en la longitud de 181° 36' O.; es de considerable altura, forma un ángulo agudo y parece ser plana por la parte superior.

Al navegar costeando hacia el sur del cabo, a la distancia de dos o tres millas, acusaron nuestras sondas de veinte a treinta brazas, y pudimos observar que había una cadena de rocas entre la tierra y nosotros, que aparecía sobre el agua a diferentes alturas.

ISLA DE PORTLAND.

A mediodía marcaba el Cabo Mesa N. 20° E. a unas cuatro leguas, y una pequeña isla situada en el extremo visible del S. marcaba S. 70° O. a la distancia de tres millas. A esta isla, llamada por los naturales Teahowray, la llamamos nosotros Isla de Portland, por su gran semejanza con Portland del Canal Inglés; hállase a una milla de una punta de la tierra, pero parece haber una corrida de rocas que se extiende casi de una a otra. Al N. 57° E. y a dos millas de la punta sur de Portland hay una roca sumergida, sobre la que rompe el mar con gran violencia. Pasamos entre esta roca y la tierra con una profundidad de quince a veinte brazas.

En tanto que navegábamos a lo largo de la costa vimos a los naturales reunidos en grandes grupos, tanto en la isla Portland como sobre tierra; también pudimos distinguir varias manchas de terreno cultivado; algunas parecían recién labradas y surcadas, cual si sobre ellas hubiera pasado el arado. Vimos en ellas plantas en diversos estados de desarrollo. También divisamos en dos sitios altas empalizadas sobre los cerros, análogas a la que viéramos sobre la península del nordeste de Bahía Pobreza; mas como estaban dispuestas en línea y sin cerrar extensión alguna, no pudimos adivinar

su objeto, y sospechamos que fueran obra de la superstición.

A mediodía vimos aparecer una canoa tripulada por cuatro hombres; acercóse a un cuarto de milla de nosotros, y parecían ejecutar diversas ceremonias; uno de ellos, que se hallaba en la proa, hacía unas veces manifestaciones de paz y otras de guerra, blandiendo un arma que llevaba en su mano; luego empezó a bailar y a cantar; Tupia habló mucho con él, pero no logró persuadirlo de que subiera a bordo.

Entre una y dos de la tarde descubrimos tierra al oeste de Portland, que se extendía hacia el S. hasta perderse de vista. Cuando el barco estaba bordeando la punta sur de la isla advertimos que navegábamos sobre un bajo; la profundidad era siempre de más de siete brazas; pero no se hacían dos sondeos iguales, pues bruscamente se pasaba de siete a once brazas. No tardamos, sin embargo, en salir del peligro, navegando de nuevo sobre aguas profundas.

Por entonces estábamos a una milla de la isla, en la que se veían blancos acantilados y una lengua de tierra baja que corría desde ella a la costa. Sobre las rocas de la isla vimos en distintos puntos numerosos grupos de indios que nos miraban con gran atención, y es probable que advirtiesen algo de la confusión que reinaba a bordo y cierta irregularidad en la maniobra del barco mientras que salíamos del bajo, por lo que debieron inferir que estábamos alarmados e inquietos. Pensamos que querían aprovecharse de nuestra situación, porque zarparon de la costa a toda prisa cinco canoas llenas de hombres bien armados; acercáronse tanto y se mostraron en disposición tan hostil, vociferando, blandiendo sus armas y produciendo gestos de amenaza, que entramos en cuidado por nuestro pequeño bote, que aun estaba sondando. Disparóse un mosquete al aire; pero al ver que no les hacía daño manifestáronse más bien provocativos que intimidados. En

vista de ello mandé disparar un cañonazo de cuatro libras cargado de metralla, procurando que no los alcanzara la descarga. Esto produjo mejor efecto: al oír el estampido todos se levantaron y empezaron a gritar, y en vez de proseguir la caza se unieron y se alejaron pacíficamente, después de breve conciliábulo.

Doblada la isla de Portland nos dirigimos a tierra en direoción NO. a favor de una brisa del NE. que cayó a las cinco, viéndonos obligados a anclar. Teníamos veinte brazas, con buen fondo de arena; la punta sur de Portland marcaba SE. 45° S a dos leguas de distancia, y una punta baja de tierra señalaba N. 45° E. En la dirección misma de esta punta baja corre una bahía que se interna bastante tras de la tierra cuya extremidad constituye Cabo Mesa, hasta el punto de formarse en esta parte una península unida por una estrecha y baja lengua de tierra a la masa principal. De esta península, a la que llaman los naturales Terakaco, forma Cabo Mesa la punta norte y Portland el extremo sur.

Mientras estábamos anclados, otras dos canoas vinieron hacia nosotros: una armada, y la otra, de pesca, con sólo cuatro hombres. Acercáronse tanto, que entablaron conversación con Tupia; contestaron con gran deferencia a todas las preguntas que él hubo de hacerles, pero no pudo convencerlos de que entraran a bordo; aproximáronse, sin embargo, lo suficiente para recibir diversos regalos que se les echaron desde el barco, de los que parecieron quedar complacidos, y se alejaron. Durante la noche viéronse muchas hogueras en la costa, tal vez con objeto de demostrar que los habitantes estaban demasiado en guardia para ser sorprendidos.

Viernes 13.

A las cinco de la mañana del 13 saltó una brisa del N.; levamos anclas e hicimos rumbo a tierra. Por aquella parte se forma una amplia bahía, de la que Portland

constituye la punta norte y un brazo la bahía que se interna por detrás de Cabo Mesa. Me sentí inclinado por algunos momentos a reconocerla porque parecía haber en ella anclaje seguro; mas como no tuviera certeza de ello y el viento nos fuera desfavorable, no quise gastar tiempo. La profundidad mayor que comprobamos junto a Portland fué de veinte brazas, pero el fondo estaba claro por todas partes. La tierra que bordea la costa es de altura mediana, con blancas rocas y arenosas playas; más adentro comienza el terreno a accidentarse, resultando en conjunto montuoso, cubierto en general de bosque y ofreciendo a la vista un panorama grato y fértil. Por la mañana siguieron al barco nueve canoas; mas no podríamos decir si traían intenciones pacíficas u hostiles, porque las dejamos atrás muy pronto.

Por la tarde enfilamos hacia un lugar en que parecía haber una abertura, pero no encontramos puerto; salimos de nuevo hacia fuera, y no tardamos en ver que nos seguía una gran canoa con diez y ocho o veinte hombres, todos armados, que aunque no pudieron darnos alcance prorrumpieron en gritos de desafío y blandieron sus armas haciendo gestos de insulto y amenaza.

Sábado 14.

A la mañana siguiente observamos bien las montañas del interior, que aun se hallaban nevadas; el país presentábase en las inmediaciones de la costa en forma de tierras bajas y poco a propósito para el cultivo; mas advertimos una mancha amarilla en cierta zona que tenía la apariencia de un campo de trigo, pero que no debía de ser más que un terreno de espadañas secas, muy frecuentes en los lugares pantanosos. Un poco más lejos vimos pequeños boscajes formados por árboles altos y puntiagudos, y hallándonos a dos leguas próximamente del recodo suroeste de la gran bahía que habíamos costeado durante los dos últimos días mandé botar la pinaza y la falúa para salir en busca de agua dulce;

mas en el preciso momento en que partían las dos embarcaciones vimos varios botes llenos de gente, que venían de tierra, y no juzgué prudente dejar que se separaran aquéllos del barco. A eso de las diez, luego de congregarse cinco de aquellos botes como para deliberar, dirigiéronse al navío trayendo a bordo de ochenta a noventa hombres y seguidos a cierta distancia por otras cuatro canoas, que parecían proponerse apoyar el ataque.

Cuando la primera de las cinco canoas estuvo a cien yardas del navío, empezaron a entonar su canción de guerra y a blandir sus picas en actitud de empeñar combate. No teníamos tiempo que perder, porque de no evitar el ataque habríamos de vernos en la desdichada necesidad de usar nuestras armas contra ellos, cosa que deseábamos eludir a toda costa. Ordenóse a Tupia, por tanto, participarles que poseíamos armas que, como el rayo, podían destruírlos en un momento; que los convenceríamos inmediatamente de su poder usándolas de modo que no les hicieran daño; mas que si persistían en su agresivo propósito íbamos a vernos obligados a emplearlas en nuestra defensa. Disparóse entonces un cañón de a cuatro cargado de metralla, de manera que la descarga pasara sobre ellos, que produjo el efecto apetecido: el estampido, el fogonazo, y, sobre todo, la descarga, que se esparció mucho en el agua, los intimidó de tal manera, que empezaron a huír remando con todas sus fuerzas. Tupia, sin embargo, los llamó, asegurándoles que si venían desarmados se los recibiría amistosamente, y entonces la gente de uno de los botes depositó en otro sus armas y se acercó a nuestra popa. Hicímosles varios regalos, y habríamos logrado hacerlos entrar a bordo de no haberse aproximado los de otra canoa amenazándonos de nuevo, gritando y blandiendo sus armas; al ver esto los que habían venido desarmados, manifestaron gran contrariedad y al cabo se alejaron todos.

Domingo 15.

Por la tarde nos dirigimos hacia la punta sur de la bahía; pero habiendo obscurecido antes de llegar a ella, pasamos la noche haciendo bordadas. A las ocho de la mañana siguiente, hallándonos frente a la punta, acercáronsenos varias canoas de pesca y nos vendieron pescado podrido; pero era lo mejor que tenían, y nosotros deseábamos establecer con ellos tráfico fuera como fuera. Esta gente se condujo muy bien, y nos habríamos separado en términos amistosos a no ser por una gran canoa, tripulada por veintidós hombres armados, que llegó audazmente al costado del navío. Pronto advertimos que este bote no traía nada con qué traficar; pero les dimos, sin embargo, tres piezas de paño, artículo al que parecían muy aficionados. Observé que uno de los hombres se hallaba cubierto por una piel negra semejante a la del oso, y deseando saber a qué animal había pertenecido, le ofrecí por ella un trozo de bayeta roja. Pareció sumamente complacido del trato: despojóse inmediatamente de la piel, y alzándola desde el bote se mostró dispuesto a cambiarla; no quería, sin embargo, desprenderse de ella hasta haber tomado posesión del paño, y como no habría habido posibilidad de transferencia de insistir yo en la misma condición, ordené que se le entregara el paño, inmediatamente después de lo cual, con asombroso cinismo, en vez de entregar la piel empezó a empaquetarla, con la bayeta que había recibido a cambio, en una cesta, sin conceder la menor atención a mis reconvenciones, y poco después se alejó del navío en unión de los pescadores. Cuando se hallaron a cierta distancia se congregaron, y volvieron después de una breve consulta; los pescadores ofrecieron más pescado, que se les compró, aunque para nada servía, y se reanudó el tráfico. Entre los que se hallaban en la borda del navío para recibir lo que habíamos comprado figuraba el pequeño Taye-

to, el muchacho de Tupia; y uno de los indios, aprovechando la oportunidad, apoderóse de él bruscamente y le hizo bajar a la canoa; sujetáronle en ella dos de los hombres, mientras que los otros se pusieron a remar con gran presteza, siguiéndolos las demás canoas lo más rápidamente que pudieron. Al ver esto, los soldados que estaban armados sobre cubierta recibieron orden de hacer fuego. Dirigióse la descarga hacia la parte de la canoa más distante del muchacho, procurando alargar el tiro, pues queríamos mejor marrar a los demás que herir al muchacho; ocurrió, sin embargo, que cayó uno de los hombres, con lo cual soltaron los otros al muchacho, que saltó al agua instantáneamente y empezó a nadar hacia el navío. Inmediatamente empezó a perseguirlo la gran canoa; pero disparando sobre ella algunos mosquetes y un cañón de los grandes desistió de la persecución. Pusimos el navío a la capa, echóse al agua un bote, y se recogió ileso al muchacho, aunque tan aterrado que permaneció algún tiempo privado del sentido. Los que siguieron con sus anteojos a las canoas dijeron haber visto que fueron desembarcados tres hombres que parecían muertos o completamente inutilizados por las heridas.

BAHÍA HAWKE.

Dimos el nombre de Cabo Kidnappers (ladrón de muchachos) a la punta junto a la cual había tenido efecto la desdichada transacción. Se halla en la latitud de 39° 43' y en la longitud de 182° 24' O. Se hace notar por dos rocas blancas que semejan dos niaras y por los altos acantilados que se descubren a uno y otro lado. Dista trece leguas en dirección OSO. de la isla de Portland, y entre uno y otra se halla la bahía, de la que forma la punta sur el cabo, y a la cual, en honor de sir Edward Hawke, entonces primer lord del Almirantazgo, dimos el nombre de Bahía Hawke. Encontramos en ella de veinticuatro a veintisiete brazas y buen anclaje.

Desde el Cabo Kidnappers se extiende la tierra en dirección SSO., y en ese rumbo seguimos costeando a una legua de tierra, con buena brisa y tiempo claro.

Tan pronto como Tayeto se recobró de su espanto trajo un pescado a Tupia y le dijo que deseaba hacer con él una ofrenda a su *eatua*, o dios, en acción de gracias por haber escapado; Tupia encomió su piedad y le ordenó tirar el pescado al agua, lo que hizo inmediatamente.

Lunes 16.

Hacia las dos de la tarde pasamos una pequeña, aunque alta, isla blanca, muy cercana a la costa, sobre la que vimos muchas casas, piraguas y gente. Dedujimos que se trataba de pescadores, porque la isla era totalmente estéril; vimos también algunos isleños en la playa de una pequeña bahía que se abre en la tierra principal por la parte de adentro de la isla. A las once nos pusimos a la capa hasta el alba, y entonces nos hicimos a la vela hacia el S. costeando. A eso de las siete doblamos una alta punta de tierra que se halla al SSO. y a doce leguas del Cabo Kidnappers; desde esta punta se extiende la tierra tres cuartos de cuadrante más hacia el O.; a las diez vimos más tierra hacia el S., y a mediodía la tierra más meridional que se hallaba a la vista marcaba S. 39° O. a ocho o diez leguas, y un alto promontorio de amarillos acantilados divisábase en dirección O. a dos millas; la profundidad del agua era de treinta y dos brazas.

Martes 17.

Por la tarde tuvimos fresca brisa del O. y durante la noche frecuentes cambios de viento y calma; por la mañana saltó una brisa entre el NO. y el NE., y habiendo navegado hasta entonces hacia el S. sin hallar probabilidades de encontrar un puerto, y observando que el aspecto del país empeoraba cada vez más, juzgué que

seguir en aquella dirección no había de acarrear ventaja alguna y que, por el contrario, habría de hacernos perder un tiempo que podría emplearse con más esperanza de éxito en reconocer la costa hacia el N. Viré, por tanto, a la tarde y tomamos rumbo N. con fuerte brisa del O. El alto promontorio de amarillos acantilados frente al que nos hallábamos al mediodía recibió el nombre de Cabo Turnagain porque allí dimos vuelta. Se halla en la latitud de 40° 34' S. y en la longitud de 182° 55' O., a ocho leguas en dirección SSO. y S. S. 45° O. del Cabo Kidnappers. La tierra entre ambos cabos es de altitud desigual; preséntase levantada en algunos lugares junto al mar, con blancos acantilados, y en otros baja con arenosas playas; el aspecto del país no es tan agradable ni se halla tan cubierto de vegetación como en las inmediaciones de la Bahía Hawke, sino que más bien recuerda nuestras altas dunas de Inglaterra. Según todas las apariencias, sin embargo, se halla bastante habitado, porque en nuestra ruta costera vimos varios pueblos, no sólo en los valles, sino en las cumbres y en las laderas de las montañas, así como también humaredas en otros muchos puntos. La cadena de montañas que se ha mencionado antes extiéndese hacia el S. más allá del alcance de la vista y hallábase por todas partes cubierta de nieve. Por la noche vimos dos fuegos en el interior tan grandes, que supusimos habrían sido producidos con objeto de limpiar la tierra para la roturación; pero sea lo que fuere, constituye una demostración de que la parte del país en que aparecían se halla habitada.

Miércoles 18. —Jueves 19.

El 18 a las cuatro de la mañana marcaba Cabo Kidnappers N. 32° O. a dos leguas de distancia; en esta situación teníamos sesenta y dos brazas, y cuando el cabo marcó ON. a tres o cuatro leguas teníamos cuarenta y cinco; en la mitad del camino entre la isla de Portland

y el cabo tuvimos sesenta y cinco brazas. Por la tarde, hallándonos a la altura de la península por el interior de la isla de Portland, llamada Terakaco, destacóse una canoa de la costa, que alcanzó al barco con mucha dificultad; hallábase tripulada por cinco hombres, dos de los cuales parecían jefes, y servidores los otros tres; los jefes subieron a bordo después de una sencilla invitación y ordenaron a los demás que permaneciesen en su canoa. Tratámoslos con gran cortesía y no estuvieron remisos para demostrar su satisfacción; bajaron a la cámara, y al cabo de un rato nos dijeron que habían resuelto no tornar a tierra hasta la mañana siguiente. Como el honor de que durmieran a bordo no lo esperábamos, ni lo deseábamos, protesté enérgicamente de ello y les dije que no les convenía porque el navío habría de hallarse por la mañana muy distante del lugar en que a la sazón se encontraba; persistieron, sin embargo, en su resolución, y como era imposible desprenderse de ellos sin arrojarlos del barco a viva fuerza, acabé por consentir. Propuse, sin embargo, como precaución conveniente, tomar a bordo también a sus servidores y meter la canoa en el navío; no hicieron objeción alguna, y se hizo lo que yo había determinado. El rostro de uno de estos jefes era de lo más franco e ingenuo que he visto nunca, y no tardé en alejar toda sospecha de que abrigaran algún siniestro designio. Ambos examinaron con gran curiosidad y atención todo lo que veían y recibieron muy agradecidos los pequeños obsequios que se les hicieron; pero a ninguno de los dos hubo manera de persuadirlos de que comieran o bebieran, mientras que sus servidores devoraron todo lo que estuvo a su alcance. Supimos que estos hombres habían oído hablar de nuestra amabilidad y largueza a los naturales que estuvieran a bordo, sin embargo de lo cual estimamos la confianza que pusieron en nosotros como una prueba extraordinaria de su entereza. Por la noche nos pusimos a la capa hasta la llegada

del día, en cuyo momento desplegamos las velas; a las siete de la mañana volví a ponerme a la capa, frente al Cabo Mesa, y envié a nuestros huéspedes en su canoa, manifestando ellos alguna sorpresa al encontrarse tan lejos de su residencia; pero desembarcaron por frente del barco. Entonces vi zarpar de la costa a otras canoas; pero me hice al mar con rumbo N. sin esperar su llegada.

A las tres pasé frente a un notable promontorio, al que llamé Promontorio del Alero por la gran semejanza que presentaba el blanco acantilado de la punta con el alero de una casa; no es más notable por su figura que por una roca que se levanta a cierta distancia y que semeja un campanario. Se halla a unas doce leguas de Cabo Mesa, en dirección N. 24° E. La costa forma entre ellos un golfo, dentro del cual se abre Bahía Pobreza, a cuatro leguas del promontorio y a ocho del cabo. Allí vinieron a nosotros tres canoas, subiendo un hombre a bordo; dímosle algunas chucherías, y no tardó en volver a su bote, que se alejó con los demás.

Viernes 20.

Por la mañana enfilé hacia tierra con objeto de observar dos bahías que me pareció se abrían a cosa de dos leguas al norte del promontorio; no pude encontrar las más meridional, pero anclé en la otra a eso de las doce.

En esta bahía nos invitaron los tripulantes de varias canoas a dirigirnos a un lugar en que decían había abundancia de agua dulce; no me pareció aquél tan buen refugio marítimo como esperaba; pero los naturales que se nos acercaron mostráronse en tan amistosa disposición, que determiné intentar adquirir algún conocimiento del país antes de seguir más hacia el N.

En una de las canoas que se nos acercaron tan pronto como fondeamos vimos a dos hombres que por su ropaje parecían ser jefes: uno llevaba una túnica ador-

nada según su estilo, con piel de perro; la del otro estaba cubierta casi por completo con pequeños ramilletes de plumas rojas. Los invité a pasar a bordo y entraron sin vacilar; di a cada uno cuatro yardas de percal y un tornillo; agradóles mucho el percal, mas parecieron no dar a los tornillos valor alguno. Nos dimos cuenta de que se hallaban enterados de lo ocurrido en Bahía Pobreza y no teníamos, por tanto, razones para dudar de que vinieran en son de paz; para mayor seguridad, sin embargo, se ordenó a Tupia participarles lo que allí nos llevaba, así como que no habría de hacérseles ningún daño si no intentaban ellos hacérnoslo a nosotros. Entretanto los que quedaron en las canoas traficaron con nuestra gente con todo lo que entonces poseían; los jefes, que eran ancianos, permanecieron con nosotros hasta las dos de la tarde, hora en que salimos con los botes provistos de hombres y armas, con objeto de desembarcar en busca de agua dulce, y los dos jefes entraron en mi bote. Era la tarde tempestuosa, llovía mucho, y por todas partes batía tan fuerte el oleaje que, aunque recorrimos bogando casi toda la bahía, no encontramos lugar en que poder desembarcar; resolví, por tanto, volver al navío, al enterarse de lo cual los jefes llamaron a la gente de tierra y les ordenaron mandar una canoa para ellos; cumplióse la orden, y nos dejaron prometiéndonos volver a la mañana siguiente y traernos pescado y batatas.

Por la tarde, habiendo abonanzado el tiempo, mandé echar al agua los botes y desembarqué acompañado de Mr. Banks y el Dr. Solander. Acogiéronnos con grandes manifestaciones de amistad los naturales, que hubieron de mantenerse escrupulosamente atentos para no ofendernos lo más mínimo. Tuvieron especial cuidado de no presentarse en grupos nutridos: una familia, o los moradores de dos o tres casas solamente, eran los que se agrupaban, formando un número de quince o veinte, que se componía de hombres, mujeres y ni-

ños. Estas pequeñas agrupaciones sentábanse en el suelo sin avanzar hacia nosotros, e invitándonos a que fuéramos hacia ellos por medio de señales corteses, que consistían en llevarse la mano al pecho. Hicímosles varios presentes, y en nuestro paseo alrededor de la bahía encontramos dos arroyos de agua dulce. Este hallazgo y la amable conducta de la gente me determinó a quedarme un día por lo menos, con objeto de llenar algunos de los toneles que estaban vacíos y de dar a Mr. Banks ocasión para examinar las producciones naturales del país.

Sábado 21.

En la mañana del 21 envié a tierra al teniente Gore para que vigilara la aguada, con un fuerte destacamento, y pronto le siguieron Mr. Banks y el Dr. Solander, con Tupia, Tayeto y otros cuatro.

Sentáronse los naturales junto a los nuestros y parecieron observarlos complacidos, pero sin mezclarse con ellos; comerciaron, sin embargo, sobre paños principalmente, y al cabo de un rato se dedicaron a sus ocupaciones habituales, cual si no hubiera extranjeros con ellos. Poco antes de mediodía salieron a pescar varios de sus botes, y a la hora de comer todos se retiraron a sus respectivas viviendas, de las que volvieron al cabo de algún tiempo. Estas risueñas apariencias animaron a Mr. Banks y al Dr. Solander a hacer el recorrido de la bahía sin emplear grandes precauciones, hallando muchas plantas y matando algunas aves de exquisita belleza. Durante su paseo visitaron varias casas indias y vieron algo de sus costumbres, porque ellos mostraron sin reserva alguna todo lo que los exploradores desearon ver. Hallóseles algunas veces comiendo, y no interrumpieron la operación al llegar los extranjeros. Su alimento en aquella época consistía en pescado, al que acompañaban, en vez de pan, con la raíz de una especie de helecho muy parecido a los que

se hallan en algunos prados de Inglaterra. Tostaban aquellas raíces al fuego y las machacaban con un palo hasta que se desprendía la corteza seca exterior; lo que queda es una substancia blanda algo pastosa y dulce, no del todo desagradable al paladar, pero mezclada con gran cantidad de fibras que resultan muy desagradables; algunos se las tragaban, pero la mayor parte las escupían, recogiéndolas en cestos que tenían debajo, recordando este despojo al tabaco mascado. En otras épocas tenían abundancia de especies vegetales; pero no se vieron animales domésticos como no fueran perros, muy pequeños y feos. Míster Banks vió algunos de sus plantíos, en los que el terreno aparecía trabajado con tanta perfección como en los más curiosos jardines de nuestro país; en aquellos lugares había batatas, cocos o cedas, que son muy conocidos y estimados en las Indias orientales y occidentales, y algunas calabazas; las batatas se hallaban plantadas sobre pequeños cerros, dispuestas unas en líneas y otras en quinconce con extraordinaria regularidad; los cocos estaban plantados en terreno llano, pero ninguno había salido todavía, y las calabazas se hallaban sembradas en pequeños hoyos, lo mismo que en Inglaterra. Los plantíos tenían extensiones diferentes: desde uno a dos acres (1) hasta diez; en conjunto parecía haber en todos los terrenos circundantes de la bahía de 150 a 200 acres de cultivo, aunque no llegamos a ver cien personas. Cada parcela estaba cercada con cañas yuxtapuestas tan cerca una de otra que apenas si había sitio para que pasara un ratón.

Las mujeres eran feas, y les aumentaba esta condición la costumbre de pintarse la cara con aceite y ocre rojo, que, manteniéndose generalmente húmedo y fresco sobre la frente y mejillas, transmitíase fácilmente a las narices de aquellos que se determinaban a besarlas;

(1) Medida agraria equivalente a 40,46 áreas.

y que no les contrariaba en absoluto esta familiaridad testimoníabase eficazmente por las narices de varios de los nuestros; eran, sin embargo, tan coquetas como las más distinguidas damas europeas, y las jóvenes, de lo más retozonas y pizpiretas; todas llevaban un corpiño, en cuya parte inferior había un volante formado de hierbas muy perfumadas, y en el volante se sujetaban pequeños racimos de hojas de plantas aromáticas, que guardaban su honestidad. Las caras de los hombres no estaban pintadas en general, pero vimos algunos cuyos cuerpos y vestiduras se frotaban constantemente con ocre, del que siempre llevaban un trozo en la mano, y por medio del cual renovaban a cada minuto el tinte de aquellas partes que suponían haberse despintado. El aseo personal de estas gentes no era comparable al de nuestros amigos de Taiti, porque la frialdad del clima no los invitaba a bañarse con tanta frecuencia; pero vimos entre ellos un detalle de limpieza en que los aventajaban y del que tal vez no haya ejemplo en ninguna otra nación salvaje. Todas las casas o todo grupo de tres o cuatro casas hallábanse provistas de una privada o silo, de manera que el suelo estaba limpio por todas partes. Los despojos de los alimentos u otras basuras amontonábanse en pilas, que probablemente se emplean en tiempo oportuno como abono.

En este detalle de higiene pública mostrábanse adelantados con relación a una de las más importantes naciones de Europa, pues sé de origen fidedigno que hasta el año 1760 no hubo cosa que se pareciera a una letrina en Madrid, la capital de España, a pesar de hallarse abundantemente dotada de agua. Antes de esta época era práctica universal arrojar por la ventana las inmundicias a la calle durante la noche, de donde las recogían con palas los encargados de esta operación, y las arrastraban de las partes más altas de la ciudad a las bajas, en las cuales permanecían hasta que se secaban, siendo luego transportadas en carros y deposita-

das en las afueras. Habiendo resuelto S. M. Católica actual librar a su capital de tan gran daño, ordenó por medio de pregones que los propietarios de todas las casas construyeran privadas y que se hicieran con cargo al erario público acequias, muladares y albañales. Los españoles, a pesar de hallarse habituados a un Gobierno arbitrario, rebeláronse con gran energía frente a este mandato, por considerarlo atentatorio a los derechos comunes, y lucharon vigorosamente contra su ejecución. Todas las clases sociales expusieron sus objeciones en contra, pero los médicos fueron los que más trabajaron cerca del rey en defensa de los antiguos privilegios de su pueblo; porque argumentaban que de no arrojarse la basura, como de costumbre, a las calles, habría de derivarse fatalmente una epidemia porque las partículas fermentadoras del aire, que las basuras atraían, serían absorbidas por el cuerpo humano. Pero este recurso, así como todos los que hubieron de ejercitarse, resultaron infructuosos, y el descontento popular subió de tal manera que a punto estuvo de estallar una insurrección; S. M. triunfó al cabo y Madrid está ahora tan limpio como las mejores ciudades de Europa. Pero muchos de los ciudadanos, fundándose tal vez en las ideas preconizadas por sus médicos, de que los montones de basura evitaban que las partículas del aire se fijaran sobre las substancias situadas en las inmediaciones, para conservar sus alimentos en buen estado han construído junto al hogar de la cocina sus privadas.

Por la tarde, como se hallaran todos los botes empleados en el transporte del agua a bordo, y presumiendo Mr. Banks y su compañero que habría de dejárselos en tierra hasta después del obscurecer, con lo que se les irrogaba una pérdida de tiempo que ellos deseaban emplear en coleccionar plantas que habían recogido, solicitaron pasaje de los indios en una de sus canoas; accedieron éstos inmediatamente, y se botó una canoa

a tal objeto. Todos entraron a bordo, siendo ocho en total; pero como los nuestros no estaban acostumbrados a una embarcación que requería tan perfecto equilibrio, tuvieron la mala fortuna de hacer volcar la canoa; no hubo desgracias, sin embargo, pero se juzgó conveniente que se quedaran la mitad en espera de otro viaje. Míster Banks, el Dr. Solander, Tupia y Tayeto se embarcaron de nuevo, y sin ningún otro accidente llegaron al barco, muy satisfechos de la bondad de sus amigos indios, que se habían prestado de muy buena gana a llevarlos por segunda vez, no obstante haber experimentado lo poco adecuado que resultaba el cargamento para tal embarcación.

Mientras que estos señores estuvieron en la costa fueron al barco varios naturales y traficaron cambiando sus paños por los de Taiti; mostráronse aficionados por algún tiempo a este artículo, prefiriendo el paño indio al europeo; pero antes de que llegara la noche habíase depreciado el género en un quinientos por ciento. Entraron a bordo muchos indios, y les enseñamos el barco y sus instalaciones, de todo lo cual se manifestaron satisfechos y asombrados.

Domingo 22.

Haciéndose extraordinariamente difícil transportar el agua a bordo a causa del oleaje, resolví no permanecer más tiempo en este lugar, y a la mañana siguiente, a eso de las cinco, levamos anclas y nos hicimos a la mar.

Esta bahía, llamada por los naturales Tegadu, se halla en la latitud de 38° 10' S.; pero como no hay en ella nada que ofrezca conveniencias para los barcos, se hace innecesario describirla.

Habíame propuesto navegar hacia el N. desde esta bahía; pero como el viento se nos puso en contra, no pudimos avanzar. Mientras estuvimos haciendo viradas contra el viento vinieron a bordo algunos indios y me dijeron que en una bahía que se halla un poco más ha-

cia el S., que era la misma que yo no había podido encontrar el día en que fondeamos en Tegadu, existía un agua excelente y podían los botes atracar sin oleaje. Juzgué más conveniente, por tanto, entrar en esta bahía, donde podía completar mi provisión de agua y establecer nuevas conexiones con los indios, que permanecer en el mar. Con este designio me dirigí a ella y mandé salir dos botes con hombres armados para que reconocieran el lugar de la aguada, y habiéndome confirmado al volver las noticias de los indios, anclé a eso de la una, en doce brazas con buen fondo de arena, marcando la punta norte de la bahía NE. y SE. la sur. El lugar de la aguada, que se hallaba en una pequeña rada junto a la punta sur de la bahía, marcaba SE. y distaba de ella cosa de una milla. Muchas canoas zarparon inmediatamente hacia nosotros y traficaron honradamente, tomando paño de Taiti y botellas de vidrio, hacia las cuales manifestaban una afición desapoderada.

Lunes 23.

En la tarde del 23, tan pronto como fué amarrado el barco, me dirigí a tierra para reconocer el lugar de la aguada, acompañado de Mr. Banks y el Dr. Solander. Atracó el bote en un punto de la pequeña ensenada donde no había el menor oleaje; el agua era excelente y su situación muy ventajosa; había abundancia de leña junto a la línea de pleamar y la actitud de la gente fué por todos conceptos inmejorable.

Habiendo hecho con Mr. Green varias observaciones del Sol y de la Luna, dieron por resultado medio 180° 47′ de longitud O.; pero como todas las observaciones practicadas antes excedían de este resultado, hice el trazado de la costa adoptando la media entre todas ellas.

A mediodía tomé la altura meridiana del Sol con un cuadrante astronómico que se estacionó en el lugar de la aguada, y hallé la latitud de 38° 22′ 24″.

Martes 24.

El 24 por la mañana temprano mandé ir a tierra al teniente Gore para vigilar la corta de leña y la operación de llenar de agua los toneles, con personal suficiente para ambos objetos y con todos los soldados para que le dieran guardia. Después de almorzar fuí yo mismo a tierra, y allí permanecí todo el resto del día.

Míster Banks y el Dr. Solander, que fueron a tierra para recoger plantas, vieron durante su excursión varias cosas dignas de registrarse. Encontraron muchas casas en los valles que parecían totalmente abandonadas, pues la gente vivía en las cumbres de las montañas, en una especie de chozas construídas muy a la ligera. Al empezar a caminar por uno aquellos valles, cuyas dos laderas eran muy escarpadas, viéronse bruscamente sorprendidos con el espectáculo de una extraordinaria curiosidad natural. Era una roca perforada en toda su masa, que formaba un rústico, pero estupendo, arco y que se abría sobre el mar; tenía el hueco 75 pies de largo, 20 de ancho y 45 de altura y ofrecía un panorama de la bahía y de las montañas de su costa frontera que al presentarse repentinamente a la vista por la abertura de la roca producía un efecto superior a ninguno de los que pueden conseguirse con los recursos del arte. (Véase la lámina IV.)

Cuando regresaban por la tarde al lugar de la aguada encontráronse con un anciano que los detuvo un rato para mostrarles los ejercicios militares del país con la lanza y el *patu-patu*, que son las armas que emplean. La lanza tiene de diez a catorce pies y es de madera dura, con los bordes afilados por ambos extremos; el *patu-patu*, que se ha descrito ya, es de un pie de largo y está hecho de talco o de hueso, con bordes afilados, siendo usado como hacha de combate. Un poste o una estaca levantábase sobre el suelo, representando al enemigo, hacia el que avanzaba el combatiente con el

más furioso aspecto, blandiendo su lanza, que empuñaba con gran firmeza; cuando se suponía haber sido el enemigo traspasado por la lanza corría hacia él con el *patu-patu*, y abalanzándose sobre la parte superior del poste, que representaba la cabeza de su adversario, descargaba el arma sobre ella, dándole varios golpes, cualquiera de los cuales hubiera bastado a hendir el testuz de un buey. Del hecho de que el campeón acometiera a su ficticio enemigo con el *patu-patu* luego de suponer que había sido atravesado por la lanza, inferían nuestros compañeros que en las luchas de este país no hay cuartel.

Aquella tarde se armó la fragua para reparar las barras del gobernalle, que se habían roto, y prosiguió el acopio de agua y madera, sin que los naturales nos estorbasen lo más mínimo; vinieron, por el contrario, hacia nosotros con varias clases de pescado, que hubimos de comprarles con paño, cuentas y botellas de vidrio, como de costumbre.

Miércoles 25.

El 25 fueron otra vez a tierra Mr. Banks y el Dr. Solander, y mientras se ocupaban en buscar plantas quedóse Tupia con los aguadores; entre los indios que a éstos se acercaron había un sacerdote, con quien Tupia entabló erudita conversación. En sus nociones de religión parecían ambos coincidir perfectamente, caso que no es frecuente entre los teólogos de nuestras latitudes; Tupia, sin embargo, parecía poseer mayor suma de conocimientos y fué escuchado por el otro con gran atención y deferencia. En el curso de esta conversación, luego de haber quedado conformes acerca de importantes extremos religiosos, inquirió Tupia si era práctica de ellos comerse a los hombres, a lo que le contestaron afirmativamente, aunque diciendo que sólo se comían a los enemigos que resultaban muertos en la batalla.

Jueves 26.

El día 26 llovió tanto que no pudimos ir a tierra y fueron muy pocos los indios que se acercaron al barco y al lugar de la aguada.

Viernes 27.

El 27 fuí con el Dr. Solander para reconocer el extremo interior de la bahía; pero aunque desembarcamos en dos puntos, nada encontramos de notable. Los indios se condujeron perfectamente con nosotros, mostrándonos todo cuanto deseábamos ver. Entre otras curiosidades insignificantes que compró el Dr. Solander figuraba un trompo de niño cuya forma era exactamente igual a los de Inglaterra, y dieron a entender que para que bailase era preciso azotarle con un látigo. Entretanto desembarcó Mr. Banks en el lugar de la aguada y subió a una montaña próxima para ver una empalizada que se divisaba desde el barco y acerca de la cual se había discutido mucho. El monte era sumamente abrupto y hacíase casi inaccesible por la maleza; alcanzó, sin embargo, el lugar a que se proponía llegar, y halló en las inmediaciones muchas casas que por alguna razón habían sido abandonadas por sus moradores. Las estacas tenían unos diez y ocho pies de altura; estaban dispuestas en dos filas, guardando entre sí un espacio de unos seis pies, y entre cada dos estacas de una misma fila había diez pies de separación. La calle que formaban estaba cubierta por estacas más pequeñas, que, apoyándose en las verticales, venían a juntarse sobre la línea media, como las del tejado de una casa. Esta empalizada, paralelamente a la cual corría una zanja, alargábase cien yardas monte abajo, formando algo de curva; pero no pudimos saber cuál fuera su finalidad.

A instancia nuestra obsequiáronnos los indios en la aguada con un canto de guerra, en el que los acompa-

ñaron las mujeres, con las más horribles contorsiones del rostro, volviendo los ojos, sacando la lengua y dejando escapar frecuentemente profundos y altisonantes suspiros; el ritmo, sin embargo, se conservaba perfectamente.

Sábado 28.

El 28 desembarcamos en una isla que está situada a la izquierda de la entrada de la bahía, junto a la cual vimos la canoa más grande que habíamos encontrado: tenía sesenta y ocho pies y medio de larga, cinco de ancha y tres pies seis pulgadas de elevación; la sección del fondo formaba un ángulo muy agudo, y componíase aquél de tres troncos de árboles ahuecados, de los que el intermedio era el más largo; las planchas del costado tenían sesenta y dos pies de longitud en una sola pieza y no estaban mal talladas en bajorrelieve; la proa hallábase también adornada con más rico trabajo de talla. En esta isla había una casa que era la más grande que habíamos visto, pero estaba inacabada y lleno el suelo de virutas. La madera estaba bien escuadrada y alisada, lo que nos dió la seguridad de que manejaban herramientas muy cortantes. Las caras de los postes estaban talladas de mano maestra, aunque siguiendo un gusto caprichoso, que parecía preferir las líneas espirales y los rostros contrahechos: como aquellos postes tallados denotaban haber sido traídos de otro sitio, es probable que estimasen aquella obra como de gran valor.

Domingo 29.

El 29, a las cuatro de la mañana, luego de almacenada a bordo el agua y la madera y abundante provisión de excelente apio, del que se encuentra profusión en el país, y que resultó ser un poderoso antiescorbútico, soltamos las amarras y nos hicimos a la mar.

Esta bahía es llamada Tolaga por los naturales; su

extensión es mediana, y su profundidad, de siete a doce brazas, con fondo arenoso limpio y buen anclaje; hállase además al abrigo de todos los vientos, con excepción del nordeste. Encuéntrase en la latitud de 38° 22' S. y a cuatro leguas y media al norte del Promontorio del Alero. Al pie de la punta sur yace una isla pequeña y alta, pero tan cerca de tierra, que no se distinguía de ella. Junto al extremo norte de la isla, a la entrada de la bahía, hay dos rocas altas; una es redonda como un almiar, y larga la otra y perforada en varios puntos de tal manera, que se asemeja a los ojos de un puente. Por la parte de adentro de estas rocas está la cala en que cortamos la madera y llenamos los toneles. Al lado de la punta norte de la bahía, conforme se sale al mar, hay una isla rocosa bastante alta, y una milla más allá, varios bancos de rocas y rompientes. La declinación de la brújula fué de 14° 31' E. Las mareas en los cambios de Luna y en el plenilunio son a las seis, y la diferencia de las aguas sobre la vertical es de cinco a seis pies; no pudimos determinar si la marea viene del S. o del N.

En el tráfico que hicimos no pudimos conseguir sino un poco de pescado y algunas batatas, a más de unas cuantas chucherías que consideramos como simples curiosidades. No vimos cuadrúpedos salvajes ni domesticados, como no fueran perros y ratas, y aquéllos, muy escasos; los naturales comen perros como nuestros amigos de Taiti y adornan su ropaje con las pieles, como lo hacemos nosotros con el armiño y las de otros animales. Subí a muchas montañas con la esperanza de obtener una vista del país; pero no pude ver desde las cúspides sino otras montañas más altas, que se sucedían en serie interminable. En las cumbres de los montes se producen pequeños helechos; pero las laderas se presentan profusamente cubiertas de bosque y verdura de varias especies, con pequeños plantíos entreverados. En los bosques hallamos árboles de veinte clases dis-

tintas, de todas las cuales llevamos ejemplares a bordo; pero no hubo ninguno entre nosotros para quien dejaran de ser absolutamente desconocidos. El árbol de que hicimos leña se parecía a nuestro arce y exudaba una goma blanquecina. Encontramos otra especie de resina de color amarillo subido, que juzgamos podría utilizarse como tinte. Vimos también una palma, que cortamos para recoger los palmitos. El país abunda en plantas, y los bosques, en aves de infinita variedad, de exquisita belleza y de las cuales no teníamos el menor conocimiento. El terreno, tanto en las montañas como en los valles, es suelto, arenoso y muy a propósito para la producción de toda clase de raíces; sin embargo de lo cual, no encontramos más que patatas y batatas.

CAPÍTULO III

Viaje costero de Tolaga a Bahía Mercurio, con relación de los muchos incidentes ocurridos a bordo y en tierra. — Descripción de diversos paisajes y de los *hippahs*, o ciudades fortificadas.

Octubre. — *Lunes 30.*

El lunes 30, a eso de la una y media, luego de haber navegado hacia el N. durante diez horas, con ligera brisa, rodeamos una pequeña isla situada una milla al este de la punta nordeste; desde allí extendíase la tierra en dirección NO. O. y ONO. más allá del alcance de la vista, siendo esta punta la más oriental de toda la costa. Le di el nombre de Cabo Este, y a la isla que yace a su pie, el de Isla Este. Tiene escasa circunferencia, es alta y redonda y aparece blanquecina y estéril; el cabo es elevado, con blancos acantilados, y se halla en la latitud de 37° 42' 30" S. y en la longitud de 181° O. La tierra desde Bahía Tolaga a Cabo Este es de altura moderada, pero desigual; forma varias pequeñas ensenadas, en las que hay playas arenosas. Del interior poco pudimos ver porque el tiempo estaba encapotado y nebuloso. Los sondeos acusaron de veinte a treinta brazas a una legua de la costa. Después de rodear el cabo en nuestra ruta costera vimos gran número de pueblos y mucho terreno cultivado; la comarca aparecía en general más fértil que antes y la tierra inmediata al mar era baja, haciéndose montuosa hacia el interior. Hallándonos a cuatro leguas al oeste del Cabo Este, a las seis de la tarde, pasamos por de-

lante de una bahía que fué descubierta en primer lugar por el teniente Hicks, y a la que por esta razón llamé Bahía Hicks. A las ocho de la noche, a ocho leguas al oeste del cabo y a tres o cuatro millas de la costa, acortamos las velas y nos pusimos a la capa para pasar la noche, soplando un fuerte y borrascoso vendaval del SSE.; pero pronto amainó, y a las dos de la mañana nos hicimos a la vela con rumbo SO., que era la dirección que seguía la costa, y a las ocho de la mañana vimos una tierra que parecía formar una isla por el O., en tanto que teníamos al SO. la tierra principal. Hacia las nueve vimos zarpar no menos de cinco canoas, en las cuales venían unos cuarenta hombres, todos armados de picas y hachas, gritando y amenazando atacarnos; prodújonos esto gran inquietud y era una cosa realmente inesperada, porque presumíamos que la fama de nuestro poder y clemencia debía haberse propagado en una gran extensión. Cuando una de aquellas canoas había casi alcanzado al navío, otra enorme, la mayor que habíamos visto hasta entonces, atestada de hombres también armados, zarpó de la costa y bogó hacia nosotros a gran velocidad; conforme se nos iba aproximando vimos que recibía señales de la canoa que estaba más cerca de nosotros, y pudimos distinguir que tenía diez y seis remeros por banda, a más de la gente que se hallaba sentada y de otros que permanecían de pie, formando una fila de proa a popa, siendo en total sesenta hombres. Como navegaban en dirección al navío, deseábamos prevenir el ataque ofreciéndoles una prueba de lo que podíamos hacer, y disparamos un cañonazo de metralla por encima de ellos; esto los hizo detenerse, pero no retirarse; hízose otro disparo, con bala, y al verla caer en el agua, empuñaron de nuevo sus remos y emprendieron el regreso a la costa con tal precipitación que apenas se daban tiempo para respirar. Por la tarde salieron tres o cuatro canoas más, sin armas, pero no se atrevieron a acer-

carse a un tiro de mosquete del navío. Al cabo desde donde se nos había amenazado, en vista de la precipitada fuga del enemigo, le llamamos Cabo Runaway. Se halla en la latitud de 37° 32' y en la longitud de 181° 48'. Durante la navegación de este día vimos que la tierra que nos parecía formar una isla por la mañana y que marcaba el O. era realmente una isla, y le dimos el nombre de Isla Blanca.

Noviembre. — *Miércoles 1.*

Al romper el día 1 de noviembre vimos venir de tierra hacia el navío nada menos que cuarenta canoas; siete de ellas acercáronse a nosotros y, después de hablar un poco con Tupia, nos vendieron varias langostas, mariscos y dos anguilas. El tráfico de esta gente se realizó con normalidad; pero al irse ellos vinieron otros que procedían de lugar diferente, y que también empezaron a comerciar regularmente; mas al cabo de un rato comenzaron a tomar lo que se les daba sin entrega nada en cambio; uno de ellos, que así procedía y al que hubo de amenazársele, empezó a reírse y a desafiarnos con gestos de burla al tiempo que se alejaba del barco; disparóse al aire un mosquete, lo que le hizo volver en actitud más comedida, y el tráfico siguió con toda regularidad. Cuando ya la cámara y el departamento de armas estuvieron arreglados, permitióse a los hombres venir al entrepuente y comerciar por sí mismos. Por desdicha, no se puso el mismo cuidado que antes para evitar el fraude, y viendo los indios que podían engañarnos impunemente volvieron a mostrarse insolentes y a tomarse grandes libertades. Una de las canoas, después de haber vendido todo lo que trajera a bordo, se dispuso a marchar, y la gente que en ella estaba, viendo colgada alguna ropa sobre el costado del barco para secarse, la desprendió uno de ellos sin ceremonia alguna y la empaquetó para llevársela; llamósele inmediatamente y se le requirió para que la de-

volviera; pero en vez de esto viró y se rió de nosotros; disparósele un tiro de mosquete al aire, que no puso término a sus burlas; disparóse otro sobre él con perdigones, que le fué a dar en la espalda; encogióse un poco al recibir el tiro, pero no le hizo más caso del que haría un hombre a quien se da un palo: continuó empaquetando con gran tranquilidad la ropa que había robado. Todas las canoas colocáronse entonces a cien yardas de nosotros y todos comenzaron a entonar su canción guerrera, prosiguiendo hasta hallarse el barco a cuatrocientas yardas. Como no parecían tener intención de atacarnos, no quise que se les hiciera daño; mas pensé que alejarse dejando impune la bravata habría de producir mal efecto si cundía entre los de tierra. Para hacerles ver, por tanto, que estaban aún bajo nuestro poder, aunque mucho más allá del alcance de las armas arrojadizas que ellos conocían, hice virar al barco y lancé por encima de sus cabezas un cañonazo de a cuatro. Rompió el agua el tiro y siguió a ras de la misma hasta llegar a gran distancia de las canoas; esto les impuso terror, y comenzaron a huír bogando sin volver la cabeza una sola vez.

Hacia las dos de la tarde vimos una isla bastante alta por el O., y a las cinco, más islas de rocas al oeste de la anterior. Ceñimos el viento con objeto de salvarlas todas, pero no nos fué posible doblarlas antes de anochecer. En vista de esto enmendamos el rumbo y navegamos entre ellas y la tierra. A las siete nos hallábamos a la altura de la primera, de la que vimos venir una doble canoa, o mejor dicho, dos canoas acopladas a un pie de distancia una de otra y cubiertas de tablones que formaban un puente. No bien zarpó comenzó a navegar a la vela con dirección al barco; era la primera embarcación de esta clase que habíamos visto desde que saliéramos de los mares del S. Cuando llegó a nosotros entraron en seguida los de a bordo en conversación con Tupia, y nos pareció que se presentaban en

amistosa disposición; pero en cuanto obscureció acercaron la canoa al costado del barco, lanzaron una granizada de piedras sobre nosotros y regresaron a la costa a remo.

Supimos por Tupia que los de la canoa conocían a la isla por el nombre de Mowtohora; es de escasa circunferencia, aunque alta, y dista seis millas de la tierra; por el S. hay fondeadero en catorce brazas de agua. Sobre la tierra, al SO. O. de esta isla y aparentemente no lejos del mar, hay una alta montaña, a la que llamamos Monte Edgecombe; levántase en el centro de una amplia llanura, por lo cual se hace muy visible; su latitud es de 37° 59', y su longitud, de 193° 7'.

Jueves 2.

Cuando navegábamos hacia el O. advertimos de pronto que disminuía la profundidad de diez y siete a diez brazas, y sabiendo que no estábamos lejos de las pequeñas islas y de las rocas que habíamos visto antes de cerrar el día, y las cuales me había yo propuesto doblar antes de ponerme a la capa para pasar la noche, juzgué más prudente virar y esperar el día junto a Mowtohora, donde sabía que no había peligro. Fué ocurrencia feliz el hacer esto, porque a la mañana, a poco de hacernos a la vela con rumbo O., descubrimos por la proa varias rocas, algunas de las cuales enrasaban el agua, en tanto que otras no llegaban a romper: hállanse al NNE. del Monte Edgecombe, a legua y media de la isla Mowtohora y a nueve millas de tierra. Pasamos entre las rocas y tierra con siete a diez brazas de agua.

Aquella mañana viéronse muchas canoas y mucha gente a lo largo de la costa; siguiéronnos algunas de ellas; pero ninguna pudo alcanzarnos, con excepción de una de vela, que resultó ser la misma que nos apedreara la noche anterior. De nuevo entablaron los de a bordo conversación con Tupia; mas recelamos una nue-

va granizada de sus municiones, que a nada podían dañar sino a las ventanas de la cámara. Prosiguieron cosa de una hora paralelamente al barco y se condujeron muy pacíficamente; pero al cabo nos hicieron el saludo que esperábamos; contestámoslos con un tiro al aire, e inmediatamente viraron y nos dejaron, tal vez más satisfechos por haber demostrado su valor insultando dos veces a un barco tan superior al suyo que intimidados por el tiro.

A las diez y media pasamos entre la tierra y una isla plana y baja; la distancia entre una y otra era de cuatro millas y de diez a doce brazas la profundidad del agua.

La tierra que se extiende entre esta isla baja y Mowtohora es de altura moderada, pero llana, sin bosque y llena de plantíos y pueblos. Los pueblos, que eran más grandes que todos los que habíamos visto, hallábanse construídos sobre eminencias cercanas al mar y fortificados por la parte de tierra con un baluarte y un foso, en el que había una alta empalizada que lo circundaba por completo; más allá del baluarte, foso y empalizadas parecía haber en algunos trabajos de defensa. Tupia tenía la idea de que los pequeños cercados o empalizadas, así como un foso que habíamos visto antes, eran *morais*, o lugares de culto; pero nosotros éramos de opinión que se trataba de fuertes, y dedujimos que aquellas gentes tenían enemigos en la vecindad y vivían siempre expuestos a sus ataques; a las dos doblamos una pequeña isla alta situada a cuatro millas de un elevado y redondo promontorio de la tierra. Desde este promontorio extiéndese la tierra al NO. más allá del alcance de la vista, siendo el terreno quebrado y montuoso.

Como el tiempo estaba brumoso y soplaba el viento fuerte sobre la costa, viramos con rumbo a la isla más occidental que se hallaba a la vista, y que marcaba NNE. a seis o siete leguas de nosotros.

Viernes 3.

Frente a esta isla, a la que llamé El Mayor, pasamos la noche. A las siete de la mañana marcaba S. 47° E. a seis leguas, y una agrupación de rocas y pequeñas islas que se hallaba a una legua marcaba N. 45° E.; a esta agrupación le dimos el nombre de Corte de Aldermen (Corte de los Corregidores). No ocupa más de media legua en todas direcciones y se halla a cinco de tierra; entre ambas existen otras islas, desnudas y estériles la mayor parte de ellas; algunas tienen circunferencia tan escasa como el Monumento de Londres, pero se levantan mucho más sobre el agua, y otras se hallan habitadas. Su latitud es de 36° 57', y marcaban a mediodía S. 60° E. a tres o cuatro leguas. Una roca que parece un castillo, próxima a tierra, marcaba N. 40° O. a una legua de distancia. El país por el que habíamos pasado la noche antes parecía hallarse bastante poblado; habíamos visto muchos pueblos y varios cientos de grandes canoas varadas en la playa; pero aquel día, luego de haber avanzado unas quince leguas, presentábase el terreno inhospitalario y desnudo. Todo el territorio que habíamos costeado desde el Cabo Turnagain hallábase bajo el dominio de un jefe llamado Teratu, cuya residencia nos señalaron hacia un punto que nos pareció hallarse muy hacia el interior, aunque luego supimos que no era así.

A eso de la una vinieron tres canoas de tierra con veintiún hombres. La construcción de estas embarcaciones parecía más sencilla que las de aquellas que habíamos visto antes, pues no eran otra cosa que troncos de árboles ahuecados por la acción del fuego, sin ninguna obra interior ni adorno. La gente de a bordo venía casi desnuda y parecía de tez más bronceada; pero desnudos y míseros como se presentaban, entonaron su canto de reto y parecieron emplazarnos con fatal destrucción; quedáronse, sin embargo, algún tiempo fuera

del alcance de las piedras, y aventurándose luego a acercarse más con menos demostraciones de hostilidad, asomóse uno de nuestros hombres al costado del barco, con intención de echarles un cable; juzgaron oportuno, sin embargo, devolver esta cortesía arrojando sobre él una lanza, que hubo de marrarles; inmediatamente lanzaron otra sobre el barco; en vista de esto se disparó un tiro de mosquete, que los hizo huír al instante.

Hacia las dos vimos abrirse una ría, hacia la cual nos dirigimos; teníamos entonces cuarenta y una brazas, que fueron decreciendo gradualmente hasta nueve cuando nos hallábamos a milla y media de una alta roca en forma de torre que yace junto a la punta sur del brazo de mar; esta roca y la más septentrional de la Corte de Aldermen se hallan en la misma dirección S. 62° E.

A las siete de la tarde anclamos en siete brazas, junto a la punta sur de la bahía y en el interior de la misma: a este lugar nos acompañaron varias canoas y gentes análogas a las que acabábamos de ver, que se condujeron muy políticamente. Mientras que rondaban en torno de nosotros se mató desde el barco un pájaro que iba nadando por el agua; manifestáronse al ver esto menos sorprendidos de lo que esperábamos, y recogiendo el pájaro, lo ataron a un sedal que colgaba de popa; en señal de agradecimiento por este favor les dimos una pieza de paño; pero a pesar de esta demostración del poder de nuestras armas de fuego y del intercambio de amabilidades, tan pronto como obscureció prorrumpieron en su canto bélico y trataron de llevarse la boya del ancla. Disparáronse al aire dos o tres mosquetes, pero esto más pareció irritarlos que asustarlos, y se alejaron amenazándonos con volver a la mañana siguiente con refuerzos y matarnos a todos; al mismo tiempo enviaron un bote con dirección a otro punto de la bahía para pedir auxilio, según nos dijeron.

Había cierta apariencia de generosidad, así como de

valor, en el hecho de anunciarnos el momento en que pensaban atacarnos; mas todo el crédito que esto pudo valerles lo perdieron al venir sigilosamente hacia nosotros por la noche, cuando estaban seguros de hallarnos dormidos; al aproximarse al barco advirtieron su error, y retiráronse sin decir palabra, pensando que habían venido demasiado temprano; volvieron a poco, y viéndose de nuevo chasqueados se alejaron, tan en silencio como antes.

Sábado 4.

No bien amaneció dispusiéronse a realizar por la fuerza lo que en vano intentaran sigilosos y arteros: no menos de doce canoas vinieron hacia nosotros, con ciento cincuenta hombres, todos armados con picas, lanzas y piedras. Como nada podían hacer hasta llegar junto al barco, ordenóse a Tupia que parlamentara con ellos y los disuadiese, si era posible, de su propósito; durante el diálogo mostráronse unas veces amigos y otras hostiles; por fin empezaron a traficar, y nosotros tratamos de comprarles sus armas, en lo que algunos consintieron: vendiéronnos dos muy fácilmente; pero habiendo recibido la mercancía convenida en pago de una tercera, negáronse a entregarla si no se les daba alguna otra cosa además; entregóseles una segunda mercancía, pero aun retuvieron el arma y pidieron otra cosa más. Como nos negáramos a esto empleando frases de disgusto y enojo, el indio, con burlescos ademanes de reto y desprecio, se apartó del barco unas cuantas yardas. Proponiéndome permanecer cinco o seis días en este lugar para observar el tránsito de Mercurio, hízose imprescindible prevenir futuras agresiones mostrándoles que no podía maltratársenos impunemente; disparáronse sobre el ladrón varios tiros de perdigones y uno de bala, que atravesó la obra de su bote; alejóse entonces cien yardas más, sin que, con gran extrañeza nuestra, se dieran por enterados los de las otras

canoas de la herida que había recibido su compañero, aunque sangraba mucho; acercáronse de nuevo al barco, por el contrario, y continuaron traficando con la mayor indiferencia y tranquilidad. Nos vendieron muchas armas, sin tratar de engañarnos otra vez; al cabo uno de ellos juzgó conveniente, sin embargo, separarse de nosotros con dos piezas de paño que se le habían dado por un arma sola; cuando se hallaba a cien yardas de distancia y consideraba segura su presa, se le disparó un tiro, que acertó a dar en el bote sobre la línea de flotación, haciendo dos agujeros en la obra; esto bastó para que se apresurase a tomar los remos y huír con gran presteza, haciendo lo mismo las demás canoas.

Para acabar de demostrarles nuestra superioridad, disparamos sobre ellos un cañonazo, y ninguna de las canoas paró hasta llegar a tierra.

A eso de las diez salí con dos botes para sondar la bahía y buscar un fondeadero más conveniente, yendo el contramaestre en uno de ellos y yo en el otro. Dirijímonos en primer término sobre la costa norte, de la que nos salieron al encuentro varias canoas; en tanto que avanzábamos iban retrocediendo, sin embargo, e invitándonos a que los siguiéramos; pero advirtiendo que iban todos armados no juzgué oportuno seguir sus indicaciones, y continué hacia el extremo de la bahía, donde vi un pueblo situado en una altura, fortificado como los que ya se han descrito; y habiendo fijado un lugar de anclaje no lejos de donde se hallaba el barco, regresé a bordo.

A las tres de la tarde levamos anclas, y después de navegar junto a la costa anclamos en cuatros brazas y media de agua, con fondo suave y arenoso, en un punto desde el que marcaba dirección E. el extremo sur de la bahía a una milla de distancia, y al S. SE. y a milla y media de un río en el que pueden navegar los botes con la marea baja.

Domingo 5.

Por la mañana vinieron de nuevo al barco los naturales y tuvimos la satisfacción de observar que se conducían de modo muy distinto que el día anterior; entre ellos venía un anciano que ya se había hecho notar antes por su prudencia y formalidad. Su nombre era Toiava y parecía ser persona de rango superior; en las transacciones de la mañana anterior habíase conducido honorablemente y mostrado buen sentido, habiendo permanecido junto al barco en una pequeña canoa y tratádonos como el que no se propone engañar ni sospecha que le defrauden; convencióse a este hombre y a otro de que subieran al barco, y accedieron a entrar en la cámara, donde regalé a cada uno una pieza de paño inglés y algunos tornillos. Me dijeron que los indios estaban muy amedrentados de nosotros, y por nuestra parte les prometimos ser sus amigos si se conducían pacíficamente, pues no era otro nuestro deseo que comprarles lo que pudieran vendernos, en las condiciones que ellos señalaran.

Después de separarse de nosotros fuí con la pinaza y la falúa al río con objeto de echar la red, y envié al contramaestre en la yola para sondar la bahía y pescar con cerco de arrastre. Los indios que estaban en una de las orillas del río expresaron su amistad por todas las señales que pudieron ocurrírseles y nos invitaron a desembarcar donde ellos estaban; mas preferimos hacerlo en la otra margen, que tenía una situación más conveniente para tender la red y en la que podíamos matar pájaros, de los cuales veíamos gran número de especies diferentes; a eso de mediodía se aventuraron los indios a venir hacia nosotros, después de persuadirlos laboriosamente. Con la red tuvimos muy poco éxito, pues sólo cogimos unos cuantos múgiles, y con el cerco de arrastre, únicamente algunas conchas; pero matamos varios pájaros, la mayor parte de los cuales se

asemejaban a las agachadizas, con la diferencia de que tenían negro plumaje y patas y picos rojos. Durante nuestra ausencia del barco los que estaban en los botes vieron pelearse a dos indios: empezaron por luchar con sus lanzas, pero se interpuso un anciano y se las quitó, dejándolos que dirimieran la cuestión como los ingleses, es decir, con sus puños; boxearon con gran vigor y obstinación algún tiempo; pero fueron retirándose a la espalda de una colina para que nuestra gente no pudiera ver los incidentes del combate.

Lunes 6.

Por la mañana se envió la falúa para hacer la pesca de fondo en la bahía, y fueron un oficial, varios soldados y hombres para cortar leña y tender la red. Los indios que se hallaban en la costa parecieron tranquilos y sumisos, y teníamos razones para creer que se hallaban sus viviendas a considerable distancia porque no vimos casas y observamos que dormían bajo la maleza y los árboles; la bahía debe de ser un lugar al que acuden con frecuencia en grupos para recoger moluscos, que abundan allí de modo increíble, porque dondequiera que fuimos, lo mismo en las montañas que en los valles, en los bosques o en las llanuras despejadas, vimos grandes montones de conchas y muchos cargamentos, de los cuales parecían unos ser antiguos y recientes los otros. No vimos cultivos en este lugar, que tenía aspecto desolado y estéril; las cumbres de las colinas eran verdes; pero nada se producía en ellas como no fuera una especie de grandes helechos, cuyas raíces habían arrancado los naturales en grandes cantidades para llevárselas. Por la tarde siguió Mr. Banks el río aguas arriba, y si en la desembocadura se mostraba hermoso y ancho, a unas dos millas no tenía profundidad bastante para cubrir los pies; y el país, a medida que se internaba en la tierra hacíase aún más estéril que en la ribera del mar. No tuvieron mejor éxito que

el día anterior las redadas; pero los indios nos compensaron en cierto modo de este fracaso trayéndonos varias cestas de pescados, secos unos y frescos los otros; no eran muy buenos, pero ordené que se los compraran con objeto de animar el tráfico.

Martes 7.

El 7 tuvimos tan mal tiempo que nadie salió del barco, ni se acercó a nosotros ningún indio.

Miércoles 8.

El día 8 envié a tierra a varios hombres por leña y agua. Entretanto se nos acercaron muchas canoas, en una de las cuales venía nuestro amigo Toiava; apenas había llegado al costado del barco vió venir de la opuesta orilla de la bahía dos canoas, lo cual le hizo regresar a la costa apresuradamente con todas sus canoas, diciéndonos que temía a los que llegaban. Esto fué otra prueba de que la gente de este país se hallaba en perpetuas luchas. Al poco tiempo, sin embargo, volvió por haber descubierto que la gente que le hiciera concebir alarma no era la que él había supuesto. Los naturales que vinieron al barco aquella mañana nos vendieron por unas cuantas piezas de paño tal cantidad de congrios que pudo gustarlos toda la tripulación, y resultaron los mejores que se habían comido. A mediodía observé la distancia cenital del Sol con un cuadrante astronómico, obteniendo la latitud de 36° 47' 43" a la entrada sur de la bahía.

Mister Banks y el Dr. Solander fueron a tierra y recogieron gran variedad de plantas completamente desconocidas; y como no regresaron hasta el anochecer, tuvieron ocasión de ver la manera que tenían los indios de pasar la noche. No tenían otro refugio que el ramaje de unos arbustos; las mujeres y los niños se acomodaban en el interior o en la parte más alejada del mar; los hombres se colocaban en semicírculo a su alre-

dedor y dejaban sus armas apoyadas en los árboles, al alcance de su mano, en una forma que denotaba recelaban el ataque de algún enemigo no muy distante. Descubrieron también que no reconocían la autoridad de Terato ni de ningún otro; como en este particular diferían de todos los que habíamos visto en otras partes de la costa, presumimos que fueran una horda de insurrectos rebelados contra Terato, en cuyo caso era natural que no tuvieran viviendas ni terrenos cultivados en ninguna parte.

Jueves 9.

El 9 al amanecer llegáronse al barco muchas canoas cargadas de congrios de dos clases: una exactamente igual a la que se pesca en Inglaterra, y la otra, algo distinta; sospechamos que habrían hallado algún gran banco de estos pescados y traídonos lo que les sobraba de su consumo, porque nos lo vendieron a muy bajo precio. Fueron, sin embargo, muy bien acogidos por nosotros; a las ocho había en el barco más pescado del que podía consumir la tripulación en tres días, y antes de que llegara la noche había aumentado la provisión de tal manera, que todo el que pudo proporcionarse sal puso en salazón tantos como podría consumir en un mes.

Después de desayunar temprano fuí a tierra con míster Green, llevando los instrumentos necesarios para observar el tránsito de Mercurio, agregándose a la expedición Mr. Banks y el Dr. Solander. El tiempo había estado cerrado y lluvioso varios días antes; pero aquél se presentó tan favorable que ni una nube empañó el cielo durante todo el tránsito. La observación de la inmersión se hizo solamente por Mr. Green, mientras que yo me ocupaba en tomar la altura del Sol con objeto de precisar el tiempo. Prodújose a las 7 horas 20 minutos 58 segundos del tiempo aparente; según la observación de Mr. Green, el contacto interno tuvo

efecto a las 12-8-58; el externo, a las 12-9-55 P. M. Según mis observaciones, el contacto interno se verificó a las 12-8-54, y el externo, a las 12-9-48; la latitud del lugar de la observación fué 36° 48' 5 1/2". La latitud observada a mediodía fué de 36° 48' 28". La media entre esta observación y la del día anterior daba 36° 48' 5 1/2" S. para latitud del lugar de observación; la declinación de la brújula fué de 11° 9' E.

A mediodía nos alarmó el oír un cañonazo de a bordo; Mr. Gore, mi segundo teniente, tenía entonces el mando del barco, y la explicación que me dió fué la siguiente: mientras estaban comerciando con nuestra gente los indios de varias pequeñas canoas, vinieron hacia el navío dos muy grandes llenas de hombres, pues una de ellas traía cuarenta y siete tripulantes, todos armados de picas, dardos y piedras y animados, según todas las apariencias, de intenciones belicosas; parecían ser extranjeros y más conscientes de la superioridad que sobre nosotros les daba su número que recelosos de la que sobre ellos pudieran darnos nuestras armas; pero no iniciaron el ataque, sin embargo, tal vez por haberse enterado de la gente de las otras canoas, con la que conferenciaron inmediatamente, de la clase de enemigos con quienes tenían que habérselas. Al cabo de un rato empezaron a comerciar, ofreciendo sus armas algunos de ellos, y cierto individuo, una pieza cuadrada de paño que forma parte de su vestidura, llamada *haahow;* compráronseles varias armas, y luego de convenir Mr. Gore en la compra de un *haahow* hizo entrega del precio, que consistía en un trozo de paño británico, y se quedó esperando su mercancía; pero tan pronto como los indios se hallaron en posesión de la tela de Mr. Gore rehusaron desprenderse de la suya, y se marcharon en su canoa; al ser amenazados por este fraude empezaron el defraudador y sus compañeros a entonar su canto guerrero con gesto provocador y empuñaron sus remos; mas no iniciaron el ataque, sin em-

bargo, desafiando exclusivamente a Mr. Gore para que tomara las medidas que estuvieran a su alcance, cosa que le irritó de tal manera que disparó un tiro de bala sobre el ofensor, mientras que éste levantaba la prenda en su mano, y le dejó muerto. Fué lástima que no ensayara el efecto de un tiro de perdigones en aquella ocasión, que en tantas otras había producido tan buen resultado.

Al caer el indio todas las canoas se distanciaron; pero como no se iban se presumió que tal vez aun meditaran un ataque. Con objeto de que el bote pudiera dirigirse a tierra en seguridad, disparóse un cañonazo al aire, que produjo el efecto apetecido y los puso en fuga. Cuando llegó a tierra la noticia de lo ocurrido se alarmaron nuestro indios y se congregaron, retirándose en un solo grupo. Al cabo de algún tiempo, sin embargo, volvieron, ya mejor enterados del asunto, y nos dijeron que el hombre que había sido muerto merecía la suerte que había tenido.

Poco antes de ponerse el Sol retiráronse los indios a cenar, y fuimos con ellos para presenciar la comida. Consistió en pescado de diferentes clases, en langostas y algunas aves de especies desconocidas para nosotros; estos alimentos los comían asados o cocidos; para asarlos los atraviesan con una vara que hincan en el suelo dándole una dirección inclinada hacia el fuego, y para cocerlos los meten en un agujero practicado en la tierra con piedras calientes, lo mismo que nuestros amigos de Taiti.

Entre los naturales que estaban reunidos en esta ocasión vimos a una mujer que, a su manera, estaba lamentando la muerte de un pariente: sentábase en el suelo junto a los demás, que, con excepción de algunos, parecían no fijarse en ella siquiera; las lágrimas deslizábanse constantemente por sus mejillas y repetía en voz baja, pero en tono doliente, palabras qui ni Tupia pudo comprender; al fin de cada frase se cortaba

los brazos, la cara o el pecho con una concha que tenía en la mano: así es que se hallaba cubierta casi por completo de sangre y ofrecía uno de los más conmovedores espectáculos que pueden concebirse. Los cortes no parecían, sin embargo, ser tan profundos como los que se infieren cuando se trata de difuntos familiares, si hemos de juzgar por las cicatrices que vimos en los brazos, rodillas, pechos y mejillas de muchos de ellos, y que, según nos dijeron, eran consecuencia de las heridas que se habían inferido a sí mismos en testimonio de su pena y aflicción.

Viernes 10.

Al día siguiente salí con dos botes, acompañado de Mr. Banks y algunos otros, para reconocer un gran río que desemboca por el centro de la bahía. Bogamos cuatro o cinco millas aguas arriba, y podríamos haber avanzado más si el tiempo nos hubiera sido favorable. Era el río a esta altura más ancho que en la boca y se hallaba dividido en varios brazos por pequeños islotes planos, cubiertos de manglares y a los cuales inundan las mareas altas (1). Estos árboles exudan una substancia viscosa que se parece a la resina; la encontramos primero en pequeños trozos sobre la playa, y entonces la veíamos colgando de los árboles, con lo cual supimos de dónde procedía aquélla. Desembarcamos en la orilla este del río, donde vimos un árbol en el que habían fabricado su nido varios cormoranes (2) y junto al cual resolvimos comer; matáronse veinte cor-

---

(1) Se conoce en castellano con el nombre de manglares a formaciones vegetales consistentes en árboles de diversas familias (*Rhizophora*, *Avicennia*, etc.) que crecen en el fango de las costas, y cuyas raíces y partes bajas del tronco quedan alternadamente sumersas o emersas, según las mareas. Forman a veces barreras impenetrables. *(Nota de la edición española.)*

(2) El cormoran o cuervo marino es especie — que Cook no precisa — del género *Phalacrocorax*. *(Nota de la edición española.)*

moranes, que se guisaron allí mismo y que nos proporcionaron una excelente comida. Encaminámonos luego a las montañas, desde donde creí llegar a ver el origen del río. Una y otra margen, así como los islotes de que se halla el río sembrado, estaban cubiertos de manglares, y las islas, arenosas, abundaban en caracoles; había en muchos sitios bancos de ostras, y por todas partes aves, principalmente cormoranes, patos, chorlitos y ostreros, que se han descrito ya. Vimos también pescado en el río, pero no pudimos distinguir su especie. El país a uno y otro lado del río es estéril en su mayor parte y se halla desprovisto de bosque; pero hacia el O. presenta mejor aspecto y en algunos lugares se encuentran árboles, pero no ofrece en lugar alguno apariencia de cultivo. Por la desembocadura del río y dos o tres millas aguas arriba hay buen anclaje en cuatro o cinco brazas y lugares muy convenientes para varar un bote, subiendo el agua, por las mareas, en los cambios de Luna y en los plenilunios, unos siete pies. No pudimos determinar si afluía alguna corriente importante de agua dulce; pero vimos bajar de los montes adyacentes gran número de arroyuelos. Junto a la boca del río y en la orilla este encontramos un exiguo poblado indio compuesto de pequeñas chozas provisionales. Allí desembarcamos, y fuimos acogidos con la mayor cortesía y hospitalidad. Nos obsequiaron con un marisco de concha plana, de gusto delicioso, algo parecido a los caracoles, y que comimos recién salido del fuego. Cerca de este paraje hay una elevada punta o península, que se interna en el río, y sobre ella se encuentran las ruinas de un fuerte que ellos llaman *eppah* o *heppah*. El mejor ingeniero de Europa no hubiera podido haber elegido una situación más apropiada para la defensa de unos pocos contra muchos. Lo escarpado de las laderas le hacían completamente inaccesible desde el mar, que circunda la península por tres lados, y por la parte de tierra se hallaba defendido por un foso

y un terraplén levantado sobre el borde interior; desde lo alto del baluarte al fondo de la zanja hay veintidós pies; la zanja tiene por el lado exterior catorce pies de profundidad y una anchura proporcionada. El conjunto parecía haber sido ejecutado después de gran meditación, y aun se veía una fila de pilotes formando empalizada, tanto sobre el baluarte como en el borde exterior de la zanja; los del exterior habían sido hincados profundamente en el terreno y estaban inclinados hacia el foso, proyectándose sobre él; pero sólo quedaban los más gruesos, y en ellos se advertían las señales del fuego, lo que nos hizo pensar que la posición debía de haber sido tomada y destruída por el enemigo. Si en alguna ocasión tuviera algún barco que invernar y permanecer algún tiempo en estos lugares, pueden levantarse tiendas, pues hay suficiente espacio y grandes ventajas estratégicas, que lo hacen inexpugnable aunque le atacaran todos los del país.

Sábado 11.

El día 11 llovió tanto y reinó tal viento que no salió ninguna canoa. Nosotros enviámos, sin embargo, a la falúa en busca de las ostras de un banco que habíamos descubierto el día antes; no tardó en regresar la embarcación abarrotada; las ostras, que eran tan buenas como las mejores de Colchester y casi del mismo tamaño, se depositaron sobre cubierta y la tripulación no hizo más que comer de ellas desde que llegaron hasta la noche, con lo cual dicho se está que se consumieron en su mayor parte; esto, sin embargo, no nos inquietó porque sabíamos que no sólo el bote, sino el barco podía haberse cargado en el espacio de una marea, pues los bancos se hallan secos hasta en las aguas medias.

Domingo 12.

En la mañana del domingo se nos acercaron dos canoas llenas de indios desconocidos, pero que demos-

traban haber oído hablar de nosotros por la cautela con que se nos aproximaron. Al invitarlos a ponerse al costado del navío haciéndoles cuantas señales de amistad nos fué posible mostrarles, atreviéronse al cabo y dos subieron al barco; los demás traficaron regularmente con lo que traían; una pequeña canoa vino de la orilla opuesta de la bahía y nos vendió algunos pescados grandes, dándonos a entender que los hubieran traído el día antes, que era cuando los habían cogido, a no ser porque el fuerte viento les había impedido hacerse a la mar.

Después de almorzar fuí con la pinaza y la yola, acompañado de Mr. Banks y el Dr. Solander, a la costa norte de la bahía para tomar una vista del país y contemplar dos ciudades fortificadas que habíamos divisado a cierta distancia. Desembarcamos al pie de una de ellas, cuya situación era de lo más hermoso y pintoresco que puede imaginarse; hallábase construída sobre una pequeña roca destacada de la tierra y rodeada por el mar en las altas mareas. La masa total de esta roca estaba perforada por un hueco que ocupaba la mayor parte de ella; la clave del arco estaba a sesenta pies sobre el mar y en la marea alta la invadían las aguas hasta la cima; toda la parte superior de la roca sobre el arco estaba defendida en la forma habitual; pero el área sólo era capaz para cinco o seis casas; era accesible por una estrecha y empinada senda, por donde bajaron los habitantes al llegar nosotros, y nos invitaron a entrar; pero rehusamos, pues nos proponíamos visitar un fuerte mucho más importante de la misma clase que estaba a una milla de distancia. Hicimos, sin embargo, algunos regalos a las mujeres, y entretanto vimos a los habitantes del pueblo a que nos dirigíamos venir a nosotros en un grupo compuesto de hombres, mujeres y niños en número de ciento; cuando ya estaban al alcance de la voz agitaron sus manos y gritaron: *Horomai!*, después de lo cual se sentaron entre los

arbustos que había cerca de la playa; aquellas ceremonias se nos dijo que eran signos indudables de su amistosa disposición. Avanzamos hacia el lugar en que estaban sentados, y cuando estuvimos a su lado les hicimos algunos regalos y les pedimos licencia para visitar su *heppah;* accedieron con gran alegría, que se patentizaba en sus semblantes, e inmediatamente nos marcaron el camino. El pueblo se llama Wharretouwa y está situado sobre un alto promontorio que avanza sobre el mar en la ribera norte de la bahía y no lejos del centro de la misma; dos flancos del promontorio hállanse bañados por el mar y son completamente inaccesibles; los otros dos caen a la parte de tierra; sobre uno de ellos, que es el mas escarpado, se extiende la avenida que conduce a la playa; el otro es llano y se abre al país sobre una colina de estrecha cumbre; el conjunto está cercado por una barrera de diez pies de elevación, formada con fuertes pilotes atados con mimbres. El flanco vulnerable, que se abre a la parte de tierra, está también defendido por un doble foso, en el más interior de los cuales se levanta un dique y una barrera adicional; las empalizadas interiores se alzan sobre el baluarte inmediato al pueblo; pero a distancia bastante de la cima del banco para que los hombres dispongan de espacio para moverse y manejar sus armas; las barreras más exteriores se hallan entre los dos fosos y los pilotes, oblicuamente dispuestos con relación al terreno, de manera que los extremos superiores se proyectan sobre el foso interior; la profundidad de este foso desde el fondo al coronamiento del banco es de veinticuatro pies. Junto a la empalizada más interior hay una plataforma de veinte pies de altura, cuatro de longitud y seis de anchura; apóyase sobre fuertes postes y tiene por objeto servir de base a los que defienden la fortaleza, que desde ella pueden hostilizar a los asaltantes con dardos y piedras, de los que hay abundante provisión en grandes montones. Otra plataforma

de la misma clase domina la empinada avenida de la playa y se halla también dentro de la empalizada; sobre este lado de la colina hay algunas pequeñas trincheras y guaridas, no como defensas avanzadas, sino para servir de refugio a las gentes que, necesitando habitación, no pueden ser acomodadas en el interior de la fortaleza, pero que desean colocarse bajo su protección. Las empalizadas, como ya se ha observado, circundan toda la colina tanto por la parte de mar como por la de tierra; pero como el terreno que encierran fué de monte, no ha sido nivelado, sino dividido en bancales escalonados que forman anfiteatro, hallándose cada cual defendido por su respectiva empalizada; comunican unos con otros por estrechas sendas que pueden interceptarse fácilmente, de manera que si un enemigo forzase la barrera exterior tendría que llevarse por delante otras varias antes de que pudiera invadir la totalidad de la fortaleza, suponiendo que estos niveles escalonados se defendieran con tenacidad sucesivamente. La única entrada es un estrecho paso de doce pies de longitud, que comunica con la empinada rampa de la playa; pasa por debajo de una de las plataformas defensivas, y aunque no vimos nada que se pareciese a una puerta o a una verja, puede cortarse fácilmente de un modo tal que el intento de forzarlo habría de constituír una empresa difícil y arriesgada. En definitiva, debe ser considerado este lugar como una posición muy fuerte en la que unos pocos hombres resueltos pueden defenderse contra toda la fuerza que puede desplegar un pueblo que cuenta con armas de la clase que se ha descrito. Parece hallarse la fortaleza suficientemente provista para un sitio de todo cuanto pueda precisar, con excepción de agua; vimos grandes cantidades de raíces de helecho, que ellos comen en vez de pan, y de pescado seco apilado en montones; pero no pudimos percibir que tuvieran cerca más agua dulce que la de un arroyuelo que corre al pie del monte; y

si disponen de medios para tomar el agua desde la plaza durante un sitio o si poseen algún sistema para almacenarla en calabazas o en otras vasijas dentro de las obras, no pudimos saberlo; tienen, desde luego, algún recurso para proporcionarse este artículo tan indispensable y necesario a la vida, porque de otra suerte carecería de objeto aquel almacén de provisiones secas. Al expresar el deseo de ver su método de ataque y defensa, uno de los muchachos subió a una de las plataformas de combate, que ellos llaman *porava*, y otro se situó en el foso; tanto el que defendía la plaza como el que la atacaba entonaron su canción guerrera y bailaron con las mismas espantosas gesticulaciones que estábamos acostumbrados a ver en más serias circunstancias, a fin de alcanzar un grado de furor que en todas las naciones salvajes es necesario preludio de la batalla; porque el valor sereno, la energía espiritual capaz de sobreponerse a la sensación del peligro, sin un acceso de rabia animal que la domine, parece ser privilegio de los que se inspiran en altas miras y conciben proyectos de importancia duradera, y arguyen un sentido del honor y de la desgracia más fino que el que pueden formar o abrigar hombres que experimentan escasas penas o placeres fuera de los peculiares a una vida exclusivamente animal, y no conciben otro propósito que el de procurarse lo necesario para el día corriente, efectuar un robo o vengar un insulto; marchan uno contra otro a sangre fría, ciertamente, pero necesitan encenderse en ira antes de empeñar combate; así como entre nosotros ha habido muchos ejemplos de hombres que se han embriagado deliberadamente para ejecutar un designio concebido cuando estaban serenos, pero que en tal situación nunca se hubieran atrevido a emprender.

En uno de los flancos de la colina, cerca de la empalizada, vimos medio acre de terreno plantado de calabazas y batatas, que era el único cultivo de la ba-

hía; al pie del promontorio en que se levanta esta fortaleza hay dos rocas, separada la una de tierra y no completamente destacada la otra; son ambas pequeñas y parecen más a propósito para ser habitadas por pájaros que por hombres; hay, sin embargo, en ellas casas y obras de defensa. Vimos otros muchos trabajos de esta especie sobre pequeñas islas y rocas, así como en las cimas de las colinas, en diferentes partes de la costa, a más de otros pueblos fortificados, que parecían muy superiores al que se ha descrito.

La perpetua hostilidad en que tienen que vivir por necesidad estos pobres salvajes, que han hecho un fuerte de cada pueblo, viene a explicar el que tengan tan poco terreno en estado de cultivo; y como se infieren recíprocamente frecuentes daños, es posible que la escasez del terreno cultivado que poseen explique el hecho de que vivan en perpetua hostilidad. Pero es extraño que la inventiva y diligencia que han empleado en la preparación de estos lugares tan admirablemente adaptados a la defensa, casi sin instrumentos, no les hayan valido, mirando a la misma necesidad, para proporcionarse una sola arma arrojadiza, como no sea la lanza, que tiran con la mano; carecen de arcos con que disparar los dardos, así como de hondas para lanzar piedras; cosa tanto más sorprendente cuanto que la invención de las hondas, arcos y flechas es mucho más fácil que la de las obras que esta gente construye, y que estas dos clases de armas se encuentran en naciones mucho más primitivas y en casi todas las demás partes del mundo. Además de la larga lanza y del *patu-patu*, que ya se han mencionado, usan una maza de cinco pies de longitud, a veces apuntada como una alabarda y otras sólo aguzada por uno de sus extremos y ensanchada por el otro afectando la forma de la pala de un remo. Tienen también otra arma, un pie más corta que ésta, apuntada en un extremo y afilada por el otro en forma de hacha. Las puntas de las largas lanzas se ha-

llan dentadas, y las empuñan con tal fuerza y agilidad que, armados con ellas, sólo podríamos hacerles frente con un mosquete cargado.

Después de tomar a la ligera una vista del país y de cargar los dos botes de apio, que encontramos en gran abundancia en la playa, volvimos de nuestra excursión y a eso de las cinco de la tarde regresamos a bordo.

Miércoles 15.

El 15 salimos de la bahía, con varias canoas a los costados del barco, en una de las cuales iba nuestro amigo Toiava, el cual nos dijo que tan pronto como se alejara de nosotros tenía que guarecerse en su fuerte, porque los amigos del hombre a quien matara Mr. Gore el día 9 le habían amenazado con vengar en él aquella muerte, a más de vituperarle por ser nuestro amigo. Junto a la punta norte de la bahía, por la parte de fuera, vi gran número de islas de variada extensión, que se hallan esparcidas hacia el NO. paralelamente a tierra y hasta perderse de vista. Puse rumbo NE. enfilando la más nordeste de las islas; pero el viento NE. que soplaba nos obligó a salir mar afuera.

A la bahía que acabábamos de dejar le di el nombre de Bahía Mercurio, con motivo de la observación que en ella habíamos hecho del tránsito de este planeta sobre el Sol. Se halla en la latitud de 36° 47′ S. y en la longitud de 184° 4′ O.: hay varias islas al norte y al sur de ella y una pequeña isla o roca en el medio de la entrada; por la parte de adentro de esta isla la profundidad del agua no excedía de nueve brazas; el mejor anclaje está en una cala arenosa que se halla hacia el interior del recodo que forma la punta sur, en cuatro y cinco brazas, y debe ponerse el barco en la línea que determina una elevada roca que se halla situada al exterior de la punta, con esta punta, o guarecerse detrás de ella. Este lugar es muy conveniente tanto por la made-

ra como por la aguada, y en el río hay una inmensa cantidad de ostras y otros moluscos; por esta razón le he dado el nombre de Río de las Ostras. Pero si un barco ha de permanecer en este sitio algún tiempo, el lugar mejor y más seguro se halla en el río de la punta de la bahía, río al que por el número de manglares que crecían en sus islotes y márgenes di el nombre de Río de los Manglares. Para navegar hacia el interior de este río es preciso bordear constantemente la orilla sur. El país de la margen oriental del río y de la bahía es muy estéril, consistiendo en helechos su única producción y en unas cuantas especies propias del terreno pobre. La tierra de la costa noroeste se halla cubierta de bosque, y siendo el suelo mucho más fértil ha de producir todo lo necesario a la vida dándole el cultivo adecuado; no es tan fértil, sin embargo, como las tierras que habíamos visto hacia el S., ni los habitantes, aunque numerosos, tienen tan buen aspecto; no existen plantaciones; las canoas son mediocres y carecen de adorno; los naturales duermen al aire libre y dicen que si Teratu, cuya soberanía no reconocen, se acercara a ellos le matarían. Esto vino a corroborar nuestra opinión de que eran insurgentes; dijéronnos, sin embargo, que tenían *heppahs* o fuertes, a los que se retiraban cuando se veían en peligro inminente.

Encontramos sobre la costa, en diferentes partes de la bahía, grandes cantidades de arena ferruginosa, que viene transportada por todos los pequeños arroyos de agua dulce que por allí circulan; esto constituye una demostración de que existe mineral de esta clase en el interior; pero ni los habitantes de esta parte ni ninguno de los que habíamos visto en otros puntos de la costa conocen el uso del hierro ni le atribuyen el menor valor; todos prefieren el objeto menos valioso, no sólo a un clavo, sino a cualquier instrumento de ese metal.

Antes de dejar la bahía grabamos en uno de los ár-

boles próximos al lugar de la aguada el nombre del barco y el del capitán, con la fecha del año y del mes en que allí estuvimos; y después de desplegar la bandera inglesa, tomé posesión solemnemente de la bahía en nombre de S. M. Británica el Rey Jorge III.

CAPÍTULO IV

Viaje desde Bahía Mercurio a la Bahía de las Islas. — Excursión por el río Támesis. — Breve noticia de los indios que habitan sus márgenes y de la hermosa madera que en ellas se produce. — Entrevistas con los naturales en diversos puntos de la costa y relación de la escaramuza que con ellos tuvimos en una isla.

Noviembre de 1769. — *Sábado 18.*

Continué ciñendo el viento dos días para mantenerme cerca de tierra, y el 18 a eso de las seis de la mañana nos hallábamos frente a un promontorio muy visible, en la latitud de 36° 23' y en dirección N. 48° O. con la punta norte de Bahía Mercurio o Punta Mercurio, que se hallaba a nueve leguas; sobre el promontorio había mucha gente, que parecía no fijarse en nosotros, pero que hablaba muy animadamente. A la media hora destacáronse varias canoas de diversos puntos con dirección al barco; al ver esto, los que había en la punta embarcaron también y en número de veinte dirigiéronse hacia nosotros. Cuando dos de las canoas, en las que podría haber sesenta hombres, se acercaron bastante para que se oyera la voz, entonaron su canto de guerra; pero viendo que no les hacíamos el menor caso nos arrojaron unas cuantas piedras y tornaron a tierra. Abrigamos la esperanza de habernos librado de ellos; pero no tardaron en volver con la intención resuelta de provocarnos a la lucha, animándose con su canto, cual antes hicieron. Tupia, sin que nada se le dijera, situóse en la popa y empezó a dirigirles la palabra;

díjoles que teníamos armas capaces de destruírlos en un momento y que si se aventuraban a atacarnos habríamos de vernos obligados a usarlas.

En esto empezaron a blandir sus armas y gritaron en su lengua: «Venid a tierra y os mataremos a todos.» «Bien — dijo Tupia — ; pero ¿por qué nos molestáis, cuando estamos en el mar?; nosotros no queremos luchar y no aceptaremos vuestro reto de ir a tierra; aquí no hay motivo de contienda porque el mar es tanto vuestro como del barco.» Esta elocuencia de Tupia, que hubo de sorprendernos porque no le habíamos inspirado los argumentos que empleó, no hizo efecto a nuestros enemigos, que no tardaron en renovar sus provocaciones; disparóse un mosquete contra una de sus canoas, y esto fué un argumento de suficiente peso, porque inmediatamente viraron y nos dejaron.

Desde la punta frente a la cual nos hallábamos a la sazón se extiende la tierra en dirección O. 45° S. en una legua, y luego hacia el S. SE., hasta perderse de vista. Además de las islas que había entre nosotros y el mar pudimos divisar tierra por el SO. y en redondo hasta el NO.; pero no nos fué posible determinar si lo que veíamos eran islas o pertenecía a la masa principal de tierras: el temor de perder éstas, sin embargo, me decidió a seguir su dirección. Con esta mira doblé la punta y tomé rumbo S.; pero como soplaban ligeros vientos variables, apenas avanzamos. A eso de la una saltó una brisa del E. que se corrió al NE., y fuimos costeando con rumbos SE. y SSE. con diez y ocho a veinte brazas de agua.

Poco después de las siete y media de la tarde, después de haber avanzado siete u ocho leguas desde mediodía, anclé en veintitrés brazas, renunciando a seguir en la obscuridad, pues tenía tierra por ambos lados, que parecía formar la entrada de un estrecho, bahía o río que llevaba dirección SE., porque en este rumbo no pudimos divisar tierra.

Domingo 19.

Al romper el día 19, siéndonos aún favorable el viento, levamos anclas y nos dirigimos con buen viento hacia el brazo de mar, manteniéndonos lo más cerca posible de la costa oriental. A poco vinieron de tierra dos grandes canoas: sus tripulantes dijeron conocer muy bien a Toiava, y llamaron a Tupia por su nombre. Invité á algunos a subir a bordo, y como sabían que nada tenían que temer de nosotros mientras se condujeran noble y pacíficamente, accedieron en seguida; híceles algunos presentes y se despidieron muy satisfechos. Luego vinieron otras canoas, procedentes de otro punto de la bahía, y también mencionaron los de a bordo el nombre de Toiava y enviaron al barco a un joven que nos dijo ser su nieto, y al que también se le hizo un obsequio.

Después de navegar seis o siete leguas desde el sitio en que habíamos anclado la noche antes empezó a decrecer la profundidad hasta seis brazas, y no queriendo exponernos a que la profundidad continuara disminuyendo, y en vista de que subía la marea y el viento soplaba hacia el interior del brazo, anclé en medio del canal, que viene a tener once millas; después de lo cual mandé dos botes para que sondaran por los dos lados.

Como el resultado de estos sondeos fué no encontrar profundidades que excediesen en más de tres pies a la que se ha indicado, resolví no avanzar más con el barco y reconocer el fondo de la bahía valiéndome de los botes, porque como parecía internarse bastante, juzgué que se presentaba una ocasión favorable para estudiar el interior del país y su producción.

Lunes 20.

Al amanecer, pues, salí con la pinaza y la falúa, acompañado de Mr. Banks, el Dr. Solander y Tupia,

y encontramos que el brazo de mar terminaba en un río, a unas nueve millas de donde estaba el barco; penetramos en el río con el principio de la marea, y tres millas aguas arriba advertimos que el agua era completamente dulce. Antes de avanzar a la tercera parte de esta distancia vimos un pueblo indio construído sobre un reducido banco de arena seca, pero completamente rodeado por un fangal, que es probable que considerasen los habitantes como una defensa. Tan pronto como la gente nos vió se apresuró a ganar las alturas próximas y nos invitó a desembarcar. Aceptamos la invitación, y les hicimos una visita, a pesar del fango. Nos recibieron con los brazos abiertos, pues habían oído hablar de nosotros al buen viejo Toiava; pero no pudimos permanecer mucho tiempo, porque solicitaban otros objetos nuestra curiosidad. Seguimos remontando el río hasta cerca de mediodía, hora en que nos hallábamos a catorce millas de su desembocadura, y observando entonces que el aspecto del país continuaba siendo el mismo y sin alterarse lo más mínimo en el curso del río, que no podíamos abrigar la esperanza de recorrer hasta su origen, desembarcamos en la orilla occidental para ver los corpulentos árboles que por todas partes adornaban sus márgenes. Pertenecían a una especie que ya habíamos visto antes, aunque sólo a distancia, tanto en Bahía Pobreza como en Bahía Hawke. No habíamos avanzado cien yardas en el bosque cuando nos encontramos uno que tenía diez y nueve pies y ocho pulgadas de circunferencia a seis pies de altura; con un cuadrante, que llevaba yo, medimos su altura desde la raíz a la primera rama, y resultó ser de ochenta y nueve pies la longitud comprendida entre las raíces y la primera rama; era recto como una flecha y apenas si guardaba proporción con su altura lo que se estrechaba hacia el extremo superior: así es que calculé que podría contener, prescindiendo de las ramas, trescientos sesenta y seis pies de madera

sólida. Al seguir avanzando vimos otros muchos más corpulentos aún; cortamos uno joven y la madera resultó ser pesada y solida, inadecuada para los mástiles, pero muy buena para tablas de obra. Nuestro carpintero, que nos acompañaba, dijo que aquella madera se parecía a la del pino, que se hace más ligera por medio de un sistema de incisiones, y es probable que un método semejante sirviera para aligerar aquélla, en cuyo caso podrían hacerse masteleros como no se producen en ningún país de Europa. Como el bosque era pantanoso, no pudimos penetrar más, pero encontramos muchos grandes árboles de otras especies completamente desconocidas para nosotros, y de los cuales nos llevamos ejemplares.

A la altura en que nos hallábamos el río es tan ancho como el Támesis por Greenwich y tan sensible como en éste la marea; no es, ciertamente, tan profundo; pero hay calado bastante para los barcos de más que mediano porte y un fondo cenagoso tan suave que no hay que temer averías al acercarse a la orilla.

Martes 21.

Embarcamos de nuevo a las tres de la tarde, con objeto de regresar aprovechando el reflujo desde el principio, y pusimos al río el nombre de Támesis por la semejanza con el nuestro. A nuestra vuelta, los habitantes del pueblo en que habíamos desembarcado, al vernos tomar otro canal se acercaron a nosotros en sus canoas y traficaron amistosamente hasta que hubieron agotado las pocas menudencias que llevaban. El reflujo nos sacó de la angostura del río, llevándonos al canal que viene del mar, antes de obscurecer, y bogamos con afán para llegar al navío; pero como sobreviniese la marea alta y una fuerte brisa del NNO. con chaparrones, vímonos precisados a desistir; hacia media noche nos acercamos a tierra, y echamos el rezón en un sitio en que descansamos como pudimos, dada nuestra

situación. Al amanecer del día siguiente nos pusimos en marcha de nuevo, y eran más de las siete cuando llegamos al barco. Estábamos sumamente fatigados, pero nos considerábamos felices por hallarnos a bordo, pues antes de las nueve empezó a soplar el viento con tal fuerza que el bote no hubiera podido avanzar y nos hubiéramos visto precisados a desembarcar o a refugiarnos en algún remanso.

Miércoles 22.

A las tres, con el comienzo de la bajamar, levamos anclas, viramos y comenzamos a navegar río abajo hasta las siete de la tarde, en que anclamos de nuevo; por la mañana temprano nos hicimos a la vela con el primer reflujo, y seguimos de bolina hasta que la otra marea nos obligó a anclar. Como reinaba una ligera brisa, me dirigí con la pinaza, acompañado del Dr. Solander, a la ribera occidental, pero no vi nada digno de registrarse.

Cuando dejé el barco había muchas canoas en sus inmediaciones; Mr. Banks decidióse en vista de esto a permanecer a bordo y a traficar con los naturales; vendieron sus ropas y armas, principalmente a cambio de papel, y se portaron amistosa y noblemente. Pero mientras que algunos de ellos se hallaban abajo con míster Banks, un joven que estaba en cubierta robó un cristal de un anteojo y fué sorprendido en el momento en que iba a llevárselo. Míster Hicks, que era el oficial que mandaba el barco, juzgó conveniente castigarle dándole doce azotes con una cola de gato (1), y en consecuencia ordenó que le llevaran al entrepuente y le ataran a un palo. Cuando los otros indios que estaban a bordo vieron que se apoderaban de él intentaron rescatarle, y al encontrar resistencia pidieron sus armas, que hubieron de darles los de las canoas, y los tripu-

(1) Disciplinas de nueve cuerdas. *(N. del T.)*

lantes de una de ellas trataron de subir al navío por la borda. En cuanto Mr. Banks oyó el tumulto vino con Tupia a cubierta para ver lo que había ocurrido. Los indios acudieron inmediatamente a Tupia, el cual, encontrando inexorable a Mr. Hicks, sólo pudo asegurarles que nada se intentaba contra la vida de su compañero, pero que era necesario que sufriera algún castigo por su culpa. Al oír esta explicación parecieron los indios quedar satisfechos. Cumplióse entonces el castigo, y tan pronto como el criminal fué desatado, un anciano que se hallaba entre los espectadores, y que se suponía ser su padre, le dió una terrible paliza y le hizo bajar a su canoa. Entonces todas las canoas se apartaron del barco, y dijo la gente que no se atrevía a volver; al cabo de muchas reflexiones, sin embargo, se aventuraron a volver, pero su risueña confianza había acabado y fué corta su estancia; al partir prometieron ciertamente traer algún pescado, pero no los volvimos a ver.

Jueves 23. — Viernes 24.

Como el día 23 se nos pusiera el viento en contra, continuamos de bolina río abajo, y a las siete de la tarde nos hallábamos al noroeste de las islas que hay en la parte occidental. Teniendo en cuenta lo malo del tiempo, que se nos echaba encima la noche y que veíamos tierra por ambos costados, juzgué más conveniente virar y guarecerme junto a la punta, anclando en diez y nueve brazas. A las cinco de la mañana del 24 levamos anclas y tomamos rumbo NO. con las gavias y dos rizos de los juanetes; el viento soplaba del SO. O. y OSO., violento y huracanado. Como el vendaval no nos permitía acercarnos a tierra, apenas pudimos distinguirla desde el momento en que nos hicimos a la vela mientras avanzamos doce leguas, pero nunca la perdimos de vista. Nuestra latitud fué entonces de 36° 15' 20", a menos de dos millas de una punta de la

tierra principal a tres leguas y media de una isla altísima que marcaba NE. E.; en esta situación teníamos veintiséis brazas de agua; la punta más lejana de tierra que podíamos ver marcaba NO., pero divisamos varias pequeñas islas hacia el norte de esa dirección. La punta de tierra frente a la cual nos hallábamos, y a la que llamé Punta Rodney, es la extremidad noroeste del río Támesis, pues en esta denominación comprendí a la honda bahía que termina en la corriente de agua dulce, y el extremo nordeste es el promontorio junto al cual pasamos al entrar en ella y al que llamé Cabo Colville, en honor del honorable lord Colville.

Cabo Colville se halla en la latitud de 36° 26' y en la longitud de 194° 27'; levántase desde el mar a considerable altura y es notable por una gran roca que está en la cima de la punta y que puede distinguirse desde una gran distancia. Desde la punta sur del cabo el río corre en dirección SE., y hasta catorce leguas del cabo en ninguna parte tiene anchura inferior a tres leguas; luego se contrae en un estrecho cauce, pero sigue el mismo curso, atravesando un terreno bajo y llano, o ancho valle, que corre paralelamente a la costa y cuyo fin no pudimos ver. Por la parte este de la zona ancha del río la tierra es bastante elevada y montuosa; la occidental es más bien baja, pero se halla casi por completo cubierta de verdura y bosque, presentando la apariencia de una gran fertilidad, aunque sólo se ven unas cuantas pequeñas manchas de cultivo. A la entrada de la parte angosta del río la tierra se halla cubierta de manglares y otros arbustos; pero más lejos se extienden inmensos bosques, que probablemente atesoran la madera más hermosa del mundo, de la cual se ha dado ya alguna noticia; en varios puntos se extiende el bosque hasta el borde mismo del agua, y cuando se hallan separados el espacio intermedio es pantanoso, como algunas partes de las riberas del Támesis en Inglaterra. Es probable que haya en el río abundancia de pesca,

porque vimos en muchos sitios pilotes hincados para tender las redes, pero no pudimos saber cuáles fueran las especies que hubiera. La mayor profundidad del agua que encontramos en este río fué de veintiséis brazas, que decrecía gradualmente hasta braza y media; en la desembocadura de la corriente de agua dulce hay de tres a cuatro brazas, pero se encuentran tierras llanas y bancos arenosos delante de ella. Un barco de mediano tonelaje puede, sin embargo, internarse bastante en este río con la alta marea, porque el agua sube cerca de diez pies y en los plenilunios y en los cambios de Luna se produce la pleamar a eso de las nueve.

Seis leguas hacia dentro del Cabo Colville, junto a la ribera oriental, hay varias pequeñas islas, que con la tierra principal parecen formar buenos puertos. Frente a estas islas y junto a la ribera occidental hay otras, entre las cuales es posible también que se formen buenos puertos; pero si no existen en este río, hay buen anclaje en cualquier parte del mismo siempre que el agua tenga profundidad bastante, porque se halla abrigado del mar por una cadena de islas de extensión variada atravesadas en la boca, y a las que por esta razón llamé Islas de la Barrera; se extienden en dirección NO. y SE. en una distancia de diez leguas. La punta sur de la cadena se halla al NE. y a dos o tres leguas del Cabo Colville; y la extremidad norte, al NE. y a cuatro leguas y media de Punta Rodney. La Punta Rodney está situada al ONO. y a nueve leguas de Cabo Colville, en la latitud de 36° 13' S. y en la longitud de 184° 53' O.

Los pobladores de las márgenes de este río no parecen ser numerosos, si se considera la gran extensión del territorio; pero son vigorosos, bien formados y activos, y todos tienen el cuerpo pintado de ocre y aceite desde los pies a la cabeza, cosa que no habíamos visto hasta entonces. Sus canoas eran grandes, bien construídas y adornadas con trabajos de talla, deno-

tando el mejor gusto que habíamos observado en la costa.

Continuamos bordeando la costa hasta la noche, con la tierra de un lado y las islas de otro. Anclamos en una bahía con catorce brazas y fondo arenoso. A poco de anclar echamos nuestras liñas, y no tardamos en coger cerca de cien peces, a los que llamó la gente bremas de mar; pesaban de seis a ocho libras cada una y con la carga se podía alimentar la tripulación durante dos días. En vista del éxito que habíamos tenido en aquel punto con los sedales, le llamamos Bahía Brema; las dos puntas que la cierran se hallan al N. y al S., y a cinco leguas una de otra. Tiene buena anchura por todas partes y de tres a cuatro leguas de longitud; en el fondo parece haber un río de agua dulce. El extremo norte de la bahía, llamado Punta Brema, es una tierra alta y notable por las varias rocas apuntadas que se hallan dispuestas en fila sobre su cima; también puede reconocerse por las pequeñas islas, llamadas La Gallina y Los Pollos, que tiene delante, una de las cuales es bastante elevada y termina en dos picos. Se halla en la latitud de 35° 46' S. y a diez y siete leguas y media de Cabo Colville en dirección N. 41° O.

La tierra que se extiende entre las Puntas Rodney y Brema, que abarca diez leguas, es baja y en ella se ven manchas de bosque, con bancos de arena blanca entre el mar y la tierra firme. No vimos habitantes, pero sí muchas hogueras por la noche; y donde hay hogueras, siempre hay gente.

Sábado 25.

Al amanecer del 25 dejamos la bahía y costeamos hacia el N.; la variación de la brújula fué de 12° 42' E. Nuestra latitud al mediodía fué de 36° 36' S. Punta Brema se hallaba al S. a diez leguas, y vimos algunas pequeñas islas, a las que dimos el nombre de los Pobres Caballeros (Poor Knights), al NE. N. y a tres leguas

de distancia; la tierra más septentrional que teníamos a la vista marcaba NNO.; entonces nos hallábamos a dos millas de tierra y con veintiséis brazas de agua.

El país aparecía bajo, pero bien cubierto de bosque; vimos algunas viviendas transitorias, tres o cuatro caseríos fortificados y no lejos una gran extensión de terreno cultivado.

Por la tarde se nos acercaron cinco grandes canoas con unos doscientos hombres, algunos de los cuales subieron a bordo y dijeron haber oído hablar de nosotros. Dos de ellos, que parecían ser jefes, recibieron obsequios; pero cuando salieron del barco adoptaron los otros una actitud insolente. Algunos de los que había en las canoas empezaron a traficar, y a engañar, según su costumbre, negándose a entregar lo que se les había comprado, después de haber recibido el precio; entre ellos hubo uno a quien se le dió un viejo par de negros pantalones, que hubo de arrojar al mar al disparar sobre él unos cuantos tiros de postas. Poco después se apartaron las canoas a cierta distancia, y cuando se consideraron fuera de nuestro alcance, empezaron a desafiarnos entonando su canto guerrero y blandiendo sus armas. Juzgué conveniente intimidarlos, tanto por su bien como por el nuestro, y se dispararon sobre ellos primero unos cuantos tiros de mosquete con perdigones, y uno de cañón; el último los asustó sobremanera, aunque no les infirió otro daño que el de hacerlos escapar bogando con asombrosa presteza.

Domingo 26.

Por la noche tuvimos vientos ligeros variables; pero a la mañana saltó una brisa del S., que cambió después al SE., con la cual seguimos con poca marcha hacia el N., bordeando la costa.

Entre seis y siete vinieron a nosotros dos canoas, y nos dijo la gente que se habían enterado de la aventura del día anterior, no obstante lo cual subieron a

bordo y comerciaron tranquila y honradamente con lo que tenían; poco después acercáronse otras dos canoas, procedentes de un punto distante de la costa; eran de mucho mayor tamaño y se hallaban llenas de gente; cuando ya estaban a corta distancia de nosotros llamaron a los de las canoas que se hallaban al costado del navío, y después de una breve conferencia vinieron todos juntos. Los extranjeros parecían ser personas de rango superior; sus canoas estaban bien talladas y adornadas con lujo y traían con ellos gran variedad de armas; tenían *patu-patus* de piedra y de hueso de ballena, a las que parecían conceder gran valor; también mostraban costillas de ballena, que ya habíamos visto con anterioridad, imitadas en madera, talladas y adornadas con mechones de pelo de perro. Su tez era más obscura que la de aquellos que habíamos visto por el S. y sus cuerpos y rostros se hallaban más marcados de negras franjas, que ellos llaman *amoco;* en cada rodilla llevaban una ancha espira y las nalgas de muchos de ellos veíanse ennegrecidas casi por completo, pues sólo quedaban sin pintar algunas estrechas líneas, de modo que a primera vista parecían llevar pantalones rayados. Con respecto al *amoco,* cada tribu parecía observar una costumbre distinta, porque todos los hombres de alguna de las canoas mostrábanse casi enteramente cubiertos, y a los de otras apenas si se les distinguía una raya, si bien los labios, todos, sin excepción, los llevaban pintados de negro.

Aquellos caballeros se resistieron por algún tiempo a desprenderse de sus armas, cualquiera que fuese la mercancía que por ellas se les ofreciera; al cabo, sin embargo, uno de ellos sacó un instrumento de talco con forma de hacha y consintió en venderlo por una pieza de paño; fuéle entregado el paño por una de las bordas del navío, pero su señoría escapó inmediatamente en su canoa con el hacha. Recurrimos a nuestro sistema habitual y disparamos un mosquete con bala

sobre su canoa, que le hizo venir de nuevo al barco y devolver la pieza de paño; entonces todos los botes regresaron a tierra sin realizar ningún otro cambio.

Al mediodía extendíase la tierra firme del SE. al NO. O. y una punta muy visible marcaba O. a cuatro o cinco millas; doblámosla a las tres, y le di el nombre de Cabo Bret, en honor de sir Piercy. La tierra de este cabo es bastante más elevada que ninguna de las adyacentes; en su cúspide hay un alto cerro, y en dirección NE. N., a cosa de una milla, se ve una pequeña isla alta o roca, que, como las que ya se han descrito, estaba perforada completamente, presentando el aspecto de un arco de puente. Este cabo, o por lo menos alguna parte de él, se llama por los naturales Motugogogo y se halla en la latitud de 35° 10' 30" S. y en la longitud de 185° 25' O. Hacia el este del mismo ábrese una ancha y profunda bahía, que se extiende en dirección SO. O., y en la cual creímos ver varias pequeñas islas; la punta que forma la entrada noroeste hállase al O. 22°,5 N. a tres o cuatro leguas de Cabo Bret y la designé con el nombre de Punta Pococke. Hacia el oeste de la bahía vimos diversos pueblos, tanto sobre las islas como en tierra, y varias grandes canoas vinieron a nosotros llenas de gente de mucho mejor aspecto que todas las que habíamos visto hasta entonces; eran corpulentos y proporcionados; su cabello, que era negro, recogíase en un moño sobre la coronilla y estaba guarnecido de plumas blancas. En cada una de las canoas había dos o tres jefes, cuyos trajes estaban hechos con paño de la mejor calidad y cubiertos con piel de perro, cosa que les daba una agradable apariencia; muchos estaban marcados con el *amoco*, como aquellos que estuvieran antes al costado del barco; su manera de comerciar era igualmente fraudulenta; y renunciando los oficiales tanto a castigarlos como a intimidarlos, uno de los guardias marinas, que había sido engañado en un trato, recurrió para vengarse a una estratagema

tan burlona como severa: tomó un sedal, y cuando el hombre que le había engañado estaba en su canoa junto al costado del barco, levantó el plomo aquel con tan buen tino, que el anzuelo enganchó por la espalda al defraudador; tiró entonces del sedal, y al esfuerzo que hizo el hombre hacia atrás se rompió el anzuelo por el enganche y quedó el áncora clavada en la carne.

Aunque no recorrimos más de seis u ocho leguas de costa en el curso del día, no dejamos de tener, tanto a los costados del barco como a bordo, de cuatrocientos a quinientos indios, lo que constituye una prueba de que esta parte del país está bastante poblada.

Lunes 27.

A las ocho de la mañana siguiente estuvimos a una milla de un grupo de islas próximas a la tierra, a veintidós millas de Cabo Bret en dirección NO. 45° O. Como el viento era muy débil, allí permanecimos dos horas, durante las cuales se nos acercaron varias canoas, y nos vendieron algunos pescados, a los que llamé caballas, razón por la cual di este nombre a las islas. Esta gente produjose con gran insolencia, nos amenazó varias veces y nos provocó aun en medio de la operación mercantil, y al llegar algunas otras canoas empezaron a apedrearnos. Disparáronse algunos tiros de perdigones, uno de los cuales hirió a cierto indio en el preciso instante en que tenía una piedra en la mano para arrojarla sobre el barco; no desistieron, sin embargo, hasta que fueron heridos varios más, en vista de lo cual se alejaron, haciéndonos nosotros a la mar.

Miércoles 29.

Como el viento nos era contrario, nos mantuvimos a barlovento hasta el 29, encontrándonos con que habíamos perdido terreno; dirigíme entonces hacia una bahía situada al oeste de Cabo Bret; en aquel momento se hallaba éste dos leguas a sotavento de nosotros, y a

eso de las once anclamos al suroeste de una de las muchas islas que se alinean por el SE., en cuatro brazas y media de agua; encontramos muy pronto esta profundidad tan reducida, de no haber ocurrido lo cual hubiéramos tardado más en anclar. Envié inmediatamente al contramaestre con dos botes para sondar, y pronto descubrió que nos hallábamos sobre un banco que se extiende desde la punta noroeste de la isla, y que al borde mismo del banco la profundidad era de ocho a diez brazas.

Entretanto, los naturales, en número de cuatrocientos, se arremolinaron en torno nuestro con sus canoas, subiendo algunos a bordo; a cierto individuo que parecía ser jefe le di un gran trozo de paño y distribuí entre los demás unas cuantas chucherías. Dime cuenta de que algunos de los que allí se hallaban habían estado alrededor del barco cuando nos hallábamos en alta mar y de que conocían el poder de nuestras armas de fuego, porque la sola vista de un cañón los llenó de confusión; con este ánimo, comerciaron legalmente; pero los tripulantes de una de las canoas aprovecharon la oportunidad de hallarnos comiendo para llevarse nuestra boya; disparóseles un tiro sin resultado; tratamos entonces de alcanzarlos con otro de perdigones también, pero se hallaban muy distantes. Habían embarcado ya la boya en aquel momento, y nos vimos obligados a tirarles con bala; como resultase herido uno de ellos, se apresuraron a arrojar la boya por la borda; disparóse entonces un tiro de cañón, que hizo saltar el agua y que llegó a la costa. Inmediatamente desembarcó la gente de dos o tres canoas y echaron a correr por la playa, según supusimos, en busca de la bala. Tupia los llamó y les aseguró que mientras se condujeran honradamente podían considerarse seguros, y luego de una corta labor persuasiva volvieron algunos al navío, y fué tal su conducta que nos dió motivos para presumir que no habrían de molestarnos más.

Luego de empezar el barco a navegar en aguas más profundas, ya en seguridad, salí con la pinaza y la yola, con hombres y armas, acompañado de Mr. Banks y el Dr. Solander, y desembarqué en la isla que se hallaba a tres cuartos de milla de nosotros; observamos que las canoas que se hallaban junto al barco no nos siguieron, lo que consideramos un buen síntoma; pero no bien desembarcamos, empezaron a venir de diferentes partes de la isla y a desembarcar sus tripulantes. Estábamos en una pequeña cala, y en pocos minutos nos vimos rodeados de doscientos o trescientos indios, viniendo unos de las puntas de la cala y apareciendo otros por las cimas de las colinas; todos estaban armados, pero llegaban de manera tan confusa y perezosa que apenas sospechamos trataran de hacernos daño, y resolvimos que las hostilidades no comenzaran en nuestro bando. Dirigímonos hacia ellos y tracé una línea en la arena, dándoles a entender que no debían pasarla; al principio se mantuvieron tranquilos, pero conservaron sus armas en actitud agresiva y parecían más vacilantes que pacíficos. Mientras permanecimos en este compás de espera llegó otro grupo de indios, y aumentando su insolencia a medida que crecía su número, empezaron a bailar y a cantar, lo que constituye el preludio de una batalla; demoraron, sin embargo, el ataque, pero se dirigieron algunos a nuestros botes y trataron de internarlos en la playa; esto pareció ser la señal, porque al mismo tiempo empezaron los que nos rodeaban a aproximarse a nuestra línea; nuestra situación hacíase demasiado crítica para que conserváramos nuestra inactividad; en vista de ello disparé mi mosquete, que se hallaba cargado con postas, sobre uno de los más avanzados, e inmediatamente después dispararon Mr. Banks y otros dos hombres; esto les hizo retroceder un tanto confusos; pero uno de los jefes, que se hallaba a veinte yardas, los enardeció y corrió hacia adelante blandiendo su *patu-patu*,

y llamando con altas voces a sus compañeros los condujo a la carga.

El Dr. Solander, cuyo mosquete no se había descargado aún, tiró sobre el campeón, que se detuvo bruscamente al oír el tiro, huyendo en seguida con los demás; pero no se dispersaron, sino que se congregaron sobre un altozano, donde sólo parecían esperar un caudillo para renovar su ataque. Como se hallaban entonces fuera del alcance del tiro de postas, disparamos con bala; pero como ninguno de los tiros hubo de hacer blanco continuaron agrupados, y en esta situación permanecimos cerca de un cuarto de hora; entretanto, el barco, desde donde se veía un número de indios mucho mayor del que nosotros podíamos descubrir dada nuestra posición, viró hasta poner de frente uno de los costados y los dispersó completamente haciéndoles unos cuantos disparos. En esta escaramuza sólo dos de los indios resultaron heridos con perdigones y no se perdió ni una vida, cosa que no hubiera ocurrido de no haber yo tenido a raya la acometividad de los nuestros, que por temor o por gusto de hacer daño se mostraban tan impacientes por destruírlos como un cazador por matar su pieza. Ya en tranquila posesión de nuestra cala, dejamos nuestras armas y empezamos a recoger apio, que allí se producía con gran abundancia; al cabo de un rato recordamos haber visto esconderse a algunos en la concavidad de una de las rocas; dirigíamonos en vista de ello hacia aquel lugar, cuando un viejo indio, que resultó ser el jefe a quien yo había regalado por la mañana un gran trozo de paño, llegó a nosotros con su esposa y su hermano y nos suplicaron que los tomáramos bajo nuestra protección. Hablámosles con amabilidad, y entonces nos dijo el anciano que tenía otro hermano, que era uno de los que habían sido heridos por las descargas de munición, y preguntó con gran solicitud y preocupación si habría de morir. Le aseguramos que no y al

mismo tiempo pusimos en su mano una bala de mosquete y algunos perdigones, diciéndole que sólo aquellos que recibieran herida de bala morirían, y que se curarían los otros; dijímosle además que si de nuevo nos veíamos atacados nos defenderíamos con bala, lo que podría herirlos mortalmente.

Habiendo cobrado ánimos, se sentaron junto a nosotros, y en señal de nuestra franca amistad los obsequiamos con las pocas chucherías que por casualidad llevábamos.

Embarcamos poco después en nuestros botes, y dirigiéndonos a otra cala de la misma isla subimos a un monte cercano, desde el cual se dominaba una gran extensión de tierra. El panorama era singular y pintoresco; componíase de innumerables islas que formaban otros tantos puertos, en los que el agua se presentaba calmada y tersa como la de una esclusa; vimos también muchos pueblos, casas desparramadas y plantaciones, siendo aquella comarca la más populosa de cuantas habíamos visto.

Uno de los pueblos se hallaba cerca, y de él salieron muchos indios hacia nosotros, afanándose por hacernos ver que estaban desarmados y expresando en sus gestos y semblantes gran humildad.

Entretanto, algunos de los nuestros, que cuando se trataba de castigar a los indios por un fraude adoptaban la inexorable justicia de un Licurgo, tuvieron a bien invadir sus plantaciones y desenterrar algunas batatas; ordené que fuera castigado cada uno por esta transgresión con doce azotes, y una vez cumplida la pena mandé libertar a dos; pero como el tercero insistiera en que no constituye delito el que un inglés entre a saco en una plantación india, aunque sí comete un crimen el indio que engañe a un inglés en un simple clavo, mandé que se le confinara de nuevo y no le di libertad hasta que hubo recibido seis azotes más.

Jueves 30.

Como el 30 reinase una calma absoluta y no tuviéramos probabilidades de hacernos a la mar, envié al contramaestre con dos botes a sondar el abra; y durante toda la mañana tuvimos a varias canoas junto al barco comerciando regular y amistosamente. Fuimos por la tarde a la tierra firme, donde la gente nos recibió muy cordialmente, pero no encontramos nada digno de curiosidad.

En esta bahía nos retuvieron varios días los vientos contrarios, durante cuyo tiempo prosiguió nuestro comercio con los naturales en la mayor armonía, viniendo ellos con frecuencia a situarse en torno del barco, y yendo nosotros a tierra, tanto a la firme como a las islas. En una de nuestras visitas al continente (1) nos enseñó un anciano el instrumento que usan para pintarse el cuerpo, que se parecía mucho al que se emplea en Taiti con el mismo objeto. Vimos también al hombre que resultó herido en el intento de robar nuestra boya: la bala había atravesado la parte carnosa de su brazo y rozádole el pecho; pero la herida, entregada al cuidado de la naturaleza, que es el mejor cirujano, y con la prescripción de una sencilla dieta, que es el mejor reconstituyente, se hallaba en buen estado y parecía no ocasionar al paciente dolor ni aprensión. Vimos también al hermano de nuestro anciano jefe, que había sido herido de perdigones en nuestra escaramuza: la descarga habíale atravesado oblicuamente la rodilla, y aunque aun tenía en la carne varios plomos, la herida no era peligrosa ni le producía dolor. Encontramos entre sus plantaciones la *Morus papyrifera*, con la que esta gente fabrica el tejido, así como la de Taiti; pero en este país la planta es rara y no

---

(1) Cook desconoce aún la extensión de la tierra que va costeando y no puede precisar aún su carácter insular. *(N. del T.)*

vimos piezas del paño con ella fabricado bastante grandes para que las pudieran usar sino como adorno en sus orejas.

Un día que desembarcamos en un punto muy distante de la bahía huyó la gente a toda prisa, exceptuando un anciano que nos acompañó dondequiera que fuimos y que pareció muy complacido con los pequeños obsequios que se le hicieron. Llegamos por fin a un pequeño fuerte construído sobre una roca a la que rodean las aguas en la pleamar y que sólo es accesible por una escala; advertimos que nos miraba con una especie de inquieta solicitud, tanto más pronunciada cuanto más nos íbamos acercando, y al manifestarle el deseo de entrar en ella nos dijo que su esposa estaba allí; comprendió que nuestra curiosidad no había disminuído con esta noticia, y luego de vacilar un momento nos dijo que nos acompañaría si le prometíamos no realizar ningún deshonesto propósito; prometiósele inmediatamente lo que solicitaba y en seguida nos enseñó el camino. La escala consistía en unos cuantos travesaños fijados sobre un pilote, pero encontramos el ascenso tan difícil como peligroso. Al entrar hallamos tres mujeres, que en el momento de vernos rompieron a llorar, llenas de terror y sorpresa; unas cuantas palabras amables y varios regalos desvanecieron pronto sus recelos y les volvieron el buen humor. Examinamos la casa de nuestro viejo amigo; luego, otras dos a instancia suya, que eran todas las que se contenían en la fortaleza, y luego de repartir unos pocos regalos más nos separamos, mutuamente satisfechos.

Diciembre. — *Martes 5.*

A las cuatro de la mañana del martes 5 de diciembre levamos anclas con ligera brisa; pero como venía alternada con frecuentes calmas, hicimos poco recorrido. Permanecimos hasta la tarde dando vueltas por la bahía, y a eso de las diez sobrevino tan bruscamente

la calma, que no pudo el barco navegar ni estarse quieto, y como la marea o la corriente empujaban con fuerza, empezó el navío a ser arrastrado hacia tierra, tan de prisa, que antes de que pudiéramos tomar ninguna medida para su seguridad hallábase a un cable de los rompientes; teníamos trece brazas, pero el fondo era tan rocoso que ni tratamos siquiera de echar el ancla; botóse, en vista de esto, inmediatamente la pinaza con objeto de remolcar el navío, y entre el poderoso esfuerzo de la gente, que se daba cuenta del peligro, y una ligera brisa que saltó de tierra, nos percatamos con inefable alegría de que el barco se alejaba de tierra, después de haber estado tan cerca de ella, que Tupia, para el cual había pasado inadvertido el inminente riesgo, estuvo conversando mucho tiempo con la gente de la playa, cuyas voces se oían distintamente a pesar del fragor de los rompientes. Considerámonos ya fuera de todo peligro; pero una hora después, en el preciso instante en que el encargado de la sonda gritaba: «¡Diez y siete brazas!», dió el barco un topetazo. El choque sembró entre nosotros la consternación; Mr. Banks, que acababa de desnudarse y que iba a meterse en la cama, subió en seguida a cubierta, y el de la sonda gritó: «¡Cinco brazas!»; en aquel momento, hallándose a barlovento de la roca en que habíamos chocado, salvó el barco el escollo sin sufrir el menor daño y la profundidad aumentó en seguida a veinte brazas.

Miércoles 6.

La roca está situada a media milla y al ONO. de la isla más septentrional o exterior del lado sureste de la bahía. Tuvimos ligeras brisas de tierra alternadas con calmas hasta las nueve de la mañana siguiente, en que salimos de la bahía y, a favor de una brisa del NNO., nos hicimos al mar.

Esta bahía, como he observado ya, se halla al oeste de Cabo Bret y la denominé Bahía de las Islas, por el

gran número de las que se extienden junto a sus costas, y forman varios puertos, seguros y cómodos, en los que hay espacio y calado para cualquier número de barcos. El abra en que nosotros estuvimos se halla en la parte suroeste de la isla más SO., llamada Matuaro, junto a la costa sureste de la bahía. No he llevado a cabo un reconocimiento exacto de ella por sentirme desanimado al calcular el tiempo que ello habría de costarme; pensé también que me bastaba con poder afirmar que nos proporcionó buen anclaje y provisiones de toda especie. No era época de tubérculos, pero tuvimos pescado en abundancia, la mayor parte del cual hubimos de comprarlo a los naturales, porque fué muy poco el que pescamos con nuestras redes o sedales. Cuando enseñamos a los indios nuestra red, que es como todas las que llevan los barcos del rey, se echaron a reír y mostraron la suya con aire de triunfo; era, ciertamente, de gran tamaño y estaba tejida con una especie de hierba muy fuerte; tenía cinco brazas de profundidad y por el espacio que abarcaba no habría de tener menos de trescientas o cuatrocientas brazas de longitud. La pesca parece ser la principal ocupación en esta parte del país; vimos en todos sus pueblos gran número de redes dispuestas en montones como almiares, cubiertas con tejadillos de paja para protegerlas del tiempo, y apenas entramos en ninguna casa donde la gente no estuviera empleada en fabricarlas. El pescado que nos procuramos allí se compuso de tiburones, rayas, sargos, múgiles, congrios y algunos otros.

Los habitantes de esta bahía son, con mucho, más numerosos que en todas las demás partes del país que habíamos visitado; no nos pareció que obedecieran un mando único, y aunque sus ciudades estaban fortificadas, convivían en perfecta armonía.

En esta bahía la pleamar en el plenilunio y en el cambio de Luna tiene efecto a las ocho y el agua sube de

seis a ocho pies. Por las observaciones que pude hacer de las mareas sobre la costa deduje que el influjo viene del S., y tengo razones para pensar que existe una corriente que procede del O. y que sigue la costa hacia el SE. o SSE.



CABEZA DE UN NEOZELANDÉS, CO
DE PIEDRA VERDE EN LA OREJA
D

CAPÍTULO V

Recorrido desde la Bahía de las Islas al Canal de la Reina Carlota, doblando el Cabo Norte, y descripción de esta parte de la costa.

Diciembre. — *Jueves 7. — Viernes 8. — Sábado 9.*

El jueves 7 de diciembre a mediodía marcaba Cabo Bret SSE. 45° E. a diez millas, y nuestra latitud, calculada por observación, era 34° 59' S.; poco después hicimos varias observaciones del Sol y de la Luna, como resultado de las cuales obtuvimos la longitud de 185° 36' O. Como el viento nos era contrario habíamos avanzado muy poco. A media tarde nos dirigimos hacia la costa y pasamos junto a las Caballas, desde cuyas islas se extiende la tierra al ON.; siguiéronnos varias canoas, pero como saltó una ligera brisa renuncié a esperarlas. Me ceñí al ONO. y al NO. hasta las diez de la mañana siguiente, en que viré y me acerqué a tierra, de la que estuvimos a cinco leguas. A mediodía la tierra más occidental que divisábamos marcaba OS. y se hallaba a cuatro leguas de distancia. Por la tarde tuvimos fuerte brisa del O., que al anochecer se corrió hacia el S., continuando así toda la noche, y empujándonos al amanecer hacia tierra a siete leguas de las Caballas en dirección O., donde encontramos una profunda bahía que se extendía al SO. O. y al OSO., cuyo fondo no pudimos ver y cuya costa parecía ser baja y llana. La entrada de esta bahía, a la que llamé Bahía Doubtless (indudable), está formada por dos puntas que señalan una dirección ONO. y ESE. y que se ha-

llan a cinco millas una de otra. El viento no nos permitió detenernos para reconocerla y tomamos el rumbo de la tierra más occidental que divisábamos, que marcaba ONO. a tres leguas; pero antes de recorrer esta distancia sobrevino la calma.

Mientras que permanecimos detenidos por la calma se nos acercaron varias canoas; pero como la gente había oído hablar de nuestros cañones no fué poco difícil persuadirlos de que se aproximaran a nuestra popa; después de haberles comprado algunos de sus trajes, así como el pescado que traían, empezamos a hacerles preguntas relativas al país, y nos enteramos, con ayuda de Tupia, de que a tres días de navegación en sus canoas, en el sitio llamado *Mure-Whennua*, formaba la tierra una vuelta rápida hacia el S., y que desde aquel punto no se extendía más hacia el O. Dedujimos que este lugar era la tierra descubierta por Tasman, a la que dió el nombre de Cabo María Van Diemen, y aprovechando la inteligencia que demostraba aquella gente les preguntamos si conocían algún país además del suyo; contestaron que nunca habían visitado otro, pero que sus antepasados habíanles dicho que al NO. N. o al NNO. había una tierra de gran extensión, llamada Ulimaroa, a la que había ido alguna gente en una gran canoa a la vela; que sólo volvieron algunos, los cuales dijeron que al cabo de una travesía de un mes habían visto un país donde la gente come cerdo. Tupia les preguntó si los aventureros habían traído algunos cerdos al regresar; dijeron que no; entonces les replicó Tupia: «Vuestra historia es completamente falsa, porque no se concibe que unos hombres que volvieron de una expedición sin cerdos hayan nunca visitado un país en el que es posible procurárselos.» Es, sin embargo, digno de notarse, no obstante la sagacidad que denotaba la objeción de Tupia, que al hablar de cerdos no se guiaban por la descripción, sino por el nombre, llamándoles *buah*, que es el nombre que se les da en las

islas del S.; pero si el animal hubiera sido completamente desconocido para ellos y no había tenido aquella gente comunicación con quien los conociera, no era posible que supiesen el nombre.

Domingo 10.

A eso de las diez de la noche saltó brisa del ONO., con la que nos dirigimos hacia el mar con dirección N., y al mediodía siguiente marcaban las Caballas SE. E. a ocho leguas; la entrada de Bahía Doubtless, SO. a tres leguas; y el extremo noroeste de la tierra que se hallaba a la vista, que presumíamos fuera la firme, señalaba NO. O.; nuestra latitud, deducida por la observación, fué de 34° 44' S. Al anochecer la declinación de la brújula fué 12° 41' E. por acimut y 12° 40' por amplitud.

Lunes 11.

Por la mañana temprano nos acercamos a tierra veinte leguas al oeste de Bahía Doubtless, cuyo fondo no se halla distante del de otra bahía que forma la costa en este lugar, de la que se halla separada por una lengua baja de tierra que hacia el mar se extiende en una península a la que he llamado Punta Knuckle. En medio de esta bahía, a la que llamé Bahía Sandy (arenosa), hay una elevada montaña que se alza sobre una costa distante, a la que di el nombre de Monte Camel (camello). La latitud era allí 34° 51' S., y la longitud, 136° 50'. Teníamos de veinticuatro a veinticinco brazas con buen fondo; pero en esta bahía no parece haber nada que deba inducir a entrar, porque la tierra que la circunda es sumamente estéril e inhospitalaria y baja, si se exceptúa Monte Camel; el terreno parece no ser otra cosa que arena blanca amontonada en bajas e irregulares colinas y en estrechos lomos paralelos a la costa. Mas por muy estéril e inhospitalaria que sea esta zona no se halla deshabitada; vimos un pueblo al oeste de Monte Camel y otro al este; vimos también

cinco canoas llenas de gente, que siguió al barco, pero que no pudo darnos alcance. A las nueve viramos y tomamos rumbo N., y a mediodía marcaban las Caballas SE. E. a trece leguas; la extremidad norte de la tierra a la vista, que parecía una isla, marcaba NO. 22°,5 N. a nueve leguas, y Monte Camel, SO. S. a seis leguas.

Martes 12.

Con viento contrario viré hacia el N. hasta las cinco de la tarde del 12, logrando avanzar muy poco; viré de nuevo, y me dirigí hacia el NE., llegando hasta dos leguas al norte de Monte Camel y a milla y media de la costa, en cuya situacion tuvimos veintidós brazas.

Miércoles 13.

A las tres empezó a soplar el viento y a llover, lo que nos obligó a coger dos rizos de los juanetes; a las doce viramos y tomamos rumbo O. hasta las siete de la mañana siguiente, en que viramos de nuevo y tomamos rumbo NE., hallándonos una milla a barlovento del lugar en que habíamos virado la noche antes. Poco después saltó un fuerte vendaval del NNE. con duras ráfagas y mucha lluvia, viéndonos precisados a navegar sólo con las gavias. La fuerza del huracán destrozó una de las velas y no tuvimos más remedio que desatarla y envergar una nueva; a las diez amainó algo, en vista de lo cual izamos los juanetes con dos rizos; a mediodía, con fuertes ráfagas y tiempo duro, viramos hacia el O. y por primera vez desde que llegáramos a esta costa dejamos de tener tierra a la vista.

Jueves 14. — Viernes 15.

Tuvimos fuertes ramalazos del O. y el OSO., y a las tres y media viramos hacia el N. Poco después divisamos una pequeña isla al S. 22°,5 E. y a media legua de Punta Knuckle. Al anochecer se nos rompieron los

juanetes de trinquete y mesana, por lo que tuvimos que navegar sólo con las gavias, y a media noche cambiamos hacia el S. hasta las cinco de la mañana, en que viramos hacia el NO. y divisamos tierra por el S. a ocho o nueve leguas; esto nos hizo descubrir que nos habíamos corrido muy a barlovento desde la mañana anterior. A mediodía nuestra latitud, calculada por observación, fué 34° 6' S., y la misma tierra que habíamos visto antes al NO. marcaba ahora SO. y parecía ser la extremidad más septentrional del país. Tuvimos un fuerte oleaje del O., que nos demostró que no nos cubría la tierra por aquel cuadrante.

A las ocho de la mañana viramos hacia el O. con todas las velas que pudimos, y al mediodía siguiente estábamos en la latitud de 34° 10' y en la longitud de 185° 45' O., y según el cálculo, a unas diez y seis leguas de tierra, a pesar de los esfuerzos que hicimos por conservarnos cerca de ella.

Sábado 16. — Domingo 17.

El 16, a las seis de la mañana, se descubrió tierra desde el mayor, al SSO., y a mediodía marcaba SO. a catorce leguas; mientras navegábamos hacia tierra hicimos varios sondeos, pero no dimos fondo con noventa brazas. A las ocho viramos en ciento ocho brazas y a eso de tres o cuatro millas de la costa, teniendo a nuestro frente la tierra que viéramos por el NO. antes de que el viento nos empujara hacia fuera. A mediodía marcaba SO. a tres millas; Monte Camel marcaba SO. a once leguas, y S. 75° O. la tierra más occidental que se hallaba a la vista; la latitud, por observación, fué 34° 20' S. A las cuatro viramos hacia tierra, y al hacerlo vimos que el mar se rizaba y que el barco se veía arrastrado a sotavento, cosa que atribuímos a una corriente hacia el E. A las ocho viramos, y navegamos hasta las ocho de la mañana siguiente, con rumbo hacia fuera; entonces viramos hacia tierra, hallándonos a diez leguas de ella;

a mediodía marcaba SSO. a cinco leguas la punta frente a la cual estuvimos el día anterior. El viento continuaba soplando del O., y a las siete viramos en treinta y cinco brazas, en ocasión en que la punta mencionada marcaba NON. a cuatro o cinco millas, de manera que no habíamos ganado una pulgada hacia barlovento en las últimas veinticuatro horas, lo que vino a confirmar nuestra opinión de que había una corriente hacia el E. La punta llamada Cabo Norte es la extremidad septentrional de este país. Se halla en la latitud de 34° 22' S., en la longitud de 186° 55' O. y a treinta y una leguas de Cabo Bret en dirección N. 63° O. Forma la punta norte de Bahía Sandy, y es una península que sobresale dos millas al NE. y termina en un gran promontorio de cima plana. El istmo que une este promontorio con la tierra firme es muy bajo, y por esta razón la tierra del cabo, vista desde puntos diferentes, toma la apariencia de una isla. Es aún más notable cuando se la mira desde el S. por una alta isla que aparece al sureste del cabo; pero esto constituye también una ilusión, porque lo que parece ser una isla es una montaña unida al cabo por una estrecha y baja lengua de tierra. Sobre el cabo vimos un *heppah*, o pueblo, y unos cuantos indios, y al SE. parece haber un fondeadero bien abrigado de los vientos O. y NO.

Jueves 21. — Sábado 23. — Domingo 24. — Lunes 25.

Acercándonos a tierra y alejándonos de ella permanecimos navegando con rumbo NO. hasta el 21, día en que el Cabo Norte marcaba S. 39° E. a treinta y ocho leguas. Nuestra situación sólo varió unas cuantas leguas hasta el 23, en que a eso de las cinco de la tarde vimos tierra desde el mayor al S. 45° E. A las once de la mañana siguiente la vimos de nuevo al SSE., a ocho leguas; dirigímonos al SO., y a las cuatro marcaba la tierra SE. S. a cuatro leguas, tierra que resultó ser una pequeña isla con otras islas o rocas mucho más peque-

ñas que se extendían por su extremo suroeste, y vimos otra por el extremo nordeste, que fué la que descubrió Tasman, y a la que llamó de los Tres Reyes. La isla principal se halla en la latitud 34° 12' S., en la longitud 187° 48' O. y a catorce o quince leguas de Cabo Norte en dirección O. 14° N. A media noche viramos al NE. hasta la mañana del día siguiente, que era el de Navidad; entonces viramos hacia el S. A mediodía los Tres Reyes marcaban E. 8° N. a cinco o seis leguas. La declinación por acimut aquella mañana fué de 11° 25' E.

Martes 26.

El 26 nos ceñimos el viento hacia el S. y a mediodía estábamos en la latitud 35° 10' S., longitud 188° 20' O., marcando los Tres Reyes N. 26° O. a veintidós leguas. En esta situación no tuvimos tierra a la vista; y, sin embargo, según la observación, estábamos en la latitud de la Bahía de las Islas, y, según mi cálculo, sólo a veinte leguas al oeste de Cabo Norte; de esto parece desprenderse que la región norte de esta isla es muy estrecha, pues de otra suerte hubiéramos divisado alguna parte de su zona occidental. Enfilamos al S. hasta las doce de la noche, hora en que viramos y tomamos rumbo N.

Miércoles 27.—Jueves 28.—Viernes 29.—Sábado 30. Domingo 31.

A las cuatro de la mañana arreció el viento, y a las nueve se convirtió en borrasca tan fuerte que nos vimos obligados a navegar sólo con la gavia mayor. Nuestra marcha eficaz entre este a mediodía y el anterior fué de once millas en dirección SSO. 45° O. Los Tres Reyes marcaban N. 27° E. a setenta y seis millas. El vendaval siguió todo el día y hasta las dos de la siguiente madrugada, en que cayó, empezando a correrse al SO., rumbo en que vino a fijarse a eso de las cuatro; nosotros desplegamos velas entonces y tomamos rumbo E.

hacia tierra con las gavias mayor y de trinquete; como el viento arreciase, transformándose en huracán a las ocho, con tremenda marejada, nos vimos obligados a arriar la mayor; entonces cruzamos el barco con la proa al NO.

A mediodía amainó un poco el viento, pero aun teníamos fuertes ráfagas. Nuestro avance de este día fué de veintinueve millas con dirección N. y ligera tendencia E. La latitud, por el cálculo, fué 34° 50' S., y la longitud, 188° 27' O.; los Tres Reyes marcaban N. 41° E. a cincuenta y dos millas. A las siete de la tarde, soplando el viento del SO. y del SO. O., con fuertes ráfagas, viramos de bordo frente al viento, y a las seis de la mañana siguiente aumentamos las velas. Nuestra marcha desde el día anterior fué de veintinueve millas. Por la tarde tuvimos fuertes ráfagas del SO. y a las ocho viramos dirigiéndonos al NO. hasta las cinco de la siguiente mañana, en que viramos hacia el S. A las seis vimos tierra al NE. a seis leguas y presumimos que fuese el Cabo María Van Diemen, que correspondía con las indicaciones que nos habían dado los indios. A media noche viramos hacia el SE., y al mediodía siguiente el Cabo María Van Diemen marcaba NE. N. a cinco leguas.

A las siete de la tarde viramos contra viento y enfilamos al O. con brisa moderada del SO. S. y del SO. Monte Camel marcaba entonces N. 83° E., y la tierra más septentrional, o sea el Cabo María Van Diemen, N.; distábamos en aquel momento unas tres leguas de la tierra más próxima, y tuvimos algunas veces más de cuarenta brazas de agua. Debe observarse que Monte Camel, que visto del otro lado no parecía distar más de una milla del agua, se nos ofrecía desde este lado situado a la misma distancia del mar; lo que constituye una demostración de que la tierra no debe tener por esta parte más de dos o tres millas de anchura.

Enero de 1770. — *Lunes 1.*

A las seis de la mañana del 1 de enero de 1770, día de Año Nuevo, viramos hacia el E., marcando los Tres Reyes NO. N. Viramos de nuevo a mediodía y nos dirigimos al O., pasando la latitud 34° 37' S.; los Tres Reyes marcaban entonces NO. N. a diez u once leguas, y Cabo María Van Diemen, N. 31° E. a cuatro leguas y media; en esta situación teníamos cincuenta y cuatro brazas de agua.

Durante este período de nuestra navegación observamos dos cosas muy notables: en la latitud de 35° S. y en medio del verano nos sopló un viento del S. con una fuerza y una continuidad nunca vistas por mí, y empleamos tres semanas en avanzar diez leguas al O. y cinco en hacer cincuenta leguas, pues era el tiempo que había transcurrido desde nuestro paso por Cabo Bret. Durante el ramalazo tuvimos la fortuna de hallarnos a distancia considerable de la costa; de otra suerte es muy probable que no hubiéramos vuelto para contar nuestras aventuras.

A las cinco de la tarde, con fuerte brisa del O., viramos hacia el S.; en aquel momento marcaba Cabo Norte E. 67°,5 N. y nos hallábamos frente a una punta que distaba de él tres leguas en dirección ON.

Este cabo, según he observado ya, es el extremo más septentrional del país y la punta más oriental de una península que se extiende hacia fuera diez y siete o diez y ocho leguas en dirección NO. y NO. N., y de la cual el Cabo María Van Diemen es la punta más occidental.

Cabo María se halla en la latitud de 34° 30' S., en la longitud de 187° 18' O., y desde esta punta se extiende la tierra al SE. S. y SE. más allá de Monte Camel; es por todas partes estéril y está constituída por bancos de arena blanca.

Martes 2. — Miércoles 3.

El día 2 a mediodía estábamos en la latitud 35° 17' S. y Cabo María marcaba N. a unas diez y ocho leguas, según lo que pudimos colegir, pues no teníamos tierra a la vista ni osábamos acercarnos a ella por la brisa, que soplaba hacia la costa, y el gran oleaje que reinaba. El viento continuaba soplando del OSO. y del SO., con frecuentes ráfagas; por la noche acortamos las velas y viramos luego, navegando al NO. hasta las dos de la madrugada, en que viramos hacia el S. Al romper el día desplegamos velas y navegamos con el intento de acercarnos a tierra. A las diez la divisamos al NO. Parecía ser alta, y a mediodía extendíase del N. al ENE. en una longitud de ocho o diez leguas, según la estimación que hicimos. Cabo María marcaba entonces N. 2° 30' O. a treinta y tres leguas; nuestra latitud, por observación, fué de 36° 2' S. A las siete de la tarde estábamos a seis leguas de él; pero como soplara una fuerte brisa del mar con oleaje, ceñimos el viento al SE. y seguimos este rumbo aproximadamente toda la noche, sondando varias veces, pero sin dar fondo con ciento y ciento diez brazas de cable.

Jueves 4. — Viernes 5.

A las ocho de la siguiente mañana nos hallábamos a cinco leguas de tierra y frente a un lugar cuya latitud es de 36° 25' y que parece una bahía o un brazo. Marcaba E., y con objeto de verle mejor conservamos nuestro rumbo hasta las once, llegando hasta menos de tres leguas, y entonces descubrimos que no era un brazo ni una bahía, sino una depresión limitada por altas tierras a uno y otro lado, que producían aquella ilusión. Entonces viramos al NO., y a mediodía sólo distaba la tierra tres o cuatro leguas. Estábamos en la latitud de 36° 31' S. y en la longitud de 185° 50' O. Cabo María marcaba N. 25° O. a cuarenta y cuatro leguas y media,

de manera que la costa debe de extenderse en línea recta según la dirección SSE. 67°,5 E. y NNO. 65°,5 O. aproximadamente.

En la latitud de 35° 45' hay una elevada tierra próxima al mar, a cuyo este se eleva la costa y presenta el aspecto más desolado e inhospitalario que puede imaginarse. No se ve otra cosa que montes de arena, en los que apenas se encuentra un palmo de verdura; y un mar vastísimo, impulsado por los vientos del O., rompiendo sobre ella con espantosa resaca, la hace no sólo desierta, sino aterradora, uniendo la idea del peligro a la de desolación y produciendo una impresión de tristeza y de muerte. Desde este lugar navegamos hacia el N., resolviendo no acercarnos jamás tanto a la costa a menos de que el viento se hiciera muy favorable. Navegamos con bastante vela todo el día, esperando la pleamar del mediodía siguiente, e hicimos una marcha de ciento dos millas en dirección N. 38° O. Nuestra latitud, por observación, fué de 35° 10' S. y Cabo María marcó N. 10° E. a cuarenta y una millas. Por la noche cambió el viento del SO. S. al S. y sopló con fuerza. Nuestro recorrido hasta mediodía del 5 fué de ocho millas en dirección N. 75° O.

Sábado 6. — Domingo 7.

Al amanecer del 6 vimos tierra, que hubimos de tomar por Cabo María, al NNE. y a ocho o nueve leguas, y el 7 por la tarde marcaba la tierra E.; algún tiempo después vimos una tortuga sobre el agua, pero estaba despierta; se sumergió al instante y no pudimos apoderarnos de ella. A mediodía la tierra alta que se acaba de mencionar extendíase de N. a E. en cinco o seis leguas y dos depresiones que vimos ofrecían la apariencia de brazos o bahías. La marcha de las últimas veinticuatro horas había sido de treinta y cinco millas en dirección S. 33° E.; Cabo María marcaba N. 25° O. a treinta leguas.

Lunes 8.

Navegamos todo el día a vista de tierra, con fuertes brisas del NE. NO., y a mediodía siguiente habíamos avanzado sesenta y nueve millas en dirección S. 37° E.; nuestra latitud, por observación, fué de 36° 39' S. La tierra que tomáramos por una bahía el día 4 marcaba entonces NE. N. a cinco leguas y media, y Cabo María, N. 29° O. a cuarenta y cinco leguas.

Martes 9.

El 9 continuamos hacia el SO. hasta las ocho de la noche, habiendo avanzado siete leguas desde mediodía con viento del NNE. y del N. y a tres o cuatro leguas de la tierra, que aparecía baja y arenósa. Me dirigí entonces hacia el SE. S., guardando paralelismo con la costa, con una profundidad de treinta y cuatro a cuarenta y ocho brazas y fondo obscuro arenoso. Al amanecer del día siguiente nos hallábamos a dos o tres leguas de tierra, y su aspecto empezaba a mejorar. Levantábase en suaves declives y veíase cubierta de árboles y praderas. Vimos una humareda y unas cuantas casas, pero no debía de estar muy poblada. A las siete tomamos rumbo SE. y luego SO., que era la dirección que llevaba la costa. A las nueve nos encontramos frente a una punta que se levanta gradualmente desde el borde del agua a considerable altura; esta punta, que se halla en la latitud de 37° 43', fué designada con el nombre de Punta Woody (del Bosque). A once millas de esta punta, en dirección SO. 45° O., hay una pequeña isla, sobre la que vimos gran número de patos, y a la que por esto denominamos Isla Gannet (1). Al mediodía una elevada y escarpada punta marcaba ENE.

(1) El gannet, que los portugueses llaman ganso patola, es ave palmípeda suloide, afín a los pelícanos. *(Nota de la edición española.)*

a legua y media, y le di el nombre de Punta Albatros; está en la latitud de 38° 4' S., en la longitud de 184° 42' O. y a siete leguas de distancia de Punta Woody en dirección S. 17° O. Por el flanco norte de esta punta forma la costa una bahía, en la que parece haber buen fondeadero y refugio para los barcos. La distancia recorrida en las últimas veinticuatro horas había sido de sesenta y nueve millas en dirección S. 37° E., y a mediodía Cabo María marcaba N. 30° O. a ochenta y dos leguas. Entre las doce y la una cambió el viento bruscamente del NNE. al SSO., y nos dirigimos al O., conservando el rumbo hasta las cuatro de la tarde, hora en que viramos y nos dirigimos hacia tierra; viramos de nuevo y nos dirigimos hacia el O., con viento flojo. En tal momento marcaba Punta Albatros NE. a dos leguas, y la tierra más meridional que divisábamos, SSO. 45° O., y era un elevado monte que mostraba gran semejanza con el Pico de Tenerife. En esta situación tuvimos treinta brazas, y como el viento siguiera flojo durante toda la noche viramos a las cuatro de la mañana, dirigiéndonos hacia la costa. Poco después sobrevino la calma, y hallándonos en cuarenta y dos brazas de agua pescó la gente un sargo. A las once saltó una brisa ligera del O. y navegamos hacia el S.; seguimos luego con los rumbos SO. y SSO. bordeando la costa a unas cuatro leguas de distancia, con buena brisa del NO. y del NNE. A las siete de la tarde vimos hacia el S. el vértice del pico destacándose sobre las nubes que envolvían su falda. Entonces la tierra más meridional que se hallaba a la vista marcaba SO. y la declinación, por varios acimutes que se tomaron por la mañana y por la tarde, resultó 14° 15' E.

Viernes 12.

El 12 al mediodía distábamos tres leguas de la costa del pico, pero éste hallábase casi oculto por las nubes. Juzgamos conveniente tomar rumbo SSE., y algunas is-

las picudas muy visibles que se hallan junto a la costa marcaban ESE. a tres o cuatro leguas. A las siete de la mañana fondeamos con cuarenta y dos brazas, a dos o tres leguas de la costa; nos pareció que el pico marcaba E. y al obscurecer vimos hogueras en la costa.

Sábado 13.

A las cinco de la mañana vimos por breves minutos el vértice del pico saliendo de las nubes, y cubierto de nieve. Entonces marcaba NE.; se halla en la latitud de 39° 16' S. y en la longitud de 185° 15' O.; le di el nombre de Monte Egmont, en honor del conde. Parece tener una ancha base y alzarse en subida gradual; está próximo al mar y rodeado de una tierra baja de grato aspecto, pues se halla cubierta de bosque y pradera, cosa que lo hace más visible aún. La costa vecina forma un ancho cabo, al que llamé Cabo Egmont. Se halla al SSO. 45° O., a veintisiete leguas de Punta Albatros, y en su flanco norte hay dos pequeñas islas situadas junto a una punta visible que se levanta a gran altura afectando la forma de un pilón de azúcar. Al sur del cabo extiéndese la tierra por SE. E. y SSE., y parece ser bastante brava. A mediodía marcaba Cabo Egmont NE., y en esa dirección, a cuatro leguas de tierra, tuvimos cuarenta brazas de agua. El viento que reinó por todo el resto del día fué del O. al NO. O., y seguimos navegando con rumbo SSE. y SE. E. a lo largo de la costa y a dos o tres leguas de ella. A eso de las siete y media vimos otra vez fugazmente el Monte Edgecombe, que marcaba N. 17° O. a diez leguas.

Domingo 14.

A las cinco de la mañana siguiente gobernamos al SE. S., pues la costa se inclinaba más hacia el S., y a la media hora vimos tierra por SO. S., y a ella nos dirigimos. A mediodía el extremo noroeste de la tierra visible marcaba S. 63° O., y una tierra elevada que tenía

la apariencia de una isla próxima a la costa marcaba SSE. a cinco leguas. Estábamos entonces en una bahía cuyo límite no pudimos ver, aunque el horizonte se ofrecía claro por aquella parte. Nuestra latitud, por observación, fué 40° 27' S., y la longitud, 184° 39' O. A las ocho de la tarde estábamos a dos leguas de la tierra que habíamos descubierto por la mañana, habiendo caminado diez leguas desde mediodía: la tierra que entonces marcaba S. 63° O. señalaba ahora N. 59° O. a siete u ocho leguas y parecía una isla. Entre esta tierra y Cabo Egmont se abre la bahía, junto a cuya costa occidental nos hallábamos en aquel momento, y la tierra que la circunda es bastante elevada, ofreciendo variados paisajes de montes y valles.

CAPÍTULO VI

Relato de nuestra estancia en la Sonda de la Reina Carlota. — Paso del estrecho que separa las dos islas y vuelta a Cabó Turnagain. Horrible costumbre de los habitantes. — Singular melodía de los pájaros. — Visita a un *heppah*, y otras muchas cosas.

Enero. — *Domingo 14.*

La costa parecía formar en esta región diversas bahías, en una de las cuales propuse que entrara el barco, pues le encontrábamos perezoso en la navegación y era preciso carenarlo, reparar algunos defectos y repostarnos de agua y madera.

Lunes 15.

Con este objeto permanecí toda la noche haciendo bordadas, con una profundidad de sesenta y tres a ochenta brazas. Al amanecer del día siguiente nos dirigimos a un brazo de mar que lleva dirección SO., y a las ocho cruzamos la boca, que puede reconocerse por una sirte que se extiende desde su punta noroeste y por unas cuantas islas rocosas que yacen bajo su punta sureste. A las nueve, con poco viento, y variable, fuimos arrastrados por la marea o la corriente hasta dos cables de la orilla noroeste, donde tuvimos cincuenta y cuatro brazas de agua; mas con la ayuda de nuestros botes logramos distanciarnos. En aquel momento vimos un león marino, que se mostró dos veces cerca de la orilla, y cuya cabeza era muy semejante a la del macho que se describe en la *Relación* del viaje de lord An-

son. Vimos también cruzar la bahía en una canoa a varios indios, y un pueblo enclavado en la punta de una isla que se halla siete u ocho millas hacia dentro. A mediodía nos hallábamos frente a esta isla; pero como había poco viento ordené que los botes nos remolcaran. A eso de la una nos acercamos al extremo suroeste de la isla, y los vecinos del caserío tomaron las armas inmediatamente. A las dos anclamos en una segura cala situada en la orilla noroeste de la bahía y que da frente a la punta suroeste de la isla, en once brazas con fondo suave, y amarramos con el ancla de bauprés.

Estábamos a la distancia de cuatro tiros de cañón del pueblo o *heppah,* del cual se nos enviaron cuatro canoas, según supusimos, para practicar un reconocimiento y apoderarse de nosotros si les era posible. Todos los hombres estaban armados y vestidos según se representan en el dibujo de Tasman; dos puntas de la prenda que envuelve su cuerpo pasábanles desde atrás sobre los hombros y se unían por delante al borde superior de la misma, ajustándose en el pecho; pero pocos o ninguno tenían plumas en el cabello. Dieron varias vueltas en torno del navío con sus habituales demostraciones de reto y amenaza, y al fin empezaron a atacarnos arrojándonos varias piedras; Tupia parlamentó con ellos, pero con poca eficacia, y empezábamos a temer que nos obligaran a disparar sobre ellos, cuando un anciano de una de las canoas manifestó deseos de subir a bordo. Animámosle en su designio, tendímosle un cable a la canoa y no tardó ésta en hallarse al costado del barco. Levantóse el viejo y se disponía a trepar al navío, pero los demás trataron de disuadirle con gran vehemencia, acabando por sujetarlo; insistió él, sin embargo, en su empeño con serena y firme perseverancia, y logrando desasirse subió al barco. Recibímoslo con todas las posibles atenciones y cortesías y al cabo de un rato se despidió de nosotros llevándose muchos regalos para sus compañeros. No bien regresó

a su canoa, los tripulantes de todas las demás empezaron a bailar; pero no pudimos determinar con certeza si lo hacían como demostración de amistad o de enemiga, porque advertimos en su danza síntomas de una y otra cosa. Retiráronse a poco, sin embargo, a su fortaleza, y en seguida me dirigí a tierra con casi todos mis compañeros, desembarcando en la parte más interior de la cala frente a la cual se hallaba el navío. Hallamos un buen arroyo de excelente agua y madera en la mayor abundancia porque la tierra formaba allí un extenso bosque. Como llevábamos la red, la tendimos una o dos veces, con tal éxito que cogimos cerca de tres cwt. (1) de diferentes pescados, que se distribuyeron equitativamente entre la tripulación.

Martes 16.

Al romper el día, mientras que nos hallábamos ocupados en carenar el barco, acercáronse tres canoas, que traían más de cien hombres con varias mujeres, lo que nos agradó, por constituír en general un signo de paz; pero no tardaron en manifestar inquietud, dándonos razones para recelar que trataran de hostilizar a la gente de nuestros botes que se hallaban a los costados del navío. En esta situación vino a tierra la falúa con toneles vacíos, y como algunas de las canoas trataran de seguirla, juzgamos necesario intimidarlos con disparos de postas. Hallábamonos a tal distancia que era imposible hacerles daño, pero nuestro recurso resultó eficaz y desistieron de su intento. Tenían en sus canoas algún pescado, que nos ofrecieron entonces y que a pesar del hedor que despedía accedimos a comprarles; a este objeto enviamos a un hombre en un bote y se efectuó el tráfico regularmente por algún tiempo.

Uno de los indios, sin embargo, que estaba atisbando la oportunidad, trató de arrancar un trozo de papel

(1) Un cwt. o hundredweigth equivale a 50 kilogramos.

que nuestro enviado tenía en la mano; pero al marrar su golpe el indio adoptó una postura defensiva blandiendo su *patu-patu* y haciendo ademán de agredir con él; disparáronsele desde el barco algunos tiros de perdigón, varios de los cuales le hirieron en la rodilla; esto puso fin a nuestro comercio, pero los indios aun permanecieron junto al barco, merodeando en torno y conversando con Tupia, principalmente acerca de las tradiciones relacionadas con las épocas antiguas de su país. De este tema fueron conducidos por las preguntas que Tupia les hizo, inspirado por nosotros, a que nos dijeran si habían visto alguna vez un barco como el nuestro o si sabían que alguno parecido hubiera tocado en su costa. Todas estas preguntas fueron contestadas negativamente, de manera que sus tradiciones no encerraban recuerdo alguno de Tasman, aunque por una observación que hicimos aquel día comprobamos que nos hallábamos sólo quince leguas al sur de la Bahía Murderer (asesino), pues nuestra latitud era de 41° 5' 32", y la de Bahía Murderer, según Tasman, de 40° 50'.

Las mujeres de aquellas canoas y algunos de los hombres llevaban la cabeza cubierta de una manera que no habíamos visto nunca. Consistía el tocado en un ramillete de negras plumas, de forma redondeada, atado sobre la coronilla, a la que cubría por completo, y de tal manera dispuesto que parecía alargarles la cabeza considerablemente.

Después de comer fuí en la pinaza, con Mr. Banks, el Dr. Solander, Tupia y varios más a otra cala, situada a dos millas de aquella en que el barco se hallaba fondeado; durante la travesía vimos flotar algo en el agua, que nos pareció una foca muerta; pero luego de bogar hacia ello nos encontramos con que era el cuerpo de una mujer, que por todas las señales debía llevar muerta varios días. Seguimos a nuestra cala, donde desembarcamos y hallamos una reducida familia de indios,

que al acercarnos manifestaron gran terror y echaron a correr con excepción de uno. La conversación que éste mantuvo con Tupia atrajo pronto a los demás, menos a un anciano y a un niño, que permanecieron a distancia, pero sin dejar de avizorarnos desde el bosque. Nuestra curiosidad nos indujo a indagar acerca de aquel cadáver de mujer que habíamos visto flotante, y nos dijeron por medio de Tupia que era de su familia, y que había muerto de enfermedad, y que, según era costumbre, habíanle atado una piedra al cuerpo y arrojádole al mar, pero que suponían que la piedra se había desatado. Cuando desembarcamos esta familia se ocupaba en condimentar algunos manjares; el cuerpo de un perro estaba asándose en un horno y veíanse alrededor muchas cestas con provisiones. Al mirarlas indiferentemente vimos dos huesos casi limpios de carne que no parecían ser de perro, y que luego de examinados más detenidamente descubrimos que eran de un cuerpo humano. Nos sobrecogió el horror ante aquel espectáculo, aunque no era otra cosa que la confirmación de lo que habíamos oído muchas veces desde nuestra llegada a la costa. No podíamos dudar de que los huesos eran humanos ni de que la carne había sido devorada. Se encontraron en una cesta de provisiones; la carne que permanecía adherida mostraba las señales del fuego y en los cartílagos percibíanse las marcas de los dientes. Para desvanecer nuestra incertudumbre, fundada sólo en apariencias hasta entonces, ordenamos a Tupia que les preguntara qué huesos eran aquellos, y los indios, sin la menor vacilación, contestaron que eran de un hombre; preguntóles después qué había sido de la carne, y replicaron que se la habían comido. «Pero — dijo Tupia — ¿por qué no os coméis el cuerpo de la mujer que vimos flotando en el agua?» «La mujer — dijeron — murió de enfermedad; además, era de nuestra familia, y nosotros sólo nos comemos los cadáveres de nuestros enemigos que mueren en combate.» Al pre-

guntárseles quién fuera el hombre cuyos huesos habíamos encontrado, dijéronnos que cinco días antes había llegado a la bahía una canoa enemiga con muchos tripulantes, y que aquel hombre era uno de los siete que habían matado. Aunque no era necesaria otra prueba de la horrible práctica seguida por los habitantes de esta costa, aun podemos reseñar otra más fehaciente. Uno de nosotros preguntó si tenían aún huesos humanos con carne, y al respondernos que toda se la habían comido, fingimos dudar de que los huesos fueran humanos y dijimos que eran de un perro, a lo cual uno de los indios se agarró con afanoso ademán uno de sus antebrazos y, enseñándonoslo, dijo que el hueso que Mr. Banks tenía en su mano había pertenecido a aquella parte del cuerpo humano; al mismo tiempo, para convencernos de que la carne había sido comida, mordió con los dientes su propio antebrazo e hizo ademán de comer; también mordió y mascó el hueso que había cogido Mr. Banks, metiéndoselo en la boca y dando a entender por señas que había sido para él un delicioso bocado; devolvió entonces el hueso a Mr. Banks y siguió acompañándole. Entre las personas de esta familia había una mujer en cuyos brazos, piernas y rodillas aparecían terribles cortaduras; nos dijeron que se las había inferido a sí misma, en señal del dolor que le había producido la muerte de su marido, a quien habían matado y comídose poco antes sus enemigos, que habían venido de un lugar del E. hacia el cual apuntaron los indios.

Miércoles 17.

El navío se hallaba a menos de un cuarto de milla de tierra, y por la mañana nos despertó el canto de los pájaros; su número era innumerable y parecían animados de un prurito de emulación filarmónica. Esta salvaje melodía era infinitamente superior a cuantas habíamos oído de la misma clase; hacía el efecto de campa-

nillas açordadas del modo más exquisito, y es posible que la distancia y el rumor del agua contribuyesen notablemente a embellecer el sonido. Hicimos algunas preguntas acerca de ello, y se nos informó de que estos pájaros, que cantan siempre aquí desde las dos de la madrugada, prolongando su concierto hasta la salida del Sol, permanecen, como nuestros ruiseñores, silenciosos durante el día. A última hora de la mañana se acercó al barco una canoa procedente del caserío indio, y entre sus tripulantes venía el anciano que subiera a bordo no bien entramos en la bahía. Tan pronto como se encontró la piragua al costado del barco reprodujo Tupia la conversación iniciada el día antes, concerniente a su costumbre de comer carne humana, y durante el coloquio repitieron ellos lo que ya nos habían dicho. «Pero — dijo Tupia — ¿dónde están las cabezas? ¿Os las coméis también?» «De las cabezas — dijo el anciano — no nos comemos más que los sesos, y la primera vez que venga traeré algunas para convenceros de que lo que os digo es verdad.» Después de prolongarse un rato esta conversación dijeron a Tupia que esperaban muy en breve a sus enemigos, para vengar la muerte de los siete hombres a quienes habían matado y devorado.

Jueves 18.

El 18 permanecieron los indios más tranquilos que de costumbre y ninguna canoa se llegó al barco, ni vimos a ninguno por la costa, pues habían suspendido la pesca y todas sus ocupaciones habituales. Presumimos que esperasen aquel día el ataque y nos dispusimos a observar lo que hubiera de pasar en tierra; pero nuestra curiosidad resultó defraudada.

Después de almorzar salí en la pinaza para tomar una idea de la bahía, que era de gran extensión y que contenía innumerables y pequeños fondeaderos y calas en todas direcciones; limitamos nuestra excursión, sin embargo, a la ribera occidental, y como la parte en que

desembarcamos era una selva impenetrable, nada pudimos ver digno de noticia; matamos, no obstante, buen número de cuervos marinos (cormoranes), a quienes sorprendimos refugiados en sus nidos de los árboles, y que asados o cocidos constituían un suculento manjar. Cuando volvíamos vimos en una canoa a un hombre solo pescando; bogamos hacia él y, con gran extrañeza nuestra, no fijó en nosotros la menor atención, ni aun en el momento de pasar a su lado; antes por el contrario, prosiguió en su ocupación cual si hubiéramos sido seres invisibles. No parecía, sin embargo, ser huraño ni estúpido; suplicámosle que sacara su red para examinarla, en lo que consintió sin dificultad; era aquélla de forma circular, tendida entre dos aros y de siete a ocho pies de diámetro; la parte superior estaba abierta y colgaban de la inferior, como cebo, unas cuantas orejas de mar; hízola descender hasta el fondo, y cuando presumió que habría sobre ella peces bastantes levantóla con suave movimiento, de manera que el pescado que con ella subía apenas sintiese que iba elevándose, hasta llegar casi a la superficie del agua, en cuyo momento le hizo caer en la red con una brusca sacudida. Por este sencillo método había cogido peces en abundancia, y en verdad que hay tantos en esta bahía que la pesca no requiere trabajo ni artificio.

Algunos de los nuestros encontraron en las inmediaciones de la selva, junto a un hoyo u horno, tres fémures humanos, que trajeron al navío; una prueba más de que esta gente come carne humana: Mr. Monkhouse, nuestro cirujano, trajo también de un lugar en que había visto muchas casas abandonadas la cabellera de un hombre, que había encontrado con muchas otras cosas suspendidas de las ramas de un árbol.

Viernes 19.

El 19 por la mañana instalamos la fragua del armero para reparar las barras del gobernalle y para hacer otros

trabajos de herrería. Todos los hombres estaban ocupados, unos en carenar y otros en diversas operaciones relacionadas con el barco; algunos indios de otra parte de la bahía, donde nos dijeron que existía una ciudad que no habíamos visto, vinieron a bordo; trajeron gran cantidad de pescado, que nos vendieron por clavos, pues habían adquirido ya algunas nociones acerca de su uso, y en este tráfico no intentaron ninguna ilegalidad.

Sábado 20.

En la mañana del 20 nuestro anciano cumplió su promesa y trajo a bordo cuatro de las cabezas pertenecientes a otros tantos de los siete acerca de los cuales habíamosle preguntado; el cabello y la carne estaban intactos, pero advertimos que los sesos habían sido extraídos; la carne era blanda, pero indudablemente tienen algún sistema para impedir su putrefacción, porque no despedía olor desagradable. Compró Mr. Banks una cabeza, pero les costó mucho trabajo desprenderse de ella y no hubo manera de convencerlos para que vendieran una segunda; tal vez guardaran aquellos despojos como trofeos, cual los cráneos en América y las quijadas en las islas del S. Al examinar la cabeza comprada por Mr. Banks advertimos que había recibido un golpe en las sienes, que había producido la fractura del cráneo. Hicimos otra excursión en la pinaza para explorar la bahía; pero no encontramos en sus riberas terreno llano de extensión bastante para un batatar, ni pudimos descubrir el menor síntoma de cultivo; no topamos con un solo indio, pero encontramos un excelente puerto, y a eso de las ocho de la noche regresamos al barco.

Domingo 21.

El 21 Mr. Banks y el Dr. Solander salieron a pescar con sedal y anzuelo, y cogieron enorme cantidad en

todas las zonas de fondo rocoso y en profundidades de cuatro a cinco brazas; tendíase la red todas las noches, y rara vez dejaba de proporcionar provisiones para que se hartara la tripulación. Concedióse permiso este día a todos para que fueran a tierra al lugar de la aguada y se solazasen como tuvieran por conveniente.

Lunes 22.

En la mañana del 22 salí otra vez en la pinaza, acompañado de Mr. Banks y el Dr. Solander, con idea de reconocer el fin de la bahía; pero después de bogar cuatro o cinco leguas sin lograr descubrir el punto buscado, tornóse contrario el viento, y en vista de que había transcurrido la mitad del día desembarcamos en la ribera sureste, con objeto de ver lo que pudiera descubrirse desde los montes.

Míster Banks y el Dr. Solander dedicáronse inmediatamente a herborizar cerca de la playa, y tomando yo un marinero subí a uno de los montes; cuando alcancé su cúspide se me ofreció una vista del brazo de mar interceptada por montes que en aquella dirección eran más elevados, y que se hacían inaccesibles por las selvas impenetrables que los cubrían; vi, sin embargo, sobradamente recompensado mi esfuerzo, porque descubría el mar de la parte oriental del país y un paso que a él conduce desde el occidental, que se abría hacia el este de la boca de la bahía en que el barco se hallaba fondeado. La tierra del flanco sureste de este brazo de mar aparecía como una estrecha faja de elevados montes y como formando parte de la margen suroeste del estrecho; por el lado opuesto parecía extenderse la tierra en dirección E. hasta perderse de vista, y hacia el SE. parecía haber una salida al mar que bañaba la costa oriental; en el lado este del brazo vi también algunas islas que antes habíanme parecido formar parte de la tierra firme. Después de hacer este descubrimiento descendí de la montaña, y luego de tomar un refri-

gerio emprendimos nuestro regreso al barco. De camino reconocimos los puertos y calas que se hallan detrás de las islas que yo descubriera desde el monte, y en esta ruta vimos un viejo caserío compuesto de muchas casas que parecían llevar mucho tiempo abandonadas; vimos también otro pueblo habitado; pero el día estaba demasiado avanzado para que pensáramos en visitarlo, y en vista de ello caminamos lo más de prisa posible en demanda del navío, al que llegamos entre ocho y nueve de la noche.

Martes 23.

El día 23 lo empleé en proseguir la exploración del paraje, y sobre una de las islas en que desembarqué vi muchas casas que parecían abandonadas hacía mucho tiempo y entre las que no se encontraba vestigio alguno de sus pobladores.

Miércoles 24.

El 24 fuí a visitar a nuestros amigos del *heppah* o caserío de la punta de la isla próxima al barco, que habían venido a vernos cuando llegábamos a la bahía. Recibiéronnos en actitud cortés y franca, mostrándonos todos los detalles de sus viviendas, que eran cómodas y limpias. La isla o roca sobre la que está enclavada esta ciudad se halla separada de la tierra firme por una grieta o fisura tan estrecha, que un hombre casi podría saltar de una a otra; sus laderas eran tan abruptas que hacían innecesaria la fortificación artificial; había, sin embargo, una sencilla empalizada y una pequeña plataforma defensiva hacia la parte de la roca en que el acceso se hacía menos difícil.

La gente de aquel lugar nos trajo varios huesos humanos, cuya carne se habían comido, y nos los ofrecieron en venta; para la curiosidad de aquellos de nosotros que habíanlos comprado como recuerdos de la horrible costumbre que muchos se han resistido a creer,

no obstante las referencias de los exploradores, constituían algo así como un artículo comercial. En un rincón de este pueblo vimos, no sin gran sorpresa, una cruz exactamente igual a la de un crucifijo; estaba adornada con plumas, y al preguntar por qué se había levantado aquel signo, se nos dijo que era un monumento dedicado a un difunto; habíamos entendido antes que no dan tierra a sus muertos, sino que los arrojan al mar; pero la pregunta que les hicimos encaminada a averiguar qué habían hecho del cadáver del hombre en cuya memoria habíase erigido el monumento negáronse a contestarla.

Al separarnos de aquella gente nos dirigimos al otro cabo de la isla, y tomando allí el bote cruzamos a la tierra firme, donde vimos varias casas, pero no habitantes, como no fueran los tripulantes de unas cuantas canoas que por allí bogaban pescando al parecer. Después de reconocer el paraje volvimos al barco para comer.

Durante nuestra visita a los indios, Tupia, que siempre nos acompañaba, observó que siempre estaban hablando de mosquetes y de matar gente; no pudimos explicarnos el motivo de aquel tema de su conversación, y tanto llegó a intrigarnos que no nos ocupamos de otra cosa durante todo el camino de regreso y que aun seguimos hablando de ello después de llegar al barco; hallábamonos perplejos entre las varias conjeturas que hubieron de insinuarse; pero al cabo supimos que el día 21 uno de nuestros oficiales, bajo pretexto de salir a pescar, habíase encaminado al *heppah*, y que al acercarse a su bote dos o tres canoas, por temor de ser atacado, había disparado tres tiros de mosquete, uno de postas y dos de bala, sobre los indios, que hubieron de retirarse con la mayor precipitación, aunque tal vez habrían venido con intenciones amistosas, porque su conducta anterior y ulterior abonaba esta presunción y porque no tenían motivos para esperar un trato se-

mejante de una gente que se había conducido siempre con ellos no sólo humanitaria, sino cortésmente, y a quienes ellos no recordaban haber inferido el menor daño.

Jueves 25.

El 25 hice otro recorrido por la costa en la pinaza, con dirección a la boca, acompañado de Mr. Banks y el Dr. Solander. Desembarqué en una pequeña cala para matar cuervos marinos, y fuimos a dar con una dilatada familia de indios, cuya costumbre es distribuírse entre las diversas ensenadas y calas, en las que abunda el pescado, permaneciendo unos cuantos en el *heppah*, al que acuden los demás en caso de peligro. Algunos de los indios saliéronnos al encuentro y nos invitaron a incorporarnos al resto de su grupo, invitación que aceptamos de buen agrado. Encontramos una reunión de treinta entre hombres, mujeres y niños, que nos recibieron con las más inequívocas demostraciones de amistad; repartimos entre ellos cintas y cuentas y recibimos en cambio besos y abrazos de hombres y mujeres, jóvenes y viejos; nos dieron también algún pescado, y al cabo de un rato regresamos, encantados de nuestro nuevo conocimiento.

Viernes 26.

En la mañana del 26 salí en el bote con Mr. Banks y el Dr. Solander, y entré en una de las abras del este del brazo, con objeto de tomar otra vista del estrecho que une los mares oriental y occidental. A este propósito, habiendo desembarcado en lugar conveniente, subí a un monte de altura considerable, desde el cual pude observarlo en su totalidad, así como la tierra de la costa opuesta, que me pareció hallarse a cuatro leguas de distancia aproximadamente; pero como el horizonte estaba brumoso no pudimos extender nuestra vista por la parte sureste; resolví, sin embargo, tantear el paso

con el barco no bien me hiciera al mar. En la cumbre de este monte hallé unas cuantas piedras sueltas, con las que formé una pirámide en cuyo interior hube de dejar balas de mosquete, perdigones, cuentas y otras cosas que llevábamos casualmente, y que habrían de resistir sin alteración el paso del tiempo, y que por no ser manufactura india habrían de servir para convencer a cualquier europeo que llegase a aquel lugar y demoliese la pirámide de que otros europeos habían estado allí antes que él. Hecho esto, descendí del monte, y luego de saborear la agradable comida de cuervos marinos y pescado que nos proporcionaron nuestros mosquetes y nuestros sedales, comida que prepararon los del bote en un lugar que les habíamos señalado, encontramos allí mismo otra familia india, que nos recibió, como de costumbre, con grandes manifestaciones de amistad y complacencia, enseñándonos dónde habíamos de procurarnos agua y ayudándonos en todo lo que pudieron. Desde este lugar fuimos al pueblo de que nos habían hablado los indios que nos visitaran el 19, y que, como todos los que habíamos visto antes, levantábase en una pequeña isla o roca, de tan difícil acceso, que para satisfacer nuestra curiosidad tuvimos que arriesgar nuestras vidas. También nos recibieron allí los indios con los brazos abiertos, nos llevaron a todas partes y nos enseñaron cuanto el pueblo encerraba. La ciudad, lo mismo que las otras, componíase de ochenta o cien casas y sólo tenía una plataforma defensiva. Llevábamos algunos clavos, cintas y papeles, con los que nuestros huéspedes quedaron tan satisfechos, que a nuestra partida nos llenaron el bote de pescado seco, del cual supimos cogían grandes cantidades.

Sábado 27. — Domingo 28.

Los días 27 y 28 se emplearon en disponer el navío para salir al mar, fijar el travesaño del gobernalle, llevar piedras a bordo para colocarlas en la parte baja del

almacén de galleta, con objeto de inclinar el barco hacia popa, reparar los toneles y almacenar pescado.

Lunes 29.

El 29 recibimos la visita de nuestro anciano, cuyo nombre era Topaa, y la de otros tres indios, con quienes Tupia conversó largamente. Nos dijo el anciano que uno de los hombres sobre quienes hiciera fuego el oficial cuando visitó el *heppah*, so pretexto de pescar, había muerto; pero, con gran satisfacción, supe después que esta noticia no era cierta, y que si se tomaban al pie de la letra los cuentos de Topaa nos exponíamos a equivocarnos con frecuencia. Míster Banks y el doctor Solander estuvieron varias veces en tierra durante los últimos tres días, no sin éxito; pero limitaron sus paseos a causa de la maleza exuberante, de tal suerte enmarañada, que llenaba el espacio que entre sí dejaban los árboles y hacía los bosques casi impenetrables. Aquel día fuí yo también a tierra, dirigiéndome a la punta occidental de la bahía, y desde un monte de considerable altura tomé una vista de la costa noroeste. La tierra más lejana que pude ver en tal dirección fué una isla que ya se ha mencionado, situada a unas diez leguas y no lejos de tierra firme; entre esta isla y el lugar en que yo me hallaba descubrí otras varias islas próximas a la costa, que formaban muchas ensenadas, en las que parecía haber buenos fondeaderos para los barcos. Después de fijar las posiciones de los diferentes puntos para mi reseña levanté otro montón de piedras, en el que dejé una moneda de plata, balas de mosquete, cuentas y un trozo de bandera vieja en lo alto. A mi regreso al barco visité a varios isleños a quienes había visto por la costa y adquirí una pequeña cantidad de pescado.

Martes 30.

El 30 por la mañana temprano envié un bote a una de las islas para recoger apio, y mientras la gente se

ocupaba en esto desembarcaron en un lugar próximo al en que se hallaban varias chozas vacías veinte indios, entre hombres, mujeres y niños; tan pronto como pusieron el pie en tierra sentáronse en el suelo cinco o seis mujeres, formando corro, y empezaron a inferirse cortaduras en sus piernas, brazos y rostros con unas conchas y con afilados trozos de talco y jaspe. Nuestra gente se enteró de que sus maridos habían muerto a manos de sus enemigos; pero mientras ellas cumplían esta horrible ceremonia los hombres se marcharon hacia las chozas con la mayor indiferencia.

Habiendo preparado el carpintero dos postes para dejarlos en recuerdo de nuestra visita al lugar, ordené que se escribiera en ellos el nombre del barco, el año y el mes; plantóse uno de ellos en el lugar de la aguada enarbolando la bandera del Reino y llevé el otro a la isla cercana al mar libre, llamada por los naturales Motuara. Fuí primero al pueblo o *heppa*, acompañado de Mr. Monkhouse y Tupia; allí encontré a nuestro anciano, y dije tanto a él como a los demás, por medio de Tupia, que habíamos venido a plantar una señal en la isla para que sirviera de testimonio a los barcos que hubieran de venir de que nosotros habíamos estado allí antes. Consintieron en esto sin dificultad y prometieron no quitar nunca el poste; entonces obsequié a todos los presentes y regalé al viejo una moneda de plata de tres peniques con fecha de 1736 y algunos tornillos que tenían grabadas las armas del Rey, pues eran cosas que juzgué habrían de conservar mucho tiempo; llevé entonces el poste a la parte más alta de la isla, y después de hincarlo firmemente en el suelo coloqué sobre él la bandera del Reino y honré a la bahía con el nombre de Sonda de la Reina Carlota, al mismo tiempo que tomé solemnemente posesión de la bahía y de toda la comarca adyacente en nombre de S. M. el Rey Jorge III. Luego bebimos una botella de vino a la salud de S. M. y regalamos el casco al viejo que nos había

acompañado al monte, que quedó sumamente complacido de nuestro obsequio.

Mientras se plantaba el poste hicimos preguntas al viejo acerca del paso al mar oriental, cuya existencia nos confirmó, y entonces le preguntamos acerca de la tierra del suroeste del estrecho en que nosotros nos hallábamos situados; esta tierra, dijo, consistía en dos *whennuas* o islas, cuyo contorno podía recorrerse por mar en pocos días, y a la que llamaban Tovy Poenammu, cuya traducción literal viene a ser «agua de talco verde», y de haberle entendido mejor hubiéramos sabido que Tovy Poenammu era el nombre concreto del lugar en que se proveían del talco verde o piedra que les sirve para sus adornos y herramientas, y no el nombre general comprensivo del distrito meridional; dijo que había además una tercera *whennua* al este del estrecho, cuya circunnavegación exigía muchas lunas; a ésta la llamó Eaheinomauwe, y a la tierra que bordea el estrecho le dió el nombre de Tierra Witte. Levantado el poste, y luego de procurarnos estas indicaciones, regresamos al navío acompañados del anciano y seguidos de su canoa, en la cual volvió a tierra después de comer.

Miércoles 31.

Completada el 31 nuestra provisión de madera y llenos de agua los toneles, mandé salir dos grupos de hombres, uno para cortar y hacer escobas y otro para pescar. Por la tarde tuvimos fuerte vendaval del NO., con tan ruda lluvia que nuestros pequeños músicos de tierra suspendieron el canto, que hasta entonces no habíamos dejado de oír por las noches, con un placer del que era imposible verse privado sin sentimiento.

Febrero. – *Jueves 1.*

El día 1 transformóse el vendaval en borrasca, con fuertes ráfagas de la tierra alta, una de las cuales rom-

pió el ancla que habíamos fijado en la costa, obligándonos a poner otra. A eso de media noche amainó el viento, pero continuó la lluvia con tal violencia, que el arroyo que nos surtiera de agua rebasó sus márgenes y se llevó diez toneles pequeños que allí se habían dejado llenos de agua, y que, a pesar de buscar por todas partes en la cala, no pudimos recobrar.

Sábado 3.

Como pensaba aprovechar el día 3 la primera oportunidad para hacernos al mar, me dirigí al *heppah* de la costa oriental de la Sonda y adquirí una cantidad considerable de pescado seco para almacenarlo. La gente de aquel caserío confirmó todo lo que el anciano había dicho en relación con el estrecho y el país, y a mediodía me despedí de ellos. Algunos manifestáronse apenados y otros contentos de que nos marcháramos; el pescado me lo vendieron fácilmente, pero algunos mostraron signos de desaprobación. Al regresar al barco hicieron varios una excursión hacia la costa norte para traficar con los naturales, con objeto de conseguir mayor provisión de pescado, pero no tuvieron éxito. Por la tarde ya se había llevado al barco todo lo que hubiera en la costa, pues me proponía hacerme a la vela por la mañana, pero el viento no lo permitió.

Domingo 4. — Lunes 5.

El 4, mientras que esperábamos el viento nos entretuvimos en pescar y en coger conchas y semillas de diversas especies, y el 6 por la mañana temprano embarcamos el ancla de amarre y echamos otra con objeto de remolcar el barco hacia fuera de la ensenada, después de lo cual, a las dos de la tarde, nos hicimos a la vela; pero como cayese el viento a poco, vímonos obligados a anclar de nuevo junto a Motuara. Cuando ya habíamos desplegado velas vino a despedirse de nosotros nuestro viejo Topaa, y como deseábamos adquirir

más indicaciones y enterarnos de si quedaba entre esta gente algún recuerdo de Tasman, ordenamos a Tupia que le preguntara si había oído hablar de que hubiera visitado el país algún otro barco como el nuestro. Replicó negativamente; pero dijo que sus antepasados habían dicho que un pequeño barco procedente de una tierra distante, llamada Ulimaroa, había venido, tripulado por cuatro hombres, que fueron muertos en cuanto llegaron a tierra; y al preguntarle hacia dónde se hallaba aquella tierra, señaló al N. Nosotros habíamos oído hablar alguna vez de Ulimaroa a los de la Bahía de las Islas, de la que dijeron fuera visitado por sus antepasados, y Tupia habíanos hablado también de Ulimaroa, país del cual tenía confusas nociones tradicionales, no muy diferentes de las de nuestro anciano; así, que no pudimos sacar ninguna conclusión cierta entre todas estas referencias.

Martes 6.

Poco después de anclar por segunda vez fueron a tierra Mr. Banks y el Dr. Solander para ver si quedaba algo por conocer de aquella naturaleza, y dieron casualmente con la más agradable familia de indios que habían visto, que les proporcionó ocasión de observar la disciplina social de esta gente. Las personas principales eran una viuda y un hermoso niño de diez años. La viuda lamentaba la pérdida de su marido con lágrimas de sangre, según su costumbre, y el niño, por el fallecimiento de su padre, había entrado en posesión de la tierra en que habíamos cortado la leña. La madre y el hijo sentábanse sobre unas esteras, y el resto de la familia, en número de diez y seis o diez y siete, de ambos sexos, estaban a su alrededor, todos al aire libre, pues no había por allí ninguna casa ni otro refugio contra las inclemencias del tiempo, que tal vez por costumbre sobrellevaban sin gran dificultad. Su comportamiento fué cortés y abierto. Regalaron a los nuestros

pescado y un ascua para cocerlo, y los invitaron repetidas veces a quedarse allí hasta la mañana, cosa que hubieran hecho de no hallarse el barco próximo a zarpar, y lamentaron grandemente no haber conocido antes a aquella familia, pues no dudaban que en un día hubieran obtenido por medio de ella más conocimiento acerca de las costumbres y modo de ser de los habitantes del país que el que habían podido adquirir durante toda nuestra estancia en la costa.

El día 6, a las seis de la mañana saltó una ligera brisa del N. y nos hicimos a la vela; pero el viento se hizo variable y no pudimos hacer otra cosa que salir de Motuara; por la tarde, sin embargo, una brisa algo más fuerte del NO. nos sacó de la Sonda, que voy a describir.

La entrada de la Sonda de la Reina Carlota se halla situada en la latitud 41° S., en la longitud 184° 45' O. y en la zona media de la margen suroeste del estrecho. La tierra de la punta sureste de la Sonda, llamada por los naturales Koamaru, junto a la cual yacen dos pequeñas islas y algunas rocas, forma la parte más angosta del estrecho. Desde la punta noroeste una corrida rocosa extiéndese por una longitud de dos millas en dirección NE. N., viéndose parcialmente sobre el agua. Por estas indicaciones que damos acerca de los cabos o puntas, la Sonda puede reconocerse suficientemente: a la entrada tiene tres leguas de anchura; su longitud en las direcciones SO., SSO. y OSO. es de diez leguas, y en ella, según podrá verse en el plano, existe una colección de puertos que pueden decirse los más hermosos del mundo. La tierra que forma el fondeadero o cala en que nosotros estuvimos es llamada por los naturales Totarranoe; el mismo fondeadero, al que yo llamé Ensenada del Navío, no es inferior a ninguno de los que hay en la Sonda, tanto por las buenas condiciones que ofrecen las tierras circundantes como por la seguridad. Hállase en la ribera occidental

de la Sonda y es la más meridional de las tres calas que se abren frente a la Isla Motuara, que se levanta al este de ella. Puede entrarse en la Ensenada del Navío, bien cruzando el espacio intermedio entre Motuara y una larga isla, a la que los naturales llaman Hamote, bien dirigiéndose por el que limitan la isla de Motuara y la costa occidental. En el último de estos canales hay dos bajos a tres brazas de profundidad, que pueden fácilmente percibirse por las algas que sobre ellos se desarrollan. Tanto al entrar en la Sonda como al salir de ella es preciso tener en cuenta las mareas, que suben a las nueve o las diez en los cambios y plenilunios y que producen una diferencia de nivel de siete a ocho pies. El flujo viene al estrecho por el SE. y bate con fuerza la punta noroeste, así como la sirte que se extiende al pie del mismo. El reflujo corre con mayor rapidez aún hacia el SE., batiendo las rocas y las islas que rodean la punta sureste. La declinación de la brújula fué de 13° 5' E.

La tierra que se extiende en torno de la Sonda, que es tan elevada que se distingue desde veinte leguas de distancia, consiste casi en su totalidad en una serie de altos montes y valles profundos bien provistos de excelente madera, adecuada a todas las necesidades, con excepción de los masteleros, para lo cual resulta excesivamente dura y pesada. El mar abunda en pescados de diferentes especies; tanto, que sin salir del abra en que estábamos cogíamos todos los días con el cerco y los sedales cantidad bastante para toda la tripulación; y a lo largo de la ribera hallamos cuervos marinos en abundancia y otras diversas especies de aves silvestres, que aquellos que han vivido mucho tiempo reducidos al consumo de provisiones saladas no considerarán alimento despreciable.

El número de habitantes apenas si excede de cuatrocientos, y viven desparramados por la costa, consistiendo su alimento en pescado y raíces de helecho,

que se procuran con toda facilidad, pues no vimos terreno cultivado. Al menor asomo de peligro retíranse a sus *heppahs,* o fuertes. En esta situación los encontramos y en esta situación continuaron por algún tiempo después de nuestra llegada. Comparados con los habitantes de otras regiones de este país, son pobres y sus canoas carecen en absoluto de adorno. El escaso tráfico que con ellos mantuvimos redújose a pescado, y en verdad que apenas disponen de otra cosa. Parecían, sin embargo, tener algún conocimiento del hierro, a diferencia de los pobladores de otras comarcas, porque se prestaron gustosos a tomar clavos a cambio de su pesca y a veces los prefirieron a los otros artículos que pudimos ofrecerles, caso que rara vez se nos había presentado. Mostráronse al principio aficionados al papel, pero cuando vieron que se estropeaba con la humedad no lo quisieron más; tampoco concedieron gran valor al paño de Taiti; pero las grandes piezas de paño inglés y la jerga roja gozaban entre ellos de gran predicamento; esto demostraba que tenían discernimiento bastante para apreciar las ventajas que les ofrecíamos con el uso de tales artículos, lo cual no puede decirse de algunos de sus vecinos, a pesar de ostentar mucha mejor apariencia. Sus vestidos se han mencionado ya, especialmente la gran toca redonda de plumas que llevaban en la cabeza, y que distaba mucho de constituír un adorno inconveniente.

Tan pronto como salimos de la Sonda nos dirigimos hacia el E. para tomar bien el estrecho antes de que llegara el reflujo. A las siete de la tarde las dos pequeñas islas inmediatas al Cabo Koamaru, que es la punta sureste de la Sonda de la Reina Carlota, marcaban E. a unas cuatro millas. Sobrevino entonces la calma casi absoluta, y al empuje del reflujo vímonos arrastrados en muy poco tiempo a las inmediaciones de una de las islas, que era una roca que se alzaba desde el fondo del mar casi verticalmente. No tardamos en darnos

cuenta de que el peligro aumentaba por momentos y de que no teníamos más que un recurso para no perecer destrozados contra las rocas, recurso cuyo éxito debía verse en unos cuantos minutos. Estábamos a poco más de un cable de la roca, con más de setenta y cinco brazas de agua; pero echando el ancla y soltando unas ciento cincuenta brazas de cable logramos sacar al navío de la corriente; no hubiera bastado esto para salvarnos si la marea, cuya dirección era S. 22°,5 E., no hubiera cambiado al SE. al encontrar la isla y conduciéndonos más allá de la primera punta. En tal situación nos hallábamos a más de dos cables de las rocas, y allí permanecimos mientras duró la fuerza de la marea, que se dirigía al SE. con una velocidad de más de cinco millas por hora, desde poco después de las siete hasta media noche, en que cesó la marea. A las tres de la madrugada estaba el ancla a bordo, y con ligera brisa del NO. nos dirigimos hacia la costa oriental; pero siéndonos contraria la marea avanzamos muy poco; arreció luego el viento, sin embargo, corriéndose al N. y al NE., y con él y el reflujo cruzamos rápidamente la angostura del estrecho y navegamos hacia la tierra más meridional que divisábamos, y que marcaba S. 22°,5 O. Sobre esta tierra elevábase una montaña de gran altura, que se hallaba cubierta de nieve.

La parte más angosta del estrecho que habíamos atravesado con tanta rapidez hállase entre Cabo Tierawitte, en la costa de Eaheinomauwe y Cabo Koamaru; la distancia entre ambos puede ser de cuatro o cinco leguas, y a pesar de la marea, una vez que se conoce su fuerza, puede cruzarse sin gran peligro. Es más seguro, sin embargo, seguir la costa norte, pues por aquel lado parecía no haber nada que temer; pero en la otra ribera no sólo existen las islas y rocas próximas a Cabo Koamaru, sino una carrera rocosa que se extiende siete millas al sur de aquellas islas a dos o tres millas de la costa, la cual había sido descubierta por mí

desde el monte cuando tomé la segunda vista del estrecho desde el mar oriental al occidental. La longitud del estrecho que cruzamos no me atrevo a precisarla, mas puede juzgarse de ella por la carta.

Nueve leguas al norte de Cabo Tierawitte, y junto a la misma costa, hay una isla alta y visible, que se puede distinguir perfectamente desde la Sonda de la Reina Carlota, de la que dista seis o siete leguas. A esta isla, que hubo de mencionarse cuando la doblamos, el 14 de enero, le di el nombre de Isla Entry (de la Entrada).

Al este de Cabo Tierawitte se extiende la tierra por el SE. E. en unas siete leguas, terminando en una punta y constituyendo la tierra más meridional de Eaheinomauwe. Di a esta punta el nombre de Cabo Palliser, en honor de mi digno amigo el capitán Palliser. Se halla en la latitud de 41° 34' S. y en la longitud de 183° 58' O. y marcaba aquel día, a las doce, S. 79° E. a unas trece leguas, cuando el barco se hallaba en la latitud de 41° 27' S., en tanto que Koamaru marcaba N. 45° E. a siete u ocho leguas. La tierra más meridional que se hallaba a la vista marcaba S. 16° O., y la montaña nevada, SO. Estábamos entonces a unas tres leguas de la costa y frente a una profunda bahía, a la que di el nombre de Bahía Claudy (Nebulosa), en cuyo fondo se veía una tierra baja cubierta de altas arboledas.

A las tres de la tarde nos hallábamos frente a la punta más septentrional de la tierra que viéramos a mediodía, a la que llamé Cabo Campbel; está al SO. y a doce o trece leguas de Cabo Koamaru, en la latitud de 41° 44' S. y en la longitud de 183° 45' O. Forma con Cabo Palliser la entrada sur del estrecho, siendo la distancia entre ambos puntos de trece a catorce leguas, según una línea dirigida de O. 22°,5 S. a E. 22°,5 N.

Miércoles 7. — Jueves 8.

Desde este cabo seguimos la costa con dirección SO. S. hasta las ocho de la noche, en que cayó el vien-

to. Hora y media después, sin embargo, saltó una buena brisa del SO., con la cual enfilamos hacia él. La razón que me hizo tomar este rumbo fué la idea insinuada por algunos oficiales de que Eahienomauwe no era una isla y que la tierra debía de extenderse hacia el SE. entre Cabo Turnagain y Cabo Palliser, entre los cuales había un espacio de doce a quince leguas que no habíamos visto.

Tenía yo ciertamente la firme convicción de que estaban equivocados, no sólo por lo que había visto la primera vez que descubrí el estrecho, sino por otras muchas señales que concurrían a demostrar que la tierra en cuestión era una isla; resuelto, sin embargo, a que no quedara la menor duda acerca de una cuestión de tal importancia, aproveché el cambio del viento para navegar hacia el E.; y en consecuencia, conservé durante toda la noche el rumbo NE. E.

A las nueve de la mañana estábamos frente a Cabo Palliser, y vimos que la tierra se extendía en dirección NE. hacia Cabo Turnagain, el cual, según calculé, debía de hallarse a veintiséis leguas de distancia; pero como el tiempo estaba tan brumoso que no nos permitía distinguir a más de cinco leguas, permanecí aún en el rumbo NE. con una brisa ligera del S. y a mediodía Cabo Palliser marcaba N. 72° O. a unas tres leguas.

Jueves 8. — Viernes 9.

A eso de las tres de la tarde llegaron junto al barco tres canoas con treinta o cuarenta hombres, que venían siguiéndonos con gran esfuerzo y constancia desde algún tiempo antes; parecían más limpios y de mejor casta que los que habíamos encontrado después de dejar la Bahía de las Islas, y en sus canoas observamos también los mismos adornos que ostentaban las de la costa septentrional. Subieron a bordo a pocas instancias que se les hicieron y su conducta fué amistosa y

cortés. A nuestros regalos correspondieron con otros, cosa que no habían hecho los naturales que hasta entonces habíamos visto. No tardamos en darnos cuenta de que nuestros visitantes habían oído hablar de nosotros, porque no bien llegaron a bordo preguntaron por *whow*, que es el nombre que daban a los clavos los que habían traficado con nosotros; pero claramente se veía que si habían oído hablar de clavos no habían visto ninguno, pues cuando se les dieron preguntaron a Tupia que era aquello. La palabra *whow* no correspondía ciertamente a la noción de la naturaleza del objeto, sino solamente a su empleo, porque es la misma con que designan un instrumento, de hueso generalmente, que ellos usan como barrenas y escoplos. Mas como sabían que teníamos *whow* que vender, era evidente que sus relaciones se extendían por lo menos hasta el Cabo Kindnappers, que distaba no menos de cuarenta y cinco leguas, pues era éste el punto más meridional de este lado de la costa en que habíamos mantenido tráfico con los naturales. Es también probable que el ligero conocimiento que los habitantes de la Sonda de la Reina Carlota tenían del hierro les hubiera sido comunicado por sus vecinos de Tierawitte, porque no teníamos razón alguna para pensar que los habitantes de ninguna región de la costa tuvieran nociones del hierro o de su empleo antes de tocar nosotros en ella; tanto más, cuanto que la primera vez que se les ofreció artículos de esta clase parecieron desdeñarlos, como cosa que carece de valor. Consideramos probable que nos halláramos a la sazón en los dominios de Terato; mas al preguntarles, dijeron que no era su rey.

Marcháronse al cabo de un rato muy satisfechos de los regalos que les hicimos, y proseguimos nuestra ruta NE. a lo largo de la costa hasta las once de la siguiente mañana. Habiendo aclarado el tiempo ya, divisamos el Cabo Turnagain, que marcaba N. 22°,5 E. a

siete leguas próximamente; llamé entonces a cubierta a los oficiales y les pregunté si estaban ya o no convencidos de que Eahienomauwe era una isla; apresuráronse a contestar afirmativamente, y desvanecidas todas las dudas, ceñimos el viento hacia el E.

CAPITULO VII

Viaje hacia el S. desde el Cabo Turnagain por la costa oriental de Poenammu, rodeando el Cabo Sur y volviendo a la boca occidental del Estrecho de Cook, con lo cual se completa la circunnavegación de esta tierra. — Descripción de la costa y de la Bahía del Almirantazgo. — Partida de Nueva Zelandia y otros particulares.

Febrero de 1770. — *Viernes 9. — Domingo 11. — Lunes 12.*

A las cuatro de la tarde del viernes 9 de febrero viramos de bordo, enfilamos el SO., y proseguimos hacia el S. hasta el anochecer del 11, en que una brisa del NE. nos hizo retroceder hasta el Cabo Pallisser, al que vimos muy bien porque el tiempo estaba claro. Entre el pie de la meseta y el mar hay una faja de tierra plana y baja por cuyo borde exterior se ven algunas rocas emergidas. La tierra que se extiende entre este cabo y el de Turnagain, bordeando el agua, es baja y llana en muchos puntos y se ofrece agradablemente cubierta de verdura; pero conforme se aleja del mar se levanta en montuosos accidentes.

Martes 13.

El 13 a mediodía nos hallábamos en la latitud de 42° 2' S., marcando Cabo Palliser N. 20° E. a ocho leguas. Por la tarde saltó una brisa del NE. y nos dirigimos al SO. por O. enfilando la tierra más meridional que se divisaba, que marcaba S. 74° O. al anochecer. La declinación fué de 15° E.

Miércoles 14.

El 14 a las ocho de la mañana sólo habíamos recorrido veintiuna leguas al S. 58° O. desde el mediodía de la víspera, y tuvimos calma. Nos hallamos entonces frente a la montaña de nieve que nos quedaba al NE., y en esta dirección dejábamos atrás una cadena de montañas de la misma altura poco más o menos que la precedente, las cuales se elevan del mar y se extienden sobre la costa al NE. 22°,5 S. La extremidad nordeste de esta cadena, que se interna en el país, no está muy distante del Cabo Campbell; hállase del Cabo Koamaru veintidós leguas al SE. 22°,5 S. y treinta leguas al oessuroeste del Cabo Palliser; son bastante altas para ser descubiertas desde mayor distancia. Al mediodía, la tierra más meridional que veíamos nos quedaba al SE. 45° N., a cinco o seis leguas; era una tierra baja y parecía ser una isla situada al pie de la cadena de montañas.

Después de comer, habiendo embarcado Mr. Banks en un bote para cazar, vimos con nuestros anteojos cuatro grandes piraguas, tripuladas por cincuenta y siete hombres, que se alejaban de la ribera y se dirigían hacia él. Al momento le hicimos señas para llamarle a bordo; pero no las advirtió, porque el navío estaba colocado con respecto a él en la dirección de los rayos del Sol. Estábamos muy distantes de la costa, y Mr. Banks no lo estaba menos del navío, que se hallaba entre una y otro, y como reinase una gran calma, empecé a temer que no descubriese las piraguas a tiempo de que pudiese llegar a bordo antes que le alcanzasen. Muy pronto, sin embargo, vimos ponerse en movimiento el bote, y tuvimos el placer de recibir a Mr. Banks a bordo. Ocupados los isleños en contemplar el navío, no debían de haber advertido el bote; se acercaron a nosotros a la distancia de un tiro de piedra, y se detuvieron, mirándonos como asombrados;

en vano empleó Tupia toda su elocuencia para persuadirlos de que se acercasen más; pero después de habernos observado algún tiempo nos dejaron, marchándose a la costa, no habiendo podido hacer la mitad del camino hacia ella cuando sobrevino la noche. Creímos que estos isleños no habían oído hablar de nosotros, y no pudimos menos de hacer varias reflexiones sobre la conducta y las diversas actitudes de los habitantes de esta costa.

Cuando se acercaron a nuestro navío por primera vez, unos habían permanecido distantes de nosotros, entre admirados y temerosos; otros habíanse presentado en forma hostil, arrojándonos piedras; el isleño que encontráramos solo en un bote ocupado en pescar pareció considerarnos indignos de su atención; y otros, sin ser casi invitados a ello, habían venido a bordo con la mayor confianza y amistad. Por la conducta de estos últimos di el nombre de Lookers-on (espectadores) a la tierra de donde provenían, que, como he observado, tenía la apariencia de una isla.

Jueves 15.

A las ocho de la noche saltó una brisa del SSO., a favor de la cual navegamos hacia el SO. por haber creído ver tierra uno de a bordo en aquel cuadrante. Seguimos este rumbo hasta las seis de la mañana siguiente, habiendo recorrido once leguas, pero sin ver más tierra que la que habíamos pasado. Luego de navegar hacia el SE., con ligera brisa del ON., hasta mediodía, nuestra latitud fué de 42° 56' S., y marcando NN. 45° O. la tierra frente a la cual habíamos pasado al mediodía anterior. Por la tarde tuvimos ligera brisa del NE., con la que seguimos hacia el O., acercándonos a tierra, que distaba ocho leguas de nosotros. A las siete de la tarde estábamos a seis leguas de tierra y la extremidad más meridional de ella marcaba OSO.

Viernes 16.

El 16 al amanecer descubrimos una tierra que corría al S. 22°,5 E. y que parecía separada de la costa en que nos hallábamos.

A eso de las ocho saltó una brisa del NE., y con ella seguimos avanzando. A mediodía estábamos en la latitud de 43° 19' S., y el pico de la montaña nevada marcaba N. 20° E. a veintisiete leguas; la extremidad meridional de la tierra que divisábamos marcaba O., y la que habíamos descubierto por la mañana parecía ser una isla que se extendía de SSO. a SO 45° O. en una distancia de ocho leguas. Por la tarde pusimos rumbo hacia el sur de ella con fresca brisa del N. A las ocho de la noche habíamos recorrido once leguas, y la tierra extendíase entonces de SOO. a NO. Hallábamonos entonces a tres o cuatro leguas de la costa más próxima y teníamos cincuenta brazas (1) de agua con buen fondo de arena. La declinación de la brújula fué, por la observación de aquella mañana, de 14° 39' E.

Sábado 17. — Domingo 18.

Al día siguiente, 17, al salir el Sol vimos una parte de la Tierra de Tovy Poenammu, por el oeste de aquella hacia la cual nos habíamos dirigido, y que se extendía hacia el O. 22°,5 SO., lo que nos confirmó en la opinión de que era una isla. A las ocho de la mañana las puntas de las extremidades de la isla nos quedaban al N. 76° O. y NNE. 45° E., teniendo al N. 20° O., a la distancia de tres o cuatro leguas, una abertura situada cerca de la punta meridional, que parecía formar una ensenada.

Esta isla, a la que di el nombre de Mr. Banks, yace a cerca de cinco leguas de la costa de Tovy Poe-

(1) La braza inglesa, equivalente a seis pies ingleses, tiene una longitud de 1,828 metros. *(Nota de la edición española.)*

nammu; la punta meridional está al S. 21° O. del pico más elevado de la montaña de nieve, y por la observación del Sol y de la Luna hecha por la mañana reconocimos que se halla situada a los 43° 32' de latitud S., y a los 186° 30' de longitud O. Es de figura circular y tiene cerca de veinticuatro leguas de circunferencia; su altura es bastante considerable para hacerse visible a doce o quince leguas de distancia. Su superficie es irregular y quebrada; parece ser más bien estéril que fecunda; sin embargo, estaba habitada, porque vimos humo en una parte, y a varios naturales que vagaban por otra.

Cuando descubrimos esta isla por primera vez, por el SO., algunas personas de a bordo creyeron haber visto también tierra al SSE. y SE. 22°,5 E. Yo mismo estaba entonces sobre el puente, y les dije que a mi parecer no era otra cosa que una nube que el Sol disiparía cuando se elevase sobre el horizonte; sin embargo, como yo no quería dejar ningún motivo de incertidumbre sobre una cuestión que podíamos aclarar por la experiencia, hice virar viento atrás y me dirigí al ESE. de la brújula, en la dirección que se aseguraba nos quedaba esta tierra. Al mediodía estábamos a los 44° 7' de latitud S., teniendo al N., a distancia de cinco leguas, la punta meridional de la Isla Banks. Cerca de las siete de la tarde habíamos recorrido veintiocho millas, y no habiendo otra tierra que la que dejáramos atrás, ni nada que indicase alguna otra, nos dirigimos al SSO. y seguimos esta dirección hasta el día siguiente a mediodía, en que nos hallamos a los 45° 16' de latitud, quedándonos al N. 6° 30' O. la punta meridional de la Isla de Banks a veintiocho leguas de distancia.

La declinación por acimut fué aquella mañana de 15° 30' E.

Como no descubríamos aún ningun indicio de tierra al S., y yo creía, según la relación de los isleños que habitan el Canal de la Reina Carlota, que habíamos avan-

zado bastante en esta dirección para doblar todas las tierras que habíamos dejado atrás, me dirigí al O. Tuvimos brisa moderada del NNO. y del N. hasta las ocho de la noche, en que se hizo variable; a las diez se fijo al S., y sopló durante la noche con tal violencia que nos obligó a rizar las gavias.

Lunes 19.

Al siguiente día, 19, a las ocho de la mañana habíamos avanzado veintiocho leguas al NNO. y al N., y juzgando que estábamos al oeste de la Tierra de Tovy Poenammu nos dirigimos al NO., con un viento fresco del S. A las diez, habiendo recorrido once millas en esta dirección, vimos una tierra que se extendía del SO. al NO. a distancia de diez leguas, y nos dirigimos a ella; pero una mar borrascosa nos impidió hacer mucho camino al S. A mediodía nuestra latitud era de 44° 38'; la punta suroeste de la Isla de Banks marcaba N. 58° 30' E. a treinta leguas, y la tierra firme que se hallaba a la vista señalaba ON. A las siete de la tarde se extendían las últimas tierras del SO. por S. al NO., y a seis leguas de la costa tuvimos treinta y dos brazas de agua.

Martes 20. — Miércoles 21.

Al día siguiente, 20, a las cuatro de la mañana nos dirigimos hacia la costa al O. por SO., y en el espacio de cuatro leguas tuvimos de treinta y dos a trece brazas. Cuando tuvimos este calado, sólo estábamos a tres millas de la costa, por lo cual nos hicimos mar adentro. La dirección de la costa en este sitio es N. y S., poco más o menos; el suelo, hasta la distancia de cerca de cinco millas del mar es bajo y llano; pero en seguida se eleva en montañas de una altura considerable. El país nos pareció sumamente estéril, sin que viésemos nada en él que nos indicase estar habitado. Nuestra latitud a mediodía fué de 44° 44', y la longitud que habíamos recorrido desde la Isla de Banks, 22' O. Durante las

últimas veinticuatro horas, a pesar de haber desplegado todo el velamen que pudimos, sólo habíamos avanzado tres leguas a barlovento. Continuamos costeando aquel día y el siguiente, manteniéndonos entre cuatro y doce leguas de la costa, con treinta y cinco brazas de agua.

Jueves 22.

El 22 al mediodía, aunque no hicimos observaciones, por la simple inspección de la tierra juzgamos estar cerca de tres leguas más al N. que el día precedente. Al ponerse el Sol aclaró el tiempo, que estuviera nublado, y descubrimos al NO. por N. una montaña muy alta y picuda; al mismo tiempo vimos más distintamente la tierra, que se extendía del N. al SO. 45° S. y que a cierta distancia de la costa parecía elevada y montuosa. Muy pronto conocimos que lo que los isleños del Canal de la Reina Carlota nos dijeran de una tierra al S. era falso, porque nos habían asegurado que se podía rodear en cuatro días.

Viernes 23.

El 23 tuvimos fuertes oleadas del SE., y esperando el viento del mismo rumbo nos mantuvimos a la distancia de siete a quince leguas de la costa, sin dejar de sentir la marejada y con calados variables de sesenta a setenta y cinco brazas. Mientras el tiempo estuvo en calma, Mr. Banks mató desde la chalupa dos *Megalestris*, semejantes en todo a aquellas que encontráramos en la Isla del Faro, que fueron las primeras que vimos en esta costa, aunque hubiésemos hallado algunas pocos días antes de descubrir tierra.

Sábado 24.

Al amanecer arreció el viento, que llegó a convertirse en fuerte vendaval del NNE. A las ocho de la mañana observamos que la tierra se extendía por el SO. 22°,5 S. y enfilamos hacia ella. A mediodía estuvi-

mos en la latitud de 45° 22' S., y la tierra, que entonces se extendía de SO. 45° S. a NNO., nos pareció accidentada por colinas y valles; por la tarde nos dirigimos al SOS. y SO. bordeando la costa, con fuerte viento del N., y aunque no estábamos muy distantes de ella, se hallaba tan nublado el tiempo, que nada pudimos descubrir distintamente, a excepción de una cadena de montañas muy altas, situada cerca del mar y paralelas a la costa, que en este paraje corre al SO., 22°,5 SO., y al N. 22°,5 NE., y parece terminarse en una punta redonda elevada al S. A las ocho de la tarde nos hallábamos enfrente de esta punta; pero como ya había obscurecido, y no sabíamos cuál era la dirección de la tierra, permanecimos a la capa toda la noche, quedándonos la punta al O., a distancia de cerca de cinco millas; teníamos treinta y siete brazas de agua con fondo de pequeñas piedras.

Domingo 25.

El 25 muy temprano nos hicimos a la vela, quedándonos la punta al N. a tres leguas, y hallamos que la tierra, en cuanto nuestra vista podía alcanzar, se extendía al SO. 22°,5 O. de esta punta, a la que di el nombre de Saunders. Nuestra latitud era de 45° 35' SE., y nuestra longitud, de 189° 4' O. Esta punta se reconoce suficientemente por la latitud que acabo de fijar y por los ángulos que forma la costa; sin embargo, cerca de tres o cuatro leguas al suroeste de la punta, y muy próxima a la costa, hay una montaña notable en forma de silla, que puede servir de señal para distinguirla. A la distancia de una a cuatro leguas al norte del Cabo Saunders forma la costa dos o tres bahías, en las cuales nos pareció que había buen fondeadero y un abrigo seguro contra los vientos del SO. y del NO.; pero el designio en que yo estaba de dirigirme al S., a fin de determinar si esta tierra era una isla o un continente, me impidió entrar en ninguna de las bahías.

Lunes 26. — Martes 27. — Miércoles 28.

Toda esta mañana nos mantuvimos, con un viento del SO., a poca distancia de la costa, que veíamos claramente; es algún tanto elevada, y la superficie está cortada por muchas montañas cubiertas de bosques y de verdor; pero no advertimos ningún vestigio de habitantes. Al mediodía el Cabo Saunders nos quedaba al N. 30° O., a la distancia de cerca de cuatro leguas. Tuvimos vientos variables y calmas hasta las cinco de la tarde, en que empezó a soplar del OSO., arreciando a poco de tal manera que nos destrozó la vela del trinquete; luego de preparar otra proseguimos hacia el S. con dos gavias, y a las seis de la siguiente mañana la tierra que teníamos a la vista marcaba ON. y Cabo Saunders NO. a ocho leguas, y a mediodía teníamos este cabo al N. 20° O., a catorce leguas. Nuestra latitud, por observación, fué de 46° 36'. Continuó la borrasca con duras ráfagas y fuertes marejadas durante toda la tarde. A las siete desplegamos las gavias y tomamos rumbo S.; a mediodía del 27 nuestra latitud era de 46° 54', y nuestra longitud, 1° 24' E., contada desde Cabo Saunders. A las siete de la tarde desplegamos las mayores, a las ocho de la siguiente mañana rizamos las gavias, y al día siguiente, 28, al mediodía, nos hallábamos a los 47° 43' de latitud, y a 2° 10' de longitud E. del Cabo Saunders. Entonces nos dirigimos al N.; por la tarde la declinación de la aguja fué de 16° 34' E. A las ocho de la noche viramos y nos dirigimos hacia el S. con viento del O.

Marzo. —*Jueves 1.— Viernes 2.—Sábado 3.—Domingo 4.—Lunes 5.*

El 1 de marzo al mediodía nuestra latitud, por calculo, fué de 47° 52', y nuestra longitud, de 1° 8' E., contado desde Cabo Saunders; nos dirigimos al S. hasta las tres y media de la tarde, siendo entonces nues-

tra latitud de 48° S., y la longitud, de 188° O.; no viendo ninguna apariencia de tierra, viramos de bordo, y nos dirigimos al N. con fuerte marejada del SO. por O. Al día siguiente, 2, al mediodía, nuestra latitud era de 46° 42' S. y el Cabo Saunders nos quedaba al N. 46° O., a la distancia de ochenta y seis millas. Continuaron las borrascosas oleadas del SO. hasta el día 3, lo que nos confirmó en la opinión de que no había tierra en este rumbo.

A las cuatro de la tarde nos dirigimos al O. con cuantas velas podíamos llevar. En la mañana del día 4 la declinación fué de 16° 16' E. Vimos algunas ballenas y focas, como nos había sucedido ya muchas veces después de pasar el estrecho; pero no habíamos hallado ninguna mientras estuvimos en la costa de Eaheinomauwe. Sondamos, tanto por la noche como por la mañana, sin encontrar fondo con ciento cincuenta brazas de cable. Al mediodía, el Cabo Saunders nos quedaba al N. 45° O., y nuestra latitud, por observación, fué de 46° 39' S. A la una y media de la tarde descubrimos tierra al O. por S. y nos dirigimos a ella, hallándonos a tres o cuatro millas antes de que se hiciese de noche. En esta tierra notamos varios fuegos durante la noche, y el 5 a las siete de la mañana estábamos distantes unas tres leguas de la costa, que nos pareció muy elevada, pero llana. A las tres de la tarde descubrimos la tierra, que se extiende del NE. por N. al NO. por N., y en seguida descubrimos al S. por O. algunas tierras bajas que parecían formar una isla.

Continuamos nuestro camino al O. por S., y dos horas después vimos sobre la tierra baja una elevada, que se extendía al S.; pero nos pareció que no se unía con la tierra de la costa por el N.; de modo que estas dos tierras deben de estar separadas por el mar, por una bahía profunda, o, en fin, por alguna otra tierra baja.

Martes 6. — Miércoles 7. — Jueves 8. — Viernes 9.

El 6 a mediodía estábamos casi en la misma situación que la víspera a la misma hora. Por la tarde, la declinación de la brújula, por varios acimutes y ángulos, fué de 15° 10' E. El 7 a mediodía nos hallábamos a los 47° 6' de latitud S., y en las veinticuatro últimas horas habíamos andado doce millas. Navegamos al O. todo el resto del día y el siguiente hasta ponerse el Sol; entonces las dos tierras de que acabamos de hablar nos quedaban del N. por E. al O., a la distancia de siete a ocho leguas; en esta situación teníamos cincuenta y cinco brazas, y la declinación, por amplitud, fué de 16° 29' E. El viento cambió del N. al O., y como teníamos buen tiempo y brillaba la Luna, ceñimos el viento hacia el SO. durante la noche. El día 9, a las cuatro de la mañana, descubrimos ante nosotros una cadena de rocas, que se prolongaba desde el S. por O., sobre las cuales rompía el mar en altas olas; no se hallaban a más de tres cuartos de milla, y, sin embargo, teníamos cuarenta y cinco brazas de agua. Como el viento soplaba del NO. no podíamos doblarlas entonces; y no queriendo navegar contra el viento, viré hacia el E. El viento mudó poco después hacia el N., y nos permitió salvar dichas rocas. Nuestros sondeos al pasar sobre el banco acusaron de treinta y cinco a cuarenta y siete brazas con fondo rocoso.

Este banco yace al SE., a seis leguas de la parte más meridional de la tierra y al SE. por E. de algunas montañas notables próximas a la costa. A cerca de tres leguas al norte de este primer banco hay otro que se encuentra a tres leguas de la costa, contra el cual rompe el mar con oleadas espantosas. Como pasamos las rocas al norte durante la noche, sin que descubriésemos las otras, que estaban casi debajo de nosotros, antes de amanecer, es indudable que corrimos un peligro inminente y que nuestra situación fué muy crítica; di a estas

rocas el nombre de Traps (Trampas), a causa de su situación, muy a propósito para sorprender a los navegantes distraídos o no muy prácticos. El 9 a mediodía la tierra que veíamos, que tenía la apariencia de una isla, se extendía desde el NE. por N. al NO. por O., y parecía estar distante de la tierra cerca de cinco leguas; el banco más oriental de las rocas nos quedaba al SE., a distancia de legua y media, y el más septentrional, al NE. por E., a cerca de tres. Esta tierra es elevada y estéril; sólo vimos en ella algunos arbustos esparcidos por una y otra parte, sin haber un solo árbol; sin embargo, era notable por un gran número de manchas blancas, que tuve por vetas de mármol porque reflejaban los rayos del Sol. Ya habíamos observado otras manchas de la misma especie en diversas partes de este país, y en particular en la Bahía de Mercurio. Continuamos dirigiéndonos al O. cerrando el viento, y al ponerse el Sol la punta más meridional de la tierra nos quedaba al N. 38° E., a la distancia de cuatro leguas, y teníamos al N. 2° E. la tierra más occidental que veíamos. Di el nombre de Cabo Sur a la punta que yace a los 47° 19' de latitud S. y a los 192° 12' de longitud O.; la tierra más occidental que hallamos era una isla situada a la altura de la punta principal de la tierra firme.

Suponiendo que el Cabo Sur fuese la parte más meridional de este país, en lo cual estamos ciertos, esperaba darle la vuelta por el O., porque unas gruesas oleadas del SO., que tuvimos después del último viento fuerte que habíamos sufrido, me convencieron de que no había tierra en esta dirección.

Sábado 10. — Domingo 11.

La noche del 10 sopló un viento fuerte del NE. por N. y del N. que nos obligó a navegar con solo las velas bajas; pero, por fortuna, a las ocho de la mañana se calmó. Al mediodía se mudó al O., y viramos de bor-

do para dirigirnos al N. sin descubrir tierra. Nos dirigimos al NNE., cerrando el viento, sin ver jamás tierra hasta el día siguiente, 11, a las dos de la mañana, que descubrimos una isla al NO. por N. a la distancia de cinco leguas. Dos horas después vimos ante nosotros una tierra, sobre la que viramos, dirigiéndonos desviados de ella hasta las seis, que nos aproximamos para examinarla más de cerca. A las once distábamos tres leguas; pero pareciéndonos que el viento volvía a soplar hacia la costa, viré de nuevo para desviarme, dirigiéndome al S. Hasta entonces habíamos navegado alrededor de la tierra descubierta el día 5, que nos parecía no hallarse unida a la que existe al norte de la misma, y hallándonos al otro lado de lo que supusiéramos fuese agua, una bahía o tierra baja, vimos que ofrecía la misma apariencia; pero cuando me puse a trazar el plano o mapa de ella sobre el papel no encontré razón alguna para suponer fuese una isla, por el contrario, pensé que formaba parte de la tierra firme.

Al mediodía la extremidad occidental de ésta nos quedaba al N. 59° O. y teníamos al S. 59° O., a poco más o menos de cinco leguas de distancia, la isla que habíamos descubierto por la mañana. Esta no es más que una roca desnuda, que tiene cerca de una milla de circunferencia y una altura notable; está situada a cinco leguas de tierra. La llamé isla de Solanders, en honor de nuestro sabio naturalista.

La costa se extiende al E. 22°,5 SE. y al O. 22°,5 N. de esta isla, y forma una ancha bahía abierta, en la que nos pareció advertir que no existía ninguna ensenada o abrigo para los navíos contra los vientos del SO. y el S. El terreno se ve cortado por escarpadas montañas de altura considerable, en la cima de las cuales percíbense muchos sitios cubiertos por la nieve; no es, sin embargo, completamente estéril, porque descubrimos algunos bosques, no sólo en los va-

lles, sino en las tierras más elevadas; pero no vimos por aquellos parajes nada que denotase que estuvieran habitados.

Lunes 12.

Seguimos navegando hacia el SO. 22°,5 S. hasta las cinco de la mañana del 12, en que el viento se corrió al SO. 22°,5 O., en vista de lo cual viramos contra el viento y pusimos la proa al NNO., hallándonos entonces en la latitud de 47° 47' S., en la longitud de 193° 50' O., y sufriendo fuerte resaca del SO.

Martes 13.

Durante la noche tomamos el rumbo NONO., hasta las seis de la mañana del 13, en que, como no descubriéramos tierra, enfilamos la proa al N. 22°,5 NO. hasta las ocho, hora en que nos dirigimos al NE. 22°,5 E. para ganar la tierra, que llegamos a divisar a las diez por el ENE., pero que, como el tiempo estaba brumoso, nos fué imposible descubrir. Según las observaciones que hicimos, al mediodía nos encontrábamos en la latitud de 46° S. Dos horas después se disipó la niebla, y la tierra nos pareció elevada y montuosa.

A las tres y media nos dirigimos hacia una bahía en que presumimos habría un buen fondeadero; pero al cabo de una hora observé que la distancia era excesiva para llegar a ella antes de obscurecer y que el viento soplaba con demasiada fuerza para intentar la empresa durante la noche en condiciones de seguridad. En vista de esto me contenté con recorrer la costa.

Esta bahía, a la que di el nombre de Dusky (Bahía Obscura), se halla en los 45° 47' de latitud S.; tiene tres o cuatro millas de anchura en la boca, y parece ser tan profunda como ancha; hay en ella muchas islas, tras de las cuales debe de haber un lugar defendido contra todos los vientos, pero en el que es probable

que no haya agua bastante para fondear (1). Cuando la punta septentrional de la bahía marca SE. 25°,5 S., se reconoce muy fácilmente por cinco rocas altas en forma de pico que se hallan en su parte media, y que tienen la apariencia de los cinco dedos de la mano de un hombre: por esto la llamé Punta Five Fingers (Punta de los Cinco Dedos); la tierra de esta punta se reconoce además por ser el único terreno llano que se encuentra en una distancia considerable; es de gran altitud, se halla cubierto de bosque y se extiende en unas dos leguas hacia el N. La tierra vecina de la parte interior de la bahía ofrece aspectos muy variados, porque se compone de montañas y rocas completamente estériles, circunstancia que da a este cabo la apariencia de una isla.

La tierra más meridional que vimos al obscurecer nos quedaba al S., a cinco o seis leguas de distancia, y por ser la punta más occidental de toda la costa la llamé Cabo Oeste. Se halla próximamente tres leguas al sur de Bahía Dusky, 45° 54' de latitud S. y a los 193° 17' de longitud O. La tierra de este cabo es de mediana altitud en la parte cercana al mar y nada digno de atención se observa en ella, si se exceptúa una roca muy blanca situada dos o tres leguas al S. Al sur de esta roca se extiende la tierra en dirección SE., y por el N., al NNE.

Miércoles 14.

Después de permanecer a la capa toda la noche del 14, comenzamos a navegar a las cuatro de la mañana, siguiendo la dirección de la costa con rumbo NE. 45° N. con brisa moderada del SSE. Pasamos a mediodía por delante de un pequeño estrecho que da

---

(1) Léase J. Cook, *Viaje hacia el Polo Sur y alrededor del mundo*, volúmenes números 14, 15 y 16 de la colección de *Viajes clásicos* editada por Calpe.

acceso a una ensenada, que nos pareció muy abrigada y conveniente, formada por una isla que se hallaba situada en el centro de la abertura. La tierra que se divisa por detrás está llena de montañas, cuyas cimas se ven cubiertas de nieve, la cual parecía muy reciente, y en realidad, durante los dos últimos días había sido el tiempo muy frío. A los dos lados del estrecho levántase la tierra verticalmente casi desde el mar hasta una altura sorprendente (1), y ésta fué la razón que me hizo desistir de meter al navío en aquel sitio, porque no podían esperarse otros vientos que el que soplara hacia dentro o hacia fuera de la ensenada, es decir, del E. o del O.; no juzgué prudente penetrar en un sitio del que no hubiera podido salir sino a favor de un viento que por experiencia sabía sólo reinaba una vez al mes en tales parajes. Guiándome por estas consideraciones procedí contra la opinión de algunos oficiales, que mirando tan sólo a las conveniencias inmediatas, sin meditar en las dificultades que pudieran ofrecerse, manifestaron en forma bastante enérgica el deseo de anclar.

Por la tarde, a dos leguas de la costa, sondamos sin dar fondo con ciento ocho brazas de cable; seguimos recorriendo la costa hasta el O., aprovechando cuanto nos fué posible el viento y manteniéndonos constantemente a dos o tres leguas de ella. A mediodía nuestra latitud fué de 44° 47', habiendo avanzado sólo doce leguas en dirección NE. 22°,5 N. en las últimas veinticuatro horas. Continuamos navegando a lo largo de ésta al NE. por E. hasta las seis de la tarde, en que nos pusimos a la capa para pasar la noche.

---

(1) Para explicación de la morfología y génesis de esta costa, léase la nota 3 de la página 108 del tomo I de J. Cook, *Viaje hacia el Polo Sur y alrededor del mundo*, volumen 14 de la colección de *Viajes clásicos* editada por Calpe.

Jueves 15. — Viernes 16.

El 15 a las cuatro de la mañana nos dirigimos hacia tierra, y cuando vino el día vimos algo que parecía un canal; pero acercándonos más reconocimos que sólo era un valle profundo entre dos altas tierras; seguimos, por tanto, la misma ruta, conservándonos a cuatro o cinco millas de la costa.

El 16 a mediodía la punta más septentrional de la tierra que teníamos a la vista nos quedaba al N. 60° E., a la distancia de diez millas; nuestra latitud, por observación, fué de 44° 5', y nuestra longitud, de 2° 8' E., contada desde Cabo Oeste. A las dos pasamos la punta, de la que al mediodía distábamos diez millas, y vimos que se componía de rocas elevadas y rojizas, de las que se despeña una cascada que se divide en cuatro arroyos pequeños, por lo que le di el nombre de Punta de la Cascada. Desde esta punta corre la tierrra al N. 76° O., y después un poco más al N. A ocho leguas al ENE. de la Punta de la Cascada, y a poca distancia de la costa, hay una pequeña isla baja que nos quedaba al S. por SE. cuando nos hallábamos a legua y media.

A las siete de la tarde nos pusimos a la capa con treinta y tres brazas y fondo de arena muy menuda; a las diez la sonda daba cincuenta brazas, y a media noche viramos viento atrás con sesenta y cinco, habiendo retrocedido muchas millas al NNO. desde que nos pusiéramos a la capa.

Sábado 17.

El 17 a las dos de la mañana no dimos fondo con ciento cuarenta brazas, lo que prueba que no lo hay sino cerca de la costa. Por este tiempo tuvimos calma; pero a las ocho se levantó una brisa, con la cual nos dirigimos a lo largo de la costa en dirección NE. por E., a la distancia de tres leguas. A las seis de la tarde, ha-

llándonos a una legua de la costa, tuvimos diez y siete brazas de agua, y a las ocho nos hallábamos a tres leguas y teníamos unas cuarenta y cuatro, por lo que acortamos velas y nos pusimos a la capa, después de haber corrido diez leguas al NE. por E. desde el mediodía.

Domingo 18. — Lunes 19.

Durante la mayor parte de la noche tuvimos calma; pero el 18 a las diez de la mañana se levantó una brisa ligera del SO. por O., y volvimos a hacernos a la vela, siguiendo la costa el NE. por N., con fuerte marejada del OSO., que se iniciara durante la noche. Al mediodía del 18 notamos que los valles, así como las montañas, estaban por la mañana cubiertos de nieve, que supusimos había caído parte por la noche, mientras que para nosotros llovía. A las seis de la tarde acortamos velas, y a las diez nos detuvimos o pusimos a la capa, a cinco leguas de la costa. Como a media noche teníamos poco viento, dimos la vela, y el 19 por la mañana nos dirigimos al NE., ciñendo el viento hasta el mediodía, en que viramos de bordo hallándonos a cerca de tres leguas de tierra.

Martes 20. — Miércoles 21.

Continuamos al E. hasta las dos de la mañana del 20, en que hicimos una bordada hacia el E., y acto seguido empezamos a navegar con rumbo OE. hasta el mediodía. Viramos entonces al E., con buen viento del N. 22°,5 NE. hasta las seis de la tarde, hora en que el viento se corrió al S. y SO., y con el cual nos dirigimos al NE. 22°,5 N. hasta el 21 a las seis de la mañana, en que pusimos la proa al E. 22°,5 NE. para buscar la tierra, que divisamos poco después. Al mediodía nos hallábamos a tres o cuatro leguas de tierra, pero nada pudimos descubrir claramente en ella a causa de la niebla; y como teníamos mucho viento y gran mare-

jada del OSO., que rompía contra la costa, consideré arriesgado acercarnos más.

Jueves 22. — Viernes 23.

Por la tarde tuvimos fresca brisa del SSO., y con ella seguimos la costa, que llevaba dirección N., hasta las ocho, hora a que sondamos a dos o tres leguas de tierra y encontramos treinta y cuatro brazas; en vista de ello tomamos el rumbo NON. hasta las ocho de la noche, poniéndonos después a la capa con sesenta y tres brazas. A las cuatro de la mañana nos hallábamos a tres o cuatro millas de tierra y teníamos cincuenta y cuatro brazas de agua con una gran marejada de OSO., que iba a romper oblicuamente sobre la costa y que me hizo recelar verme precisado a echar el ancla; pero unos vientos ligeros que empezaron a soplar, por intervalos, del SSO. alejaron de nosotros el peligro de que el navío chocara al llegar el reflujo.

Al mediodía, la tierra más septentrional que veíamos nos quedada al NE. por E., a diez leguas. Desde este momento tuvimos vientos flojos del S. con intervalos de calma hasta el mediodía del 23. La punta más oriental de la tierra que veíamos nos quedaba al E. 10° N., a distancia de siete leguas, y al S. 18° O. teníamos a seis leguas un cabo o punta en forma de montecillo redondo, cerca del cual pasáramos el día anterior a mediodía; a la altura de esta punta hay algunas rocas que se ven sobre la superficie del agua. Di a esta punta el nombre de Punta Rok (Punta de la Roca). Habiendo ya recorrido casi toda la costa nordeste de Tovy Poenammu, no nos falta sino dar una descripción del aspecto del país.

Ya he dicho que el día 11, cuando nos hallábamos a la altura de la parte meridional, la tierra que descubríamos era escarpada y montuosa, y que hay muchas razones para creer que la misma cadena de montañas se extiende por toda la longitud de la isla. Entre la

tierra más occidental que descubrimos aquel día y la que vimos el 13 hay un espacio de seis leguas, en el que no divisamos la costa, aunque pudiésemos distinguir muy bien las montañas situadas en el interior del país.

La costa cerca del Cabo Oeste es baja y se eleva suavemente y por grados hasta el pie de las montañas; la mayor parte está cubierta de bosques. Desde la Punta Five Fingers hasta los 44° 20' de latitud hay una cadena estrecha de colinas que se elevan desde el mar, y que también se hallan cubiertas de bosques. Más atrás, y muy cerca de estas colinas, se ven unas montañas que forman otra cadena de prodigiosa elevación, compuestas de rocas totalmente estériles y desnudas por completo, si se exceptúan los lugares cubiertos por la nieve, que se percibe sobre la mayor parte en grandes masas, y que probablemente existe desde la creación del mundo. No es posible imaginar una perspectiva más silvestre, más abrupta ni más espantosa que la de este país cuando se le contempla desde el mar, porque en todo lo que alcanza la vista no se percibe sino los picos o cimas de las rocas, tan cercanas unas de otras, que en vez de valles no hay más que hendeduras entre ellas. Desde los 44° 20' hasta los 42° 8' de latitud estas montañas avanzan mucho hacia el interior; la costa se compone de colinas y de valles cubiertos de arbolado bajo, esto es, de arbustos de diversos grados de altura y extensión, y que parecen fértiles; la mayor parte de los valles forman llanuras de extensión considerable, enteramente cubiertas de árboles; pero es muy probable que el terreno en muchos parajes sea pantanoso y que esté sembrado de lagos o charcas. Desde los 42° 8' hasta los 41° 31' de latitud no se distingue cosa alguna digna de notarse; se eleva en colinas desde el mar, y se halla cubierta de bosques; pero como estaba el tiempo nublado y lleno de niebla cuando estuvimos en esta parte de la costa, vimos muy poco

del interior. Solamente debemos exceptuar las cumbres de las montañas, que se elevaban por encima de las nieblas que ocultaban sus bases; lo que me confirmó en la opinión de que una cadena de montañas se extendía de una extremidad a otra de la isla.

Sábado 24. — Domingo 25. — Lunes 26. — Martes 27.

Después de comer tuvimos una brisa del SE., que antes de la noche nos condujo hasta la punta oriental que viéramos a mediodía; pero ignorando cuál fuera la dirección de la tierra del otro lado, nos pusimos a la capa a cerca de una legua de la costa. A las ocho de la tarde, como disfrutásemos de un poco de viento, me aproveché de él y nos dirigimos hacia la tierra hasta la media noche, en que nos volvimos a poner a la capa hasta las cuatro de la mañana del 24, en que aparejamos y vimos al amanecer una tierra baja que se extendía desde la punta al SSE. hasta donde podía alcanzar la vista y cuya extremidad oriental parecía terminarse en unos montecillos redondos. El viento se había corrido al E., lo que nos obligó a situarnos a barlovento. El 25 a mediodía la punta oriental nos quedaba al SE. por S. a diez y seis millas de distancia y nuestra latitud era de 40° 19'. Continuando el viento del E., nos hallábamos en la misma situación, poco más o menos, al mediodía siguiente. A las tres de la tarde se volvió el viento al O., y nos dirigimos al ESE. hasta la noche con cuantas velas podíamos llevar; en seguida las acortamos hasta la mañana del siguiente día, 27. Como tuvimos una espesa niebla toda la noche, sondamos continuamente y nos hallamos con treinta y cuarenta y dos brazas de agua. Al amanecer descubrimos tierra al SE. por E., y una isla situada muy cerca marcaba ESE. a cerca de cinco leguas. Reconocí a esta isla por la misma que viera desde la entrada de la Sonda de la Reina Carlota, desde donde se veía al NE. por N. a nueve leguas de distancia. Al mediodía nos

quedaba al S. a cuatro o cinco millas, y teníamos al SE. por S., a diez leguas y media, la punta nordeste del canal. Nuestra latitud, por observación, fué de 43° 33' S.

Miércoles 28.

En este momento habíamos acabado de dar la vuelta a este país y había que pensar en dejarlo; pero como tenía a bordo treinta pipas vacías, no podía partir sin llenarlas. Rodeé, pues, la isla, y entré en una bahía situada entre el Canal de la Reina Carlota y esta isla; dejé otras tres que se hallan junto a la costa occidental, a tres o cuatro millas de la entrada por estribor. Durante este recorrido no dejamos de sondar de cuarenta a doce brazas. A las seis de la tarde echamos el ancla, con once brazas y fondo cenagoso, junto a la costa oeste, en la segunda ansa situada por dentro de las tres islas. Al día siguiente, 28, en cuanto amaneció, tomé un bote y fuí a tierra para buscar una aguada y un paraje conveniente para el navío; hallé una y otro, con gran satisfacción mía. Luego que estuvo amarrado el navío, envié a tierra a un oficial para que diese la guardia a la aguada y despaché también al carpintero con sus ayudantes para cortar madera, mientras que la chalupa se ocupaba en desembarcar las pipas o toneles vacíos.

Viernes 30.

En estos trabajos pasamos hasta el día 30, en que, observando que el viento se fijaba al SE., y habiendo completado la provisión de agua, hice remolcar al navío fuera del abra a fin de tener más campo para dar la vela. Al mediodía me embarqué en la pinaza para examinar la bahía en cuanto me lo permitiese el tiempo.

Después de haberla remontado en un espacio de cerca de dos leguas, desembarqué en una punta de tierra al O., y subiendo a una colina vi el brazo occidental de esta bahía, que se extiende al SE. por O. cerca

de cinco leguas; mas no pude descubrir su extremidad. Me pareció que había otras muchas entradas, o al menos pequeñas bahías, entre ésta y la punta nordeste de la Sonda de la Reina Carlota, y como todas están a cubierto de los vientos del mar por las islas que se hallan fuera, no dudo haya en cada una un fondeadero y un abrigo. La superficie de la tierra en las cercanías de esta bahía, en lo que pude descubrir, está llena de colinas y cubierta casi por todas partes de árboles, matorrales, helechos, etc., que hacen el acceso a ella difícil y fatigoso. Míster Banks y el Dr. Solander me acompañaron en esta excursión, y hallaron muchas plantas nuevas. Encontramos algunas chozas, que nos parecieron estar abandonadas hacía mucho tiempo; pero no vimos habitante alguno. Míster Banks examinó algunas piedras sobre la playa; estas piedras se hallaban llenas de venas y tenían una apariencia mineral; pero no descubrió ningún mineral; de haber tenido ocasión de examinar las rocas desnudas, quizá hubiera sido más feliz en su investigación. Pensó también que lo que yo había tenido por mármol en otro sitio era una substancia mineral, y que como la latitud de este sitio correspondía a la de la América meridional, era probable que después de suficientes investigaciones se encontrara allí algún mineral valioso.

A mi vuelta por la tarde hallé a bordo todas nuestras provisiones de agua y madera y el navío pronto para volverse a hacer a la mar. Resolví, pues, dejar esta comarca y volverme a Inglaterra, siguiendo el camino por el cual pudiese llenar mejor el objeto de mi viaje; y con respecto a esto consulté el parecer de mis oficiales. Yo tenía gran deseo de seguir la ruta del Cabo de Hornos, porque hubiera podido decidir al fin si existe o no un continente meridional. Pero a este proyecto se opuso una dificultad bastante fuerte para hacérmelo abandonar, y es que en este caso nos hubiéramos visto precisados a permanecer en medio del invierno en una lati-

tud muy avanzada al S. con una embarcación que no se hallaba en estado de acometer esta empresa; cinglando directamente hacia el Cabo de Buena Esperanza se presentaba la misma circunstancia con mayor fuerza todavía, porque tomando este partido no podíamos esperar hacer ningún descubrimiento interesante. En vista, pues, de todo esto, resolvimos volvernos a Europa por las Indias Orientales, y con este objeto, después de haber dejado la costa, dirigirnos al E. hasta que encontrásemos la costa oriental de la Nueva Holanda; seguir después la dirección de esta costa al N. hasta que hubiésemos llegado a su extremidad septentrional. Mas por si este proyecto venía a ser impracticable, resolvimos además navegar en busca de la tierra o islas que se dice haber sido descubiertas por Quirós.

Sábado 31.

Según este plan, el sábado 31 de marzo del año 1770 aparejamos al amanecer y nos hicimos al mar, con la ventaja de un viento fresco del SE. y tiempo claro. Tomamos nuestro punto de partida desde el cabo oriental que habíamos visto el 23 al mediodía, y al que llamé por esto Cabo Farewell (Cabo del Adiós o de la Despedida).

Llamé Bahía del Almirantazgo a aquella de que acabábamos de zarpar, y di el nombre de Cabo Stephens a la punta nordeste y Cabo Jackson a la sur, en honor de los dos oficiales secretarios entonces del Almirantazgo.

La bahía de este nombre puede reconocerse fácilmente por medio de la isla de que acabamos de hablar; yace dos millas al NE. del Cabo Stephens, en la latitud de 40° 37' S. y en la longitud de 185° 6' O., y su altura es muy considerable. Entre esta isla y el Cabo Farewell, que distan catorce o quince leguas en la dirección O. por N. y E. por S., la costa forma una gran bahía profunda, de la que apenas pudimos descubrir el

fondo mientras navegábamos en línea recta de un cabo al otro; sin embargo, es probable que su profundidad sea menor que lo que nos parecía, porque como encontramos allí el agua menos profunda que en ningún otro lugar situado a la misma distancia de la costa, hay motivo para suponer que la tierra en cuyo fondo se halla situada es baja y, por consiguiente, no se la puede distinguir con facilidad; por esto la he llamado Bahía Blind (Bahía Ciega), y pienso que es la misma a la que Tasman dió el nombre de Bahía de los Asesinos.

Voy, pues, a dar una descripción de este país y de sus habitantes, de sus usos y costumbres, en cuanto hemos podido instruírnos mientras dábamos vuelta a la costa.

CAPÍTULO VIII

Descripción general de Nueva Zelandia. — Situación, clima y producciones de esta isla.

Nueva Zelandia fué descubierta el día 13 de diciembre del año de 1642, por el marino holandés Abel Jansen Tasman, de quien ya hemos hecho mención en el discurso de este viaje. Este navegante atravesó la costa oriental de este país desde los 34° de latitud hasta el 43°, entrando en el estrecho que divide las dos islas y que en la carta trazada por mí se llama el Estrecho de Cook; pero habiendo sido atacado por los naturales poco después de fondear en el lugar a que dió el nombre de Bahía Murderer y perecido en la refriega algunos de sus hombres no desembarcó nunca.

Llamó Tasman a esta comarca Tierra de los Estados, en honor de los Estados generales, o sea el Gobierno entonces de la Holanda; mas en el día distinguimos este país en los mapas y cartas con el nombre de Nueva Zelandia. Todo el país, si se exceptúa la parte de la costa que el citado Tasman descubrió sin dejar su navío, habiendo permanecido desde entonces enteramente desconocido hasta el viaje del *Endeavour*, muchos autores han supuesto que formaba parte de un continente meridional; mas en el día se ha reconocido que se compone de dos grandes islas separadas una de otra por un estrecho o paso que tiene cuatro o cinco leguas de anchura.

Estas islas se hallan situadas entre los 34° y 48° de

latitud S. y entre los 181° y 194° de longitud O., cuya situación está determinada, con una exactitud poco común, por un gran número de observaciones del Sol y de la Luna y otra del paso de Mercurio, efectuadas por Mr. Green, astrónomo cuyos talentos son bien reconocidos, pues fué enviado a los mares del S. por la Sociedad Real de Londres, como lo hemos dicho en otro lugar, para observar el paso del planeta Venus sobre el disco del Sol.

La más septentrional de estas islas se llama por los naturales del país Eaheinomauwe, y la más meridional, Tovy o Tavay Poenammu; sin embargo, como lo he dicho antes, no estamos seguros de si el nombre de Tovy o Tavay Poenammu comprende toda la isla meridional o sólo una parte de ella. En la carta que he trazado se verá la figura y extensión de estas islas, con la situación de las bahías y ensenadas que contienen, y las más pequeñas situadas en las cercanías. No puedo asegurar que esta carta sea igualmente exacta en todas sus partes. La costa Eaheinomauwe desde el Cabo Palliser al Cabo Este está dibujada con mucha exactitud, tanto en su figura como en su dirección y distancias de una punta a otra.

Las ocasiones de que me he aprovechado para este trabajo y los métodos que he empleado apenas son susceptibles de error. Desde el Cabo Este hasta Santa María de Van Diemen la carta quizá no esté tan exacta; pero no contiene errores considerables, a menos que se hayan escapado en algunos lugares, muy pocos, que se distinguen en diferentes partes de la carta por una línea punteada, la cual no he tenido ocasión de examinar. Desde el Cabo María Van Diemen hasta los 36° 15' de latitud casi no nos hemos acercado a la costa más que de cinco a ocho leguas; por tanto, es posible haya errores en la línea que marca la costa. Hemos navegado muy cerca de tierra desde los 36° 15' de latitud hasta la altura de la Isla de Entry, y si se exceptúa el

Cabo Tierra-Witte, no puede haber error esencial en esta parte de la carta. No hemos visto tampoco más que de lejos la costa entre la Isla de Entry y el Cabo Palliser, y por ello el mapa de esta parte de la costa no ha podido trazarse de un modo más exacto y preciso. En general, pienso que no se hallará en esta isla una figura muy diferente de la que le he dado en la carta, y que habrá en aquélla pocas o ninguna ensenada que no se haya registrado en el diario o en el plano. No puedo decir otro tanto de Tovy Poenammu, porque la estación y las circunstancias no me han permitido pasar en las cercanías de esta isla tanto tiempo como he empleado en examinar la otra; por otra parte, hemos sufrido unas tempestades tan violentas que era difícil y peligroso el permanecer cerca de la costa. Sin embargo, se reconocerá que la carta es bastante exacta desde la Sonda de la Reina Carlota al Cabo Campbell, y al SO. hasta el grado 43 de latitud. Puede dudarse de la exactitud de la línea de la carta entre los 43° y el 44° 20′ de latitud, porque apenas divisamos las partes de la costa que representa. Desde los 44° 20′ de latitud al Cabo Saunders estuvimos demasiado distantes de la costa para poder entrar en los pormenores, y, por otra parte, el tiempo nos fué desfavorable. Desde el Cabo Saunders hasta el Cabo Sur, y aun hasta el Cabo Oeste, tengo motivos para temer que se descubran errores en muchos puntos de la carta, porque rara vez pudimos navegar junto a la costa y el viento nos arrastró en ocasiones a tal distancia que no pudimos divisarla. Desde el Cabo Oeste hasta el Cabo Farewell, y aun hasta la Sonda de la Reina Carlota, no debe fiarse más en la exactitud de la representación.

El país.

Tovy Poenammu es en su mayor parte un país montuoso, y según todas las apariencias, estéril; no hemos descubierto en toda la isla otros habitantes que los is-

leños que vimos en la Sonda de la Reina Carlota y los que avanzaron hacia nosotros bajo las montañas de nieve, ni tampoco otros vestigios de población que los fuegos que vimos al oeste del Cabo Saunders. Eaheinomauwe tiene un aspecto mejor, pues aunque el terreno es verdad que se halla lleno de colinas, y aun montañas, las unas y las otras están cubiertas de bosques y cada valle tiene un arroyo de agua dulce. El suelo de estos valles, así como las llanuras, entre las cuales hay muchas en las que no crece árbol alguno, es en general ligero, pero fértil, y según la opinión de Mr. Banks, el Dr. Solander y de otras personas ilustradas de la tripulación, todas las semillas, plantas y frutos de Europa se darían allí con el mayor éxito. Los vegetales que se encuentran en la misma isla nos han hecho creer que los inviernos son en ella más suaves que en Inglaterra; pero hemos reconocido que el estío no era más cálido, aunque el calor fuese más uniforme; de suerte que si los europeos se estableciesen en este país les costaría muy pocos cuidados y trabajos el hacer crecer en gran abundancia cuanto se necesita para la vida.

Cuadrúpedos.

A excepción de los perros y los ratones, no hay otros cuadrúpedos en este país; a lo menos, no hemos visto otros, y aun los ratones son tan escasos, que muchas de nuestras gentes no vieron ninguno. Los perros viven con los hombres, que los mantienen y nutren para comérselos; a la verdad, puede que haya cuadrúpedos que no hayamos descubierto nosotros, pero esto es poco probable. En efecto, el objeto principal de la vanidad de los naturales del país con respecto a su vestido es el de poderlo hacer con pieles de los animales que tienen; mas no les hemos visto jamás llevar la piel de otro animal que la de los perros y las aves. Hay focas sobre la costa, y una vez hemos descubierto un león de mar; pero creemos que se cacen muy rara vez, por-

que aunque vimos a algunos naturales llevar sobre el pecho, y estimar en mucho, unos dientes de estos pescados, trabajados en forma de agujas para la cabeza, no hemos hallado ninguno que estuviese vestido con sus pieles. También se encuentran ballenas sobre esta costa; pero parece que no tienen los isleños ni instrumentos ni medios para cogerlas; sin embargo, hemos visto *patu-patus* hechos de hueso de ballena o de cualquier otro animal, los cuales huesos presentaban exactamente la misma apariencia.

Aves.

Las especies de aves que se hallan en Nueva Zelandia no son numerosas, y si se exceptúa la gaviota quizá no haya ninguna que sea exactamente como las de Europa; aunque es verdad que hay patos, ánades, cuervos marinos o cormoranes de muchas especies, y que se parecen bastante a las aves de Europa para ser llamadas con el mismo nombre por los que no las han examinado con atención. Hay también halcones, mochuelos y codornices, que a primera vista se diferencian muy poco de las de Europa, y otras muchas avecillas, cuyo canto, según lo hemos dicho en el curso de esta narración, es mucho más melodioso que ninguno de los que habíamos oído hasta entonces.

De tiempo en tiempo se ven sobre la costa muchas aves del Océano, y en particular los albatros, pájaros bobos, gallinaza de Indias y un corto número de otras que sir Juan Narborough ha llamado pingüinos, y son los que los franceses llaman *nuance*, que parecen una especie intermedia entre el ave y el pescado, porque sus plumas, sobre todo las de las alas, se diferencian poco de las escamas; tanto, que quizá deberemos mirar sus alas como aletas, de que se sirven únicamente para sumergirse, y no para acelerar su movimiento, aun cuando se hallen en la superficie del agua.

Los insectos no abundan más que las aves, pues se

reducen a un corto número de mariposas y escarabajos, a unas moscas muy semejantes a las de Europa, y a unas especies de mosquitos y moscas que quizá sean idénticas a las de la América septentrional. Sin embargo, no hemos visto muchas de estas dos plagas, miradas, con razón, como una maldición en todo país en que abundan. Es cierto que hallamos un corto número de ellas en casi todos los sitios donde bajamos a tierra; pero nos causaron tan poca incomodidad, que no hicimos uso de las precauciones que habíamos imaginado para poner nuestras caras al abrigo de sus picaduras.

Si los animales son raros en esta tierra, en cambio se hallan con abundancia en el mar; todas las pequeñas ensenadas hormiguean de pescados muy sanos y de un gusto tan agradable como los de Europa. En todas partes donde fondeó el navío y en todos los sitios por donde nos hacía pasar un ligero viento, sobre todo al S., pudimos, con la caña y el anzuelo, pescar lo suficiente para proveer y sostenerse toda la tripulación. Cuando anclábamos, nos proporcionaba la caña una abundante provisión cerca de las rocas, y con la red sacábamos todavía más; de modo que dos veces que fondeamos en el Estrecho de Cook, cada individuo del navío que no fuese perezoso o imprevisor, pudo salar pescado bastante para comer algunas semanas después de hacernos al mar. La diversidad de los pescados era igual a su abundancia; teníamos congrio de muchas especies, y entre ellas una que era exactamente la misma que el de Inglaterra. Estos pescados se hallan en numerosas tropas en los escollos o bajíos, donde los pescan los naturales, que nos vendieron muchísimos a muy bajo precio. Hay también pescados de muchas especies que jamás habíamos visto; pero los marineros al punto dieron nombres a todos; de modo que hablábamos aquí tan familiarmente de las rayas, sargos, sollos, merluzas y de otros muchos como si nos hallásemos en Inglaterra; y aunque no sean de la misma familia, es necesa-

rio convenir en que no son indignos del nombre que se les ha dado.

El manjar más delicado que nos proporcionó el mar en este lugar fué una especie de cabrajo o cangrejo grande, probablemente el mismo que, según el viaje de lord Anson, se halló en la Isla de Juan Fernández, con la diferencia de que es menor, sin ser pequeño. Este cangrejo difiere del de Inglaterra en muchas cosas; esto es, tiene mayor número de espinas sobre el lomo, y es encarnado aun cuando esté recién sacado del agua. Nosotros compramos gran cantidad a los naturales que habitan al N., los cuales los pescan sumergiéndose en el agua cerca de la costa y desprendiéndolos con los pies del fondo a que están pegados. También tuvimos un pescado que Frezier, en su viaje al continente español de la América meridional, ha descrito bajo el nombre de elefante, pejegallo o pez-gallo, del cual comimos con gusto su carne, aunque no es muy delicada. También hemos encontrado muchas especies de rayas, que son todavía menos delicadas que el elefante; pero en compensación también hemos tenido diversas especies de perros de mar, moteados de blanco, que tienen un sabor exactamente semejante al de nuestras mejores rayas, pero mucho más agradable; en fin, tuvimos un pescado chato, que se parece a los lenguados, carrillos o carrelets, anguilas, congrios de diferentes especies, y otros muchos, que los navegantes que visiten en lo sucesivo esta costa no dejarán de hallar en ella, y además otros muchos mariscos de concha, y en particular ostras, pechinas, etc.

Arboles, plantas.

Los árboles ocupan el primer rango entre las producciones vegetales de este país; se hallan en él bosques de una vasta extensión llenos de madera la más derecha y a propósito para carpintería; todos los árboles son los más hermosos, rectos y gruesos que hemos

visto jamás; el grueso, el grano y la dureza aparente de estas maderas las hacen muy a propósito para toda especie de construcción, sea naval o terrestre, y aun para toda obra, si se exceptúan los mástiles, como ya he dejado indicado, por ser muy duros y pesados. Se encuentra en este país un árbol, en particular, que cuando estuvimos en la costa se distinguía por una flor de color de escarlata, que parecía ser un conjunto de muchas fibras; es del grueso de una encina, poco más o menos; la madera es sumamente dura y pesada y excelente para toda obra de molino; se halla también otra clase de árbol, muy alto y derecho, que crece en las lagunas; es bastante grueso para hacer de él mástiles de navío por grandes que sean, y si se puede juzgar por el grano, parece muy sólido. Ya dije más arriba que nuestro carpintero pensaba que este árbol se parecía al pino; pero es probable que pueda hacerse más ligera entallándola, y entonces se harían de ella los más hermosos mástiles del mundo; tiene una hoja semejante a la del tejo, y lleva unas bayas en pequeños manojitos o ramilletes.

La mayor parte del país se halla alfombrada de verde, y aunque no se encuentra una gran variedad de plantas, nuestros naturalistas quedaron muy satisfechos de la cantidad de especies nuevas que descubrieron de entre cerca de cuatrocientas que han sido descritas hasta ahora por los botánicos, o que hemos visto, por otra parte, durante el curso de este viaje, con excepción de cinco o seis especies que se habían recogido en Tierra del Fuego. No hemos hallado más que el cardo, el moral de las Indias y una o dos especies de gramas lo mismo que las de Inglaterra, dos o tres especies de helecho semejantes al de las islas de América, y corto número de plantas que se hallan en casi todas las partes del mundo.

En este país tampoco se hallan muchos vegetales que puedan comerse; pero nuestra tripulación, después

de haber estado tanto tiempo en el mar, comió con tanto placer como provecho el apio silvestre y una especie de berro que crece en gran abundancia en toda la costa. También encontramos una o dos veces una planta semejante a la que los labradores y gente del campo llaman en Inglaterra *Lamb's quarter's* o *fathen* (cuarto de cordero o gallina gorda), que hicimos hervir en vez de legumbres (1). Tuvimos también la fortuna de hallar un día una palma de palmitos, que nos proporcionó una deliciosa comida. Entre las producciones vegetales que parecen crecer sin cultivo en este país no hemos visto otras que las expresadas que puedan comerse, si se exceptúa la raíz del helecho y una planta enteramente desconocida en Europa, de la que comen los isleños, y que encontramos de un sabor muy desagradable. Entre las plantas cultivadas sólo hemos hallado tres que puedan comerse, a saber: las batatas dulces, las patatas y los cocos. Hay plantíos de muchos acres de las dos primeras, y creo que un navío que se hallase en este lugar por otoño en tiempo de recolección podría comprar cuanta cantidad quisiese de batatas y patatas, por grande que pudiere ser la que se necesitara.

Los naturales del país cultivan también calabazas, y con su fruto, esto es, con la misma calabaza, hacen vasijas que les sirven para diversos usos. También hemos hallado allí el moral de papel chino, igual al de que los isleños del mar del S. fabrican sus telas; pero es tan raro, que aunque los habitantes de Nueva Zelandia las hagan también, no tienen más que lo suficiente para servirles de adorno, como pendientes, en los agujeros que se abren en las orejas, según he indicado ya.

Entre todos los árboles, arbustos y plantas de este país no hay ninguno que lleve fruto, a menos de que se quiera dar este nombre a una baya que ni tiene dul-

(1) Especie afín a los bledos.

zura ni sabor y que sólo los muchachos se tomaban el trabajo de coger. Se encuentra una planta de la que se sirven los naturales en lugar de cáñamo o de lino, y que es superior a todas las que se emplean en otros países para los mismos usos; hay dos especies de esta planta; pero las hojas de ambas se parecen a las del gladiolo o espadilla, aunque las flores son más pequeñas y los granos o semilla más numerosos; en la una son amarillas, y en la otra, de un rojo obscuro. El vestido ordinario se compone de hojas de estas plantas sin mucha preparación; también fabrican sus cordones, hilos para sus cañas, cordajes, etc., que son mucho más fuertes que todos los que se hacen de cáñamo y a los cuales no pueden compararse. De la misma planta, preparada de diverso modo, sacan largas fibras delgadas, brillantes como la seda y tan blancas como la nieve, con las cuales manufacturan sus más bellas telas, muy fuertes, porque las tales fibras tienen una prodigiosa tenacidad. Sus redes, de las cuales algunas, como he dicho antes, son de una extensión enorme, se fabrican con estas hojas, pues todo el trabajo consiste en cortarlas en tiras de una anchura regular, que se van anudando unas a otras (1).

Una planta que puede emplearse tan ventajosamente en tantos usos útiles sería una adquisición importante para Inglaterra, en donde, según las apariencias, crecería y prosperaría sin costar mucho trabajo, porque parece muy vivaz y no necesita un suelo o terreno especial. Se la encuentra igualmente en las colinas que en los valles, ya en el terreno seco, ya en las lagunas más profundas; sin embargo, parece que prefiere los sitios pantanosos; porque hemos observado que en

---

(1) Esta planta es el llamado lino de Nueva Zelandia, o *Phormium tenax*. Véase el segundo viaje de J. Cook, *Viaje hacia el Polo Sur y alrededor del mundo*, en la colección de *Viajes clásicos* editada por Calpe.

ellos se cría más lozana y pomposa esta planta que en cualquier otra parte.

Ya he dicho que vimos una gran abundancia de arena ferruginosa en la Bahía de Mercurio, y que por consecuencia debía hallarse, infaliblemente, a poca distancia de allí alguna mina de hierro. En cuanto a los demás metales, no tenemos bastante conocimiento del país para formar conjeturas sobre la materia.

Si la Gran Bretaña pensase alguna vez en establecer una colonia en este país, el sitio mejor que podría escoger para ello serían las orillas del Támesis o el lugar que circunda la Bahía de las Islas. En uno u otro sitio se tendría la ventaja de una buena ensenada, y por medio del río sería fácil extenderse y establecer una comunicación con el interior del país. La hermosa madera que abunda en este paraje suministraría con poco gasto y trabajo embarcaciones muy a propósito para tal navegación. No puedo determinar exactamente qué profundidad es la del agua con que podría contar un buque que navegase por este río, aun en la parte que yo he recorrido con la chalupa, porque esto depende de la profundidad que haya en la barra, embocadura o bajíos situados en la parte más estrecha del río, que jamás tuve ocasión de examinar; pero pienso que una embarcación que no desplazase más de doce pies de agua sería muy conveniente para esta navegación.

Los habitantes.

Cuando llegué por primera vez a la costa de este país imaginamos que la población era mucho más considerable que lo que después hemos visto. El humo que percibimos a gran distancia de la costa nos hizo pensar que el interior estaba poblado, y quizá no nos engañábamos con respecto al país situado detrás de Bahía Pobreza (Poverty Bay) y en la Bahía de la Abundancia (Bay of Plenty), en la que los habitantes nos han parecido ser más numerosos que en las otras zonas;

pero tenemos motivo para creer que en general esta gran isla no se halla habitada más que en la costa, donde no encontramos sino algunos pocos isleños, y que toda la costa occidental desde el Cabo María Van Diemen está enteramente desierta; de modo que, todo bien considerado, el número de los habitantes de Nueva Zelandia no guarda proporción con la extensión del país.

CAPÍTULO IX

Descripción de los habitantes de Nueva Zelandia. — Viviendas. Vestidos, adorno. — Alimentos, cocina y modo de vivir.

La estatura de los habitantes de Nueva Zelandia es comparable en general a la de los europeos más altos; tienen los miembros fuertes, carnosos y bien proporcionados; pero no están tan gruesos como los indolentes y sensuales isleños del mar del S. Son extraordinariamente activos y vigorosos, descubriéndose en todo cuanto hacen una habilidad y destreza de mano poco comunes. He visto quince pagayas trabajando (esto es, remando) a un lado de una canoa con una velocidad increíble, y, sin embargo, los remeros guardaban el compás en sus movimientos cual si todos los brazos estuviesen animados por un alma sola. Su tez, en general, es morena; pero hay pocos que la tengan más obscura que la de un español tostado por el sol, y la de la mayor parte es mucho más blanca. En las mujeres no se advierte la finura de miembros inherente a su sexo; pero su voz es de una notable dulzura, y por ella se las distingue principalmente, pues el vestido de los dos sexos es igual; sin embargo, tienen, como las mujeres de los demás países, más vivacidad y alegría y más expresión en el rostro que los hombres. Los zelandeses tienen cabellos y barba negros; sus dientes son muy iguales y tan blancos como el marfil; gozan de una salud excelente, y hemos visto muchos que nos parecieron de edad bastante avanzada. Las facciones de

ambos sexos son bastante bellas; hombres y mujeres parecen ser de carácter muy afable, y se tratan unos a otros del modo más tierno y afectuoso; pero son implacables para con sus enemigos, a los cuales, como he dicho en otra parte, no dan cuartel. Quizá parezca extraño que haya guerras frecuentes en un país en que tan pocas ventajas proporciona conseguir la victoria, y que cada distrito de una tierra habitada por gentes tan pacíficas y tan suaves sea enemigo de todos los que le rodean. Pero es posible que entre estos isleños los vencedores saquen de sus victorias más ventajas de las que pudiera creerse a primera vista, y que se dejen llevar a la lucha por motivos que la adhesión o la amistad no lleguen a evitar. Por lo que hemos dicho de ellos, parece que su principal alimento es el pescado, que no pueden proporcionarse más que en la costa, la cual no les suministra cantidad suficiente sino en cierto tiempo. Las tribus que viven en el interior, si hay algunas, y aun las que habitan la costa, deben, pues, hallarse con frecuencia expuestas a morir de hambre, pues su país no produce carneros, cabras, cerdos ni ganado alguno; no tienen tampoco aves domésticas, ni conocen el arte de cazar las silvestres en bastante número para subvenir a su alimento. Si los vecinos les impiden coger pescado, que suple a todos los demás alimentos animales, no cuentan para su subsistencia, si se exceptúan los perros, más que con los vegetales que hemos descrito, siendo los principales la raíz del helecho, los yames y batatas; de modo que si estos recursos llegan a faltarles, el hambre y la miseria deben ser horrorosas. Entre los habitantes de la costa deben de hallarse muchas tribus en esta desgracia o escasez con bastante frecuencia, ya porque sus plantíos no hayan producido la cosecha necesaria, ya porque no tengan bastantes provisiones secas para la estación en que el pescado escasea. Estas reflexiones nos permiten explicar el peligro continuo en que parecen vivir todos los pue-

blos de este país y el cuidado que se toman en fortificar sus aldeas; y aun podrían tales consideraciones también dar razón de la horrible costumbre de comerse a los hombres que mueren peleando en el campo o de otro modo violento; porque la necesidad de aquel a quien el hambre impele al combate domina todo sentimiento de humanidad que pudiera impedirle gozarse en devorar el cuerpo de su adversario. Sin embargo, es necesario observar que, si esta explicación del origen de una costumbre tan bárbara es verdadera, los males que acarrea acaban con la necesidad que la produjo. Luego que el hambre hubo introducido esta costumbre en esta costa, propagóse necesariamente a la otra, por razón de venganza. Cualquiera que sea el modo de pensar de ciertos hombres especulativos y filósofos que afirman ser cosa indiferente comerse o enterrar el cuerpo de un enemigo, como el cubrir o dejar desnudas la garganta y muslos de una mujer, y que sólo una preocupación nos hace temblar de horror en el primer caso y sonrojarnos en el segundo cuando se infringe la costumbre que entre nosotros se observa, poniendo a un lado este punto de controversia, puede afirmarse con verdad que el hábito de comer la carne humana es de muy perniciosas consecuencias para nosotros, pues tiende manifiestamente a conculcar un principio que constituye la base de la seguridad humana, y que detiene con más frecuencia la mano del asesino que el sentimiento del deber o el temor del cadalso.

La muerte debe perder mucho de su horror entre los que están acostumbrados a comer cadáveres, y el hombre a quien no contenga este horror natural no sentirá gran repugnancia de hacerse asesino. Es más fácil infringir o pasar por encima de la ley del deber y del terror al castigo que por los sentimientos naturales o los debidos a las preocupaciones de la infancia, que se han arraigado por el hábito de observarlas. El horror

que experimenta un asesino depende menos del homicidio en sí mismo que de sus efectos naturales, y se debilita a medida que se familiariza con estos efectos. Según nuestras leyes y nuestra religión, el asesinato y el robo son castigados con el mismo suplicio en este mundo y en el otro; mas, entre los que cometen un robo deliberado, pocos habría que quisiesen hacerse culpables de un homicidio premeditado, aunque ello hubiera de reportarles mayores ventajas que las que se prometieran con el primer delito. Existen además las más fuertes razones para creer que unos hombres acostumbrados a comer carne humana podrían despedazar un cadáver con tan poca repugnancia o escrúpulo como el que experimentan nuestros cocineros despedazando un conejo muerto; que no les costaría más trabajo cometer un asesinato que un robo, y que, por consiguiente, privarían a un hombre de la vida con el mismo remordimiento que sentirían al arrebatarle su propiedad; así, los hombres puestos en estas circunstancias se harían asesinos por unos intereses tanto o más ligeros como los que inducen a robar. Si alguno duda de la exactitud y verdad de este razonamiento, que se pregunte a sí mismo si no se creería más seguro junto a un hombre que siente un grande horror a la destrucción de sus semejantes, ya por consecuencia del instinto natural, que no se ha anulado en él, ya por las preocupaciones que adquiriera en edad temprana, y cuya energía iguala casi a la de las naturales inclinaciones, que con otro que, tentado de asesinarle, sólo se detuviera por consideraciones de interés; porque pueden reducirse a miras de interés todos los motivos de simple deber, pues que se determinan todos por la esperanza de un bien o el temor de un mal.

Sin embargo, la situación y las circunstancias en que se hallan estos pueblos miserables, así como su carácter, servirían perfectamente a los que quisiesen establecer una colonia entre ellos. Necesitan socorros por

su situación, su carácter los hace susceptibles a la amistad, y, sea lo que quiera lo que pueda decirse en favor de la vida salvaje de aquellos que gozan de los dones de la Naturaleza en una voluptuosidad ociosa, la civilización sería ciertamente una felicidad para aquellos a quienes la Naturaleza ingrata apenas suministra lo necesario, y se ven obligados casi a destruírse mutuamente para no perecer de hambre.

Habituados estos pueblos a la guerra, cualquiera que sea la causa de ella, y teniendo por costumbre a todos los extranjeros como enemigos, estaban siempre dispuestos a atacarnos cuando no advertían nuestra superioridad sobre ellos; mas no conocían otra que la del número, y siempre que veían que esta ventaja se hallaba de su parte, no dudaban de que todas las pruebas que les dábamos de amistad eran artificios que el temor y la maldad nos inducían a emplear para inclinarlos a respetar nuestra existencia. Pero una vez convencidos de nuestra fuerza, después de habernos obligado a servirnos de nuestras armas de fuego, aunque cargadas solamente con perdigones, y cuando reconocieron nuestra clemencia y vieron que no hacíamos uso de estos elementos tan terribles sino para defendernos, mostráronse de repente amigos nuestros, depositando en nosotros una confianza sin límites, e hicieron cuanto pudiera obligarnos a corresponderles del mismo modo. Es además muy notable que, una vez establecido comercio de amistad con nosotros, rara vez tuvimos que reconvenirlos por una mala acción contra él, si bien es verdad que mientras nos habían mirado como enemigos que veníamos a la costa a sacar ventaja de ella habían empleado contra nosotros todo género de medios sin escrúpulo alguno; por esto, sin duda, cuando traficaban, habiendo recibido el precio de una cosa cuyo cambio nos ofrecieran, retenían en su poder tranquilamente la mercancía y el valor que habíamos dado por ella, bien persuadidos de que al robar a unos hombres

que no tenían otro designio que el de robarles a ellos obraban según razón y justicia.

Ya he observado antes que los isleños de los mares del S. no tenían idea del decoro en relación con las cosas ni con las acciones; pero no era así entre los habitantes de Nueva Zelandia, pues hemos advertido en su trato mutuo y en sus maneras tanta reserva, decencia y modestia con respecto a unas acciones que, sin embargo, no consideran criminales, como se encuentra entre los pueblos más civilizados de Europa. Las mujeres no eran inabordables; pero el modo como sucumbían era tan decente cual es entre nosotros el de una mujer que cede a los deseos de su esposo; y dentro de sus ideas, el trato entrañaba la misma inocencia. Cuando alguno de nosotros solicitaba a una joven, dábasele a entender que precisaba el consentimiento de los suyos, y bastaba en general un presente adecuado para que viera cumplidos sus deseos; pero una vez cumplidos estos preliminares, era también necesario que tratara a la esposa durante una noche con la misma delicadeza que entre nosotros se emplea, y el galán que se jactara de haberse permitido licencias que hollaran esa delicadeza, podía estar seguro de verse rechazado.

Uno de nuestros caballeros, que habíase dirigido a una familia de la mejor calidad, recibió una contestación que, traducida a nuestro lenguaje, en espíritu y en forma, decía lo que sigue: «Cualquiera de estas muchachas se sentirá honrada por su solicitud; pero tiene usted primero que hacerme un regalo proporcionado, y es preciso que venga y duerma con nosotros en tierra, porque la luz del día debe ser testigo de lo que pase entre ustedes.»

He observado antes que estos isleños no son tan limpios en sus personas como los taitianos, porque como no viven en un clima tan cálido, no se bañan tan frecuentemente; pero el aceite con que se untan los

cabellos, como aquellos isleños, es lo más desagradable que tienen. Este aceite es una grasa derretida de pescado o de ave; pero los indios más distinguidos la emplean fresca; los de clase inferior se sirven de la rancia, lo que les hace tan desagradables al olfato como los hotentotes. Sus cabezas no carecen de piojos; pero también hemos observado que conocían el uso de los peines de hueso y de madera. Algunas veces llevan estos peines prendidos en la cabeza, como un adorno, moda que reina en el día entre las señoras de Inglaterra. Los hombres tienen corta la barba ordinariamente, y los cabellos atados sobre la cabeza, formando un moño, en el que ponen plumas de aves de diversos modos y según su capricho. Los hay que las hacen sobresalir a cada lado de las mejillas, lo que presentaba a nuestros ojos su figura sumamente deforme. Algunas de las mujeres llevan el cabello corto, y otras lo dejan ondear sobre sus espaldas.

Los cuerpos de ambos sexos se hallan salpicados de manchas negras llamadas *amoco;* para esto emplean el mismo método que en Taiti, llamado *tatowp;* pero los hombres tienen mayor número de estas manchas que las mujeres; éstas no se pintan en general parte alguna de su cuerpo, a excepción de los labios; sin embargo, algunas tenían en ciertas partes del cuerpo pequeñas manchas negras. Los hombres, por el contrario, parece que aumentan algo todos los años a este caprichoso adorno, de modo que muchos de entre ellos, que parecían de edad muy avanzada, estaban cubiertos de estas manchas casi desde la cabeza a los pies. Además del *amoco* llevan otras señales rarísimas, que imprimen en su cuerpo por un método que nos es desconocido; estas señales son ciertos surcos de cerca de una línea de profundidad y de igual anchura, como se nota en un árbol de un año cuando se le hace una incisión; las orillas de estos surcos son dentadas; siguiendo siempre el nuevo método y haciéndose completamente negros,

presentan un aspecto horrible. La cara de los ancianos está casi enteramente cubierta de estas señales; los jóvenes no se ennegrecen más que los labios, como las mujeres; pero tienen comúnmente una mancha negra en el carrillo y sobre un ojo, procediendo así por grados hasta que llegan a viejos, y estas manchas los hacen más respetables. A pesar de que nos disgustaba la horrible deformidad que estas manchas y surcos imprimen en el rostro del hombre, imagen de la Divinidad, no podíamos menos de admirar el arte y destreza con que las imprimen en la piel. Las señales del rostro, ordinariamente son espirales y trazadas con mucha precisión y aun elegancia, correspondiendo exactamente las de un lado con las del otro. Las señales del cuerpo se parecen un poco al follaje de los adornos antiguos ejecutados a cincel y a las circunvoluciones o círculos concéntricos de las obras afiligranadas; pero se descubre en estas señales o marcas tal fecundidad de imaginación, que de cien hombres que a primera vista nos parecía que llevaban exactamente las mismas figuras, no encontrábamos dos en los que fuesen semejantes, examinadas de cerca. Observamos que la cantidad y la forma de estas rayas eran diferentes en las diversas partes de la costa; y así como los taitianos las llevan principalmente en las nalgas, en Nueva Zelandia ocurre lo contrario, es decir, que era ésta la única parte del cuerpo donde no las había, o, en general, la que estaba menos marcada. (Véase la lámina I.)

Estos pueblos no solamente taracean su piel, sino que también se valen de la pintura, pues que, como he dicho más arriba, se pintan todo el cuerpo con almazarrón u ocre rojo; otros lo frotan con esta materia, seca; otros lo aplican en anchas fajas, mezclado con aceite que siempre permanece fresco; así, que no es posible tocarlos sin sacar manchas de pintura; de suerte que las expansiones de aquellos de los nuestros que cometieron el delito de robar un beso a alguno de aquellos

pimpollos hallábanse escritas en sus rostros en caracteres perfectamente legibles.

El vestido de los habitantes de Nueva Zelandia es el más caprichoso y tosco que puede ofrecerse al primer golpe de vista de un extranjero, pues se compone de las hojas de una especie de gladiolo o espadilla (1), descrito ya entre las producciones vegetales de este país. Cortan estas hojas en tres o cuatro bandas o tiras cuando están secas, y las entrelazan unas con otras, formando una especie de tela que es intermedia entre la malla y el paño; las puntas de las hojas, que tienen ocho o nueve pulgadas, sobresalen y se retuercen en la tela formando una especie de ruedo o peludo; para un vestido completo son necesarias dos piezas de esta tela, si puede dársele este nombre; la una se ata sobre la espalda con un cordón, y cuelga hasta las rodillas; al cabo de este cordón atan una aguja de hueso que pasa fácilmente por las dos partes de este vestido de encima y las junta; la otra pieza esta rodeada a la cintura y cuelga hasta el suelo. Sin embargo, los hombres no llevan esta parte inferior sino en ciertas ocasiones excepcionales; pero tienen un ceñidor, del cual pende una cuerdecita destinada a diversos usos. Los isleños del Mar del Sur se remangan el prepucio para impedir que cubra el glande; pero éstos, por el contrario, estiran el prepucio sobre el glande, y para evitar que se retraiga por alguna contracción, atan aquél con el cordón que cuelga de su ceñidor. El glande parecía ser en realidad la única parte de su cuerpo que querían ocultar, porque con frecuencia se despojaban de todo con la mayor indiferencia, menos del ceñidor y de la cuerda, y mostraban la mayor confusión cuando, para satisfacer nuestra curiosidad, se les pedía que se desatasen el cordón, a lo cual nunca accedían sino con la

(1) El *Phormium*, o lino de Nueva Zelandia. (Véase la nota de la página 176.)

mayor repugnancia y vergüenza. Cuando no tienen más vestido que el de encima y se sientan en el suelo se parecen a una casa cubierta de paja; aunque ésta cubierta sea desagradable, está, sin embargo, bien adaptada al modo de vivir de unos hombres que muchas veces duermen al aire libre, sin tener otra cosa con que ponerse al abrigo de la lluvia.

Además de esta especie de tela grosera de que acabamos de hablar tienen otras dos con la superficie lisa, y se fabrican con mucho arte, siendo semejantes a las que se usan por los habitantes de la América meridional, y de las que compramos algunas piezas en Río de Janeiro. Una de éstas es más tosca, pero diez veces más resistente que nuestras peores harpilleras; para manufacturarla ordenan sus hilos del mismo modo que nosotros, poco más o menos. La segunda se hace extendiendo muchos hilos, muy cerca unos de otros, en la misma dirección, lo que compone la cadena o urdimbre, como la llaman los tejedores, y cruzando por medio otros hilos que sirven de trama. Estos hilos se hallan separados unos de otros cerca de media pulgada y se parece algo el tejido a los trozos de estera de caña que se ponen a veces bajo los platos en la mesa. Esta tela es mucha veces rayada, y siempre de una vista bastante agradable, porque se la fabrica con las fibras de la misma planta y la preparan de manera que brilla como la seda. Los isleños la manufacturan en una especie de bastidor del tamaño de la tela, que tiene ordinariamente cinco pies de largo y cuatro de ancho; los hilos de la urdimbre se atan a los extremos del bastidor, y la trama o entretejido se va haciendo con la mano, lo que debe de ser un trabajo bastante fastidioso.

En los extremos de estas dos especies de telas hacen los isleños sus bordaduras o franjas de diversos colores, como las de nuestros tapices; estos bordados se trazan por varios modelos, y se trabajan con una limpieza y elegancia que deben sorprender a quien las

considere con atención, y mucho más careciendo, como carecen, de agujas a propósito para hacer primores. El vestido en que ellos tienen más vanidad es el forrado de piel de perro, cuya piel emplean con tanta economía que la cortan en tiras, que cosen unas a otras sobre el vestido, guardando alguna distancia; lo que prueba que los perros no abundan mucho en el país. Estas tiras son también de diversos colores y están dispuestas de manera que producen a la vista un vistoso efecto. Hemos visto, aunque raras veces, algunos vestidos adornados de plumas en vez de las tiras de piel de perro, y también hemos visto uno que se hallaba enteramente cubierto de plumas encarnadas de papagayo.

Ya he descrito el vestido del hombre muerto la primera vez que fuimos a tierra en la Bahía de la Pobreza; pero durante nuestra estancia en el país sólo vimos otro semejante, y fué en la Sonda de la Reina Carlota.

Las mujeres, contra la costumbre general de su sexo, parece que fijan menos su atención en el vestido que los hombres; llevan ordinariamente cortados los cabellos, como lo he indicado antes; pero cuando los dejan crecer jamás los atan en lo alto de la cabeza, ni prenden tampoco en ellos plumas como adorno; sus vestidos son de la misma materia y tienen la misma forma que los del otro sexo; sin embargo, el vestido, o sea el faldellín de debajo, les envuelve siempre el cuerpo, menos cuando entran en el agua para coger cangrejos de mar, pues entonces se lo quitan; mas ponen buen cuidado en que no las vean los hombres. Habiendo desembarcado un día en una isla de la Bahía de Tolaga, sorprendimos a muchas en esta ocupación. La casta Diana y sus ninfas no pudieron haber dado tantas pruebas de confusión y de dolor a la vista de Acteón que las que estas mujeres dieron a nuestra aproximación: unas se escondieron entre las rocas y otras se zambulleron en el mar hasta que se hicieron un ceñidor del que pendía otra especie de tela de hierbas marinas;

que por fortuna encontraron allí, con que se cubrieron; y cuando salieron notamos que aun con este velo su modestia padecía mucho en nuestra presencia. Ya he hablado antes del ceñidor y del paño o faldellín que comúnmente usan, y así, excuso repetirlo.

Los dos sexos se abren las orejas y agrandan sus agujeros de modo que pueda hacerse entrar por ellos cuando menos un dedo; de estos agujeros se cuelgan varios adornos de diversa especie: telas, plumas, huesos grandes de aves, y algunas veces un pedacito de madera. Ordinariamente se colgaban también los clavos que les dábamos, y todas las demás cosas que podían llevar en forma de pendientes. Varias mujeres se ponían también el plumón del ave llamada albatros, tan blanco como la nieve, y que levantado por delante y por detrás del agujero en forma de moño, casi tan grueso como un puño, presenta un golpe de vista muy singular y que, aunque extraño, nada tiene de desagradable. Además de los adornos que hacen entrar en los agujeros de las orejas se cuelgan asimismo otros muchos con cordones, como son tijeras o agujas de talco verde, que estiman sobremanera, los dientes de sus parientes muertos, dientes de perro, y cuantas cosas pueden proporcionarse y que miran como de algún valor. Las mujeres llevan también brazaletes y collares compuestos de huesos de aves, conchas u otras substancias, que engarzan en forma de rosario. Los hombres cuelgan algunas veces de un cordón que rodea su cuello un trozo de talco verde o de hueso de ballena, que tiene casi la figura de una lengua, sobre el cual se ve esculpida, aunque groseramente, la figura de un hombre, adorno que los isleños estiman en mucho. Hemos visto un zelandés que tenía agujereado el cartílago que separa las fosas nasales, y al que llaman los anatómicos *septum nasi;* había hecho pasar por el agujero una pluma, que salía, atravesando las narices, por cada lado sobre las mejillas, y probablemente habría adoptado

esta singularidad caprichosa y ridícula como un gran adorno; pero entre todos los isleños que en aquel país hemos visto no hemos hallado ninguno que llevase otro igual, ni aun hemos notado tampoco en sus narices el agujero que pudiera servir a semejante objeto.

Viviendas.

Las habitaciones de aquellos isleños son la más primitiva y torpe de todas sus obras, si se exceptúa su extensión; apenas igualan a las perreras que para encerrar a los perros se usan en Inglaterra; rara vez tienen más de diez y ocho a veinte pies de largo, ocho o diez de ancho y cinco o seis de alto desde la viga que se prolonga de una extremidad a otra, y que forma la cumbre, hasta tierra. La armazón es de madera, y ordinariamente de estacas delgadas; los lados o paredes y el techo se componen de hierbas secas y de heno, y es necesario confesar que el conjunto del edificio no carece de solidez. Hay también algunas casas guarnecidas por dentro con cortezas de árboles; de modo que en tiempo frío deben proporcionar un buen abrigo. El techo está inclinado como el de nuestras casas de campo; la puerta, situada en uno de los extremos, sólo tiene la altura suficiente para admitir a un hombre, que ha de arrastrarse para entrar. Cerca de la puerta hay un agujero cuadrado que sirve de ventana y chimenea a un tiempo, porque el hogar se halla hacia esa extremidad, casi al medio de la habitación y entre las dos paredes; en alguna parte visible, y ordinariamente cerca de la puerta, atan una tabla cubierta de tallas ejecutadas a su modo; esta tabla tiene para ellos tanto precio como para nosotros puede tener un cuadro; las paredes y el techo se prolongan también cerca de dos pies hacia fuera de cada extremidad, de modo que forman una especie de pórtico, en el que hay bancos para el uso de la familia. La parte del terreno destinada para hogar está encerrada en un especie de agujero

cuadrado hondo, rodeado de pequeños tabiques de madera o de piedra, en medio de los cuales se enciende el fuego. A lo largo de las paredes, en lo interior de la habitación, extienden un poco de paja, sobre la que duerme la familia.

Enseres.

Sus muebles y utensilios son tan escasos, que pueden contenerse, y se contienen ordinariamente, en una especie de caja o arca, exceptuándose las cestas de las provisiones, las calabazas en que conservan el agua dulce y los mazos con que machacan sus raíces de helecho, que se colocan fuera de la puerta. Algunos instrumentos groseros, sus vestidos, sus armas y las plumas que ponen en sus cabellos componen el resto de sus tesoros. Los que son de clase distinguida y cuya familia es numerosa, tienen tres o cuatro casas encerradas en un recinto o patio, y los tabiques, hechos con estacas y heno, tienen de diez a doce pies de altura.

Cuando estuvimos en tierra en el cantón o distrito llamado Tolaga vimos las ruinas, o más bien la armazón, de una casa inacabada, mucho mayor que ninguna de las que habíamos encontrado hasta entonces; tenía treinta pies de longitud, quince de anchura y doce de altura; las paredes estaban adornadas de muchas tablas esculpidas y bien trabajadas; pero no pudimos saber a qué uso se destinara esta casa cuando se empezara a fabricar y por qué no se había concluído.

A pesar de que estas gentes están bastante bien defendidas de las inclemencias del tiempo en sus habitaciones, cuando hacen sus excursiones para buscar raíces de helecho o pescar parecen indiferentes acerca de todo refugio; lo que únicamente hacen algunas veces es un resguardo contra el viento; otras ni siquiera toman esta precaución: se acuestan y duermen bajo los matorrales y malezas con sus mujeres y sus hijos, colocando sus armas en su rededor, como he dicho antes. La cua-

drilla de cuarenta o cincuenta isleños que vimos en la Bahía de Mercurio, en un distrito que los naturales llaman Opoorage, no construyó jamás el menor abrigo mientras nosotros permanecimos allí, aunque la lluvia cayó muchas veces por espacio de veinticuatro horas sin dejarlo.

Alimentos.

Ya hemos hecho la enumeración de lo que compone sus alimentos. La raíz de helecho es el principal; les sirve de pan, crece sobre las colinas, y es, poco más o menos, la misma que producen los distritos elevados de Inglaterra, y que en inglés se llama indiferentemente *Fer Brucken* o *Brakes*. Las aves que comen los días de fiesta consisten sobre todo en pingüinos, albatros y en un corto número de otras especies de que se ha hecho mérito en el curso de esta relación.

Culinaria.

No tienen vasija en que puedan calentar y hervir agua, ni otro modo de preparar los alimentos que cocerlos en una especie de horno, o asarlos. Construyen hornos semejantes a los de los insulares de los mares del S., y nada tenemos que añadir a la descripción que ya se ha hecho de su modo de asar los alimentos, sino que el largo asador al cual prenden la carne se sitúa oblicuamente hacia el fuego; para esto apoyan la extremidad del asador contra una piedra y le sostienen casi al medio contra otra; según acercan más o menos la extremidad de esta segunda piedra, aumentan o disminuyen a voluntad la oblicuidad del asador.

Ya he observado en otra parte que al norte de Nueva Zelandia hay plantíos de batatas, yames y cocos; pero no los hemos visto hacia el sur; los habitantes de esta parte deben vivir únicamente de pescado y de raíces de helecho, si se exceptúan los recursos accidentales y raros que pueden hallar en las aves del mar y en

los perros. Es cierto que no pueden proporcionarse helecho y pescado en todas las estaciones del año, porque hemos visto provisiones secas de estas dos clases, amontonadas, y algunos de los isleños manifestaron gran resistencia a desprenderse de ellas, particularmente del pescado, cuando quisimos comprarlo para embarcarlo. Esta circunstancia pareció confirmar mi modo de pensar, de que el país apenas produce para la subsistencia de sus habitantes, y que, por consiguiente, el hambre es la causa de perpetua hostilidad y la que excita, naturalmente, a comer los cadáveres de aquellos que mueren en los combates.

Tampoco hemos observado que tengan otra bebida que el agua; si realmente no consumen licores embriagantes, son en este punto más felices que todos los demás pueblos que hasta entonces habíamos visto o de quienes hemos oído hablar.

Como la intemperancia y la inactividad son quizá el único origen de las enfermedades críticas y crónicas, no parecerá extraño que estos pueblos gocen constantemente de una perfecta salud. Siempre que hemos ido a sus lugares, los niños, muchachos y ancianos, los hombres y las mujeres, se reunían en derredor de nosotros movidos de la misma curiosidad que nos inducía a mirarlos; pero jamás hemos encontrado uno solo que pareciese afectado de alguna enfermedad; y entre los que hemos visto enteramente desnudos no hemos notado la más ligera erupción sobre la piel, ni vestigio alguno de pústulas ni de otra especie de semejantes enfermedades. Cuando vinieron a nosotros en sus primeras visitas y observamos sobre diferentes partes de sus cuerpos pintas blancas, hallamos que estas provenían de la espuma del mar que en la travesía los había mojado, y que habiéndose secado después había dejado sobre la piel unas sales en forma de polvo blanco muy tenue, que nosotros a primera vista hubimos de considerar como manifestaciones de lepra o escorbuto.

Hemos hecho mención más arriba de otra prueba de la salud de estos pueblos, al hablar de la facilidad con que se curan y cicatrizan las heridas muy recientes. Cuando examinamos al hombre que recibiera el balazo en la parte carnosa del brazo se hallaba su herida en tan buen estado y tan próxima a curarse, que si yo no hubiese estado seguro de que nada se había hecho para ello, habría tomado, en beneficio de la Humanidad, cuantas informaciones hubiera podido sobre las plantas vulnerarias y métodos quirúrgicos que se emplean en el país.

Lo que prueba todavía más que los habitantes del país están exentos de enfermedades es el gran número de ancianos que vimos, de los cuales, muchos, si hemos de juzgar por la pérdida de los cabellos y dientes, parecían muy viejos; sin embargo, ninguno de ellos estaba decrépito; y aunque no tuviesen ya en los músculos tanta fuerza como los jóvenes, no se mostraban menos alegres ni menos ágiles.

CAPÍTULO X

De las canoas y de la navegación de los habitantes de Nueva Zelandia. — Agricultura. — Armas y música. — Gobierno. — Religión. — Lenguaje de estos insulares. — Objeciones contra la existencia de un continente meridional.

La inventiva de estas gentes se manifiesta más que en cualquiera otra cosa en sus canoas: éstas son largas y estrechas y de una forma casi igual a la de los barcos que se usan para la pesca de la ballena en Nueva Inglaterra. Las mayores de estas piraguas parecen destinadas principalmente a la guerra, y llevan cuarenta, ochenta o cien hombres armados; nosotros medimos una que estaba varada en Tolaga, y tenía sesenta y ocho pies de largo, cinco de ancho y tres y medio de profundidad; el fondo era agudo, con las bandas rectas y en forma de cuna; se componía de tres troncos huecos de cerca de dos pulgadas y media de grueso, bien unidos unos a otros por una fuerte atadura; cada banda estaba formada de una sola tabla, de sesenta y tres pies de largo, de diez a doce pulgadas de ancho y cerca de un cuarto de grueso; todas estaban firmemente unidas y sujetas al fondo con mucha destreza. Tenían un número considerable de travesaños tendidos de una a otra bordas, a las que estaban sólidamente atados a fin de reforzar la piragua. El adorno de la proa avanzaba cinco o seis pies más allá del cuerpo del barco, y tenía cerca de cuatro pies y medio de altura. El de la popa estaba fijado a la extremidad posterior como el codaste de un navío lo está sobre su quilla, y tenía cerca de catorce

pies de alto, dos de ancho y pulgada y media de grueso. Ambos estaban compuestos de tablas talladas, cuyo diseño era mejor que la ejecución. Todas las canoas están construídas por este modelo, a excepción de unas cuantas que hemos visto en Opoorage o en la Bahía de Mercurio, que eran de una sola pieza, talladas y ahuecadas por el fuego, y es rara la que no alcanza veinte pies de longitud. Algunas de las más pequeñas llevan balancines; a veces se acoplan dos, pero esto es muy raro. La talla de los adornos de la popa y de la proa de las pequeñas piraguas, que parecen únicamente destinadas a la pesca, consiste en una figura de hombre cuyo rostro es de lo más feo que puede imaginarse, pues de su boca sale una lengua monstruosa, sirviendo de ojos unas conchas blancas de orejas de mar.

Pero las grandes piraguas, que parecen ser los buques de guerra, se hallan magníficamente adornadas de obras caladas y cubiertas de franjas flotantes de plumas negras, que ofrecen un agradable golpe de vista; las tablas de los caperoles o regalas están esculpidas también, las más veces de un modo grotesco, y decoradas con ramilletes de plumas blancas colocadas sobre un fondo negro. Una descripción verbal de objetos enteramente nuevos no puede dar justa idea de ellos sino haciendo percibirlos en cierto modo por comparación con otros que conocemos y a los cuales se asemejan, haciendo que la imaginación del lector se fije en esta semejanza; como la labor de talla de esta gente es muy singular en su estilo y no presenta analogías con ninguna cosa de las que se conocen en nuestra parte del Océano, ya «en el cielo, en la Tierra o en las aguas que bañan la Tierra», no tengo más remedio que referirme a las reproducciones que se encontrarán en la lámina. (Véase la lámina II.)

Los remos de las piraguas son pequeños, ligeros y esmeradamente cortados; la pala es de forma oval, o

más bien comparable a una ancha hoja; es puntiaguda por el cabo, más ancha por en medio, y va disminuyendo por grados hasta el mango; la pagaya o remo tiene cerca de seis pies de longitud; el palo o astil, comprendida la empuñadura, tendrá unos cuatro, y la pala, dos. Por medio de estos remos hacen navegar a sus piraguas con pasmosa velocidad.

Los isleños no son hábiles en la navegación ni conocen otro modo de dar la vela que dejarse llevar del viento. La vela, que es de estera o tejido de red, está tendida entre dos estacas verticales fijadas a una y otra borda, y que sirven a un mismo tiempo de mástiles y de vergas. Dos cuerdas corresponden a nuestras escotas, y están atadas a lo alto de cada estaca. Por muy grosero e incómodo que sea este aparejo, las piraguas navegan muy ligeras llevadas por el viento y gobernadas por dos hombres, que van sentados sobre la popa, y cada uno de los cuales lleva un remo en la mano a tal objeto.

Herramientas.

Después de haber detallado las producciones de su industria, voy a hacer la descripción de sus instrumentos. Tienen dos especies de hachas y de tijeras, que les sirven también de taladros o punzones para abrir agujeros. Como no tienen metales, fabrican sus hachas con una piedra negra y dura o con talco verde, que es duro y tenaz. Sus tijeras se componen de huesos humanos o de pedazos de jaspe, que sacan de un bloque en angulares trozos afilados como piedras de chispa. Los isleños estiman sus hachas más que todo cuanto poseen, y jamás quisieron cedernos una sola, cualquiera que fuese el objeto que les presentásemos en cambio. En cierta ocasión les ofrecí una de nuestras mejores hachas y otras mucha cosas, por una de las suyas; pero el propietario no quiso vendérmela, de lo que deduje que las buenas hachas son muy raras entre ellos. Los pequeños

instrumentos de jaspe los emplean para concluír sus obras más delicadas; pero como no saben afilarlos, se sirven de ellos hasta que están enteramente gastados, en cuyo caso los desechan. Una vez dimos a los habitantes de Tolaga un pedazo de vidrio, y en poco tiempo hallaron medio de agujerearlo para atarlo con un hilo alrededor de su cuello como un adorno, e imaginamos que el instrumento de que se valieron para esto era de jaspe. No hemos podido saber con certeza cómo dan el corte a sus herramientas ni de qué modo afilan el arma que llaman *patu-patu;* pero probablemente será reduciendo a polvo un trozo de la misma materia y frotando un arma contra otra con el polvo interpuesto.

Redes.

Ya he hecho mención de sus redes, y sobre todo de la red grande, que es de una extensión enorme, pues vimos una que parecía ser obra de todos los habitantes de un lugar, y creo también que esta red pertenecía a la comunidad. También he dado una descripción particular de la otra red circular que se extiende por medio de dos o tres cercos o aros, según el modo que se usa en las de coger pájaros; asímismo he hablado de la manera que las enceban y se sirven de ellas. Sus anzuelos son de hueso o de conchas, y, en general, mal hechos. Tienen cestos de mimbre de diversas especies y tamaños, en los cuales ponen el pescado que toman y encierran sus provisiones.

Agricultura.

Su cultivo es tan perfecto cuanto se puede esperar de un país en que un hombre no siembra más que para sí mismo, y donde la tierra apenas da lo necesario para la subsistencia de los habitantes. Cuando llegamos por primera vez a Tegadoo, cantón situado entre la Bahía de la Pobreza y el Cabo Oeste, acababan de sembrarse las semillas, que todavía no habían principiado a

germinar. El terreno estaba tan igual, hueco y bien labrado como el de nuestras huertas; cada raíz tenía su pequeño montículo, hallándose todos dispuestos en líneas quinconciales, y las clavijas de madera de que se habían valido para esta operación estaban todavía en el terreno. No hemos tenido ocasión de ver trabajar a los labradores, pero hemos examinado el instrumento que les sirve de pala y de arado a un tiempo; es una larga estaca delgada con corte por uno de los lados a un extremo, y con un trozo de madera atado transversalmente a poca distancia del mismo, a fin de que el pie pueda hacerlo entrar fácilmente en la tierra; con este instrumento revuelven una porción de terreno de seis a siete acres de extensión, a pesar de no tener la herramienta más de tres pulgadas de ancho; pero como el suelo es ligero y arenoso, ofrece poca resistencia.

En la parte septentrional de Nueva Zelandia es donde parece que se conoce y practica mejor la agricultura, el arte de fabricar telas y otras muchas propias de un estado de paz; en la parte meridional se hallan pocas señales de estas industrias, pero las artes de guerra están muy florecientes en toda la costa.

Armas.

Las armas de los isleños de esta parte no son muchas, pero sí muy destructoras; tienen lanzas, dardos, hachas y *patu-patus;* la lanza tiene catorce o quince pies de largo; es puntiaguda por ambos cabos, y algunas veces se las ve guarnecidas de un hueso. Se agarran por el medio, de modo que la parte de atrás, contrapesando a la de adelante, dirige un golpe más difícil de parar que el de un arma que se empuñe por uno de los cabos nada más. Ya he dado una descripción suficiente del dardo y de las demás armas, y he notado también que estos pueblos no tienen hondas ni arcos; lanzan el dardo y las piedras con la mano, pero se sir-

ven rara vez del dardo, como no sea para la defensa de sus fuertes. Sus combates en las piraguas o en tierra se efectúan ordinariamente cuerpo a cuerpo, y la mortandad debe de ser, por consiguiente, horrorosa, pues que si el primer golpe de algunas de sus armas obra el efecto perseguido, no necesitan secundarlo para matar a su enemigo. Sin embargo, parece que ponen su principal confianza en el *patu-patu*, que llevan atado a la muñeca con una fuerte correa, para evitar que se les escape con la fuerza; los principales personajes del país lo llevan ordinariamente pendiente de la cintura; es un adorno militar, y forma parte de su vestido, como el puñal entre los asiáticos y la espada entre los europeos. No tienen armadura defensiva; pero, además de sus armas, los jefes llevan un bastón de mando, del mismo modo que nuestros oficiales. Este era comúnmente una costilla de ballena, tan blanca como la nieve y decorada con tallas, aplicaciones de pelo de perro y de plumas; pero algunas veces era un palo de seis pies de largo, adornado del mismo modo, lleno de conchas clavadas en él, que se parecen mucho al nácar. Los que llevan estas señales de distinción ordinariamente son viejos, o a lo menos han pasado de la edad madura, y tienen más manchas de *amoco* sobre el cuerpo que los demás.

Todas las canoas que vinieron trajeron a bordo uno o muchos isleños con este distintivo, según el porte de la embarcación. Cuando se aproximaban a un cable del navío tenían la costumbre de detenerse, y los jefes, levantándose de su silla, se ponían un vestido que parecía destinado para esta ocasión, y era ordinariamente una piel de perro. Tomaban en la mano su bastón de mando o un arma y enseñaban a los demás lo que debían hacer. Cuando se hallaban a demasiada distancia para alcanzarnos con la lanza o con una piedra creían también que ellos mismos no estaban al alcance de nuestras armas, y entonces nos dirigían su

desafío, cuyas palabras eran casi siempre las mismas: *Haromai, haromai harre uta a patu oge.* «Venid a nosotros, y con nuestro *patu-patu* os mataremos a todos.»

Mientras proferían estas amenazas, se acercaban insensiblemente hasta que se hallaban muy cerca del navío; hablaban por intervalos con la mayor tranquilidad, y respondían a todas las preguntas que les hacíamos; otras veces renovaban su desafío y amenazas, hasta que al fin, animados por la timidez de que nos suponían poseídos, reanudaban su canción y su danza de guerra, que era el preludio del ataque, y duraba algunas veces tanto tiempo que para hacerla acabar nos veíamos obligados a dispararles algunos tiros de fusil. Muchas veces se retiraban arrojándonos piedras a bordo, como si se hubiesen dado por contentos con habernos hecho un insulto del que no nos atrevíamos a vengarnos.

El baile o danza guerrera consiste en un gran número de movimientos violentos y en las más feas contorsiones; la cara juega en este baile un importante papel, pues muchas veces hacen salir de su boca una lengua de increíble longitud, levantan sus párpados con tanta fuerza que se descubre el blanco de los ojos por alto y bajo, de modo que forma un círculo alrededor del iris. Nada omiten de cuanto pueda hacer la figura del hombre deforme y espantosa; mientras dura este baile enarbolan sus lanzas, agitan sus dardos y hienden el aire con sus *patu-patus*. Esta horrible danza siempre va acompañada de una canción, no desagradable, y en la cual cada estrofa se termina por un suspiro ruidoso y profundo que dan todos a concierto. Vimos en los movimientos de los bailarines una fuerza, una firmeza y una destreza tales, que no pudimos menos de admirarlos; en sus canciones guardan la medida del compás con la mayor exactitud. He oído más de cien pagayas o remos golpear a un tiempo en las bordas de sus canoas, con tanta precisión que pa-

recía solamente un golpe que se daba en cada tiempo de la música.

Alguna vez los isleños cantan para divertirse, sin bailar, una canción que no es muy diferente de la del baile; pero también hemos oído a veces otras cantadas por las mujeres, cuyas voces son de una dulzura y una melodía muy notables, y que tenían un acento tan agradable como tierno. La medida del compás en estas canciones es lenta, y la cadencia, melancólica. Toda esta música, en cuanto pudimos nosotros juzgar, sin un gran conocimiento del arte, nos pareció ejecutada con más gusto que el que debía esperarse de unos salvajes pobres y errantes que habitan un país medio desierto. Parece que sus aires se componen de muchas partes, y que estas se cantaban por muchas voces juntas.

Tienen unos instrumentos sonoros; pero apenas se les puede dar el nombre de instrumentos de música, porque el uno es la concha llamada trompeta de Tritón, con la cual hacen un ruido que no difiere mucho del que nuestros pastores producen con el cuerno. El otro es una pequeña flauta de madera, que se parece a un bolo de niño, pero mucho más pequeña, y es tan poco armonioso como el silbato que en Inglaterra se llama *peavhystle*. Parece que no miran estos instrumentos como muy a propósito para la música, porque jamás les hemos visto ni oído que acompañasen su voz con ellos ni que formasen compases que tuviesen la menor relación con ningún aire o tono musical.

Después de lo que he dicho sobre la costumbre que tienen estos isleños de comer carne humana, añadiré únicamente que en casi todas las ensenadas donde desembarcamos hemos hallado huesos humanos todavía cubiertos de carne, cerca de los sitios en que se había encendido fuego, y que entre las cabezas que trajera a bordo el anciano algunas parecían tener ojos y adornos en sus orejas, como si estuviesen vivas. La

que Mr. Banks compró se la vendieron muy a disgusto: parecía haber sido de un joven como de catorce a quince años, y por las contusiones que notamos en un lado juzgamos debían haberle dado muchos golpes, de los cuales había muerto, y además le faltaba un pedazo de hueso cerca del ojo. Esto nos confirmó en la opinión de que estos isleños no dan cuartel ni guardan a ningún prisionero para matarle y comerle después, como los habitantes de la Florida; porque de conservar los prisioneros, este pobre joven, que no se hallaba en estado de hacer mucha resistencia, hubiera sido uno de ellos; pero sabemos, por otra parte, que fuera muerto con los otros, pues el combate había ocurrido pocos días antes de nuestra llegada.

En otra parte hemos dado una descripción bastante detallada de las ciudadelas o *heppahs* de estas gentes; todas están fortificadas, y desde la Bahía de Plenty (de la Abundancia) hasta la Sonda de la Reina Carlota los habitantes parece que residen en ellas habitualmente; pero en las cercanías de la Bahía de la Pobreza, de la de Hawk, de Tegadoo y de Tolaga no hemos visto tales *heppahs*, sino solamente casas aisladas, dispersas. Sin embargo, en todas las faldas de las colinas hay plataformas muy largas, guarnecidas de piedras y de dardos, que sirven probablemente de retiro a estas gentes cuando se ven reducidas al último extremo. Efectivamente, los hombres que están en alto pueden combatir con mucha ventaja contra los que están debajo, sobre los cuales les es fácil a aquéllos hacer llover una nube de piedras y dardos, al paso que a éstos les es imposible emplear semejantes armas con igual eficacia. Es probable que los fuertes no sirvan a los que los ocupan sino para repeler un ataque súbito, porque como los defensores de la plaza no tienen agua, les sería imposible sostener un sitio. No obstante, almacenan en estos fuertes cantidades considerables de raíces de helecho y de pescado seco; pero deben de ser pro-

visiones de reserva para las épocas de escasez, que sobrevienen de cuando en cuando, como nuestras observaciones nos demostraron; por otra parte, mientras el enemigo ronda la vecindad puede ser fácil a los moradores del fuerte proporcionarse agua en la pendiente de la colina, mientras que aquéllos no pueden recoger del mismo modo raíz de helecho ni coger pescado.

Los pueblos de este distrito nos pareció que conocen todas las ventajas de su situación; también aparentaban vivir en la mayor seguridad; sus plantíos eran más numerosos; sus piraguas, mejor decoradas; sus tallas, más bellas, y sus telas, más finas. Esta parte de la costa estaba también más poblada; quizá debían la abundancia y la paz de que gozaban en apariencia a la ventaja de estar asociados bajo un solo jefe o rey, porque todos los habitantes de este distrito nos dijeron que eran súbditos de Teratu. Cuando nos indicaron con la mano la residencia de este príncipe juzgamos que estaba en el interior; pero cuando conocimos un poco mejor el país vinimos a saber que se hallaba en la Bahía de la Abundancia (Plenty).

Gobierno.

Es sensible que nos hayamos visto precisados a dejar Nueva Zelandia sin conocer de Teratu más que el nombre. Su territorio debe de ser muy extenso, porque era reconocido por soberano desde Cabo Kidnappers, al N. y al O., hasta la expresada Bahía de la Abundancia. Esta longitud de la costa comprende más de ochenta leguas, y no sabemos hasta dónde podrían extenderse sus dominios al O. Los lugares fortificados que hemos visto en la Bahía de la Abundancia formaban quizá los límites de sus estados; así, que en la Babía de Mercurio los isleños no estaban sujetos a su autoridad ni a la de ningún otro jefe; porque por todas partes donde desembarcamos, y siempre que hablamos a los habitantes de esta costa, nos dijeron que estábamos a corta

distancia de sus enemigos. En los dominios de Teratu hemos hallado muchos jefes subalternos, a los cuales se tenía el mayor respeto, y probablemente administraban la justicia. Cuando nos quejamos a uno de ellos de un robo cometido a bordo del navío por un isleño dió al ladrón muchos puntapies y puñadas, que éste recibió como un castigo que se le infligía por una autoridad a la cual no debía hacer resistencia. No hemos podido saber si esta autoridad se transmitía por herencia o por nombramiento; pero hemos notado que en esta parte, como en otras, los jefes eran hombres de madura edad; supimos, sin embargo, que en algunos distritos la autoridad de los jefes era hereditaria.

Las pequeñas sociedades que hallamos en las zonas meridionales parecían tener muchas cosas que les eran comunes, y en particular sus hermosas telas y sus redes. Las hermosas telas, que eran quizá despojos de guerra, guardábanse en una pequeña choza, construída para este objeto en medio del lugar. Las redes que vimos fabricarse por partes en casi todas las casas, se reunían en seguida para que todo formase un depósito. Los habitantes de Nueva Zelandia parece que hacen menos caso de las mujeres que los isleños del Mar del Sur; y tal era la opinión de Tupia, que se quejaba de ello como de una afrenta inferida al sexo. Notamos que los dos sexos comían juntos; pero no supimos con certidumbre de qué modo dividen entre sí sus trabajos: yo estoy por creer que los hombres labran la tierra, hacen las redes, cazan las aves, van a pescar en las piraguas, y que las mujeres recogen la raíz de helecho, cogen, cerca de la playa, cangrejos de mar y demás mariscos y otros, preparan los alimentos para comer y fabrican las telas; ésas eran a lo menos sus ocupaciones cuando se nos presentó la ocasión de observarlas, lo que nos sucedió rara vez; porque, generalmente, por dondequiera que íbamos era un día de fiesta: hombres, mujeres y niños se agolpaban alrededor de nosotros,

ya por satisfacer su curiosidad, ya por comprar algunas de las preciosas mercancías que llevábamos con nosotros, y que consistían principalmente en clavos, papeles y pedazos de vidrio.

Religión.

No deberán suponer los lectores que hemos adquirido conocimientos muy extensos sobre la religión de estos pueblos. Reconocen la influencia de muchos seres superiores, de los cuales el uno es supremo y los demás subordinados a él; explican el origen del mundo y la producción del género humano casi del mismo modo que los de Taiti. Sin embargo, Tupia parecía tener sobre estas materias mayores luces que ninguno de los habitantes de Nueva Zelandia, y cuando se encontraba dispuesto a instruír a estos, lo que hacía algunas veces en largos discursos, estaba seguro de hallar un numeroso auditorio, que le escuchaba con un silencio tan profundo, con tanto respeto y atención, que no podíamos menos de desearles un maestro mejor.

Ignoramos qué homenajes tributan a las divinidades que reconocen; pero no hemos visto sitios o lugares destinados al culto público, como los *morais* de los isleños del Mar del Sur. No obstante, advertimos cerca de un plantío de batatas dulces un pequeño recinto cuadrado, cercado de piedras, en medio del cual se había levantado una de las estacas puntiagudas que les sirven de pala, de la cual pendía un cesto lleno de raíces de helecho. Preguntado a los naturales del país sobre este objeto, nos dijeron era una ofrenda dirigida a sus dioses, por la cual se esperaba hacerlos más propicios y obtener de ellos una cosecha abundante.

No podemos formarnos una idea precisa del modo de que disponen de sus muertos, porque las noticias que se nos dieron sobre esto difieren mucho entre sí. En las zonas septentrionales de Nueva Zelandia nos dijeron que los enterraban, y en la parte meridional,

supimos que los arrojaban al mar. Es cierto que no hemos visto sepulcros en el país y que afectaban ocultarnos con una especie de misterio todo lo relativo a sus muertos; pero cualesquiera que sean sus cementerios, los vivos mismos son una especie de monumentos funerarios. Apenas hemos visto una sola persona, del uno o del otro sexo, en cuyo cuerpo no hubiese alguna cicatriz de las heridas que se habían hecho como testimonio de su dolor por la pérdida de un pariente o de un amigo. Algunas de estas heridas estaban tan recientes, que aun no se había restañado la sangre del todo, lo que prueba que la muerte había arrebatado algún isleño en la costa mientras nosotros residimos en ella. Esto era tanto más extraordinario cuanto que no habíamos sabido se hubiese hecho ninguna ceremonia funeral. Algunas de las cicatrices eran muy anchas y profundas, y hemos hallado muchos habitantes con la cara desfigurada por ellas. También observamos en este país un monumento de otra especie, quiero decir, la cruz que hallamos colocada cerca de la Sonda de la Reina Carlota.

Después de haber descrito lo mejor que me ha sido posible los usos y creencias de los habitantes de Nueva Zelandia, así como sus piraguas, sus redes, muebles, instrumentos y vestidos, observaré solamente que las semejanzas que hemos hallado entre este país y las islas del Mar del Sur con respecto a estos diferentes objetos son una fuerte prueba de que todos estos isleños tienen el mismo origen y de que sus antecesores comunes eran oriundos del mismo país (1). Cada uno de estos pueblos cree por tradición que sus padres vinieron en tiempos muy antiguos de otro país, y todos

(1) Se supone que la raza polinesia procede del valle del Ganges en tiempos prearios y que ha residido en Indonesia, de donde sus miembros emigraron en dos épocas diferentes durante el primer milenio de la era cristiana. *(Nota de la edición española.)*

piensan, según esta misma tradición, que este país se llamaba Heawije; pero la analogía de lenguaje parece establecer este hecho de un modo incontestable. Ya he dejado dicho que Tupia se hacía entender perfectamente de los zelandeses cuando les hablaba en su propio lenguaje; en efecto, reuniendo y comparando diferentes palabras de las dos lenguas, según el dialecto de las islas meridionales y septentrionales de que se compone Nueva Zelandia, se ve que el idioma de Taiti no se diferencia más del de ésta que entre sí los dialectos de las dos islas de la misma Nueva Zelandia.

INGLÉS	NUEVA ZELANDIA		TAITI
	NORTE	SUR	
Un jefe	*Iriti*.........	*Iriti*.........	*Ire.*
Un hombre ..	*Taata*.......	*Taata*.......	*Taata.*
Una mujer...	*Uehaine*.....	*Uehaine*.....	*Aivahaine.*
La cabeza....	*Iupo*........	*Hioupho*.....	*Iupo.*
El cabello ...	*Macoui*	*Hiu-u*.......	*Rouran.*
La oreja.....	*Terringa*.....	*Hitahivi*.....	*Terri.*
La frente....	*Ire*	*Hie*.........	*Ire.*
Los ojos.....	*Mata*	*Himata*	*Mata.*
Las mejillas..	*Paparringa* ..	*Hipapa*	*Ihpapari.*
La nariz.....	*Ehiuh*.......	*Hiaih*.......	*Ehiu.*
La boca.....	*Hangautau*...	*Higauei*.....	*Autau.*
El mentón...	*Icauguei*	*Heicaoue.*	
El brazo.....	*Haringaringu.*		*Rema.*
El dedo	*Mataicara* ...	*Hermegoh*...	*Maniou.*
El vientre....	*Ateragu*.....		*Ogu.*
El ombligo...	*Apeto*	*Hiapeto*.....	*Peto.*
Ven acá.....	*Haromay*....	*Hiromai*.....	*Harromai.*
Pescado.....	*Hiica*........	*Hiica*.......	*Egi.*
Congrejo....	*Coaura*......	*Coaura*	*Toaura.*
Cocos.......	*Taro*	*Taro*........	*Taro.*
Patatas dulces	*Cumala*.....	*Cumala*.....	*Cumala.*
Batata.	*Tuphuhi*.....	*Tuphuhi*....	*Tuphuhi.*
Aves	*Mannu*......	*Mannu*......	*Mannu.*
No.........	*Caoura*	*Caoura*......	*Aure.*
Uno.	*Tahai*.......		*Tahai.*
Dos	*Rua*.........		*Rua.*
Tres........	*Torau*		*Torau.*

INGLÉS	NUEVA ZELANDIA		TAITI
	NORTE	SUR	
Cuatro......	*Hei*.........		*Hi.*
Cinco.......	*Rema*.......		*Rema.*
Seis.........	*Onou*.......		*Onou.*
Siete	*Itu*..........		*Hitu.*
Ocho........	*Uerau*.......		*Uerau.*
Nueve.......	*Iva.*		*Hiva.*
Diez........	*Anga*.......		*Hurau.*
Los dientes..	*Hennihiu*....	*Henihou*.....	*Nihiou.*
El viento....	*Miho*........		*Matai.*
Un ladrón...	*Amutu*......		*Tetou.*
Examinar....	*Matakiteike*..		*Mataitai.*
Cantar......	*Ihira*........		*Hiva.*
Malo........	*Kino*........	*Kino*........	*Ino.*
Arboles.....	*Iratau*......	*Iratau*	*Iraou.*
Abuelo......	*Taubauna.* ..	*Taubauna.* ..	*Taubauna.*
¿Cómo se llama esto o lo otro?. ..	*Ouaiterra* ...	*Ouaiterra*....	*Ouaiterra.*

Por estos ejemplos creo aparece demostrado que los lenguajes de Nueva Zelandia y de Taiti son radicalmente los mismos. Los de las regiones septentrional y meridional de Nueva Zelandia difieren principalmente en la pronunciación, del mismo modo que una palabra inglesa se pronuncia *gueite* en Middlesex y *guiete* (1) en Yorkshire; y como las palabras del Norte y el Mediodía no fueron escritas por la misma persona, es posible que hayamos empleado más letras para producir el mismo sonido en unas que en otras.

He de observar también que la característica del lenguaje, sobre todo en las zonas meridionales, se manifiesta por la anteposición de algún artículo al nombre, como nosotros hacemos con *the* y *a;* los artículos empleados en este país eran generalmente *he* o *ko;* es también aquí corriente añadir la palabra *oeia* a muchas

(1) La voz inglesa es *gate.*

una latitud muy avanzada, voy a dar las razones que me inducen a creer que al norte de los 40° de latitud S. no hay ningún cabo de ningún continente meridional.

A pesar de lo que se halla en los mapas de algunos geógrafos y de lo que se ha dicho por Mr. Dalrymple con respecto a Quirós, está fuera de toda probabilidad el que haya visto señal alguna de un continente al sur de las dos islas que descubrió a los 25° ó 26° de latitud, y que supongo podrán estar situadas entre los 130° y 140° de longitud O.; y todavía parece menos verosímil que haya descubierto algo que en su opinión fuese un signo conocido o indudable de semejante tierra, porque si esto fuese habría dado ciertamente la vela al S. para buscarla; y suponiendo que la indicación fuese infalible, debería haberla hallado por esta vía.

El descubrimiento de un continente meridional fué el objeto primordial del viaje de Quirós, y nadie parece haberlo tomado con más afán que él; de suerte que si ha estado a los 26° de latitud S. y a los 156° de longitud O., en que Mr. Dalrymple ha situado las islas descubiertas por aquel navegante, se puede deducir racionalmente que no hay ninguna parte de continente meridional que se extienda a esta latitud.

Según la relación del viaje de Roggewin, no parecerá menos evidente, en mi opinión, que entre los 130° y 150° de longitud O. no hay ningún continente al norte de los 35° de latitud S. Míster Pingre ha insertado un extracto del viaje de Roggewin y una carta de los mares del S. en un tratado del paso de Venus sobre el disco del Sol, paso que había ido a observar, y por las razones que pueden verse en su obra parece suponer que después de haber hallado la Isla Easter, que coloca a los 28° 1/2 de latitud S., a los 123° de longitud O., este navegante se dirigió a SO. hasta los 34° S., y después al ONE.; y si efectivamente fué ésta su ruta, está probado sin réplica que no hay continente al norte de los 35° S. Es verdad que Mr. Dalrymple dijo que la suya

fué diferente, y que después de la Isla Easter se dirigió al NO., siguiendo luego una dirección que es poco más o menos la misma de Le Maire; sin embargo, es preciso confesar que es imposible determinar de una manera cierta y segura cuál fué la ruta de Roggewin, porque en las relaciones que se han publicado de su viaje no se hace mención de las longitudes ni de las latitudes. En cuanto a mi ruta, sea al N., al S. o al O., nada he descubierto que haya podido tomar por una señal de tierra, si no es algunos días antes de descubrir la costa oriental de Nueva Zelandia. Es cierto que muchas veces he visto grandes bandadas de aves, pero ordinariamente eran de las que se hallan a una distancia considerable de la costa; es verdad también que he encontrado frecuentemente montones de ovas; pero yo no podría deducir de esto que hubiese alguna tierra en la vecindad, porque he sabido de modo fidedigno que una cantidad considerable de ovas llamadas *oxeyes* (ojos de buey), que sólo crecen en las islas de América, se ven todos los años sobre la costa de Irlanda, la cual dista de aquélla mil doscientas leguas.

He aquí las razones en que me fundo para decir que no hay continente al norte de los 40° de latitud S.; pero no puedo asegurar igualmente que no lo haya al sur de los 40°; pues estoy tan distante de querer desanimar las tentativas que se pueden hacer aún para resolver al fin una cuestión que por tan largo tiempo ha preocupado la atención de muchas naciones, que habiéndose reducido con mi viaje a tan corto espacio la única situación posible de un continente meridional al norte de los 40° de latitud que digo, sería lástima demorar la exploración de esta porción del Globo; tanto más, cuanto que una expedición hecha para este objeto probablemente reportaría grandes ventajas. Desde luego se resolvería la cuestión principal, tan largo tiempo incierta, y aun cuando no se hallase el continente, se podría descubrir en las regiones del trópico nuevas islas, entre las

cuales hay verosímilmente muchas que aun no han sido reconocidas por ningún navío de Europa. Tupia nos ha hecho poco a poco la descripción de más de 130 de estas islas, y en una carta geográfica que él mismo ha trazado ha puesto hasta setenta y cuatro (1).

---

(1) Léase J. COOK, *Viaje hacia el Polo Sur y alrededor del mundo*, volúmenes 14, 15 y 16 de la colección de *Viajes clásicos* editada por CALPE, en el que el gran navegante desvaneció la creencia en la existencia del continente austral.

JAMES COOK

RELACIÓN DE SU PRIMER VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

Travesía desde Nueva Zelandia a Bahía Botany (Botánica), en la costa oriental de Nueva Holanda, llamada hoy Nueva Gales del Sur; incidentes que allí ocurrieron, y descripción del país y sus habitantes.

Marzo de 1770.— *Sábado 31.*— **Abril.**— *Lunes 2. Lunes 9.— Martes 10.*

Habiendo zarpado de Cabo Farewell, que se halla en la latitud de 40° 33' S. y en la longitud de 186° O., el sábado 31 de marzo de 1770, tomamos rumbo O. con fresca brisa del NNE., y el 2 de abril a mediodía nuestra latitud, deducida por observación, fué de 40°, y nuestra longitud, contada desde Cabo Farewell, de 2° 31' O. En la mañana del 9, en la latitud de 38° 29' S., vimos un ave del trópico (1), lo que es muy raro en tan elevada latitud.

El 10 por la mañana, en la latitud de 38° 51' S. y en la longitud de 202° 43' O., la declinación de la brújula resultó por amplitud de 11° 25' E., y por acimut, de 11° 20'.

Miércoles 11.

En la mañana del 11 fué la declinación de 13° 48', ó sea dos grados y medio más que el día anterior, aunque esperábamos que hubiera sido menos.

---

(1) Especie del género *Phaëton*, o afín a ella. *(Nota de la edición española.)*

Viernes 13. — Sábado 14. — Domingo 15. — Lunes 16. — Martes 17.

Durante el día 13, hallándonos en la latitud de 39° 23' S. y en la longitud de 204° 2' O., la declinación fué de 12° 27' E., y en la mañana del 14, de 11° 30'. En este día vimos también algún pez volador. El 15 vimos un huevo de ave y una gaviota, y como éstas nunca se alejan de tierra, continuamos sondando toda la noche, pero no dimos fondo con ciento treinta brazas de cable. El 16 a mediodía nuestra latitud fué de 39° 45' S., y la longitud, de 208° O. Hacia las dos se corrió el viento al OSO., con el cual viramos y nos dirigimos al NO.; poco después un pequeño pájaro de tierra se posó en una jarcia, pero no dimos fondo con ciento veinte brazas. A las ocho viramos y tomamos rumbo S., que conservamos hasta las doce de la noche, hora en que viramos y nos dirigimos al NO. hasta las cuatro de la mañana, en que tomamos de nuevo rumbo S. con fresca brisa del OSO. acompañada de ráfagas y bruma hasta las nueve, a cuya hora aclaró el tiempo, y como el viento amainase aprovechamos la ocasión para hacer varias observaciones del Sol y de la Luna, siendo el resultado medio de ellas 207° 56' O. de longitud y 39° 36' S. de latitud a mediodía. Tuvimos entonces fuerte vendaval del S. y gran marejada del mismo cuadrante, que nos obligaron a navegar con el trinquete y la mesana toda la noche, durante la cual sondamos cada dos horas, sin dar fondo con ciento veinte brazas.

Miércoles 18. — Jueves 19.

En la mañana del 18 vimos dos gallinas de Puerto Egmont (1) y un pintado (2), que constituyen señales

(1) O *Megalestris*. Léase CHARCOT (J.), *El «Pourquoi-Pas?» en el Antártico*, de la colección de *Viajes modernos* editada por CALPE. *(Nota de la edición española.)*

(2) El petrel pintado. *(Nota de la edición española.)*

seguras de la proximidad de tierra, la cual, realmente, según nuestros cálculos, no podía hallarse lejos, dado que nuestra longitud era de 1° al oeste del borde oriental de la Tierra de Van Diemen, ateniéndonos a la longitud marcada por Tasman, de quien no podíamos suponer que se hubiera equivocado mucho en tan breve espacio como el que separa esta tierra de Nueva Zelandia; y teniendo en cuenta nuestra latitud, no debíamos estar a más de cincuenta o cincuenta y cinco leguas del lugar de que partiera este navegante. En el curso del día tuvimos frecuentes ráfagas y gran oleaje. A la una de la madrugada nos pusimos a la capa y sondamos, sin dar fondo con ciento treinta brazas. A las seis vimos que la tierra se extendía de NE. a O. en una distancia de cinco o seis leguas, teniendo entonces ochenta brazas con buen fondo de arena.

Continuamos la ruta occidental con viento del SSO. hasta las ocho, en que desplegamos cuantas velas pudimos y seguimos la costa, que llevaba dirección NE., en demanda de la tierra más oriental que se hallaba a la vista, siendo nuestra latitud de 37° 58' S., y la longitud, de 210° 39' O.

La punta más meridional que divisábamos marcaba O. 22°,5 S.; me pareció estar en la latitud de 38° y en la longitud de 211° 7', y recibió el nombre de Punta Hicks, por haber sido Mr. Hicks, el primer teniente, quien la descubrió primero. Al sur de esta punta no se veía tierra, aunque el horizonte estaba claro por aquel cuadrante, y teniendo en cuenta nuestra longitud y comparándola con la de Tasman, no la que aparece en sus cartas impresas, sino la que figura en el extracto del diario de Tasman, publicado por Rembrants, la masa de la Tierra de Van Diemen debía hallarse al S; y en verdad que la repentina calma del mar, después de amainar el viento, me dió motivos para pensar que así era; pero como no la veía y había observado que esta costa se extendía por NE. y SO., o más bien

hacia el E., no puedo precisar si la punta pertenece o no a la Tierra de Van Diemen.

A mediodía fué nuestra latitud de 37° 50', y nuestra longitud, de 210° 29' O. El litoral se extendía de NO. a ENE., y una punta muy visible marcabá N. 20° E. a cuatro leguas de distancia próximamente. Esta punta se levanta formando un redondo cerro muy semejante al de Ram Head, a la entrada de la Sonda de Plymouth, por lo cual le di este nombre. La declinación, tomada en esta mañana por un acimut, fué de 3° 7' E. Por lo que nosotros habíamos visto de la tierra, parecía baja y llana; la orilla era una playa blanca, pero el interior verde y selvático. A eso de la una vimos al mismo tiempo tres trombas: dos se produjeron entre nosotros y tierra, y la tercera, a mayor distancia a babor; este fenómeno es tan conocido que no es necesario dar aquí de él una descripción detallada.

A las seis de la tarde acortamos velas y nos pusimos a la capa para pasar la noche, con sesenta y seis brazas de agua y buen fondo de arena. La tierra más septentrional que divisábamos entonces marcaba NE. 45° E., y una pequeña isla situada junto a una punta de la tierra firme, O., a dos leguas. Esta punta, a la que llamé Cabo Howe, puede reconocerse por la dirección del litoral, que es N. a un lado y SO. al otro; también se denota por algunas redondas colinas que hay en sus cercanías.

Viernes 20.

Nos pusimos a la capa para pasar la noche, y a las cuatro de la mañana nos hicimos a la vela y navegamos sobre la costa con rumbo N. A las seis la tierra más septentrional que veíamos marcaba NNO. y nos hallábamos entonces a cuatro leguas de la costa. A mediodía pasamos la latitud 36° 51' S. y la longitud 209° 53' O., a tres leguas de tierra. Por haber aclarado el tiempo pudimos obtener una buena vista del país, que ofrecía un grato panorama: es de moderada elevación y pre-

senta variados accidentes, con montes y valles, alturas y planicies, con reducidos prados, pero cubierto de bosque en general; el declive de los montes y colinas es suave y las cúspides no son muy altas. Seguimos navegando sobre la costa hacia el N. con viento del S., y por la tarde vimos humo en diversos puntos, por lo que supimos que el país estaba habitado. Acortamos velas a las seis de la tarde y sondamos: encontramos cuarenta y cuatro brazas con buen fondo, y proseguimos nuestra ruta con viento suave hasta las doce, en que nos pusimos a la capa con noventa brazas.

Sábado 21.

A las cuatro de la mañana desplegamos velas de nuevo, hallándonos a unas cinco leguas de tierra, y a las seis pasamos frente a una elevada montaña cercana a la costa, a la que por su figura llamé Monte Dromedary; por bajo de esta montaña forma la tierra una punta, a la que di el nombre de Punta Dromedary, y sobre ella hay un cerro picudo. Nuestra latitud fué en tales momentos de 36° 18' S.; nuestra longitud, 209° 55' O., y la declinación, 10° 42' E.

Domingo 22. — Lunes 23.

Entre diez y once hicimos Mr. Green y yo varias observaciones de Sol y de la Luna, cuyo resultado medio nos dió la longitud de 209° 17' O. Por una observación del día anterior nuestra longitud fué de 210° 9' O., de la que si se restan 20' quedan 209° 49' para la longitud del barco a mediodía, y la media entre ésta y la última observación nos da 209° 33', que es la longitud que fijo para esta costa. A mediodía nuestra longitud fué de 35° 49' S.; Cabo Dromedary marcaba S. 30° O. a doce leguas, y un golfo en el que había tres o cuatro islotes marcaba NO. O. a cinco o seis leguas.

Este golfo parecía ofrecer poco abrigo para los vientos del mar, y es, sin embargo, el único lugar de la cos-

ta en que había posibilidad de anclar. Seguimos bordeando la costa con dirección NE. y NNE. a tres leguas, y vimos humo en muchos puntos cercanos a la playa. A las cinco de la mañana pasamos frente a una punta de tierra que se alzaba en un acantilado vertical, y a la que por esta razón di el nombre de Punta Upright (Derecha). Nuestra latitud fué de 35° 35' S. cuando esta punta marcaba precisamente O. a dos leguas; en esta situación tuvimos treinta y una brazas con fondo arenoso. A las seis de la tarde cayó el viento; nos ceñimos hacia el ENE., y en aquel momento la tierra más septentrional marcaba NE. 45° E. A media noche, con setenta brazas de agua, nos pusimos a la capa, y así permanecimos hasta las cuatro de la mañana, en que nos hicimos a la vela con dirección a tierra; pero al romper el día nos encontrábamos casi en el mismo sitio que el día anterior a las cinco de la tarde, lo cual nos hizo comprender que nos había arrastrado tres leguas al S. la marea o una corriente durante la noche. Después seguimos navegando sobre la costa con dirección NNE., con suave brisa del SO., y estuvimos tan cerca de tierra que distinguimos sobre la playa a varios indígenas, que nos parecieron ser negros o por lo menos de tez muy obscura. A mediodía nuestra latitud, calculada por observación, fué 35° 27' S., y nuestra longitud, 209° 23' O., marcando Cabo Dromedary S. 28° O. a diez y nueve leguas; un cerro picudo, muy visible, que parecía un palomar, con una cúpula, y al que por esta razón di el nombre de Palomar, N. 32° 30' O., y una pequeña isla baja, pegada a la costa, NO. a dos o tres leguas. Al descubrir esta isla por la mañana había yo concebido la esperanza, basándome en su apariencia, de que podría encontrar refugio para el navío detrás de ella; pero cuando me acerqué me convencí de que no ofrecía seguridad ni para atracar un simple bote; hubiera, sin embargo, intentado enviar uno a tierra, de no haber virado el viento en aquella dirección y a no ser por la

marejada del SE., que rompía sobre la tierra y que habíamos observado desde nuestra llegada a estos parajes. La costa seguía siendo de altura moderada y constituída alternadamente por rocosas puntas y playas arenosas; pero hacia el interior, entre Monte Dromedary y el Palomar, vimos altas montañas, que, con excepción de dos, estaban cubiertas de bosque; estas dos se hallan detrás del Palomar y hácense notar por las planicies de sus cimas y por los abruptos acantilados rocosos que las rodean hasta donde pudimos verlas. Los árboles que crecen por todas partes en este país parecen ser gruesos y altos. La declinación en este día fué de 9° 50' E., y durante los dos últimos días, la latitud, deducida por observación, fué de doce o trece millas al S. con relación de la calculada por la cuenta del barco, lo cual podía deberse tan sólo a una corriente de tal dirección. A eso de las cuatro de la tarde, hallándonos a unas cinco leguas de tierra, viramos, tomamos rumbo SE. y E., y habiendo cambiado el viento por la noche de E. a NE. y N., viramos a las cuatro de la mañana y nos dirigimos hacia tierra, encontrándonos entonces a nueve o diez leguas de ella. A las ocho empezó a caer el viento, sobreviniendo la calma poco después. A mediodía nuestra latitud, por observación, fué de 35° 38', y nuestra distancia a tierra, de seis leguas próximamente. Cabo Dromedary marcaba S. 37° O. a diez y siete leguas, y el Palomar, N. 40°; en esta situación teníamos setenta y cuatro brazas de agua. Por la tarde tuvimos alternadamente brisas ligeras y calmas hasta las seis, en que saltó una brisa del NO.; hallándonos entonces a cuatro o cinco leguas de la costa, tuvimos setenta brazas de agua. El Palomar marcaba N. 45° O.; Monte Dromedary, S. 30° O., y la tierra más septentrional que divisabamos, N. 19° E.

Martes 24.

Navegamos hacia el NE. hasta el mediodía siguiente;

con suave brisa del NO., y viramos entonces, tomando rumbo occidental. Nuestra latitud, por observación, fué de 35° 10' S., y la longitud, 208° 51' O. Una punta que yo había descubierto el día de San Jorge, y a la que di por esto el nombre de Cabo Jorge, marcaba O. a diez y nueve leguas, y el Palomar, cuya latitud y longitud eran, respectivamente, según mi cálculo, 35° 19' S. y 209° 42' O., S. 75° O. Por la mañana habíamos encontrado por amplitud una declinación de 7° 50' E., y por varios acimutes, 7° 54' E. Tuvimos fresca brisa del NO. desde mediodía hasta las tres, que se corrió al O., virando nosotros y tomando rumbo N. A las cinco de la tarde, hallándonos a cinco o seis leguas de la costa, con el Palomar al OSO. y a nueve leguas de nosotros, tuvimos ochenta y seis brazas de agua, y a las ocho, con tormenta y fuertes ráfagas huracanadas, nos pusimos a la capa en ciento veinte brazas.

Miércoles 25.

A las tres de la madrugada nos hicimos de nuevo a la vela hacia el N., aprovechando la ventaja de un vendaval del SO. A mediodía estuvimos a tres o cuatro leguas de la costa y en la latitud de 34° 22' S. y en la longitud de 208° 36 O. En el espacio recorrido desde el mediodía anterior, que fué de cuarenta y cinco millas en dirección NE., vimos humo en varios puntos cercanos a la playa. A dos leguas al norte de Cabo Jorge parecía la tierra formar una bahía que prometía refugio contra los vientos del NE.; pero como el viento nos acompañaba no me fué posible reconocerla sin bordear, lo que me hubiera costado más tiempo del que yo deseaba gastar. La punta norte de esta bahía recibió, por su figura, el nombre de Long Nose (Nariz Larga); su latitud es de 35°,6, y ocho leguas al norte de ella hay una punta, a la cual, por el color de la tierra que la circunda, di el nombre de Punta Red (Roja); su latitud es de 34° 29', y su longitud, 208° 45' O.

Al NO. de Punta Roja y hacia el interior se ve un monte redondo cuya cúspide se asemeja al casco de un sombrero. En la tarde de este mismo día tuvimos ligera brisa del NNO. hasta las cinco, en que vino la calma; en tal momento estuvimos a tres o cuatro leguas de la costa y tuvimos cuarenta y ocho brazas de agua; la declinación, por acimut, fué de 8° 48' E., y las extremidades de esta tierra marcaban NE. N. y SO. S. Antes de obscurecer vimos humos en diversos puntos de la costa y hogueras en dos o tres ocasiones. Durante la noche reinó la calma y nos vimos arrastrados mar adentro hasta la una de la madrugada, en que, a favor de una brisa de tierra, navegamos con rumbo NE., hallándonos entonces en treinta y ocho brazas.

Jueves 26. — Viernes 27. — Sábado 28.

A mediodía cambió el viento al NE. N. cuando nos encontrábamos en lós 34° 10' S. de latitud y en los 208° 27' de longitud O.; la tierra distaba de nosotros cinco leguas y se extendía de S. 37° a N. 45° E. En esta latitud se ven algunos acantilados blancos, que se alzan verticalmente desde el mar hasta una altura considerable. Nos alejamos de la costa hasta las dos, en que viramos navegando en busca de tierra hasta las seis, hora en que estuvimos a cuatro o cinco millas de tierra con cincuenta brazas de agua. El litoral seguía una dirección de S. 28° O. a N. 25° 30' E. Viramos y navegamos mar adentro hasta las doce; viramos entonces hacia tierra hasta las cuatro de la mañana, y aun hicimos otra salida hasta el amanecer; durante todo este tiempo perdimos terreno a causa de la variabilidad de los vientos. Continuamos navegando a cuatro o cinco millas de tierra hasta la tarde, en que nos acercamos a dos millas, y entonces boté la pinaza y la yola con propósito de desembarcar; pero la pinaza hacía tanta agua, que me vi obligado a embarcarla de nuevo. En este momento vimos a varios naturales que caminaban apresurada-

mente por la playa, cuatro de los cuales llevaban a hombros una pequeña canoa. Halagónos la idea de que fueran a botarla y venir al navío; pero al vernos defraudados resolví dirigirme a tierra en la yola, haciéndome acompañar de tantos hombres como en ella cupieran: embarqué, pues, con sólo Mr. Banks, el Dr. Solander, Tupia y cuatro remeros; nos encaminamos a la parte de la costa en que los indios habían aparecido, y en la que se veían cuatro pequeñas canoas varadas a la orilla. Los indios se sentaron sobre las rocas y parecieron aguardar nuestro desembarco; pero, con gran contrariedad de nuestra parte, cuando ya estábamos a un cuarto de milla echaron a correr y se internaron en los bosques; decidimos, sin embargo, desembarcar y hacer cuanto pudiéramos por lograr una entrevista, pero también en esto salimos chasqueados, porque encontramos la costa batida en todas partes por tan fuerte oleaje que era materialmente impracticable desembarcar con un bote tan pequeño; vímonos, pues, obligados a contentarnos con la contemplación desde el agua de los objetos que se nos presentaban; las canoas, de cerca, parecían muy semejantes a las más pequeñas de Nueva Zelandia.

Observamos que entre los árboles cercanos a la orilla, que no eran muy gruesos, no existía maleza y pudimos apreciar que muchos de ellos pertenecían a la especie de las palmeras y algunos a la de las palmas de palmitos; después de mirar afanosamente tuvimos que volvernos, con nuestra curiosidad más excitada que satisfecha, y a las cinco de la tarde regresamos a bordo. Hacia esta hora sobrevino la calma y nuestra situación hízose poco agradable; hallábamonos a menos de milla y media de tierra y en el recinto formado por algunos rompientes de la parte sur; mas, por fortuna, vino de tierra una ligera brisa que nos sacó del peligro; con ella navegamos hacia el N., y al romper el día descubrimos una bahía que parecía ofrecer buen abrigo contra todos los vientos, y en la que, por tanto, resolví en-

trar con el barco. Reparada la pinaza, la envié con el contramaestre a sondar la boca mientras que yo me las había con el viento, que venía en contra. A mediodía la boca de la bahía marcaba NNO. a una milla, y al ver una humareda en la costa dirigimos hacia el lugar en que se elevaba nuestros anteojos y no tardamos en descubrir a diez indios, que al aproximarnos abandonaron su fuego y retrocedieron hacia una pequeña eminencia, desde la que podían observar convenientemente nuestros movimientos. Poco después dos canoas, cada una con dos hombres a bordo, llegaron a la orilla, tocando en la parte de debajo de la eminencia, y los tripulantes de ellas se unieron a los que estaban en el altozano. La pinaza, que había sido enviada por delante para sondar, llegó entonces a aquel sitio, y todos los indios se alejaron más monte arriba, con excepción de uno que se escondió entre unas rocas cercanas al atracadero. Al seguir la pinaza a lo largo de la costa tomaron el mismo camino muchos de los indios, caminando paralelamente a la embarcación y guardando cierta distancia; cuando ésta volvió nos dijo el contramaestre que en una cala situada un poco al interior de la bahía, varios indios que habían bajado a la playa habíanle invitado a desembarcar, por medio de signos y palabras cuyo significado desconocía; pero que todos ellos estaban armados de largas picas y de un arma de madera cuya forma se asemejaba a la de una cimitarra. Los indios que no siguieran al bote, al ver que el navío se aproximaba, produjeron gestos de amenaza y blandieron sus armas, especialmente dos, que ofrecían un aspecto singular, pues sus rostros parecían cubiertos de polvo blanco y sus cuerpos pintados con anchas franjas del mismo color, que pasaban oblicuamente sobre sus pechos y espaldas y que recordaban en cierto modo el correaje de nuestros soldados dispuesto en bandolera; la misma clase de franjas cubrían sus piernas y rodillas, como grandes charreteras; cada uno de aquellos

hombres tenía en su mano el arma semejante a la cimitarra, que parecía tener dos pies y medio de larga, y hablaban entre sí con gran animación.

Continuamos nuestro avance hacia la bahía, y a hora temprana de la tarde anclamos junto a la costa sur, a dos millas de la entrada, en seis brazas, marcando SE. la punta sur y E. la norte. Al entrar vimos en ambas puntas de la bahía unas cuantas chozas y a varios indios, entre los que había hombres, mujeres y niños. Junto a la extremidad sur vimos cuatro pequeñas canoas, en cada una de las cuales había un hombre, que se ocupaba afanosamente en golpear los pescados con una larga pica o lanza; casi llegaban hasta la zona del oleaje, y ponían tanta atención en su quehacer que, no obstante haber pasado el navío a un cuarto de milla de ellos, apenas si volvieron hacia él los ojos; es posible que, ensordecidos por las olas y abstraídos por completo en su trabajo o ejercicio, no vieran ni oyeran pasar el barco.

El lugar en que el navío había anclado daba frente a una pequeña aldea compuesta de seis u ocho viviendas; mientras nosotros nos disponíamos a echar el bote al agua vimos salir del bosque a una anciana seguida de tres niños; venía cargada de leña, de la que llevaban también una pequeña porción los niños; cuando ella llegó a las casas otros tres niños, más pequeños que los otros, saliéronle al encuentro; miró ella al barco varias veces, pero sin denotar sorpresa ni recelo; no tardó en encender fuego, y a poco llegaron las canoas que estuvieran pescando. Desembarcaron los hombres, y luego de varar sus canoas empezaron a preparar su comida, sin parar mientes en nosotros, no obstante hallarnos a media milla. Es muy digno de notarse que de todos los indios que había visto hasta entonces ninguno llevaba ropaje ni cosa que le pareciese, y ni aun las viejas llevaban la hoja de higuera.

Después de comer tripuláronse los botes y salimos

del barco, acompañados de Tupia. Tratamos de desembarcar donde veíamos gente, y empezamos a concebir la esperanza de que así como había pasado inadvertida para ellos la entrada del navío en la bahía, pasara también nuestro desembarco; pero en esto nos equivocamos, porque tan pronto como nos aproximamos a las rocas, dos hombres bajaron a ellas para disputarnos el terreno, en tanto que huían los demás. Cada uno de los dos paladines venía armado con una lanza de diez pies de larga y un palo, que parecían manejar como si constituyera un instrumento auxiliar para enristrar o arrojar la lanza; dirigiéronse a nosotros con grandes voces y en un lenguaje duro y malsonante, del que ni nosotros ni Tupia comprendimos una palabra; blandían sus armas y parecían dispuestos a defender su costa cuanto pudieran, a pesar de no ser más que dos y cuarenta nosotros. No pude menos de admirar su bravura, y resuelto a que las hostilidades no comenzaran entre nosotros con tan palmaria desigualdad, ordené que se aprestasen los remeros; entonces les hablamos por signos durante un cuarto de hora, y con objeto de probarles nuestra buena voluntad les eché clavos, cuentas y otras chucherías, que ellos recogieron y con las que parecieron muy complacidos. Diles entonces a entender por señas que necesitábamos agua, y por todos los medios que pude imaginar me esforcé por convencerlos de que no queríamos hacerles daño; hiciéronnos señas con los brazos, señas que yo deseaba interpretar como de invitación; pero al tratar de acercar el bote vinieron de nuevo a estorbarlo. Uno parecía ser un joven de diez y nueve a veinte años, y el otro, un hombre maduro; como no tenía otro recurso que emplear, disparé un mosquete al aire. Al ver esto el más joven dejó caer un paquete de lanzas sobre la roca; pero cambiando de intención al instante volvió a recogerlas con gran prisa; nos tiraron una piedra, y en vista de esto ordené que se les disparase un tiro de mosquete con postas, que

hirió al más viejo en las piernas; echó a correr inmediatamente hacia una de las casas, que se hallaba a cien yardas; creímos terminada la contienda y desembarcamos acto seguido; pero no habíamos hecho más que dejar el bote cuando volvió, y comprendimos entonces que sólo había abandonado la roca para buscar un escudo de defensa. Tan pronto como subió de nuevo nos arrojó una lanza y otra su compañero; ambas cayeron sobre el pelotón que formábamos, mas sin herir a nadie, por fortuna. Disparóseles un tercer tiro de perdigón, y uno de ellos nos arrojó otra lanza, inmediatamente después de lo cual echaron a correr; de haberlos perseguido, seguro es que habríamos podido apoderarnos de uno de ellos; mas como advirtiese míster Banks que las lanzas podían estar envenenadas, juzgué imprudente aventurarme a penetrar en los bosques. Encamináeeonos a las chozas, en una de las cuales encontramos a los niños, que se habían escondido detrás de un escudo y alguna corteza; nos asomamos un poco, pero los dejamos en su retiro sin que supieran que los habíamos descubierto, y al salir de la vivienda dejamos algunas cuentas, cintas, trozos de paño y otros presentes, que esperamos habrían de procurarnos la simpatía de los moradores cuando volvieran; pero las lanzas que por allí encontramos las recogimos todas, y nos llevamos cincuenta; tenían de seis a quince pies de longitud y todas ellas se hallaban provistas de puntas o arpones, cada uno de los cuales se hallaba guarnecido de una espina muy aguda; observamos que se hallaban untadas de una substancia viscosa de color verde, lo que vino a corroborar la presunción de que estuvieran emponzoñadas, aunque luego descubrimos el error: por las algas que encontramos adheridas vinimos a entender que se habían usado para la pesca. Al examinar las canoas que había en la orilla observamos que eran las peores que habíamos visto: tenían de doce a catorce pies de longitud y estaban fabricadas de una pieza con

la corteza de un árbol, atado por los extremos y separado en su parte media por travesaños de una a otra borda. Buscamos agua dulce, pero no la encontramos, como no fuera la de un pequeño hoyo abierto en la arena.

Luego de embarcar en nuestro bote depositamos nuestras lanzas en el navío, y nos dirigimos después a la punta norte de la bahía, donde viéramos a varios indios en el momento de nuestra entrada; pero la encontramos desierta. Aquí, sin embargo, encontramos agua dulce, que brotaba de las rocas y formaba charcos en las depresiones del terreno; pero su situación hacía difícil el abastecimiento.

Domingo 29.

Por la mañana envié una partida de hombres a la parte de la costa en que primero habíamos desembarcado, con orden de abrir hoyos en la arena para que en ellos viniera el agua a depositarse; pero al ir yo a tierra con otros varios poco después, practicando un reconocimiento más cuidadoso, descubrimos un arroyuelo más que suficiente para nuestro objeto.

Al visitar la choza en que habíamos visto a los niños nos contrarió grandemente el observar que las cuentas y las cintas que dejáramos allí la noche anterior no habían sido tocadas y que no se veía ningún indio.

Después de enviar a tierra unos cuantos toneles vacíos y de dejar a un grupo de hombres cortando madera, fuí yo en la pinaza a sondar y reconocer la bahía; durante mi excursión vi a varios indios, pero todos huyeron al acercarme yo. En uno de los lugares en que desembarqué encontré varias pequeñas hogueras en las que se cocían mariscos frescos; también encontré allí las ostras más grandes que he visto en mi vida.

En cuanto los leñadores y aguadores volvieron al navío para comer, diez o doce de los naturales bajaron al lugar y miraron los toneles con gran atención y cu-

riosidad, pero no los tocaron; retiraron las canoas que estaban cerca del atracadero y desaparecieron de nuevo. Por la tarde, cuando nuestra gente volvió a tierra, diez y seis o diez y ocho indios, todos armados, acercáronse audazmente a cien yardas de ellos y se detuvieron; dos avanzaron un poco más, y Mr. Hicks, que mandaba con otro el grupo de tierra, salió a su encuentro mostrándoles los presentes en tanto que se aproximaba, y dándoles a entender su amistosa disposición por todas las señas que se le ocurrieron; pero no obtuvo resultado alguno, porque antes de que pudiera subir se retiraron ellos y a nada hubiera conducido perseguirlos. Por la tarde fuí con Mr. Banks y el Dr. Solander a una cala arenosa del norte de la bahía, donde en tres o cuatro redadas cogimos más de tres cwt. de pescado, que fué equitativamente distribuído entre la tripulación.

Lunes 30.

A la mañana siguiente, antes de romper el día, bajaron los indios a las viviendas que daban frente al navío, y se los oyó gritar varias veces. No bien se hizo la luz, vióseles andar por la playa, y poco después se retiraron a los bosques, en los que encendieron varias hogueras a una milla de la costa.

Fueron los nuestros a tierra, como de costumbre, y con ellos Mr. Banks y el Dr. Solander, que se dirigieron a los bosques en busca de plantas. Nuestros hombres, que se hallaban ocupados en coger hierba y que se habían separado un tanto del grueso de la gente, vieron venir hacia ellos un grupo de catorce o quince indios armados de palos, que al decir del sargento de los guardias marinas brillaban lo mismo que mosquetes. Al verlos acercarse los que estaban recogiendo hierba, se congregaron y se dirigieron adonde estaba el resto de la gente. Envalentonados los indios por esta apariencia de fuga, los persiguieron; detuviéronse, sin embargo, a unas doscientas yardas, y después de lanzar

varios gritos se volvieron a los bosques. Bajaron otra vez por la tarde, en la misma disposición; detuviéronse a cierta distancia, gritaron y se retiraron. Seguíles yo solo y sin armas hasta una distancia considerable a lo largo de la costa; pero no pude lograr que se detuvieran.

En este día tomó Mr. Green la altura del sol meridiano, junto a la entrada sur de la bahía, y obtuvo la latitud de 34° S. La declinación de la aguja fué de 11° 3' E.

Mayo. — *Martes 1.*

Por la mañana temprano fué enterrado junto al lugar de la aguada el cuerpo de Forby Sutherland, que muriera en la tarde precedente, y por esta razón di a la punta sur de la bahía el nombre de Punta Sutherland. También resolví en este día hacer una excursión al interior del país. Míster Banks, el Dr. Solander y yo, con otros siete, convenientemente equipados para la expedición, nos pusimos en marcha, dirigiéndonos primero a las chozas cercanas al lugar de la aguada, adonde continuaban acudiendo todos los días algunos indios; y aunque los pequeños regalos que allí dejáramos antes no habían sido retirados, dejé otros un poco más valiosos, que consistían en paño, espejos, peines y cuentas, encaminándonos después al interior. Encontramos el suelo pantanoso en unas partes y arenoso en otras, y el aspecto del terreno ofrecía una hermosa variedad de bosques y prados. Los árboles son todos altos, rectos y carecen de maleza en torno, hallándose situados a tal distancia uno de otro que todo el país, o por lo menos aquella parte en que las charcas no hacían impracticable el cultivo, podía admitir los trabajos agrícolas sin cortar ninguno de los árboles. Entre éstos se halla el terreno cubierto de hierba, de la que hay gran abundancia, formando matas de un tamaño tal que pueden abarcarse con la mano y que están muy próximas.

Vimos muchas viviendas y lugares en los que habían dormido sobre la hierba sin ningún resguardo; pero sólo vimos a un indio, que echó a correr en cuanto nos descubrió.

En todos los puntos que visitamos dejamos regalos, confiando en que a la postre habrían de granjearnos la amistad y simpatía de los naturales. Vimos fugazmente a un cuadrúpedo próximamente del tamaño de un conejo; el galgo de Mr. Banks, que vino con nosotros, le persiguió, y hubiérale atrapado de no haber encojado a poco de echar a correr, tropezando contra el tronco de un árbol que se hallaba escondido entre los altos hierbajos. Vimos después el excremento de un animal que paciera sobre la hierba, y que juzgamos no pudiera ser otro que un venado, y las huellas de otro, cuya pesuña se asemejaba a la de un perro y que debía de tener el tamaño de un lobo; descubrimos también la pista de un animal pequeño, cuyo pie se parecía al de una comadreja. Los árboles abundaban en pájaros de diversas especies, entre los cuales había muchos de gran belleza, especialmente oropéndolas y verderones, que volaban en bandadas de varios cientos. Hallamos algún bosque que había sido talado por los naturales por medio de un instrumento romo, y otros en los que los árboles habían sido descortezados. No eran muy numerosas las especies arbóreas; entre otras, veíase una cuyo tronco robusto segregaba una goma poco diferente del *sanguis draconis*, y en algunos de ellos vimos peldaños tallados de tres en tres pies para facilitar el ascenso.

Regresamos de esta excursión entre las tres y las cuatro de la tarde, y después de comer a bordo volvimos al lugar de la aguada, donde los hombres se ocupaban en llenar los toneles. Míster Gore, el segundo teniente, había sido enviado por la mañana en un bote para dragar ostras al principio de la bahía; terminado el servicio, haciéndose acompañar de un oficial y despidiendo

al bote, se encaminó por tierra al lugar de la aguada. En el trayecto que hizo encontró un grupo de veintidós indios, que le siguieron, acercándosele a veces hasta veinte yardas; al verlos tan cerca, Mr. Gore se detuvo y les hizo frente, con lo cual ellos se detuvieron, y cuando echó a andar de nuevo continuaron los indios en su seguimiento; no le atacaron, sin embargo, a pesar de hallarse todos armados de lanzas, y tanto él como el oficial llegaron a la aguada sanos y salvos. Los indios, que habían abandonado su persecución, al divisar el grupo que formaban los nuestros hicieron alto a la distancia de un cuarto de milla y allí se quedaron. Míster Monkhouse y dos o tres de los aguadores dieron en la idea de marchar hacia ellos; pero al ver que los indios permanecían donde estaban, a pesar de que iban acercándose más y más, se vieron sobrecogidos los nuestros por un temor repentino, muy común en los atropellados, y se retiraron más que aprisa; este paso, cuyo resultado no fué otro que el de acercarles el peligro que trataban de eludir, envalentonó a los indios, y adelantándose tres o cuatro, dispararon sus jabalinas sobre los fugitivos, con tal fuerza, que alcanzaron una distancia de cuarenta yardas y que cayeron entre ellos. Como los indios no perseguían a los nuestros, habiendo éstos recobrado su ánimo, se detuvieron para recoger las lanzas que habían caído en torno de ellos, y al ver esto los indios empezaron a retroceder. Llegué en este preciso momento con Mr. Banks, el Dr. Solander y Tupia, y deseoso de convencer a los indios tanto de que no los temíamos como de que no tratábamos de hacerles daño alguno, avanzamos hacia ellos haciéndoles señas de invitación y súplica; pero no hubo manera de persuadirlos de que esperaran nuestra llegada. Míster Gore nos dijo que había visto algunos en el interior de la bahía que le habían invitado por señas a desembarcar, cosa que él, con gran prudencia, había rehusado.

Miércoles 2.

La mañana del siguiente día fué tan lluviosa que todos nos alegramos de permanecer a bordo. Aclaró, sin embargo, por la tarde e hicimos otra excursión hacia el S., siguiendo la orilla del mar. Desembarcamos, y Mr. Banks y el Dr. Solander cogieron muchas plantas; pero aparte de esto no vimos nada curioso. Al entrar por primera vez en los bosques, encontramos a tres indios, que huyeron al instante; algunos más vieron los nuestros; pero todos desaparecieron con gran precipitación al verse descubiertos. Por la audacia desplegada por esta gente con ocasión de nuestro primer desembarco y por el terror que después los sobrecogía al vernos, parece que se hallaban intimidados por nuestras armas de fuego; y no es que tuviéramos razón alguna para creer que nuestras descargas de perdigones hubieran hecho mucho daño a aquellos sobre quienes nos habíamos visto obligados a disparar cuando nos atacaran al salir del bote; pero no era improbable que hubieran visto los efectos de ellas desde sus puestos de espionaje, sobre los pájaros que habíamos matado. Tupia, que se había hecho ya un buen tirador, solía escaparse para tirar a los papagayos, y nos había contado que hallándose una vez en esta caza había encontrado a nueve indios, que al verle corrieron llenos de confusión y de terror.

Jueves 3.

Al día siguiente, doce canoas, en cada una de las cuales había un hombre, vinieron hacia el lugar de la aguada y permanecieron a media milla bastante tiempo; estuvieron pescando con lanza, en cuya ocupación, de la misma manera que los que viéramos en ocasión anterior, se absorbieron en tal forma que no parecían mirar otra cosa. Ocurrió, sin embargo, que un grupo de los nuestros salió de cacería por aquel lugar, y uno

de los indios, cuya curiosidad habíase al cabo despertado al ver las escopetas, fué visto por Mr. Banks varar su canoa en la playa y encaminarse hacia donde estaban los cazadores; se volvió un cuarto de hora después, se embarcó en su canoa y marchó en busca de sus compañeros.

Este incidente parece autorizar la conjetura de que los naturales habían llegado a conocer el poder destructor de nuestras armas de fuego sin que nosotros nos diéramos cuenta, porque este hombre no había sido descubierto por ninguno de los que formaban el grupo cuyas operaciones había estado observando.

En tanto que Mr. Banks se ocupaba en recoger plantas junto al lugar de la aguada, fuí yo con el Dr. Solander y Mr. Monkhouse hacia el interior de la bahía, con objeto de reconocer aquella parte del país y realizar otras tentativas para entablar relación con los naturales. Durante la excursión encontramos once o doce pequeñas canoas tripuladas por sendos hombres, probablemente los mismos que luego vimos en la costa, y que se acercaron a tierra al vernos llegar. Encontramos a otros indios en la costa la primera vez que desembarcamos, que inmediatamente tomaron sus canoas y se alejaron remando. Nos internamos algún tanto, y el aspecto del terreno en nada se diferenció del que hemos descrito ya; pero el suelo era mucho más rico, porque en vez de arena encontré una capa de tierra obscura bastante profunda que juzgué muy adecuada para la producción de toda clase de cereales. En las selvas hallé un árbol cuyo fruto recordaba a la cereza por su forma y color; el jugo era de un agrio gustoso, pero carecía de aroma. Vimos también de cuando en cuando hermosísimas praderas; en algunos puntos presentábase el terreno rocoso, pero eran escasos; la piedra es arenisca y podía usarse ventajosamente para la construcción. Cuando regresamos al bote vimos humo por otra parte de la costa, y hacia ella nos encamina-

mos, con la esperanza de hallar gente; pero también huyó al ver que nos aproximábamos. Encontramos cerca de la playa seis pequeñas canoas y seis hogueras con algunos mariscos que en ellas se tostaban, y unas cuantas ostras; esto nos hizo pensar que en cada canoa había estado un hombre, que luego de coger algún marisco había desembarcado para comérselo y que cada uno había hecho una hoguera separada con tal objeto; probamos su comida y les dejamos en cambio hilos de abalorios y otras cosas que creímos habrían de agradarles. Al pie de un árbol de aquel lugar hallamos una fuentecilla de agua dulce, alimentada por un manantial, y como el día se había consumido casi por completo, regresamos al navío. Por la tarde Mr. Banks hizo una leve excursión con su escopeta, y encontró tantas codornices semejantes a las de Inglaterra, que podía haber matado cuantas hubiera querido; pero su objetivo era la variedad más que el número.

Viernes 4.

A la mañana siguiente, como el viento no me permitía hacerme a la vela, mandé que fueran a tierra varios grupos para que trataran de entrevistarse con los naturales. Un oficial que figurara en uno de los grupos, habiéndose apartado largo trecho de sus compañeros, se encontró con un anciano, una mujer y unos cuantos niños pequeños; estaban sentados debajo de un árbol al lado del agua, y ninguna de las partes vió a la otra hasta que estuvieron juntos; los indios mostraron temor, pero no trataron de huír. El hombre no tenía otra cosa que darles que un papagayo que había matado; se lo ofreció; pero ellos lo rehusaron por miedo o por aversión. Poco tiempo estuvo a su lado, porque vió que varias canoas se hallaban pescando cerca de la playa, y hallándose solo temió que saltaran a tierra para atacarle; dijo que aquellas gentes tenían una tez muy obscura, pero no negra; que el hombre y la mujer pare-

cían ser muy viejos, pues ambos tenían el cabello gris; que el cabello del hombre estaba enmarañado y que su barba era larga y descuidada; el cabello de la mujer era corto, y que tanto el uno como el otro estaban completamente desnudos. Míster Monkhouse, el cirujano, y uno de los hombres que estuvieron en el grupo que recorrió las inmediaciones de la aguada, se separaron también de sus compañeros, y al salir de una espesura vieron a seis indios que estaban reunidos a cincuenta yardas de ellos. Uno pronunció una palabra en tono muy fuerte, que se supuso fuera una señal, porque inmediatamente partió hacia los nuestros, desde el bosque, una jabalina, que estuvo a punto de hacer blanco. Cuando los indios vieron que había marrado el golpe huyeron con la mayor precipitación; pero al volver Mr. Monkhouse al lugar de donde había sido lanzada la jabalina vió a un joven indio, como de diez y nueve a veinte años, bajar de un árbol y echar a correr con tal velocidad que hizo imposible la persecución. Míster Monkhouse era de opinión de que había sido espiado por aquellos indios al atravesar la espesura, y que el joven había quedado escondido en el árbol para arrojarle la lanza al avisarle los otros que pasaba cerca; pero fuera como fuera, no podía dudarse de que el joven era quien había lanzado la jabalina.

Por la tarde me encaminé con otros varios a la costa norte, y mientras que algunos de los nuestros tendían la red, recorrimos nosotros varias millas, siguiendo después la dirección de la costa. Encontramos este lugar desprovisto de bosque y algo semejante a los marjales de Inglaterra; la superficie del suelo hallábase, sin embargo, cubierta de unas plantas finas que llegaban a las rodillas; las colinas cercanas a la costa eran bajas; pero detrás de ellas se levantaban otras cuya altura iba aumentando a medida que se alejaban de la costa en sucesivas cadenas, hallándose separadas unas de otras por lagunas y pantanos. Cuando regresamos al bote

nos encontramos con que nuestra gente había cogido en la red gran cantidad de pececillos que se conocen en las Indias Occidentales, y a los que llaman nuestros marineros *Leather jackets* (chaquetas de cuero) por el espesor de su piel. Había yo enviado al segundo teniente en la yola para pescar con arpón, y al regresar al navío supe que también había sido afortunado. El había observado que las grandes rayas, de las que hay mucha abundancia en la bahía, seguían la marea alta hasta las aguas poco profundas; aprovechó, en vista de eso, la oportunidad de la marea y acertó a varias que nadaban en dos o tres pies de agua: una de ellas pesó nada menos que ciento cuarenta libras después de sacarle las entrañas.

Sábado 5.

A la mañana siguiente, como el viento siguiera soplando del N., envié de nuevo a la yola, y se mató una más grande aún, porque después de sacarle las entrañas pesó trescientas treinta y seis libras.

La gran cantidad de plantas que Mr. Banks y el doctor Solander habían recogido en este lugar me indujo a darle el nombre de Bahía Botany (1). Está situada en la latitud de 34° S. y en la longitud de 208° 37' O. Es segura, espaciosa, cómoda y puede ser reconocida por la tierra de la costa del mar, que es llana casi y de altura moderada, más alta en general que hacia el interior, con abruptos acantilados rocosos cerca del mar, que ofrecen la apariencia de una larga isla pegada a la costa. El puerto se halla hacia la parte media de esta tierra, y al aproximarse viniendo del S. se descubre antes de que el barco llegue a su altura; pero no se descubre tan pronto cuando se llega del N. La entrada tiene poco más de un cuarto de milla de anchura y la línea

(1) En la costa oriental de Australia. *(Nota de la edición española.)*

de las puntas tiene la dirección ONO. Para entrar es preciso bordear la costa S. hasta que llega el navío a un islote desnudo que se halla junto a la orilla N.; por la parte de adentro de esta isla la mayor profundidad por ese lado es de siete brazas, disminuyendo a cinco un poco más arriba. A considerable distancia de la orilla sur hay un bajo que corre desde el interior de la punta sur hasta la parte más interior del puerto; pero hacia la costa norte y noroeste hay un canal de doce a catorce pies en la marea baja, de una longitud de tres o cuatro leguas y que llega hasta un punto en que hay tres o cuatro brazas; pero encontré en la ensenada muy poca agua dulce. Anclamos junto a la costa sur, a una milla de la entrada, con miras a la ventaja de hacernos a la vela con viento S. y por haber juzgado yo esta situación conveniente para la aguada; pero después encontré un hermoso arroyo en la costa norte en la primera cala arenosa cercana a la isla, ante la cual puede un barco permanecer rodeado de tierra y repostarse con abundancia tanto de madera como de agua. Por todas partes hay abundancia de madera; pero solo vi dos clases de ella que pudieran considerarse adecuadas a la construcción. Aquellos árboles son tan gruesos o más gruesos que los robles ingleses y alguno de ellos era muy semejante; se trata de la especie que destila la goma rojiza parecida al *sanguis draconis*, y la madera es pesada, dura y de coloración obscura, como el *lignum vitæ;* los otros árboles son altos y rectos, ofreciendo analogías con el pino, y su madera, que tiene cierta semejanza con la de la encina americana, es dura y pesada también. Hay algunos arbustos y varias especies de palmeras; también se encuentran en abundancia hacia el fondo de la bahía los manglares. El terreno es llano en general, poco elevado y se halla cubierto de bosque hasta lo que pudo alcanzar nuestra vista. Las selvas, según he observado ya, abundan en aves de gran belleza, sobresaliendo la familia

de los papagayos; encontramos también lechuzas exactamente iguales a las de Inglaterra. Hacia el fondo de la ensenada, en el que hay extensas llanuras de arena y légamo, se ven muchas aves acuáticas, la mayoría de las cuales nos eran completamente desconocidas.

Una de las más notables era blanca y negra, mucho más grande que un cisne y análoga, por su forma, a un pelícano. Sobre aquellos bancos de arena y cieno se encuentran en abundancia ostras, moluscos y pechinas, que parecen constituír el principal sustento de los habitantes, que se van con sus canoas hacia los bajos y los cogen con las manos. No vimos que comieran ninguno crudo, ni van siempre a tierra a prepararlos, porque tienen fuego en sus canoas para tal objeto. No se alimentan, sin embargo, solamente de esto, sino que cogen una gran variedad de pescados, algunos de los cuales pescan con arpones, y otros con anzuelos y sedales. Todos los habitantes que vimos estaban completamente desnudos; no parecían ser numerosos ni vivir en sociedades; sino que, como los demás animales, estaban distribuídos a lo largo de la costa y por las selvas. Acerca de su modo de vivir, sin embargo, fué poco lo que pudimos averiguar, ya que no logramos tener con ellos la menor relación; después del primer encuentro, con ocasión de nuestro desembarco, no volvieron a acercarse bastante para que fuera posible parlamentar, ni tampoco tocaron un solo artículo de los que dejamos en sus chozas y en los lugares por ellos frecuentados, con intención de que se los llevaran.

Durante mi estancia en este puerto hice ondear la bandera inglesa todos los días en tierra y que se inscribiera en uno de los árboles inmediatos al lugar de la aguada el nombre del barco y el número del año.

La pleamar es a las ocho en los plenilunios y en los cambios, y la diferencia de altura de las aguas alcanza de cuatro a cinco pies.

CAPÍTULO II

Recorrido desde Bahía Botany a Bahía Trinity, continuando la descripción del país y de sus habitantes y producciones.

Mayo. — *Domingo 6.*

El domingo 6 de mayo, al amanecer, zarpamos de Bahía Botany con ligera brisa del NO., que no tardó en correrse al S., dirigiéndonos por la costa al NNE., y a mediodía nuestra latitud, por observación, fué de 33° 50' S. A esa hora estuvimos a dos o tres millas de tierra y frente a una ensenada o puerto en la que parecía haber buen anclaje, y a la que llamé Puerto Jakson. Hállase esta ensenada tres leguas al norte de Bahía Botany; la declinación, deducida por varios acimutes, pareció ser de 8° E. Al anochecer, la tierra más septentrional que divisábamos marcaba N. 26° E., y un trozo de costa quebrada, que parecía formar una ensenada, marcaba N. 40° O. a cuatro leguas. Esta bahía, que está en la latitud de 33° 42', recibió el nombre de Bahía Broken (Bahía Quebrada). Seguimos por la costa con dirección NNE. toda la noche, conservándonos a unas tres leguas de tierra, y con treinta y dos a treinta y seis brazas de agua y fondo duro arenoso.

Lunes 7. — Martes 8.

El 7, poco después de salir el Sol, tomé varios acimutes con cuatro agujas de la brújula de acimut, obteniendo como resultado medio la declinación de 7° 56' E. A mediodía nuestra latitud, por observación,

fué 33° 22' S. Estuvimos a tres leguas de tierra; la más septentrional que se hallaba a la vista marcaba N. 19° E., y unas tierras que se proyectaban sobre el mar en tres puntas redondas, y a las que di por esta razón el nombre de Cabo Tres Puntas, marcaban SO. a cinco leguas. Nuestra longitud, contada desde Bahía Botany, era 19' E. Por la tarde vimos humo en varios puntos de la costa, y a hora más avanzada hallamos la declinación de 8° 25' E. A esta hora estuvimos a dos o tres millas de la costa, con veintiocho brazas, y al mediodía siguiente no habíamos adelantado un paso hacia el N. Nos alejamos de tierra con vientos del NE. hasta las doce de la noche, y a cinco leguas tuvimos setenta brazas; a seis leguas, 80, que es la extensión que abarcaron los sondeos; porque a diez leguas no dimos fondo con ciento cincuenta brazas de cable.

Jueves 10. — Viernes 11.

Con viento NE. hasta la mañana del 10 continuamos haciendo bordadas, sin que cambiara nuestra situación en otros respectos; pero un ramalazo del SO. nos permitió avanzar por la costa bastante hacia el N. Al amanecer, nuestra latitud fué de 33° 2' S., y la declinación, 8° E. A las nueve de la mañana pasamos frente a un monte muy visible, algo internado en la costa y parecido al casquete de un sombrero, y a mediodía nuestra latitud, por observación, fué de 32° 53' S., y nuestra longitud, 208° O. Estuvimos a dos leguas de la costa, que se extendía de N. 41° E. a S. 41° O., y una roca redonda de regular tamaño, o más bien una isla, que yace junto a tierra, marcaba S. 82 O. a una distancia de tres o cuatro leguas. A las cuatro de la tarde pasamos a cosa de una milla de una baja punta rocosa, a la que llamé Punta Stephens, al norte de la cual se ve un brazo de mar, al que di el nombre de Puerto Stephens: este brazo, visto desde el mayor, me pareció abrigado de los vientos. Se halla en la latitud

de 32° 40', en la longitud de 207° 51' y en su entrada hay tres islas pequeñas, dos de las cuales son altas; y en la tierra firme, cerca de la orilla, hay unas colinas redondas y elevadas, que parecían islas desde lejos.

Al pasar frente a esta bahía, a dos o tres millas de distancia, acusaron nuestros sondeos de treinta y tres a veintisiete brazas, de lo cual deduje que debía haber dentro suficiente calado. En la tierra, a poca distancia, vi humo en varios puntos, y a las cinco y media la tierra más septentrional que se veía marcaba N. 36° E., y Punta Stephens, SO. a cuatro leguas. Nuestros sondeos nocturnos dieron de cuarenta y dos a cuarenta y ocho brazas a tres y cuatro leguas de distancia de la costa, que formaba dos promontorios. Esta punta fué denominada Cabo Hawke; está en la latitud de 32° 14' S. y en la longitud de 207° 30' O., y a las cuatro de la mañana marcaba O. a ocho millas próximamente; al mismo tiempo la tierra más septentrional que se divisaba marcaba NE. y parecía ser una isla. A mediodía señalaba esta tierra N. 8° E.; la más septentrional que se veía, N. 13° E., y Cabo Hawke, S. 37° O. Nuestra latitud, por observación, fué de 32° 2' S. y probaba que nos hallábamos doce millas más al S. de lo que indicaba la corredera; era, pues, probable que hubiera una corriente en tal dirección. Por la amplitud y el acimut de la mañana se calculó una declinación de 9° 10' E. Durante nuestra ruta costera de la tarde vimos humo en varios puntos cercanos a la playa, y una de las humaredas se vió sobre la cima de una montaña, siendo la primera que habíamos visto en terreno tan elevado desde nuestra llegada a la costa. Al ponerse el Sol teníamos veintitrés brazas a legua y media de la costa; la tierra más septentrional marcaba N. 13° E., y tres colinas de gran altura y sección horizontal, que se hallaban muy próximas una de otra y cercanas a la playa, NNO. Como aquellos cerros presentaban gran semejanza mutua recibieron el nombre de los Tres Hermanos. Están en la

latitud de 31° 40' y son visibles desde catorce o diez y seis leguas. Navegamos al NE. N. durante la noche, con calado variable de veintisiete a setenta y siete brazas y a una distancia de la costa de dos a seis leguas.

Al romper el día tomamos rumbo N., enfilando la tierra más septentrional que veíamos. A mediodía estuvimos a cuatro leguas de tierra y en la latitud de 31° 18' S., deducida por observación, que nos demostró hallarnos quince millas más al S. de lo que indicaba la corredera; la longitud fué de 206° 58' O. Por la tarde fuimos hacia tierra, en varios puntos de la cual vimos humaredas hasta las seis, en que, hallándonos a tres o cuatro millas y en veinticuatro brazas de agua, navegamos hacia fuera con fresca brisa del N. y NNO. hasta media noche, en que tuvimos ciento diez y ocho brazas a ocho leguas de tierra y viramos. A las tres de la madrugada se corrió el viento al O., y con él viramos y nos dirigimos hacia el N. A mediodía nuestra latitud, calculada por observación, fué de 30° 43' S., y la longitud, de 206° 45' O. A esta hora estuvimos a tres y cuatro leguas de la costa, cuya extremidad norte visible marcaba N. 13° O., y una punta o promontorio en que vimos hogueras de las que se desprendía gran cantidad de humo, O. a cuatro leguas. Di a esta punta el nombre de Cabo Smokey (Humoso); es de considerable altura y redonda en su cúspide; cerca de ella, y más hacia el interior de la tierra, hay otras dos mucho más altas y extensas, siendo muy bajo el terreno inmediato. Nuestra latitud fué de 30° 31' S., y la longitud, de 206° 54' O.; en tal día la latitud, que se calculó por observación, sólo difería cinco millas al S. de lo que indicaba la corredera. Vimos humo en varios sitios a lo largo de la costa, además del que se observara en Cabo Smokey.

Por la tarde hicimos varias bordadas a favor del viento NE., y a tres o cuatro millas de la costa, y sondamos treinta brazas; después, con viento de tierra, na-

vegamos hacia el N., teniendo de veintiuna a treinta brazas a cuatro o cinco millas.

Lunes 14.

A las cinco de la mañana se corrió el viento al N. y sopló fuerte, acompañado de ráfagas huracanadas; a las ocho empezó a tronar y llover, y al cabo de una hora vino la calma, que aprovechamos para sondar, hallando ochenta y seis brazas a cuatro y cinco leguas de la costa; poco después saltó vendaval del S., con el que nos dirigimos al NE. en demanda de la tierra más septentrional que a la vista teníamos. A mediodía estuvimos a cuatro leguas de la costa y, según la observación, en la latitud de 30° 22', o sea nueve millas más al S. de lo que indicaban nuestros cálculos, y en la longitud de 206° 39' O. Unas tierras cercanas a la costa, de gran altura, marcaban O.

Martes 15. — Miércoles 16.

Conforme avanzábamos hacia el N. desde Bahía Botany la tierra iba aumentando gradualmente de altitud: de manera que por la latitud en que nos encontrábamos podía considerarse montuoso el terreno. Entre esta latitud y la de la bahía se presenta una grata variedad de montes, valles y planicies, todos cubiertos de bosque, cuyo aspecto era semejante a los que ya se han descrito concretamente; la tierra cercana a la costa es en general baja y arenosa, con excepción de la de las puntas, que es rocosa, y sobre muchas de las cuales se ven elevados cerros que se alzan bruscamente desde el agua y que parecen islas. Por la tarde se interpusieron entre la tierra y nosotros varias pequeñas islas rocosas, la más meridional de las cuales tenía una latitud de 30° 10', y la más septentrional, 29° 58', hallándose próximamente a dos leguas de tierra; a dos millas de la isla más septentrional, y en la parte del mar, tuvimos treinta y tres brazas de agua. Aprovechando la luna, seguimos

la costa toda la noche en las direcciones N. y NE., caminando siempre a unas tres leguas de tierra y con veinte o veintidós brazas de agua. En cuanto amaneció desplegamos todas las velas que pudimos, pues reinaba viento fuerte, y a las nueve de la mañana, hallándonos a una legua de tierra, divisamos humaredas en varios puntos, y valiéndonos de nuestros anteojos vimos a unos veinte indios, con sendos fardos sobre sus espaldas, que supusimos fueran de hojas de palmeras para las techumbres de sus viviendas. Seguimos observándolos por espacio de una hora, durante la cual continuaron su marcha por la playa y subieron una senda que remontaba con suave pendiente una colina, tras de la cual se ocultaron; ninguno de ellos se detuvo para mirarnos; antes al contrario, prosiguieron su camino sin denotar curiosidad ni sorpresa, aunque era imposible que no hubieran visto el barco al echar cualquier ojeada en tanto que marchaban por la costa; y eso que el barco debía constituír para ellos un objeto de contemplación no menos estupendo y maravilloso que para nosotros una montaña flotante con todos sus bosques. A mediodía nuestra latitud, por observación, fué 28° 39' S., y la longitud, 206° 27' O. Una alta punta, a la que llamé Cabo Byron, marcó NO. O. a tres millas. Se halla en la latitud de 28° 37' 30" S., en la longitud de 206° 30' O. y puede ser reconocida por una montaña de pico muy agudo que hay más hacia el interior y que marcaba NO. O. Desde esta punta se extiende la tierra en dirección N. 13° O.; la tierra hacia el interior es elevada y montuosa, pero baja en las inmediaciones de la costa, y hacia el sur de la punta es también llana y baja. Continuamos bordeando la costa, con fresca brisa, hasta el anochecer, en que descubrimos de pronto unos rompientes a proa, enfilados sobre la ruta del navío y a babor. Entonces estábamos a cinco millas de tierra y teníamos veinte brazas de calado; navegamos hacia el E. hasta las ocho, hora en que habíamos avan-

zado ocho millas y aumentado el calado a cuarenta y cuatro brazas; pusímonos entonces a la capa con proa al E., y así permanecimos hasta las diez, en que, hallándonos con setenta y ocho brazas, viramos y nos pusimos a la capa con la proa a tierra hasta las cinco de la mañana; hicímonos entonces a la vela, y al salir el Sol nos vimos sorprendidos al ver que nos encontrábamos más hacia el S. de lo que estuviéramos la noche anterior, no obstante haber reinado viento S. y soplado fuerte toda la noche; también volvimos a encontrar los rompientes, que salvamos a una legua de distancia. Se hallan en la latitud de 28° 8' S. y se extienden mar afuera desde una punta de tierra junto a la cual hay una pequeña isla. Pueden reconocerse también por el monte picudo que acaba de mencionarse, y que marca SO. O. con relación a la sirte, y al que por esta razón denominamos Monte Warning (Aviso). Hállase siete u ocho leguas tierra adentro, en la latitud de 28° 22' S. La tierra circundante es elevada y montuosa; pero aquél es suficientemente visible para que se le distinga entre todos los demás accidentes. La punta de esta parte del rompiente fué llamada Punta Danger (Peligro). Al norte de esta punta la tierra es baja y se extiende al N. OE., pero no tarda en tomar una dirección N. más marcada.

Jueves 17.

A mediodía estábamos a dos leguas de tierra y, por la observación, en la latitud de 27° 46' S., es decir, diez y siete millas más al S. de lo que señalaba la corredera. La longitud era de 206° 26' O., Monte Warning marcaba S. 260° a catorce leguas, y N. la tierra más meridional que se hallaba a la vista. Proseguimos nuestra ruta costera a unas dos leguas de tierra, en dirección N. 66°,15 E., hasta las cuatro o las cinco de la tarde, en que descubrimos un rompiente a babor. El calado era de treinta y cinco brazas, y al obscurecer,

la tierra que a mediodía se nos presentara como la más septentrional, que formaba una punta, y a la que di el nombre de Punta Look-out (Vigía), marcaba O. a cuatro o cinco millas; NO. la tierra más septentrional en este momento, y el rompiente, NO. O. La latitud de Punta Look-out era de 27° 6'. Al norte de esta punta forma la costa una ancha bahía, a la que llamé Bahía Moreton, y hacia el fondo de la cual hay una tierra tan baja que apenas si pude divisarla desde lo alto del mayor. Los rompientes se encuentran a tres o cuatro millas de Punta Look-out, y en aquel momento batía sobre ellos una fuerte marejada del S.

Continuamos hacia el NNE. hasta las ocho, en que, habiendo doblado los rompientes y aumentado el calado, nos pusimos a la capa hasta media noche, en que de nuevo tomamos el rumbo NNE. A las cuatro de la mañana teníamos ciento treinta y cinco brazas de agua y al amanecer nos dimos cuenta de que durante la noche habíamos avanzado al N. y alejádonos de tierra más de lo que suponíamos, dada la ruta que llevábamos, pues nos encontrábamos a siete leguas de la costa, por lo menos; me corregí hacia NOO., por tanto, con fresca brisa del SSO. La tierra más septentrional de la noche anterior marcaba ahora SSO. a seis leguas, y fué designada con el nombre de Cabo Moreton por ser la punta norte de la Bahía Moreton; su latitud es de 26° 56', y su longitud, de 206° 28'. Desde Cabo Moreton toma la costa una dirección O. hasta donde la vista alcanza, y por haber en esta porción de litoral un espacio en el que no se descubría tierra y haber observado algunos que el mar adquiría una tonalidad más pálida, formamos la opinión de que desembocaba un río al fondo de la Bahía Moreton. Teníamos entonces treinta y cuatro brazas y buen fondo de arena; esto sólo bastaba para producir el cambiante observado en el color del agua, y no era preciso admitir la existencia de un río en el fondo de la bahía para explicar el he-

cho de que por allí no se descubriese la tierra, pues suponiendo que el terreno fuese en aquellas inmediaciones tan bajo como el que observáramos en otras cien regiones de la costa, hubiera sido imposible percibirlo, dada la situación del navío; mas por si algún futuro navegante se decidiera a resolver la cuestión de si hay o no un río en aquel lugar, cuestión que nosotros no pudimos aclarar a causa del viento, advertiremos que la situación del punto puede reconocerse siempre por tres montes que se levantan al norte del mismo, en la latitud de 26° 53'. Tales montes se hallan algo internados y muy próximos uno a otro; hácense notar por la forma singular de su elevación, pues se parecen mucho a un horno de vidrio, por lo cual les di el nombre de Glass Houses; el más septentrional de los tres es el más alto y ancho; otros montes picudos se levantan más al interior y al N.; pero no son tan notables, ni con mucho. A mediodía nuestra latitud, por observación, fué de 26° 28' S., resultando que nos hallábamos diez millas más al N. de lo que daba la corredera, circunstancia que por primera vez se nos presentaba en esta costa; la longitud era de 206° 46'. A esa misma hora estuvimos entre dos y tres leguas de tierra y con veinticuatro brazas de agua. Un cerro bajo y redondo que constituía el cabo sur de una bahía arenosa marcaba N. 62° O. a tres leguas, y la punta de tierra más septentrional que veíamos, N. 22°,5 E. En tal día vimos humo en varios puntos, alguno de los cuales se hallaba muy tierra adentro.

Los sondeos que hicimos en nuestra ruta a lo largo de la costa y a dos leguas de ella acusaron de veinticuatro a treinta y dos brazas con fondo arenoso. A las seis de la tarde la punta más septentrional de tierra marcaba N. 22°,5 O. a cuatro leguas; a las diez, NO. O. 45° O., y como no divisábamos tierra al norte de ella nos pusimos a la capa, un tanto perplejos acerca del derrotero que habíamos de tomar.

Viernes 18.

A las dos de la mañana, sin embargo, nos hicimos a la vela con viento SO., y al amanecer vimos extenderse la tierra en dirección N. 66°,5 E. con relación a la punta que marcara la noche antes SO. a tres o cuatro leguas. Se halla en la latitud de 25° 58' y en la longitud de 206° 48' O.; la tierra que se extiende por la parte de adentro de la punta es de altura moderada y uniforme; pero la punta propiamente dicha es tan desigual, que parece formar dos pequeñas islas yacentes junto a la tierra, por cuya razón le di el nombre de Punta Double Island (Isla Doble); puede reconocerse también por los blancos acantilados de su parte norte. Allí la tierra se extiende hacia NO. y forma una ancha y abierta bahía, cuyo fondo es tan bajo y llano que apenas si podía descubrirse en él la tierra desde cubierta. Al cruzar la bahía el calado fué de veintidós a treinta brazas con fondo de arena blanca. A mediodía estuvimos a tres leguas de tierra, en la latitud de 25° 34' S. y en la longitud de 206° 45' O.; la Punta Double Island marcaba S. 22°,5 O., y la tierra más septentrional que veíamos, N. 22°,5 E. Esta parte de la costa, que es de altura moderada, se presentaba más estéril que todas las que habíamos visto y más arenoso el terreno. Con nuestros anteojos pudimos descubrir que las arenas, que se extienden en grandes manchones de muchos acres, eran movedizas, y que algunas no llevaban mucho tiempo en el lugar en que se hallaban, porque vimos en varios puntos árboles medio enterrados cuyas puntas aun estaban verdes, en tanto que otros mostraban sus troncos desnudos, denotando llevar rodeados por la arena bastante tiempo para haber llegado a secarse. En otros parajes las selvas parecían ser formadas por bajas malezas, y no vimos señales de habitación. Dos culebras de agua nadaron junto al barco; mostraban bonitas manchas y eran por todos con-

ceptos semejantes a las de tierra, con la diferencia de que sus colas eran anchas y planas, como para servirles para la natación, en vez de aletas. En la mañana de este día la declinación fué de 8° 20' E., y por la tarde, de 8° 36'. Durante la noche continuamos hacia el N. con ligera brisa de tierra, manteniéndonos a dos o tres leguas de la costa y con un calàdo de veintitrés a veintisiete brazas y buen fondo de arena.

Sábado 19. — Domingo 20. — Lunes 21.

El 19 a mediodía estuvimos a cuatro millas de tierra, con sólo trece brazas. Nuestra latitud fué de 25° 4', y la tierra más meridional que divisábamos marcaba N. 21° O. a ocho millas. A la una, hallándonos aún a cuatro millas de tierra, pero con diez y siete brazas de agua, doblamos un promontorio redondo y negruzco, o una punta de tierra, sobre la que estaban reunidos muchos indígenas, y a la cual di por esto el nombre de Promontorio Indian; se halla en la latitud de 25° 3'. A cosa de cuatro millas, y al NO. del promontorio, hay otro muy parecido, desde el cual se extiende la tierra algo más hacia el O.; cerca del mar es baja y arenosa, y tras ella nada se veía, ni siquiera desde el palo mayor. No lejos del Promontorio Indian vimos más indígenas, y en las inmediaciones de la costa, hogueras por la noche y humaredas por el día. Seguimos al N. durante toda la noche, conservándonos a una distancia de la costa comprendida entre cuatro millas y cuatro leguas, y con diez y siete y treinta y cuatro brazas de calado. Al romper el día la tierra más septentrional marcaba OSO. y parecía terminar en una punta, desde la cual vimos que se extendía un rompiente hacia el N. hasta más allá del alcance de la vista. Después de haber ceñido el viento hacia el O. antes de clarear, proseguimos nuestra ruta hasta que vimos la sirte a estribor. Bordeámosla con rumbo NO. primero y NE. después, pasando a una o dos millas de ella y sondando de siete

a trece brazas con buen fondo de arena. A mediodía nuestra latitud, por observación, fué de 20° 26', lo que acusaba trece millas más al N. de lo que marcaba la corredera; la extremidad del rompiente nos pareció marcar NO., y la punta de tierra de la que partía, S. 66°,5 O. a veinte millas de nosotros. Llamé a esta punta Cabo Sandy (Arenoso) por los dos grandes manchones de arena blanca que en ella se veían. Tiene altura suficiente para que se la divise desde una distancia de doce leguas en tiempo claro, y se halla en la latitud de 24° 45' y en la longitud de 206° 51'; la tierra se extiende desde ella al SO. hasta perderse de vista.

Continuamos bordeando la parte oriental de la sirte hasta las dos de la tarde, en que, juzgando que habría bastante calado para que el barco pudiera pasar, envié por delante a un bote para que sondara, y en cuanto desde él se nos dió la señal de que había más de cinco brazas, ceñimos el viento y doblamos la cola del rompiente con seis brazas. Nuestra latitud fué entonces de 24° 22', y Cabo Sandy marcó S. 45° E. a ocho leguas; pero la dirección del rompiente es NNO. y SSE. casi exactamente. Es digno de notarse que cuando el navío se hallaba a seis brazas, el bote, que apenas si distaba de nosotros un cuarto de milla al S., tenía poco más de cinco, y que inmediatamente después de que la sonda acusara seis brazas tuvimos trece y luego veinte, no obstante haberse apresurado el hombre a echar el plomo; por estos datos conjeturamos que el bajo debía de ser muy abrupto en su parte oeste. Llamé a este rompiente Barra Break Sea (Tajamar), porque después de doblarla tuvimos mar tranquila y en su parte sur fuerte marejada del SE. A las seis de la tarde la tierra de Cabo Sandy se extendía del S. 17° E. al S. 27° E. en una distancia de ocho leguas; nuestro calado fué de veintitrés brazas, y con los mismos sondeos proseguimos hacia el O. toda la noche. A las siete de la mañana

vimos desde el mayor que la tierra de Cabo Sandy marcaba SE. 45° E. a trece leguas; a las nueve descubrimos tierra por el O., y poco después vimos humo en varios puntos. Nuestro calado había descendido a diez y siete brazas, y a mediodía sólo teníamos trece, no obstante hallarnos a siete leguas de la tierra, que se extendía por NO. y ONO. Nuestra latitud fué entonces de 24° 28' S. Desde unos cuantos días atrás habíamos visto unas aves marinas llamadas bubias, que no habíamos encontrado hasta entonces; durante la última noche una pequeña bandada había cruzado sobre el barco con dirección NO., y por la mañana, desde media hora antes de salir el Sol y hasta una hora después, no cesaron de cruzar bandadas, procedentes del NNO., y que volaban hacia el SSE., sin que se viera a ninguna seguir otra dirección; esto nos hizo presumir hubiera un lago, río o brazo poco profundo en el fondo de la larga bahía que se hallaba al sur de nosotros, adonde aquellas aves debían de dirigirse en busca de alimento por el día, y que hacia el N., y a distancia no muy considerable, debía de haber algunas islas a las que fueran a cobijarse por la noche. A esta bahía le di el nombre de Bahía Hervey, en honor del capitán Hervey. Por la tarde navegamos hacia tierra con rumbo SO., a favor de una brisa del SE., hasta las cuatro, en que, hallándonos en la latitud de 24° 36', a dos leguas de tierra y con nueve brazas, viramos y seguimos bordeando la costa, que llevaba dirección NO. O., pudiendo cerciorarnos al mismo tiempo de que la tierra aun se extendía al SSE. en una distancia de ocho leguas. Cerca del mar la tierra es muy baja; pero hacia el interior se alza en elevados montes, todos cubiertos de selvas frondosas.

Mientras estuvimos bordeando la costa, los sondeos acusaron de siete a nueve brazas, y al hallar seis en uno de los sondeos, nos decidimos a anclar para pasar la noche.

Martes 22.

A las seis de la mañana levamos anclas y nos hicimos a la vela con buena brisa del S., con rumbo NO. 22°,5 O., navegando hacia tierra hasta llegar a dos millas de ella y sondar de siete a ocho brazas; entonces nos dirigimos al NNO., que era la dirección que llevaba la tierra, y a mediodía nuestra latitud fué de 24° 19'. Proseguimos esta ruta a la misma distancia de tierra, con calados variables de siete a doce brazas, hasta las cinco de la tarde, en que nos hallamos frente a la punta sur de una ancha bahía, en la que tuve propósito de anclar. Durante esta marcha descubrimos con nuestros anteojos que la tierra se hallaba cubierta de cocoteros, árboles que no habíamos visto desde que dejáramos las islas del Trópico. Vimos también a dos hombres caminando por la costa, que no se dignaron fijar en nosotros su atención. Por la tarde, habiendo ceñido el viento y hecho dos o tres bordadas, anclamos a eso de las ocho en cinco brazas con buen fondo de arena. La punta sur de la bahía marcaba E. 66°,5 S. a dos millas, y la punta norte, NO. 22°,5 N. y a la misma distancia próximamente.

Miércoles 23.

Por la mañana temprano fuí a tierra con unos cuantos hombres para reconocer el país, acompañado de Mr. Banks, el Dr. Solander, otros caballeros y de Tupia; el viento soplaba fuerte, y era tan frío que, hallándonos a cierta distancia de la orilla, requerimos nuestros capotes como equipo necesario para el viaje. Desembarcamos en la parte interior de la punta sur de la bahía, donde encontramos un canal que daba acceso a un extenso lago. Procedí a reconocer este canal, y hallé tres brazas de agua, después de haber recorrido una milla; al llegar a este punto encontramos un bajo sobre el que había poco más de una braza; mas pasa-

mos sobre él y tuvimos de nuevo tres brazas. La entrada de este canal se abre junto a la punta sur de la bahía, y tanto su margen oriental como la occidental se hallan constituídas por un gran banco de arena; tiene un cuarto de milla de anchura y se extiende en direccion SO. En este lugar hay espacio para que puedan fondear en seguridad algunos barcos y hay un pequeño arroyo de agua dulce. Quise bogar al interior del lago, pero me lo impidieron los bajos. Encontramos varios barrancos y charcas de agua salada, sobre las cuales, así como en las orillas del lago, se produce el verdadero mangle (1) tal como se ve en las Indias Occidentales, y que era el primero de tal especie que habíamos encontrado. En las ramas de estos mangles había muchos nidos de una curiosa especie de hormigas, que eran verdes como la hierba; cuando las ramas se sacudían salían en gran número y castigaban al ofensor con un mordisco mucho más doloroso que el que sus congéneres nos habían producido siempre. Sobre aquellos mangles vimos también pequeñas orugas en gran abundancia; sus cuerpos eran espesamente vellosos, y estaban colocadas sobre las hojas unas junto a otras, como soldados en fila, formando ringleras de veinte o treinta; cuando las tocamos advertimos que los apéndices capilares de sus cuerpos eran como agujas, y nos produjeron un dolor más agudo, aunque menos duradero. El país es aquí mucho peor que el que circunda la Bahía Botany: el terreno es seco y arenoso; pero las laderas de los montes están cubiertas de árboles, que crecen separados sin que haya maleza entre unos y otros. Encontramos aquí el árbol que produce una goma parecida al *sanguis draconis;* pero es

---

(1) El mangle a que aquí Cook se refiere puede ser la especie *Rhizophora mangle,* si acaso no ha confundido con ella a otras australianas, tales como la *Bruguiera rheedii* o la *Heretiera littoralis. (Nota de la edición española.)*

algo diferente del de la misma especie que habíamos visto antes, porque las hojas son muy largas y cuelgan como las del sauce llorón. Encontramos también en ellos mucha menos goma, lo cual viene a contradecir la opinión de que cuanto más cálido es el clima mayor es la exudación de resina. En una planta que produce resina amarilla observamos que ésta se exudaba en menor proporción que la de la especie correspondiente en la Bahía Botany. Entre los bajos y los bancos de arena vimos muchas grandes aves, algunas de las mismas especies que viéramos en Bahía Botany, mucho mayores que cisnes, y que supusimos fueran pelícanos; pero eran tan tímidas que nunca pudimos tenerlas al alcance de nuestras armas. En la tierra vimos una especie de avutardas, de las que matamos una; era mayor que un pavo y pesó diez y siete libras y media. Todos convinimos en que era la mejor ave que habíamos comido desde nuestra salida de Inglaterra, y en su honor llamamos a este brazo de mar Bahía Bustard (Avutarda); se halla en la latitud de 24° 4' y en la longitud de 208° 18'. El mar parecía abundar en pescado; mas tuvimos la mala fortuna de que se nos hiciera pedazos la red la primera vez que la tendimos; sobre los bancos de légamo y bajo los manglares hallamos innumerables ostras de varias especies, entre ellas el martillo, y una gran cantidad de pequeñas madreperlas; si en aguas más profundas existe igual proporción de tales ostras en pleno desarrollo, podría establecerse aquí una pesquería de perlas con gran provecho.

La gente que quedó a bordo dijo que mientras estuvimos nosotros en los bosques habían bajado por la parte en que estaba el navío unos veinte indígenas, que luego de haberle contemplado desaparecieron; pero los que estuvimos en tierra, aunque divisamos humaredas en varios sitios, no vimos gente; el humo se levantaba en puntos excesivamente lejanos para que nos fuera posible llegar a ellos por tierra; sólo perci-

bimos uno más cercano, y hacia él nos dirigimos. Encontramos diez pequeñas hogueras aun con llama, a pocos pasos una de otra; pero la gente se había marchado; vimos por allí varias vasijas de corteza, que supusimos habrían contenido agua, y algunas conchas y espinas, que debían de ser los restos de una comida reciente. Vimos también en el suelo varios trozos de corteza blanda de una longitud y anchura comparables a las de un hombre, que imaginamos pudieran ser sus lechos, y a barlovento de las hogueras, un pequeño sombrajo de pie y medio de altura y del mismo material. Todo ello hallábase entre un espeso grupo de árboles, que proporcionaba buen abrigo contra el viento. El lugar parecía muy hollado, y como no vimos ninguna casa ni restos de ellas, nos inclinamos a creer que así como estas gentes carecen de vestidos no tienen tampoco vivienda, y que pasan las noches a la intemperie, como los demás habitantes de la naturaleza: el mismo Tupia, con aire de superioridad y compasión, movió la cabeza y dijo que eran *taata enos*, «pobres desgraciados». Medí la altura vertical de la última marea, y acusó ocho pies sobre la marca del reflujo, y por la hora de la bajamar de aquel día deduje que la pleamar debía ocurrir en los plenilunios y cambios a las ocho.

Jueves 24.

A las cuatro de la mañana levamos anclas, y con suave brisa del S. nos apartamos de la bahía. Al zarpar, nuestros sondeos acusaron de cinco a diez y siete brazas, y al clarear, que fué cuando tuvimos mayor calado, frente al extremo septentrional de la bahía descubrimos unos rompientes que se extendían desde dicho cabo hacia el mar en dirección NNE. y en una longitud de dos o tres millas, a cuya extremidad se veía una roca apenas emergida. Mientras pasamos estas rocas a la distancia de media milla tuvimos de quince a

veinte brazas, y no bien las doblamos nos corregimos tomando el rumbo de la costa ONO. y en demanda de la tierra más lejana que divisábamos. A mediodía nuestra latitud, por observación, fué de 23° 52' S.; la parte norte de la Bahía Bustard marcaba S. 62° E. a diez millas, y la tierra más septentrional que se veía, N. 60° O.; la longitud era de 208° 37', y la distancia que nos separaba de la tierra más próxima, seis millas, hallándonos en catorce brazas de agua.

Viernes 25.

Hasta las cinco de la tarde reinó la calma; pero después nos dirigimos bordeando la tierra a favor de un viento NO. hasta las diez de la noche, en que nos pusimos a la capa, habiendo tenido durante todo el trayecto de catorce a quince brazas. Desplegamos las velas a las cinco de la mañana, y al romper el día la tierra más septentrional marcaba N. 70° O. Poco después vimos más tierra, que parecía un conjunto de islas, y que marcaba NO. N. A las nueve pasamos una punta a una milla de distancia, con catorce brazas. Esta punta resultó hallarse justamente bajo el Trópico de Capricornio, y por esta razón la llamé Cabo Capricornio; su longitud es de 208° 58' O.; su altura es considerable, aparece blanca y estéril, y puede reconocerse por algunas islas que yacen al NO. y por algunas pequeñas rocas que se hallan a una legua de ella por el SE. Al oeste del cabo parecía haber un lago, y sobre los dos bancos que formaban su entrada vimos un número increíble de grandes pájaros semejantes al pelícano. La tierra más septentrional que divisábamos marcaba N. 24° O. desde Cabo Capricornio y parecía ser una isla; pero la tierra firme se extendía por ON. 45° N., que fué la dirección que tomamos, teniendo de seis a quince y de seis a nueve brazas con áspero fondo de arena. A mediodía nuestra latitud, por observación, fué de 23° 24' S.; Cabo Capricornio marcaba S. 60° E. a

dos leguas, y una pequeña isla, NE., a dos millas; en esta situación tuvimos nueve brazas, hallándonos a cuatro millas de tierra, la cual junto al mar es baja y arenosa, exceptuando las puntas, que son altas y rocosas. El terreno es montuoso hacia el interior, pero el panorama dista mucho de ser agradable. Seguimos navegando hacia el NO. hasta las cuatro de la tarde, en que sobrevino la calma, y poco después anclamos con doce brazas, teniendo en torno nuestro la tierra firme y las islas y marcando Cabo Capricornio S. 54° E. a cuatro leguas. Por la noche observamos que la marea subía y bajaba cerca de siete pies, y que el flujo corría hacia el O. y el reflujo hacia el E., lo cual es contrario a lo que habíamos observado cuando estuviéramos anclados al este de la Bahía Bustard.

Sábado 26.

A las seis de la mañana levamos anclas con suave brisa del S. y navegamos hacia el NO. entre la corrida de islas más exterior y la tierra firme, dejando varias islas pequeñas entre la tierra y el navío, junto a las cuales pasamos; como los sondeos fuesen irregulares, de cuatro a doce brazas, envié al bote por delante para sondar. A mediodía estuvimos a tres millas de tierra y a la misma distancia próximamente de las islas que nos separaban del mar; nuestra latitud, por observación, fué de 23° 7' S. La tierra firme por esta parte es elevada y montañosa; las islas que la flanquean son también altas en su mayoría y de reducido circuito, ofreciendo la apariencia de ser más estériles que feraces. A tal hora vimos humo en varios puntos muy distantes hacia el interior, y esto nos hizo conjeturar que debía de haber un lago, río o brazo que se internara en el país; tanto más, cuanto que habíamos pasado por dos lugares que presentaban un aspecto semejante; pero nuestro calado era demasiado escaso para aventurarnos a penetrar donde era probable que encontrásemos me-

nos. No habíamos avanzado hacia el N. una hora cuando nos encontramos con tres brazas; anclé en vista de ello, y mandé al contramaestre sondar el canal que se extendía a sotavento, entre la tierra firme y la isla más septentrional; parecía ser bastante ancho, pero sospeché que sería poco profundo, cosa que la realidad me confirmó, pues el contramaestre me participó a su regreso que en muchos puntos sólo había tenido dos brazas y media, y allí donde habíamos anclado no había más que diez y seis pies, o sea dos sobre el calado del barco. Mientras que sondaba el canal el contramaestre, Mr. Banks trató de pescar con sedal y anzuelo desde las ventanas de su camarote; el agua tenía poca profundidad para que hubiera pescado; pero el fondo hallábase cubierto casi por completo de cangrejos, que se apresuraron a hacer presa en el anzuelo, presa que agarraron entre sus patas tan firmemente, que no la abandonaron hasta que estuvieron a bastante altura sobre el agua. Aquellos cangrejos pertenecían a dos especies que no habíamos visto hasta entonces: los de una de ellas veíanse adornados del más hermoso azul que puede imaginarse, y que correspondía al ultramarino, con el cual se hallaban teñidas sus garras y todas sus articulaciones y artejos, siendo el matiz de gran intensidad; la parte inferior de sus cuerpos era blanca y tan finamente pulida que recordaban exactamente, tanto por su brillo como por su color, el blanco de la antigua porcelana de China; los otros mostraban también en sus articulaciones la coloración ultramarina, pero algo más rebajada, y en el dorso tenían marcadas tres manchas pardas que ofrecían un aspecto singularísimo. La gente que había estado en el bote sondando refirió que en una isla sobre la cual habíamos visto dos hogueras habían ellos percibido a varios indígenas, que los habían llamado y mostrádose al parecer muy deseosos de que desembarcaran. Por la tarde se corrió el viento al NE., con lo que tuvimos oportunidad para

retroceder tres o cuatro millas en la ruta que llevábamos, después de lo cual cambió el viento al S., obligándonos a anclar de nuevo en seis brazas.

Domingo 27.

A las cinco de la mañana envié al contramaestre para que buscara un paso entre las islas mientras que desplegábamos el velamen, y no bien amaneció seguimos al bote, que nos hizo señal de haber hallado el paso. Tan pronto como nos vimos con calado bastante nos hicimos a la vela con rumbo N., siguiendo la costa, sondando de nueve a quince brazas y sin dejar de hallar pequeñas islas por la parte del mar. Al mediodía estuvimos a dos leguas de tierra y, por observación, en la latitud de 22° 53' S. La punta de tierra más septentrional que veíamos marcaba entonces NNO. a diez millas. Di a esta punta el nombre de Cabo Manifold (Múltiple) por el gran número de elevadas colinas que parecía haber sobre él; se halla en la latitud de 22° 43' S. y a unas diez y siete leguas de Cabo Capricornio en dirección N. 26° O. Entre estos dos cabos forma la costa un amplio golfo, al que llamé Golfo Keppel, y también designé a las islas con el nombre de Islas de Keppel. En este golfo hay buen anclaje, pero no sé los aprovisionamientos que puede proporcionar; no cogimos pescado a pesar de haber estado fondeados, pero es probable que haya agua dulce en varios puntos, porque tanto las islas como la tierra firme están habitadas. Vimos humo y hogueras sobre ésta y gente sobre las islas. A las tres de la tarde doblamos Cabo Manifold, desde el cual se extiende la tierra al NNO. La tierra del cabo es alta y compónese de montañas que se elevan bruscamente sobre el mar. Puede reconocerse por tres islas que yacen a su altura, una de las cuales está muy próxima a la costa y ocho millas mar afuera las otras dos. Una de estas islas es baja y llana y redondas y altas las otras. A las seis de la tarde nos pusimos a

la capa, marcando NO. la tierra más septentrional que se hallaba a la vista y N. 31° O. varias islas que se hallan a su altura. Nuestros sondeos después de las doce acusaron de veinte a veinticinco brazas, y a horas más avanzadas de la noche, de treinta a treinta y cuatro.

Lunes 28.

Al amanecer nos hicimos a la vela cuando marcaba Cabo Manifold SE. a ocho leguas y el mismo rumbo a cuatro millas las islas cuya posición había yo fijado la noche antes.

La punta más lejana que se veía de la tierra firme marcaba N. 67° O. a veintidós millas; pero pudimos divisar varias más al norte de esta dirección. A las nueve de la mañana estuvimos frente a la punta que yo llamé Cabo Townshend. Se halla en la latitud de 22° 15', en la longitud de 209° 43'; la tierra es alta y llana y al parecer más desnuda que selvática. Cinco millas hacia fuera de esta punta, y en dirección norte, hay varias islas; tres o cuatro leguas al SE. forma la tierra una bahía a cuyo fondo parecía haber un brazo o ensenada. Al oeste del cabo la tierra se extiende al SO. 45° S. y forma allí una ancha bahía que se vuelve hacia el E. y que probablemente comunica con el brazo, haciendo una isla de la tierra del Cabo. Tan pronto como rodeamos este cabo ceñimos el viento al O. con objeto de pasar entre las islas que yacen desparramadas por la bahía en gran número, y que se extienden por el mar más allá de lo que la vista alcanza, aun desde el palo mayor; estas islas son de altura y circuito variadísimos; tanto, que a pesar de ser numerosas no hay dos iguales. No habíamos avanzado mucho a favor del viento cuando disminuyó el calado y nos vimos obligados a virar para sortearlo. Luego de enviar un bote por delante viré al ON. dejando muchas islas, rocas y sirtes entre nosotros y la tierra firme y otras muchas más extensas por la parte de afuera; nuestros sondeos hasta

cerca de mediodía acusaron de catorce a diez y siete brazas y luego el bote hizo la señal de haber tocado un banco. Ceñí entonces el viento hacia el E.; pero de repente nos vimos en tres brazas y media; echamos un ancla inmediatamente, con lo que el navío se puso a la capa con las velas desplegadas. Cuando esto se hizo teníamos cuatro brazas con fondo áspero de arena, y percibimos una fuerte corriente de marea dirigida al NO. 45° O., que tenía una velocidad de tres millas por hora y por la cual nos habíamos visto arrastrados sobre el banco. Nuestra latitud, por observación, fué de 22° 8' S.; Cabo Townshend marcaba E. 16° S. a trece millas, y la tierra más occidental que veíamos, O. 22°,5 N. En estos momentos nos rodeaba gran número de islas.

Por la tarde, habiendo sondado alrededor del barco y comprobado que había calado suficiente para navegar sobre el bajo, levamos el ancla, y a eso de las tres nos hicimos a la vela, dirigiéndonos al O. bordeando la tierra, no sin haber enviado un bote para que fuera sondando por delante. A las seis de la tarde anclamos en diez brazas con fondo de arena, a dos millas de tierra, la parte más occidental de la cual marcaba ONO., y un grupo de numerosas islas que yacían a bastante distancia de nosotros, mar afuera aún, se hallaba a la vista.

Martes 29.

A las cinco de la mañana siguiente envié al contramaestre con dos botes para sondar la entrada de una ría que teníamos al O. a una legua, y en la cual me proponía entrar con el barco para esperar unos cuantos días a que aumentase la Luna, en tanto que reconocía el país. Tan pronto como se pudieron desplegar las velas nos hicieron los botes señal de que había anclaje, en vista de lo cual nos dirigimos hacia el brazo y anclamos en cinco brazas a una legua de la entra-

da del mismo, que por la fuerza que se observaba en el flujo y el reflujo juzgué fuera un río que se internaba en el país a una gran distancia. Ocurrióseme varar el barco en este lugar para limpiar su fondo; desembarqué, pues, con el contramaestre para buscar un sitio adecuado, viniendo con nosotros Mr. Banks y el Dr. Solander. La marcha se nos hizo sumamente molesta porque el terreno se hallaba cubierto de una especie de hierba cuyas semillas eran muy agudas y estaban bardeadas hacia atrás, de manera que cuando penetraban en nuestra ropa, cosa que ocurría a cada paso, nos llegaban a la carne; al mismo tiempo nos vimos envueltos en una nube de mosquitos, que no cesaban de atormentarnos con sus aguijones. Pronto hallamos varios parajes en los que el barco podía ser varado; pero, con gran contrariedad nuestra, no pudimos encontrar agua dulce. Continuamos, sin embargo, recorriendo el país, y vimos árboles resinosos como los que ya habíamos encontrado antes, y en los que también observamos que exudaban una pequeña cantidad de resina. En las ramas de éstos y en las de otros hallamos hormigueros fabricados con caliza que tenían el tamaño de un bushel (1) y que se asemejan a los que se describen en la *Historia Natural de Jamaica*, de sir Hans Sloan, volumen II, página 221, lámina 238; pero no son tan acabados y perfectos. Las hormigas que habitaban estos nidos eran muy pequeñas, y sus cuerpos, blancos. Pero en otras especies del árbol encontramos una pequeña hormiga negra que perforaba todos los tallos, y después de extraer la medula, ocupaba el espacio que quedaba vacío; sin embargo, todas aquellas partes de la planta en que estos insectos habían formado su vivienda, y en las que habitaban en número sorprendente, echaban hojas y flores y aparecían tan lozanas como las que no habían sido atacadas. Encontramos

(1) El bushel equivale a 36,385 litros. *(N. del T.)*

también un número increíble de mariposas; tanto, que en el espacio de tres o cuatro acres el aire estaba de tal modo invadido por ellas, que se veían millones en todas direcciones, en tanto que sobre las ramas de los árboles había otras muchas que permanecían en reposo. Hallamos también un pez pequeño de especie singular: era poco más o menos del tamaño de un pez fluvial y tenía dos fuertes aletas en el pecho; le hallamos en lugares completamente secos, donde supusimos que habría sido dejado por la marea; pero no parecía haber languidecido por la falta de agua, pues al acercarnos dió un salto valiéndose de las aletas del pecho, mostrando tanta agilidad como una rana; y tampoco manifestaba preferir el agua a la tierra, porque cuando le encontramos en el agua, le vimos con frecuencia saltar y caminar por terreno seco; también observamos que en aquellos lugares en que sobresalían del agua los guijarros a poca distancia uno de otro prefería saltar de una a otra piedra a pasar por el agua, y vimos a varios de ellos transponer de esta manera la distancia que separaba los montones de légamo hasta que llegaban a terreno firme, por el cual se alejaban saltando (1).

Por la tarde reanudamos nuestra busca del agua dulce, pero sin éxito, y en vista de ello, resolví hacer mi estancia aquí lo más corta posible; habiendo observado, sin embargo, desde una eminencia que el brazo de mar penetraba bastante en el país, resolví seguirlo a la mañana siguiente.

Miércoles 30.

Al amanecer fuimos a tierra, y subiendo a una elevada montaña tomé una vista de la costa y de las islas que la flanquean, así como sus situaciones, habiendo

(1) El pez a que aquí se refiere Cook es, probablemente, el *Ceratodus Forsteri. (Nota de la edición española.)*

llevado conmigo para este objeto una brújula acimutal; pero observé que la aguja variaba hasta 30° a veces en su posición, y una vez encontré que difería nada menos que dos puntos en una distancia de catorce pies. Tomé algunas de las piedras sueltas que había en el suelo y las apliqué sobre la aguja, pero no produjeron efecto. En vista de esto formé la opinión de que había mineral de hierro en las montañas, mineral del que ya advirtiera indicaciones tanto aquí como en otros parajes cercanos. Después de hacer mis observaciones en el monte seguí remontando la ría con el Dr. Solander; partí al principio del flujo, y mucho antes de la pleamar había avanzado ocho leguas aguas arriba. Su anchura en este punto era de dos a cinco millas en dirección SO. S.; pero más allá se ensanchaba en todas direcciones y formaba un gran lago, que por el NO. comunicaba con el mar; y no sólo vi el mar en esta dirección, sino que observé que la marea ascendente penetraba con fuerza en aquella dirección; vi también que un brazo de este lago se extendía hacia el E., y no es improbable que tenga comunicación con el mar por el fondo de la bahía que se halla al oeste de Cabo Townshend. En la ribera sur de este lago hay una cadena de altas colinas, a la que hubiera deseado subir; pero como estábamos ya en la pleamar y el día acababa, temí verme comprometido entre los bajos por la noche; tanto más, cuanto que el tiempo era obscuro y lluvioso; y en vista de esto me dirigí hacia el navío lo más rápidamente que pude. En esta excursión sólo vi a dos indígenas, y esto, a distancia; ellos siguieron al bote por la orilla un buen trecho; pero como la marea venía con fuerza en mi favor no consideré prudente esperarlos; vi, sin embargo, varias hogueras por una parte y humo por otra, pero también a distancia. Mientras que yo recorría el brazo con el Dr. Solander, Mr. Banks trataba de penetrar en el país, hacia donde se dirigían también algunos de los nuestros que habían tenido licencia para

ir a tierra. Míster Banks y su partida hallaron su camino interrumpido por un pantano, cubierto de mangla-res, no obstante lo cual decidieron pasar; el fango les llegaba casi hasta las rodillas, a pesar de lo cual ellos siguieron resueltamente; pero antes de haber llegado a la mitad del camino se arrepintieron de su decisión: el fondo estaba lleno de ramas de árboles entrelazadas, que unas veces hacían presa en el calzado, otras dejaban pasar los pies por los huecos que formaban, y otras los enredaban de tal suerte que se vieron obligados a debatirse en el fango y ayudarse con sus manos. Al cabo de una hora lo cruzaron, sin embargo, y calcularon que pudiera tener como un cuarto de milla. Después de un corto paseo llegaron a un lugar en que se veían los restos de cuatro pequeñas hogueras y cerca de ellas algunas conchas y huesos de pescado que habían sido tostados. Encontraron también montones de hierba colocados unos junto a otros, y en los que parecían haber dormido cuatro o cinco hombres. El segundo teniente, Mr. Gore, que fué por otra parte, vió un poco de agua en el fondo de un hoyo, y cerca de él la pista de un animal de gran tamaño; viéronse algunas avutardas, pero no se pudieron matar, como ninguna otra de las aves, con excepción de unas pocas y hermosas oropéndolas iguales a las que habíamos visto en Bahía Botany. Míster Gore y uno de los guardias marinas, que recorrieron diferentes lugares, dijeron haber oído voces de los indios cerca de ellos, pero sin ver a ninguno; el país aparecía en general arenoso y estéril, y como no se halla dotado de agua dulce no puede suponerse que tenga habitantes sedentarios. Los profundos hoyos excavados por los torrentes de los montes prueban que en ciertas estaciones del año las lluvias deben ser aquí muy fuertes y copiosas.

La ría en que el barco fondeó fué designada con el nombre de Sonda Thirsty (de la Sed) porque no nos proporcionó agua dulce. Se halla en la latitud

de 22° 10' S., en la longitud de 210° 18' O., y puede ser reconocida por un grupo de pequeñas islas situadas junto a la costa, a una distancia de dos a cinco leguas en dirección NO., y por otro grupo que hay frente a la boca, tres o cuatro leguas mar afuera. Sobre cada una de las puntas que limitan la entrada hay un cerro elevado y redondo, que por el NO. forma una península, a la que rodea el agua en la pleamar; destácanse mucho sobre la costa, y la distancia que las separa viene a ser de dos millas. En esta ría hay buen anclaje en siete, seis, cinco y cuatro brazas, y hay también lugares convenientes para varar un navío, en los cuales las mareas tienen una diferencia de altura de diez y siete a diez y ocho pies. La pleamar viene en los plenilunios y cambios a eso de las once. Ya he observado que aquí no hay agua dulce y que tampoco pude procurarme ninguna otra clase de provisiones; vimos dos tortugas, pero no pudimos coger ninguna, ni nos fué posible pescar ni proporcionarnos volatería como no fueran unos pocos pajarillos de tierra; encontramos las mismas especies de aves marinas que en Bahía Botany, pero tan tímidas, que no pudimos tenerlas al alcance de las escopetas.

Jueves 31. — **Junio.** — *Viernes 1.* — *Sábado 2.* — *Domingo 3.* — *Lunes 4.* — *Martes 5.*

Como nada me inducía a permanecer más tiempo en este lugar, mandé levar anclas a las seis de la mañana del jueves 31 de mayo, y me hice a la mar. Nos dirigimos hacia el NO. con fresca brisa del SSE., navegando por fuera de las islas que bordean la costa y al NO. de la Sonda Thirsty, pues parecía no haber paso seguro entre ellas y la tierra firme; al mismo tiempo teníamos por la parte de fuera un gran número de islas que se extendían hasta perderse de vista; durante nuestra marcha en esta dirección el calado fué de ocho, nueve y diez brazas. Al mediodía la punta occidental de Sonda

Thirsty, a la que llamé Pier Head, marcaba S. 36° E. a cinco leguas; la punta oriental del otro brazo que comunica con la Sonda, SO. a dos leguas; el grupo de islas, que, según acaba de decirse, se extendían entre nosotros y la punta, y la parte más lejana de tierra que se hallaba a la vista del otro lado del brazo, NO. Nuestra latitud, por observación, fué de 21° 53'. A las doce y media el bote que iba sondando por delante dió la señal de un bajo, e inmediatamente ceñimos el viento hacia el NE. Entonces teníamos siete brazas; a poco, cinco, y en el próximo sondeo, tres, en vista de lo cual mandé echar el ancla al instante y puse el navío a la capa. Pier Head, la punta noroeste de Sonda Thirsty, marcaba SE. a seis leguas, y se halla a mitad de camino entre las islas cercanas a la punta oriental del brazo occidental y tres pequeñas islas que se hallan situadas más hacia fuera que ellas y en la misma dirección. Empezaba entonces a subir la marea, cuya dirección era NOO. 45° O., y habiendo sondado por las inmediaciones del banco, sobre el cual habíamos encontrado tres brazas, y hallado bastante profundidad alrededor, desplegamos velas, y luego de rodear las tres islas que acaban de mencionarse, anclamos a barlovento de ellas en quince brazas de agua, y como el tiempo era obscuro, cerrado y lluvioso, allí permanecimos hasta las siete de la mañana. A dicha hora desplegamos velas de nuevo y nos dirigimos al NO. con fresca brisa del SSE., sin perder de vista la tierra firme ni dejar de ver islas en torno nuestro, algunas de las cuales se perdían en el horizonte. El brazo occidental, Sonda Broad (Ancha), estaba en aquel momento frente a nosotros; a su entrada tiene una anchura de nueve a diez leguas por delante y dentro de él hay varias islas, y probablemente escollos, porque nuestros sondeos fueron muy irregulares y variaron bruscamente de diez a cuatro brazas. A mediodía nuestra latitud, por observación, fué 21° 29' S.; una punta de tierra que forma la entrada noroeste de la

Sonda Broad, y a la que he llamado Cabo Palmerston, que está situado en la latitud de 21° 30' y en la longitud de 210° 54' O., marcaba ON. a tres leguas. Nuestra latitud era 21° 27', y nuestra longitud, 210° 57'. Entre este cabo y Cabo Townshend se abre la bahía a la que he llamado Bahía Inlets (Brazos). Continuamos hacia el NO. y luego al NO. por N., que era la dirección que seguía la costa, con bastantes velas, llevando un bote por delante para sondar; al principio los sondeos fueron muy irregulares: de nueve a cuatro brazas; pero después se regularizaron, acusando de nueve a once. A las ocho de la noche, hallándonos a dos leguas de la tierra firme, anclamos en once brazas con fondo de arena, y poco después encontramos que la marea se dirigía en flujo hacia O. A la una fué la bajamar y a las dos y media el navío se dirigió al E., y continuó en esta dirección hasta las seis de la mañana, en que la marea había hecho subir las aguas once pies. Entonces desplegamos velas y seguimos la costa en dirección NNO. Por lo que habíamos observado de la marea durante la noche, veníase a deducir que el flujo llegaba del NO., en tanto que el del día anterior, así como el de varios días antes, había llegado del SE.; pero no era ésta la primera vez, ni la segunda, que habíamos observado lo mismo. Al amanecer, la declinación fué de 6° 45' E., y al navegar a lo largo de la costa entre la isla y la tierra, a dos leguas de ésta y a tres o cuatro de aquélla, nuestros sondeos fueron regulares, de doce a nueve brazas; pero a eso de las once de la mañana empezamos a navegar otra vez sobre escollos, encontrándonos de pronto con tres brazas; pero atravesamos la zona sin necesidad de echar el ancla. A mediodía estuvimos a dos leguas de tierra y a cuatro de las islas exteriores. Nuestra latitud, por observación, fué de 20° 56', y un elevado promontorio, al que llamé Cabo Hillsborough, marcaba O. 45° N. a siete millas. La tierra por aquí ofrece un panorama variado de montañas, colinas, llanuras y

valles y se presenta bien cubierta de prados y bosques; las islas que se extienden paralelamente a la costa y a cinco y ocho millas de ella son de altura y extensión variadas; apenas se halla alguna que tenga más de cinco leguas de circunferencia, y muchas no llegan a cuatro; además de esta cadena de islas, que se halla a cierta distancia de la costa, hay otras mucho más pequeñas, que se hallan situadas junto a ella, en muchos puntos de las cuales vimos humaredas.

Continuamos bordeando la costa a una distancia de dos leguas, con sondeos regulares de nueve a diez brazas. Al ponerse el Sol la punta más lejana de tierra marcaba N. 48° O., y al norte de ésta veíase una elevada meseta, que tomé por una isla, y cuya punta noroeste marcaba 41°; pero, no estando seguro de que hubiera paso, anclé a las ocho de la noche, con diez brazas de agua con fondo cenagoso. A eso de las diez empezó la marea hacia el N., y a las dos había descendido el agua nueve pies; empezó a subir después, y el flujo vino del N., en la dirección de las islas más lejanas de la costa, lo que constituye una indicación de que no había paso por el NO. Esto, sin embargo, no se comprobó hasta el amanecer, en que nos hicimos a la vela con viento NO. A las ocho de la mañana descubrimos una tierra baja por el espacio en que creíamos habría una abertura, que resultó ser una bahía de cinco o seis leguas de longitud hacia el interior; ceñimos el viento hacia ella con dirección E., rodeando la punta norte de la bahía, que marcaba entonces NE. por N. a cuatro leguas; desde esta punta se extendía la tierra al NO. 45° O., y encontramos un estrecho o paso entre ella y una gran isla, o un grupo de islas paralelos. Como teníamos el reflujo en nuestro favor, nos dirigimos hacia este paso, y al mediodía estábamos a la entrada; nuestra latitud, por observación, era de 20° 26' S.; Cabo Hillsborough marcaba SE. a diez leguas, y la punta norte de la bahía, S. 19° O. a cuatro

millas. Esta punta, a la que llamé Cabo Conway, se halla en la latitud 26° 36' S. y en la longitud 211° 28' O., y la bahía situada entre este cabo y Cabo Hillsborough recibió el nombre de Bahía Repulse. El mayor calado que sondamos en ella fué de trece brazas, y el menor, de ocho. En todas partes se encontró allí anclaje seguro, y confío en que después de un reconocimiento detenido se puedan encontrar buenos puertos, especialmente en la parte norte de Cabo Conway, porque precisamente hacia el interior de ese cabo hay dos o tres pequeñas islas que bastan por sí solas para defender aquel flanco de la bahía de los vientos S. y SE., que parecen reinar como alisios. Entre las muchas islas que guarnecen esta costa hay una que se distingue de las demás; es de reducido circuito, muy alta, picuda, y se halla al E. por S. de Cabo Conway a diez millas de distancia, y al extremo sur del paso. Por la tarde cruzamos el paso, que tenía de tres a siete millas de anchura y de ocho a nueve leguas de longitud en dirección NO. 45° O. y SE. 45° E. Está formado al O. por la tierra firme, y al E., por las islas, una de las cuales presenta en esta parte cinco leguas por lo menos de longitud. Nuestro calado en el curso del estrecho fué de veinte a veinticinco brazas, con buen anclaje por todas partes, y el paso, en general, puede considerarse como un puerto seguro, sin contar con las pequeñas bahías y abras que se encuentran a ambos lados, donde los barcos pueden fondear como en un estanque. La tierra, tanto la firme como la de las islas, es elevada y está accidentada con montes y valles, bosques y prados, que le dan grato verdor. En una de las islas divisamos con nuestros anteojos a un hombre, a una mujer y una canoa con balancín, que parecía ser más grande y muy distinta de aquellas que habíamos visto; estaban construídas con trozos de corteza atados por sus extremos, y presumimos que las gentes de por aquí se hallaran más adelantadas que los habitantes de

las zonas que habíamos visitado. A las seis de la tarde casi doblábamos el extremo norte del paso; la punta NO. de la tierra firme que se hallaba a la vista marcaba N. 54°, y la extremidad norte de la isla, NNE., descubriéndose entre ambas el mar abierto. Por haber descubierto este paso el día de Pentecostés le llamé Paso de Pentecostés, y a las islas que lo forman, Islas de Cumberland, en honor de Su Alteza Real el duque. Proseguimos con bastantes velas, sin dejar el plomo en toda la noche, conservándonos a tres leguas de la costa y con un calado de veintiuna a veintitrés brazas. Al amanecer pasamos frente a la punta que marcara NO. por la noche, y a la que llamé Cabo Gloucester. Es un alto promontorio, cuya latitud es de 19° 59' S., siendo su longitud de 211° 49' O., y puede reconocerse por una isla situada en alta mar al NO. 22°,5 a cinco o seis leguas del mismo, y a la que llamé Isla Holborne. Hay también varias islas próximas a tierra entre la Isla Holborne y el paso de Pentecostés. Al oeste de Cabo Gloucester se extiende la tierra por SO. y SSO., formando una profunda bahía cuyo fondo apenas si pude divisar desde el mayor; es muy bajo y está en prolongación de la tierra deprimida que viéramos al fondo de Bahía Repulse. Llamé a esta bahía Bahía Edgecumbe; pero no me detuve a reconocerla y continuamos nuestra ruta occidental en demanda de la tierra más lejana que podíamos distinguir en esa dirección, que marcaba O. por N. 45° N. y parecía ser elevada. A mediodía estuvimos a tres leguas de tierra, en la latitud de 19° 47' S., deducida por observación, y Cabo Gloucester marcaba S. 63° E. a siete leguas y media. A las seis de la tarde doblamos la punta más occidental que acaba de mencionarse, a tres millas de distancia, y por levantarse bruscamente sobre las tierras bajas que la circundan la llamé Cabo Upstart (Enhiesto). Se halla en la latitud de 19° 39' S., en la longitud de 212° 32' O., catorce leguas al ONO. del Cabo Glou-

cester, y es bastante alto para dejarse ver a doce leguas de distancia; más tierra adentro hay algunas elevadas colinas o montañas, que, al igual del cabo, ofrecen un panorama estéril.

Después de doblar este cabo seguimos navegando al ONO., que era la dirección de la tierra, con bastantes velas y con diez y diez y seis brazas hasta las dos de la madrugada, en que descendió el calado a siete; en vista de esto ceñimos el viento al N., creyéndonos muy cerca de tierra; al romper el día vimos confirmada nuestra creencia, pues nos hallábamos a poco más de dos leguas de ella. En esta parte de la costa, por ser la tierra muy baja, parece hallarse más lejana de lo que está en realidad, a pesar de ser accidentada y de presentar un panorama variado, con cerros aquí y allá. A mediodía pasamos a cuatro leguas de tierra en quince brazas, y nuestra latitud, por observación, fué de 19° 12' S., marcando Cabo Upstart S. 32° 30' E. a doce leguas. A esa hora se vieron algunas espesas humaredas sobre las tierras bajas. Al anochecer del día anterior, hallándonos frente al Cabo Upstart, la declinación había sido de 9° E. próximamente, y al amanecer de este día no fué más que de 5° 35'; conjeturé en vista de esto que debía de haber sido influenciada la aguja por el mineral de hierro o por otra substancia magnética subterránea.|

Miércoles 6. —Jueves 7. — Viernes 8.

Seguimos hacia el ONO., que era la dirección de la costa, con un calado de doce a catorce brazas hasta el 6 a mediodía, en que nuestra latitud, por observación, fué de 19° 1' S., abriéndose ante nosotros una bahía que se extendía de S. 45° E. a SO. 45° S. en una longitud de dos leguas. Esta bahía, a la que llamé Bahía Cleveland, parecía tener cinco o seis millas de extensión en todas direcciones; a la punta oriental la llamé Cabo Cleveland, y a la occidental, que tenía el aspecto

de una isla, Isla Magnética, por haber observado que no regía bien la brújula en sus inmediaciones; ambas son elevadas, así como la tierra firme que limitan, formando el conjunto la superficie más quebrada, rocosa y estéril de cuantas habíamos visto en la costa; no carecía, sin embargo, de habitantes, porque vimos humaredas en diversos puntos del fondo de la bahía. La tierra más septentrional que se hallaba a la vista a tal hora marcaba NO. y parecía una isla, porque no pudimos descubrir tierra más allá del ON. Navegamos hacia el ONO. bordeando la tierra, cuya parte más lejana marcaba al anochecer ON. y por fuera de la cual veíase una tierra prominente, que juzgué no formaba parte de la principal. Al amanecer doblamos la zona oriental de esta tierra, que resultó ser un grupo de islas situadas a cinco leguas de la tierra firme; a esa hora, navegando entre las dos costas, avanzamos despacio con rumbo NO. hasta mediodía, en que nuestra latitud, por observación, fué de 18° 49' S., hallándonos a cinco leguas de tierra; la parte noroeste de ella marcó NO. 45° O., y las islas se extendían de N. a E., estando la más próxima a dos millas; Cabo Cleveland marcó S. 50° O. a diez y ocho leguas. Nuestros sondeos habían disminuído en la marcha desde el mediodía anterior de catorce a once brazas.

Miércoles 6.

Por la tarde vimos varias espesas humaredas que se elevaban de la tierra firme; vimos también gentes y canoas en una de las islas, en la que parecía haber cocoteros; como hubieran sido muy de desear unos cuantos cocos, envié a tierra al teniente Hicks, y con él fueron Mr. Banks y el Dr. Solander, en busca de aquellas provisiones que les fuera posible traer, mientras que yo me mantenía frente a la isla con el navío. Regresaron a eso de las cinco de la tarde, contando que lo que habíamos tomado por cocoteros no eran sino

una especie de pequeños palmiteros, y que fuera de catorce o quince plantas, nada habían encontrado que mereciera la pena de traerse. Mientras estuvieron en tierra no vieron a ningún indígena, pero en el momento en que zarpaban uno de aquéllos se acercó a la playa y lanzó un fuerte grito; estaba tan obscuro que no pudieron verle, no obstante haber vuelto a la costa, pues cuando oyó que el bote volvía huyó o se escondió, porque no pudieron echarle la vista encima ni lograr que respondiera a las voces que le dieron. Después de regresar los botes nos dirigimos al NO., hacia la tierra más septentrional, frente a la cual pasamos a las tres de la madrugada, habiendo dejado atrás las islas tres o cuatro horas antes. A esta tierra, por razón de su figura, la denominé Punta Hillock (Cerro Picudo); es de considerable altura y puede reconocerse por un redondo cerro o por una roca que se halla unida a la punta, pero que parece destacarse de ella. Entre este cabo y la Isla Magnética forma la costa un ancho golfo, al que denominé Golfo Halifax; ante él se extiende el grupo de islas que acaba de mencionarse y algunas otras más cercanas a la costa. Estas islas defienden a la bahía de todos los vientos y le permiten ofrecer buen anclaje. La tierra cercana a la playa, por el fondo de la bahía, es baja y se halla cubierta de bosque, pero más adentro forma una alta meseta, que parecía estéril y rocosa.

Doblada Punta Hillock, continuamos hacia el NNO., siguiendo la tierra y aprovechando la luna. A las seis pasamos frente a una punta de tierra situada al NO. 45° O. y a once millas de Punta Hillock, a la que llamé Cabo Sandwich. Entre aquellas dos puntas la tierra es muy elevada, quebrada y rocosa. Cabo Sandwich se reconoce no sólo por la accidentada tierra que lo domina, sino por unas pequeñas islas que se ven al E. a una milla de distancia y por otras que se hallan situadas dos leguas al N. Desde Cabo Sandwich se ex-

tiende la tierra al O. y después al N., formando una hermosa y amplia bahía, a la que llamé Bahía Rockingham, donde parece haber buen refugio y anclaje, pero no me detuve a reconocerla; continué hacia el N. bordeando la costa, pasando junto a un grupo de pequeñas islas que se hallan en alta mar frente a la punta norte de la bahía. Entre las tres islas más exteriores y las cercanas a la costa encontré un canal de una milla de anchura, por el cual pasé, y sobre una de las islas cercanas vimos con los anteojos hasta treinta indígenas, entre hombres, mujeres y niños, que se hallaban reunidos y mirando al barco atentamente, siendo la primera vez que advertíamos curiosidad entre ellos; todos estaban desnudos, con los cabellos cortados, y su tez tenía el mismo color que las de los que habíamos visto con anterioridad. A mediodía nuestra latitud, por observación, fué de 17° 59', y pasamos frente a la punta norte de Bahía Rockingham, que marcaba O. a dos millas. Este límite de la bahía está formado por una isla de considerable altura que aparece designada en la carta con el nombre de Isla Dunk, y que yace tan cerca de la costa que no se distingue de ella fácilmente; nuestra longitud era de 213° 57' O., Cabo Sandwich marcaba SE. 45° E. a diez y nueve millas, y la tierra más septentrional que veíamos, N. 45° O.; nuestro calado en las últimas veinticuatro horas no había pasado de diez y siete ni bajado de siete brazas. Al amanecer, la extremidad norte de la tierra marcaba N. 25° O.; conservamos nuestra ruta NO. a lo largo de la costa y a una distancia de tres o cuatro leguas, habiendo navegado toda la noche con bastante vela y con doce y catorce brazas de calado.

Sábado 9.

A las seis de la mañana pasamos varias pequeñas islas, a las que llamé Islas Frankland, y que distan dos leguas de la tierra firme. La punta más distante que se

veía al N. marcaba NO. 45° O., y juzgamos que formaba parte de la tierra firme, aunque después comprobamos no era sino una isla de altura considerable y de cuatro millas de circuito. Entre esta isla y una punta de tierra firme, de la que dista la isla dos millas, pasé con el navío. A mediodía estábamos en medio del canal y, por observación, en la latitud de 16° 57' S., con veinte brazas. La punta de tierra frente a la cual nos hallábamos recibió el nombre de Cabo Grafton; su latitud es de 16° 57' S., y su longitud, de 214° 6' O. La tierra por esta parte, así como toda la costa que se extiende veinte leguas al sur de nuestra actual posición, es alta, de superficie rocosa y de escasa riqueza forestal; durante la noche habíamos visto varias hogueras, y al mediodía alguna gente. Después de rodear Cabo Grafton observamos que la tierra se extendía al NO. O., y tres millas al oeste del cabo encontramos una bahía, en la que anclamos a dos millas de tierra, en cuatro brazas con fondo cenagoso. La punta oriental de la bahía marcaba S. 74° E.; la occidental, S. 83° O., y una isla baja, verde, cubierta de bosque, en alta mar, N. 35° E. Esta isla, que se halla al NE. 45° E. y a tres o cuatro leguas de Cabo Grafton, se llama en la carta Isla Green (Verde).

Domingo 10.

Tan pronto como ancló el navío, pasé a tierra acompañado de Mr. Banks y el Dr. Solander. Como era mi principal objetivo procurarme agua dulce y el fondo de la bahía era un terreno bajo cubierto de manglares, donde no era probable encontrarla, me encaminé hacia el cabo, y hallé dos pequeños arroyos, de difícil acceso a causa del oleaje y de las rocas que había en la orilla; vi también, al rodear el cabo, un pequeño arroyo que corría sobre la playa hacia una cala arenosa, en la que no penetré con el bote por advertir que no era fácil desembarcar. Al llegar a tierra observé que el país se

levantaba por doquier en abruptas colinas rocosas, y como no se ofrecía por allí fácil aprovisionamiento de agua dulce, no quise perder tiempo en buscar tierras más bajas por otra parte. Regresamos al navío lo más pronto que pudimos, y hacia media noche levamos anclas y navegamos hacia el NO. con poco viento y algunos chaparrones. A las cuatro de la mañana aumentó la brisa del SE. y aclaró el tiempo; seguimos al NNO. 45° O. bordeando la tierra a tres leguas, con diez, doce y catorce brazas. A las diez viramos hacia el N. con objeto de flanquear una isla baja que se veía a dos leguas de la tierra, y la mayor parte de la cual, por corresponder a esta hora la pleamar, se hallaba cubierta por las aguas; tres leguas al noroeste de esta isla, junto a la tierra firme, hay otra isla que se eleva bastante y que a mediodía marcó N. 55° O. a seis u ocho millas. A esta hora fué nuestra latitud de 16° 20' S., Cabo Grafton marcaba S. 29° E. a cuarenta millas, y la tierra más septentrional a la vista, N. 20° O., siendo nuestro calado de quince brazas. Entre este punto y Cabo Grafton forma la costa una ancha, si bien no profunda, bahía, a la que, por haberse descubierto el domingo de la Trinidad, llamé Bahía Trinity.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

317223

LIBROS DE AVENTURAS

de los mejores autores clásicos y modernos.

COLECCIÓN DE OBRAS DE ALTO VALOR LITERARIO Y EDUCATIVO PARA LOS MUCHACHOS, EDITADAS POR «CALPE» Y TRADUCIDAS CUIDADOSAMENTE DEL IDIOMA ORIGINAL.

VOLÚMENES PUBLICADOS

Los tramperos del Arkansas, por Gustavo Aimard.—Un tomo. Cuatro pesetas.

Aventuras del capitán Corcorán, por Alfredo Assollant. Un tomo. Cuatro pesetas cincuenta céntimos.

El cazador de ciervos, por Fenimore Cooper. — Dos tomos. Cada uno, cuatro pesetas.

Los tiradores de rifle, por Mayne Reid. — Un tomo. Cuatro pesetas.

La isla del tesoro, por Roberto L. Stevenson. — Un tomo. Cuatro pesetas.

De la Tierra a la Luna, por Julio Verne. — Un tomo. Tres pesetas cincuenta céntimos.

Los mercaderes de pieles, por Ballantyne.—Un tomo. Cinco pesetas.

Salvado del mar, por Kingston. — Un tomo. Cuatro pesetas.

La marina mercante, por Marryat. - Un tomo. Cinco pesetas.

El jinete sin cabeza, por Mayne Reid. — Dos tomos. Cada uno, cinco pesetas.

Dos años al pie del mástil, por Dana.—Un tomo. Tres pesetas.

El último mohicano, por Fenimore Cooper. — Dos tomos. Cada uno, tres pesetas.

Alrededor de la Luna, por Julio Verne. — Un tomo. Tres pesetas.

La isla de coral, por Ballantyne. — Un tomo. Tres pesetas cincuenta céntimos.

Robinsón Crusoe, por Defoe. — Dos tomos. Cada uno, tres pesetas.

Aventuras de Román Kalbris, por Malot.—Un tomo. Tres pesetas.

Propiedad del Rey, por Marryat. — Dos tomos. Cada uno, tres pesetas.

A lo largo del Amazonas, por Kingston. — Dos tomos. Cada uno, tres pesetas.

El Robinsón suizo, por Wyss. — Un tomo. Cuatro pesetas.

Viajes de Gulliver, por Swift. — Un tomo. Tres pesetas.

El matador de leones, por Gérard. —Un tomo. Tres pesetas.

David Balfour, por Stevenson. — Un tomo. Tres pesetas.

Emilio Clermont. — **Laura.** — Encuadernado, 5 pesetas; en rústica, 4.

Israel Zangwill. — **Los hijos del Ghetto.** — Dos tomos. Cada uno, encuadernado, 5 pesetas; en rústica, 4.

Valery-Larbaud. — **Fermina Márquez.** — Encuadernado, 4,50 pesetas; en rústica, 3,50.

Eugenio d'Ors. — **Oceanografía del tedio e Historias de Las Esparragueras.** — Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.

Arturo Schnitzler. — **Anatol y «A la Cacatúa Verde».** — Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.

Raúl Brandâo. — **La farsa.** – Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.

Lafcadio Hearn. — **El romance de la Vía Láctea.** — Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.

— **Kwaidan.** — Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.

Julián Benda. — **La ordenación.** — Encuadernado, 4 pesetas; en rústica, 3.

Jeromo y Juan Tharaud. — **Un reino de Dios.** — Encuaderna do, 4 pesetas; en rústica, 3.

VIAJES MODERNOS

SE HAN PUBLICADO:

ANSORGE (W. J.): *Bajo el sol africano.* Un volumen con 123 fotograbados y 14 láminas.

CHARCOT (DR. J.): *El «Pourquoi-Pas?» en el Antártico.* Un volumen con 121 fotograbados, 43 láminas y 3 mapas.

HAVILAND (M.): *De la «taiga» y de la «tundra».* Un volumen con numerosos fotograbados.

OTTO SVERDRUP: *Cuatro años en los hielos del Polo.* Tomos I y II, con más de 100 fotograbados, 50 láminas y cartas en color.

ORJAN OLSEN: *Los soyotos. Nómadas pastores de renos.* Un volumen con 55 grabados.

BOYD ALEXANDER: *Del Níger al Nilo.* Tomo I, con 99 fotograbados y 27 láminas.—El tomo II contiene 98 fotograbados, 24 láminas y un mapa.

EN PRENSA:

SVEN HEDIN: *Transhimalaya.* Dos volúmenes con numerosos grabados.

ERLAND NORDENSKJÖLD: *Exploraciones y aventuras en América del Sur.*

ALGOT LANGE: *El Bajo Amazonas.*



cio: 4 pesetas.

